Col·lecció
Oberta

EL DESPERTAR DE LAS NACIONES

La ruptura de la Unión Soviética y la cuestión nacional

Alfons Cucó

Publicacions de la
Universitat de València

El despertar de las naciones. La ruptura de la Unión Soviética y la cuestión nacional

Col·lecció
Oberta

Sèrie Història. 4

EL DESPERTAR DE LAS NACIONES

La ruptura de la Unión Soviética y la cuestión nacional

Alfons Cucó

Universitat de València
1999

Consell assessor: Manuel Ardit

Joan Bernabeu

Antoni Furió

Vicent Llombart

Jesús Millán

Víctor Navarro

Mariano Peset

Aquesta publicació no pot ser reproduïda, ni totalment ni parcialment, ni enregistrada en, o transmesa per, un sistema de recuperació d'informació, en cap forma ni per cap mitjà, sia fotomecànic, fotoquímic, electrònic, per fotocòpia o per qualsevol altre, sense el permís previ de l'editorial.

©: Alfons Cucó i Giner, 1999

©: D'aquesta edició: Universitat de València, 1999

Disseny original: Collage-No Coop. V.

Fotocomposició i maquetació: Servei de Pubucacions

Universitat de València

Fotografia de la coberta: VICTORIA IVLEVA - GRAZIA NERI

Impressió: GUADA Litografía, S.L.

Camí Nou de Picanya, 3 · 46014 València

ISBN: 978-84-370-9402-1

Dipòsit legal: V-1385-1999

Índice

Introducción

Capítulo I. La URSS: cohesión y dispersión nacional

Capítulo II. Las marcas bálticas

Capítulo III. El mundo musulmán y sus fronteras: notas sobre Asia Central y el Cáucaso

Capítulo IV. Ucrania: una disputa nacional eslava

Conclusiones

Confesso que la meva simpatia espontània pel fet soviètic provenia en gran part del fet que no el definís com a Imperi, sinó com a Unió de Repúbliques, i em sembla que, en els fets ibèrics, una unió de repúbliques socialistes ibèriques hauria pogut resoldre millor els problemes dits nacionals. És necessari estudiar des d'aquest punt de vista la història de les repúbliques soviètiques i la història de les repúbliques iugoslaves en temps de Tito; jo les conec massa malament per a jutjar-les. He dit jutjar-les? No hauria d'haver pronunciat aquest verb. Es tractaria de saber donar un diagnòstic. I, malhauradament, per a donar un diagnòstic en matèria d'història -una història sociològicament pensada- els nostres instruments amb prou feines són comparables als instruments de la mecànica celest del segle xvi, o als instruments de la medicina al segle XVII.

PIERRE VILAR: *Pensar històricament. Reflexions i records* (1995)

Si el socialisme ha creat l'hóme nou, l'home nou pot millorar el socialisme.

M. S. GORBACHOV: *XXVII Congrés del PCUS* (1986)

El doctor va vincular la seva decisió a una anàlisi del que ell anomenava el continu subjacent a l'expansionisme rus tant si era dirigit pel tsarisme, pel comunisme o, com ara, per la bandera federalista.

JOHN LE CARRÉ: *El nostre joc* (1995)

INTRODUCCIÓN

Pocos conceptos han sido tan debatidos en el ámbito de las ciencias humanas y sociales como el concepto de nación y el de su derivado fundamental, el nacionalismo. Tratar de acotar los términos del debate y, mucho menos, intentar resolverlo en el espacio de las líneas preliminares de un trabajo sobre nacionalidades y poder político, no parece tarea hacedera. En todo caso sí debería ser conveniente subrayar un aspecto generalmente admitido: el de la ambigüedad básica del propio concepto o, si se quiere, el de su ambivalencia. Así lo hacían, a finales de los años setenta, dos ásperos e ilustrados polemistas británicos como Tom Nairn y Eric Hobsbawm.[1] Para el primero de ellos, el nacionalismo es un moderno dios Jano con dos caras: la divinidad de la puerta del templo que se abre en tiempos de guerra y se cierra en tiempos de paz. Hobsbawm, por su parte, siguiendo una metáfora shakespeariana, lo comparaba con la nube con la que Hamlet burló a Polonio y que podía interpretarse a voluntad: como un camello, como una comadreja o como una ballena. Sin embargo

> nadie podría aseverar que en realidad fuese ninguno de aquellos tres animales.
>
> Entre tanta incertidumbre parece razonable adoptar una cierta perspectiva sincrética como la que ha expresado William Pfaff, un atento observador de la historia actual: «El nacionalismo –escribe– es una expresión profunda, aunque a menudo maligna, de la identidad humana, una fuerza negativa, pero también positiva. Es tanto una expresión de amor como de odio. Es un elemento fundamental de la vida política moderna y de las relaciones internacionales. Exige una mayor comprensión».[2]

El nacionalismo, en cualquier caso, no ha sido solamente un factor fundamental del siglo XIX –la época de «l'éveil des nacionalités », para citar la fórmula de un clásico de la historiografía contemporánea–[3] sino que sus consecuencias se han dejado sentir de una manera constante y palpable a lo largo del siglo XX, tanto si lo contemplamos con la óptica del siglo «largo» o del siglo «corto». Ha sido capaz de terminar, a menudo de forma traumática, con el imperialismo occidental y con el sistema colonial, pero también ha potenciado virajes históricos en la trayectoria de Estados de larga tradición centralista y unitarista, como en el caso de España. Ha producido enfrentamientos encarnizados y feroces en los Balcanes o en el Cáucaso, pero igualmente se ha adaptado de forma impecable a la cultura democrática tanto en el «divorcio de terciopelo» checo y eslovaco de fines de la actual centuria –que tiene unos antecedentes no siempre recordados en el modelo de separación de suecos y noruegos en 1905-, como en la continuidad estatal de Canadá, tras las ajustadas derrotas electorales de las aspiraciones secesionistas del partido *québécois.*

De una u otra forma no parece que un fenómeno de tan largo ciclo histórico haya alterado substancialmente sus supuestos y, si se quiere, sus ambigüedades en el transcurso de tan extenso arco cronológico. Es cierto que las lecturas, y las valoraciones, que sobre

la nación y el nacionalismo se efectuaban en la pasada centuria difieren considerablemente de las que pueden realizarse en el umbral del siglo XXI. Hace más de cien años el debate se centraba, siguiendo la terminología de Finkielkraut, en la oposición entre la «nacióncontrato» (encarnada en el «plebiscito cotidiano» de Renan) y la «nación-genio » o nación cultural definida fundamentalmente por Herder.[4] La polémica entre Fustel de Coulanges y Mommsen sobre la identidad nacional de Alsacia es un.excelente contrapunto de concreción respecto del relativo grado de abstracción de las referencias anteriores.[5]

La discusión hoy es otra, aunque no sería demasiado difícil reconstruir ciertos vínculos comunes a los niveles de discusión de antaño. Miroslav Hroch ha establecido, por su parte, la continuidad de algunos rasgos entre la ascensión de la nación como fenómeno histórico y político durante la crisis del Antiguo Régimen, y la vivificación de los movimientos nacionalistas en el momento de descomposición del «socialismo realmente existente». En ambos casos se trataría de protegerse por medio de ciertas lealtades no cuestionadas –las emanadas de la «nación»– del precipitado hundimiento de las antiguas seguridades políticas, económicas y sociales ofrecidas tanto por el mundo de la monarquía absoluta y los estamentos privilegiados como por los sistemas comunistas. En ese sentido los movimientos nacionalistas podían convertirse en vehículos de vida democrática.[6]

Tal posibilidad no ha sido siempre apreciada y con harta frecuencia al nacionalismo –a cualquier tipo de nacionalismo– se le ha añadido un calificativo repetitivo y satanizador: el de «exacerbado». Un retorno a la «tribu» o a las relaciones «tribales» –todo ello entendido como una «mezcla de xenofobia y de política de identidad»– es el diagnóstico en el que han coincidido, de manera un tanto paradójica, políticos y científicos sociales de coordenadas tan distantes como Mitterrand o Dahrendorf, Hermet o Hobsbawm.[7] Apreciaciones como las que acaban de citarse han terminado por convertirse en hegemónicas y, en ese sentido, advierte Sagers que « se califica hoy de "nacionalismo" la forma exagerada e intolerante

del sentimiento nacional que expresa el sentimiento de pertenencia de los miembros y los grupos que forman una nación [...] el nacionalismo está hoy cargado de una consonancia peyorativa mientras que anteriormente [sólo] expresaba el "patriotismo"».[8]

En todo caso la actual no es la única de las deformaciones que un espejo cóncavo o convexo puede producir al reflejar el mundo real. Hace más de tres cuartos de siglo Antoni Rovira i Virgili –un historiador y político catalán que había compartido sus coordenadas ideológicas entre el nacionalismo y el federalismo– cambiaba el título de su libro *El Nacionalisme* por el de *El principi de les nacionalitats* «porque en estos últimos tiempos se ha extendido en gran manera la acepción de la palabra "nacionalismo" en el sentido de chovinismo, de imperialismo y de exclusivismo nacional».[9]

Ochenta años después de la temperada y cautelosa reacción de Rovira i Virgili, algunos intelectuales y pensadores –que aquí, por economía procesal, reduciremos al mundo nacionalitario del propio Rovira– no han ocultado, como en el caso de Xavier Rubert de Ventós, la «irritación» que les producía apreciaciones como las referidas, que entendían unilaterales, esquemáticas o deformadoras.[10]En la misma dirección Joan F. Mira señalaba un contrasentido: que en todo este «escandalizado mundo antitribal» se haya olvidado el «tribalismo» histórico esencial de los mismos Estados que se supone son su antítesis.« Porque –afirma el autor– no hay en la historia moderna y contem-poránea un modelo dominante de Estado nacional que haya asumido la propia heterogeneidad».[11]

No es propósito del autor de estas páginas aventurarse, aquí y ahora, en un debate como el que ha quedado enunciado. Pero aún sin tratar de adentrarse en él, ni en el de un mundo tangente como el del respeto –o en el de la ausencia de respeto– de los Estados-nación por las minorías nacionales, no será ocioso mencionar la tradición emanada del jacobinismo que encarnaba de manera tan estentórea Henry de Jouvenel, representante de Francia ante la Sociedad de Naciones que, en 1925, se declaraba hostil a un sistema general de protección de las minorías nacionales: «Si la France ne

signe pas de pareils traités –señaló– c'est qu'elle n'a pas de minorités. Pour trouver des minorités en France, il faudrait les inventer».[12]

Una actitud como la citada no resulta, por otra parte, anclada en un pasado relativamente lejano. En 1996 Rudolf Bindig, relator del Consejo de Europa para las minorías nacionales, denunciaba con toda rotundidad que la Carta Europea de lenguas regionales o minoritarias,[13] elaborada por el Comité de Ministros del Consejo de Europa, abierta a la firma y a la ratificación por los países miembros en 1992, solamente había sido firmada y ratificada en junio de 1996 por Finlandia, Hungría, Noruega y los Países Bajos, lo que impedia, obviamente, que pudiese entrar en vigor.[14] El mismo relator se hacía también eco de otra situación escasamente ejemplar: la del convenio marco del Consejo de Europa para la protección de las minorías nacionales,[15] resultado de la Cumbre de Viena de octubre de 1993. Adoptado en su forma definitiva en el Comité de Ministros del 10 de noviembre de 1994, el documento quedó abierto a la firma de los Estados miembros el 1 de febrero de 1995. Aunque en junio de 1996 había sido firmado por treinta y dos de ellos, solamente cuatro (Hungría, Rumanía, Eslovaquia y España) lo habían ratificado.[16] También en este caso cabría subrayar el escaso afán de numerosos Estados en hacer operativos acuerdos internacionales como los que acaban de evocarse. El« escandalizado recelo antitribal» –para utilizar de nuevo la sarcástica fórmula de Mira– de ciertas «naciones realmente existentes», tampoco se compadece, habrá que concluir, con la asunción de su propia heterogeneidad.

En todo caso habrá que convenir que sin la emergencia inesperada primero de graves tensiones nacionalitarias en el mundo comunista durante los años ochenta, y su relampagueante e inmediata implosión posterior, un debate como el que se acaba de sugerir no hubiera sido posible. La aparición de ensayos y estudios como los de Andrei Amalrik o los de Hélène Carrere d'Encausse en la década de los setenta, suscitaron solamente un interés relativo en polí ticos e intelectuales occidentales, y más de una sonrisa escéptica. El mundo soviético parecía, en su aparente solidez

ciclópea, contradecir las escasas observaciones que, desde dentro o desde fuera de la URSS, advertían de la existencia de fuerzas centrífugas que podían minar o, incluso, hacer estallar un Estado –bien pocos se atrevían a escribir Imperio– generalmente considerado granítico. Hablar de nacionalismo lituano, moldavo o ucraniano parecía remitir a un universo de ancianos exilados ensimismados en sus nostalgias.

En un artículo publicado en España en 1990, y posiblemente redactado en los Estados Unidos con cierta anterioridad, el antiguo consejero de Seguridad Nacional del Presidente Carter, Zbigniew Brzezinski, señalaba, sin embargo, que «ha llegado el momento de que Occidente afrente como cuestión política un problema que durante años ha propendido a ignorar la mayoría de los estudiosos occidentales, y que todos los políticos aún consideran tabú: la marea ascendente del nacionalismo en Europa oriental y especialmente en la Unión Soviética. Esta cuestión, tanto tiempo latente, está llegando a constituir, de forma dinámica y conflictiva, la realidad central del mundo soviético, que en tiempos fue aparentemente homogéneo. En verdad, así como Marx describió alguna vez el Imperio ruso cual una "prisión de naciones", bajo Gorbachov el imperio soviético se está convirtiendo rápidamente en el volcán de las naciones».[17]

Las páginas que siguen pretenden, con la modestia que hace al caso, aportar algunos datos, ideas y reflexiones sobre todo este mundo volcánico, la violenta explosión del cual será previsiblemente, y durante mucho tiempo, un «enigma», si aceptamos el juicio y la previsión de Furet.[18] En todo caso habrá que convenir que el «enigma» no será necesariamente uno, en singular, sino un conjunto de ellos: un conjunto con seguridad abigarrado que puede afectar a numerosos factores de un proceso tan complejo. Parece razonable considerar que todos estos «enigmas» conciernen no solo a la implosión final, que muy pocos preveían *a priori.* Muy contados observadores y estudiosos contemplaron tal posibilidad en fecha anterior a 1991. Por el contrario algunos expertos, como es el caso de Philip Windsor, acuñaban términos como «otomanización» sugiriendo la eventualidad de largos procesos de decadencia, y

eventualmente de desmembración, en el mundo soviético, más o menos parangonables a los acontecidos en el imperio turco durante el siglo XIX.[19]

Conocer cuál ha sido la importancia real de los factores nacionalitarios en el gran cambio engendrado en torno a 1989 es todavía hoy –y previsiblemente continuará siéndolo durante un tiempo indefinido– una cuestión abierta. Al poner el punto final de la edición original inglesa de *Naciones y nacionalismo desde 1780-es* decir, en 1990– Hobsbawm pensaba que tales cambios « con la posible excepción de Yugoslavia, se debieron esencialmente, no a tensiones nacionales, sino a la decisión del régimen soviético de reformarse a sí mismo [...] el nacionalismo se ha beneficiado de estos acontecimientos, pero no puede decirse seriamente que haya tenido importancia como factor desencadenante de los mismos ».[20] Este es un juicio polémico que deberá precisarse en un próximo futuro.

En todo caso el fracaso –el relativo fracaso– del reformismo impulsado por Gorbachov responde a la dificultad de transformar un sistema totalitario sin abandonar radicalmente los supuestos sobre los cuales dicho sistema ha sido históricamente construido. Pero también, como ha señalado Leszek Kolakovski, responde igualmente a otro fenómeno de larga duración en la historia rusa: el de la modernización. Una modernización calificada de «ilustrada» para la época de Pedro el Grande, de «occidentalizadora» para la de Alejandro II y de «bárbara» para la de Lenin y Stalin.[21] Las dos primeras habrían estado ligadas al crecimiento del Imperio ruso, la tercera a la consolidación esencial de su ámbito territorial, mientras que la cuarta –la democratizadora de Gorbachov– se inscribe en el contexto de un repliegue geoestratégico del «imperio exterior» que no podía dejar de afectar profundamente al «imperio interior»

Si bien, como se muestra en las páginas que siguen, la *nomenklatura* del PCUS pudo transigir en correcciones substanciales de la política exterior soviética e, incluso, admitir determinadas modificaciones cosméticas de ciertas pautas del funcionamiento interno del régimen, se mostró intransigente a la hora de alterar un

escenario territorial –un escenario nacionalitario, en definitiva que no era solamente el soviético sino, sobretodo, el resultado histórico del expansionismo ruso. En ese sentido los intentos de Gorbachov de transformar los cimientos del Estado a través de la firma de un nuevo Tratado de la Unión en 1991, constituyeron el catalizador y al mismo tiempo el corolario de tensiones interiores que, ciertamente, no fueron sólo «nacionales», pero que se dispararon por causas «nacionales». Hegemonismo nacional (ruso) y poder político (comunista) son la base esencial del *putsch* de agosto de 1991 que, paradójicamente, propició con su fracaso tanto la disolución del PCUS como la desaparición jurídica y política de la Unión Soviética.

En la gestación de este magno y al mismo tiempo inédito horizonte el nacionalismo postcomunista representa, en una proporción todavía hoy muy difícil de precisar, un factor no secundario. Contemplado desde la perspectiva del tradicional escenario soviético, ha alterado conceptos políticos y geoestratégicos muy antiguos: en las fronteras occidentales de Rusia («Ocraïna» significa precisamente «frontera»), en la encrucijada de civilizaciones que es el Cáucaso, en las complejas y mal conocidas realidades de la inmensa Asia central.

Desde una óptica centroeuropea, en la que convendría seguramente inscribir la cuestión báltica, el húngaro Pál Dunay ha escrito que el nacionalismo había representado un factor positivo al erigirse no sólo en instrumento de lucha «contra la dominación política y militar extranjera», sino también como elemento movilizador que permitió a los nuevos dirigentes de los países de la región poner en marcha democracias parlamentarias en condiciones económicás extremadamente difíciles. Para todo ello –escribe Dunay- había que disponer de «una ideología fácilmente accesible a todas las capas de la población y que permitiese aunar el necesario consenso. Solo el nacionalismo podía satisfacer estas necesidades».[22]

A examinar algunas de estas cuestiones, sin desdeñar unos orígenes históricos sin duda esenciales, está destinado este estudio. Dada la inmensidad –inabordable-de las cuestiones nacionalitarias

en la globalidad del escenario soviético, hemos optado por limitar su alcance, además de a obligadas consideraciones de carácter general, a cuestiones que aparecen como especialmente significativas: al mundo musulmán y a sus fronteras, al decisivo planteamiento nacional en las marcas bálticas, a la emergéncia de la nación en el propio mundo eslavo que tiene en Ucrania su paradigma. En todo caso sólo unos modelos puntuales entre toda una inalcanzable galaxia.

A.C.
Universitat de València
Septiembre 1997

1 Cf. T. NAIRN: *The Break-up of Britain*. Londres, New Left Review, 1977 y E. HOBSBAWM: «Some reflections on *The Break-vp of Britain», New Left Review*, 105 (1977).
2 W. PFAFF: *La ira de las naciones. La civilización y las furias del nacionalismo*. Santiago de Chile. Andrés Bello, 1994, p. 11.
3 Cf. F. PONTEIL: *L'éveil des nationalités et le mouvement liberal*. París, PUF, 1968.
4 A. FINKIELKRAUT: *La Défaite de la pensée*. París, Gallimard, 1987, pp. 39 y ss.
5 Véase F. HARTOG: *Le XIX siècle et l'histoire. Le cas de Fustel de Coulanges*. París, PUF, 1988.
6 M. HROCH: «From National Movement to the Fully-formed Nation», *New Left Review*, 198(1993).
7 Véanse las referencias a Mitterrand sobre la resurrección de «un mundo de tribus » en P. MAUROY: «Discurso de…, nuevo presidente de la Internacional Socialista», en *XIX Congreso de la Internacional Socialista (Berlín, 15-17 de septiembre de 1992*). Londres, La Internacional Socialista, Maritime House, 1992, p. 21; R. DAHRENDORF: «¿Una Europa de las regiones? La doble maldad de anteponer las tribus a las comunidades heterogéneas», *El País*, 10 octubre 1991; G. HERMET: *Histoire des nations et du nationalisme en Europe*. París, Seuil, 1996, p. 13; E. HOBSBAWN: Historia *del siglo XX*. Barcelona, Crítica, 1995, p. 559.
8 Cf. P. SAGER: *Nationalism: a present danger?* Berna, Foundation for Democracy, 1992, p. 15.
9 A. ROVIRA i VIRGILI: Introducción a *El principi de les nacionalitats*. Barcelona, La Revista, 1916 (aquí se cita por la edición ampliada de I. MOLAS: *Nacionalisme i federalisme*. Barcelona, Edicions 62, 1982).
10 X. RUBERT DE VENTÓS: *Nacionalismos. El laberinto de la identidad*. Madrid, Espasa Calpe, 1994, p. 13.
11 J. F. MIRA: *Hèrcules i l'antropòleg*. Valencia, 3 i 4, 1994, p. 97.

12 Citado por J. YACOUB: *Les minorités. Quelle protection?* París, Desclée de Brower, 1995, p. 305.
13 CONSEJO DE EUROPA: *European Charter for Regional or Minority Languages*. Estrasburgo, European Treaty Series 148, 5 noviembre 1992.
14 R. BINDIG: *Rapport sur la protection des droits des minorités*. Estrasburgo, Assemblée Parlementaire Conseil de l'Europe, 5 junio 1996, doc. 7572, p. 6.
15 CONSEJO DE EUROPA: *Framework Convention for the Protection of National Minorities and explanatory report*. Estrasburgo, 1995.
16 Cf. R. BINDIG: *Rapport sur la protection…* , p. 7.
17 Z. BRZEZINSKI: «Nacionalismo poscomunista», *Política Exterior*, vol. IV, 15 (1990), p. 137.
18 F. FURET: «L'énigme de la désagregation communiste», *Le Débat*, 62 (1990).
19 Ph. WINDSOR: «La puissance militaire, instrument de la politique soviétique», *Politique Etrangère*, 1 (1982), p. 61.
20 E. J. HOBSBAWN: *Naciones y nacionalismo desde 1789*. Barcelona, Crítica, 1991, p. 180.
21 Cf. *Le Nouvel Observateur*, 1317, 1-7 febrero 1990, p. 8.
22 P. DUNAY: «La paix menacée en Europe, mais par qui?», *Cahiers de Chaillot*, Institut d'Études de Sécurité (UEO), 20, octubre (1995), p. 56.

CAPÍTULO I
LA URSS: COHESIÓN Y DISPERSIÓN NACIONAL

En 1976 Andrei Amalrik, un conocido disidente ruso, sorprendió a la opinión pública occidental con un ensayo cuyo título se consideró, entonces, desconcertante: ¿*Sobrevivirá la Unión Soviética a 1984*? Dos años más tarde Hélène Carrère d'Encausse, una politóloga de nacionalidad francesa cuyos orígenes, sin embargo, provenían del «fondo del Cáucaso»[1] lo hacía de nuevo con otro libro de título no menos lapidario: *L'Empire éclaté.*[2] El texto, que posteriormente ha sido considerado «profético», mostraba que la URSS era un Estado que en realidad no respondía a su leyenda habitual. «Legendariamente –escribía Carrère d'Encausse– es el Estado de los trabajadores, obreros y campesinos. Pero verdaderamente es, en primer lugar, un Estado de naciones».[3] La sovietóloga concluía que la política de las nacionalidades se había saldado con un estrepitoso fracaso, en parte derivado del de la modernización de la sociedad soviética que, desde el punto de vista de la teoría marxista-leninista, debería haber comportado una progresiva integración de las diversas naciones no rusas en la Unión Soviética.

Este había sido un punto de vista inicial en el pensamiento de Lenin sobre la cuestión nacional.[4] Uliánov

> pensaba que «precisamente en interés del éxito en la lucha contra toda clase de nacionalismos de todas las naciones, propugnar la unidad de la lucha proletaria y de las organizaciones proletarias, su más íntima fusión en una comunidad internacional, a despecho de las tendencias burguesas al aislamiento nacional. Completa igualdad de derechos de las naciones; derecho de autodeterminación de las naciones; fusión de los obreros de todas las naciones; tal es el programa que enseña a los obreros el marxismo, que enseña al mundo entero la experiencia de Rusia».[5]

Las tesis de Lenin se contraponían con las del pensamiento austromarxista que tuvo quizás en Otto Bauer su más brillante teórico. Bauer consideraba que el advenimiento de una sociedad socialista no presuponía, en ningún caso, la desaparición de las peculiaridades nacionales ya que lo que el socialismo llegaria a conseguir sería la integración del conjunto del pueblo en la comunidad nacional cultural, la conquista de la plena autodeterminación para las naciones y, también, la creciente «diferenciación espiritual» de las naciones.[6] Las concepciones de Bauer, por otra parte, trataban del socialismo en el contexto de una sociedad democrática, muy diferente a la que se fue configurando en el mundo del «socialismo realmente existente». De las consideraciones leninistas sobre «la fusión de los obreros de todas las naciones» se derivó posteriormente un apotegma especialmente importante en la historia de la Unión Soviética: la tesis de la «fusión» de las nacionalidades de la URSS, iniciada durante la etapa de Kruschev y ampliamente desarrollada a partir de la época de Breznev. Los supuestos ideológicos de Bauer, por el contrario, reafirmaban la permanencia de las naciones, especialmente en sus rasgos nacional-culturales a través de un sistema democrático y federativo en el que se garantizaba un escrupuloso respeto por las minorías nacionales con la crea-ción de un original sistema de autonomías nacionales extraterritoriales. Marxismo-leninismo y austromarxismo se configuraban como dos modelos nacionalitarios claramente diferenciados e incluso antitéticos.

La obra teórica inicial de Stalin *El marxismo y la cuestión nacional* (1913),[7] –que posteriormente logró alcanzar una gran difusión y una

extraordinaria influencia en todo el mundo– no es sino un intento de combatir el bundismo y, a través de él, el austromarxismo. Muy pronto, sin embargo, el pensamiento estalinista sobre la cuestión nacional adquirió otros caracteres. Su rasgo fundamental estribó en la consideración que los límites del imperio zarista debían ser preservados y mantenidos para garantizar la estabilidad de la revolución bolchevique. En un artículo publicado en *Pravda,* el 10 de octubre de 1920, Stalin escribía:

> Tres años de revolución y de guerra civil en Rusia han demostrado que sin la ayuda recíproca entre la Rusia central y sus regiones periféricas no sería posible la victoria de la revolución y no sería posible liberar Rusia de las garras del imperialismo Rusia central, ese foco de la revolución mundial, no se podría mantener mucho tiempo sin la ayuda de las regiones periféricas, ricas en materias primas, combustibles y productos alimenticios. Las regiones periféricas de Rusia estarían a su vez condenadas a una inevitable servidumbre imperialista sin la ayuda política, militar y organizativa de la Rusia central más desarrollada […] La llamada independencia de los países llamados independientes, como Georgia, Armenia, Polonia, Finlandia, etc. no es más que una apariencia engañosa, que esconde la plena dependencia de esos llamados Estados de tal o de tal grupo de imperialistas […] los intereses de las masas populares dicen que la reivindicación de la separación de las regiones periféricas en la fase actual de la revolución es profundamente contrarrevolucionaria.[8]

El largo texto citado muestra con toda claridad el pensamiento del primer comisario bolchevique de las nacionalidades. El vocabulario utilizado revela significativamente las intenciones políticas de su autor, que obvia cualquier referencia a las tesis leninistas sobre la autodeterminación, consideradas siempre oficiales en la Unión Soviética. Habría que concluir que Stalin tenía ya, en 1920, concepciones no lejanas a las que explicitó dos años más tarde, las de la «autonomización», explanadas en los debates previos a la fundación jurídica y política de la URSS, y que de hecho postulaban la absorción por Rusia de las repúblicas independientes y la configuración de un Estado de «repúblicas autónomas» con órganos de gobierno meramente ornamentales. En todo caso, durante las etapas de desestalinización, y concretamente en la época de Breznev, publicaciones paraoficiales soviéticas criticaron abiertamente, probablemente por vez primera, las tesis de la autonomización. «Él

(Stalin) y sus partidarios propusieron que las repúblicas soviéticas anteriormente independientes se integraran en la RSFSR con derecho de autonomía. Pero una cosa es cuando se unen repúblicas iguales en derechos y se mantienen como tales, y otra, muy distinta, cuando se integran en una república [federada] y se convierten en autónomas».[9]

Tal contraposición de puntos de vista, sin embargo, no es sino un debate histórico nominalista. La existencia de una rígida estructura centralizada –ejercida a través del partido único-, las características que adoptó la planificación de la economía soviética y, en definitiva, la ausencia de garantías democráticas, las diferencias reales entre un Estado integrado por repúblicas «autónomas» y un Estado integrado por repúblicas «federadas» no pasaba de ser un ejercicio retórico. Sin garantías democráticas efectivas no existe capacidad federativa, pese a las declaraciones explícitas de federalismo efectuadas en el contexto del «socialismo realmente existente» y que han resultado especialmente rotundas también en el modelo yugoslavo.[10] Por las mismas razones los esfuerzos de los juristas soviéticos, tratando de demostrar que desde el punto de vista constitucional las cuestiones nacionales en la URSS habían quedado definitivamente resueltas, se han revelado como estrictamente estériles.[11]

Los intentos formales, en las etapas postestalinistas, de volver a las «fuentes originales» del leninismo, condujeron a explicaciones históricas –oficiales o paraoficiales– que violentaban ostensiblemente hechos urriversalmente aceptados. La literatura política soviética se ha esforzado por ejemplo en mostrar que la independéncia de Polonia o de Finlandia no fue sino una puesta en práctica del derecho de autodeterminación practicado por el nuevo Estado comunista.[12] Mientras que, por el contrario, «es erróneo decir lo mismo de Letonia, Lituania y Estonia. Fue distinto». En el caso de los países bálticos, según la citada versión, «se crearon repúblicas soviéticas que no tenían intención de separarse. La separación se produjo sólo cuando el poder de los obreros y campesinos fue derrotado en ellas por los invasores germanos y la contrarrevolución rusa, fuerzas que interpretaban los intereses de la gran burguesía. En 1940 el poder soviético se estableció allí, y Lituania, Letonia y Estonia volvieron a reintegrarse en la Unión Soviética».[13]

Los puntos de vista sobre las cuestiones nacionales mantenido durante la época de Breznev fueron generalmente revalidados de manera acrítica, pese a su carácter tantas veces contradictorio, al menos durante los primeros años del período de la *perestroika.* En algún caso, como el de la cuestión báltica a la que acaba de hacerse referencia, literalmente al pie de la letra. Lo hacía en tal sentido Valentin Falin, uno de los más influyentes artífices de la política exterior soviética durante la etapa Gorbachov. Falin, director del Departamento Internacional del Comité Central del PCUS y miembro también del Comité Central del Soviet Supremo, declaraba en marzo de 1990 ante la Asamblea Parlamentaria de la Unión Europea Occidental (UEO) que la independencia de los países bálticos había sido posible «por un acuerdo concluido entre las tropas de ocupación del Reich alemán y personas elegidas y escogidas por este Imperio».[14] El dirigente soviético señaló igualmente que por el Tratado de Brest-Litovsk «fuimos obligados a reconocer la independencia de la región».[15] En todo caso Falin no quiso mencionar en ningún momento el hecho, por otra parte suficientemente conocido, de que la Unión Soviética había reconocido reiteradamente la independéncia de los tres Estados bálticos, había mantenido con ellos relaciones diplomáticas plenas durante largos años y, en fin, había firmado distintos acuerdos de no agresión con Letonia, Lituania y Estonia.[16]

Las similitudes entre los puntos de vista mantenidos durante los primeros años de la *perestroika* y los que habían sostenido los gobiernos precedentes respecto de las cuestiones nacionales, no se circunscriben a coincidencias concretas, sino que afectan a concepciones mucho más generales. Existió una visión común –fundamentada en el pensamiento del propio Lenin– por la que el Estado soviético, mediante la industrialización y la colectivización, había «liquidado» las desigualdades económicas, sociales y culturales de las nacionalidades patentes en la época zarista y conseguido «su integración política en el marco de un solo Estado federado que no es un conglomerado de unidades nacional-administrativas, sino un todo orgánico».[17] Desde el punto de vista soviético, y está es una apreciación compartida ampliamente, las transformaciones

socioeconómicas y políticas de la URSS habían propiciado el nacimiento de una nueva comunidad histórica el «pueblo soviético». La nueva comunidad –entendían– constituía un fenómeno social extremadamente complejo y diversificado que reflejaba la particularidad de unas gentes pertenecientes a diversos grupos nacionales, y cuyas premisas comunes se hallaban tanto en la Revolución de Octubre como en la fundación de la Unión Soviética. Desde esta perspectiva se llegó a afirmar con total rotundidad que «la cuestión nacional, en la forma heredada por el Estado socialista del pasado, está irrevocablemente resuelta».[18]

El Preámbulo de la Constitución (Ley fundamental) de 1977 recogió la existencia de un «pueblo soviético» y en su artículo 7 definió el Estado como «multinacional, federal y unido, configurado en base al principio del federalismo socialista, en virtud de la libre autodeterminación de las naciones y de la asociación voluntaria de las Repúblicas Socialistas Soviéticas iguales en derechos».[19] Algunos autores soviéticos han precisado que en el curso del debate del proyecto de Constitución «se expusieron propuestas que evaluaban erróneamente la etapa alcanzada de la historia de la Unión Soviética». Boris Topornín señalaba en tal sentido que

> a partir del hecho de que en la URSS se hubiese formado una nueva comunidad histórica, el pueblo soviético, que es una unión no sólo social sino también internacional, se llegaba a la conclusión de que sería deseable pasar de la Federación al unitarismo o debilitar substancialmente los aspectos nacionales de la organización estatal.[20]

Con esa perspectiva se propuso limitar los derechos de las repúblicas federadas, privarlas del teórico derecho de separarse de la URSS –pese a que tal derecho nunca estuvo jurídicamente desarrollado en normativas específicasy de mantener relaciones internacionales propias, como acontecía tanto en el caso de Ucrania como en el de Bielorrusia, miembros de pleno derecho de las Naciones Unidas. En el mismo sentido se postuló también la transformación de la estructura del Soviet Supremo de la URSS, que debía pasar de órgano bicameral a unicameral.

El propio Topornín señaló el «carácter equívoco» de tales propuestas por las que sus autores «identificaban el surgimiento del

pueblo soviético como una nueva comunidad, con la aparición de una nueva nación, la soviética. Pero esto no es lo mismo. El fortalecimiento del multinacional pueblo soviético no significa en absoluto que se anulen las naciones y etnias que pueblan la URSS. Por el contrario, el pueblo soviético como comunidad internacional está integrado por estas naciones y etnias. El proceso de internacionalización de la vida social en la URSS conduce a la intensificación de los procesos de acercamiento mutuo entre las naciones y las etnias soviéticas, pero estas continúan existiendo y se manifiestan cada vez con mayor plenitud todo su potencial.[21]

Las cautelas adoptadas en los comentarios de Topornín se inspiraban en las anteriormente realizadas por el propio Breznev que, aunque en 1977 había subrayado que «la igualdad, la fraternidad, la unidad indestructible de los pueblos de la Unión Soviética son de ahora en adelante hechos […] [y que] el proceso de acercamiento continuo de las naciones [soviéticas] afecta todas las esferas de la vida de nuestra sociedad»,[22] también consideraba peligrosa la vía de acelerar «artificialmente» el proceso de fusión de las naciones en el interior de la URSS.[23]

La discusión que nos ocupa también ofrece unas elevadas dosis de nominalismo. Si la dirección soviética no se decidió a consumar la teórica supresión de las naciones de la URSS, las razones reales fueron –ha escrito Carrére d'Encausse– que «las naciones no estuvieron dispuestas a aceptar la integración política y cultural que implicaba tal cambio». Pero, sin embargo, las tensiones engendradas por las pretensiones unitaristas de una parte de la dirección soviética, permitió a algunos movimientos nacionalistas no rusos a «consolidarse y crecer».[24] De manera equiparable el *stablishment* soviético –cuyo objetivo numerosas veces proclamado era instituir el ruso como lengua común de todo el territorio de la Unión– se vio obligado a ceder en sus metas ante las resistencias puestas de manifiesto por distintas nacionalidades, especialmente en el Cáucaso.

Algunos años más tarde, durante la celebración del sesenta aniversario de la fundación de la URSS, Iuri Andrópov realizó un balance veladamente crítico de los aspectos nacionalitarios de la obra de su predecesor en la secretaría general del PCUS Leónid Breznev,

subrayando cuidadosamente «lo que falta por hacer». Andrópov señaló con toda rotundidad, el 21 de diciembre de 1983, que el objetivo final trataba «no solamente de aproximar a las naciones [no rusas], sino también de realizar su fusión». El Partido –señalaba– es plenamente consciente del largo camino que para ello hay que recorrer: es imposible quemar las etapas, pero también el frenar los procesos que están próximos a madurar.[25]

Los puntos de vista de Gorbachov respecto a las nacionalidades no ofrecieron, en principio, variables substanciales respecto a los expresados por sus predecesores. Todo parece indicar que al menos durante los primeros años de su mandato –e incluso tras la significativa revuelta antirrusa de Alma-Atá en 1986– la cuestión de las nacionalidades no fue objeto de una especial preocupación para el nuevo secretario general del PCUS. *Perestroika,* su texto de 1987, que constituye un apretado índice de los proyectos y de las líneas maestras del «nuevo pensamiento» –y su presentación pública en Occidente– se limitaba a subrayar con énfasis que

> la Unión Soviética es un joven Estado sin equivalente en el mundo moderno. A lo largo de los siete últimos decenios –un breve periodo comparado con la historia de la civilización humana– nuestro país ha franqueado los siglos de un salto. Una de las potencias más grandes del mundo ha reemplazado al atrasado Imperio ruso y su sistema semicolonial y semifeudal. Fuerzas productivas considerables, un poderoso potencial intelectual, una cultura muy desarrollada, una comunidad única compuesta por más de cien naciones y nacionalidades […] estos son nuestros grandes e indiscutibles éxitos de los que el pueblo soviético se enorgullece justamente.[26]

En un contexto muy diferente, en la sesión conjunta del Comité Central del PCUS, del Soviet Supremo de la URSS y del Soviet Supremo de la RSFSR celebrada con motivo del setenta aniversario de la Revolución de Octubre, Gorbachov afirmaba enfáticamente –como ha recordado Carrére d'Encausseque «hemos solucionado el problema de las nacionalidades» e insistía como sus predecesores en que se habían superado toda clase de dificultades entre todas las repúblicas y regiones: entre todos los pueblos de la URSS. En definitiva, concluía Gorbachov, «la amistad de los pueblos soviéticos es una de las mayores conquistas de Octubre. Es por ella misma un fenómeno único

en la historia mundial y, para nosotros, uno de los principales pilares de la potencia y de la solidez del Estado soviético.[27]

La literatura política de los primeros años de la *perestroika,* por su parte, tradujo tales concepciones a términos en los que quedaba excluido cualquier tipo de pensamiento crítico y en los que la trayectoria nacionalitaria del PCUS aparecía –desde Lenin a Gorbachov– como un todo homogéneo. «El camino recorrido por el País soviético –escribía, por ejemplo, Alexandr Proskurines testimonio que la política nacional leninista, aplicada bajo la dirección del Partido Comunista, ofreció a cada uno de los pueblos del país amplias posibilidades para el desenvolvimiento social, económico y cultural. Sus resultados son convincentes: el problema nacional heredado del pasado está solucionado felizmente en la Unión Soviética».[28]

Los enunciados de Proskurin relevan, por su rotundidad, de cualquier tipo de comentario. En definitiva, como resultado de un proceso ejemplar de integración nacional, se había producido un «fenómeno histórico», y había nacido una «nueva comunidad histórica»: el «pueblo soviético». Tal hecho significaba que «en la vida de todos los pueblos del país adquieren importancia decisiva los rasgos comunes que no dependen de las diferencias sociales y nacionales y que son la Patria única, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas; la estructura socioclasista homogénea; la concepción del mundo común, el marxismo-leninismo; el objetivo común, la edificación del comunismo y la cultura socialista, nacional por su forma y común por su contenido»,[29] Según tan dulce versión, las contradicciones en todo caso solamente podían deberse al«exclusivismo nacional» o al«localismo», fenómenos ambos que no eran sino «estados de ánimo inspirados en el afán de vivir a costa de otros».[30]

Sin embargo, de forma paralela a la repetida proliferación de afirmaciones como las citadas, y a la consagración oficial del nacimiento del «pueblo soviético» proclamada por la Constitución (Ley fundamental) de 1977, ciertos datos inferidos de los propios documentos soviéticos conducían a diversos expertos, entre los que se encuentran Carrérre d'Encausse[31] o Bohmann,[32] a conclusiones un tanto divergentes. Nos referimos, en primer lugar, a los resultados de

los censos de población soviéticos de 1959, 1970 y 1979, en los que se reflejaban datos ya normalizados sobre la población de la URSS, tras una larga etapa histórica que hay que considerar demográficamente como poco estable, y en la que se produjeron fenómenos como la pròpia Revolución de Octubre y la guerra civil, las campañas de kulakización, las consecuencias demográficas de la Segunda Guerra Mundial o las rectificaciones de fronteras producidas por el mismo conflicto. Los censos de 1959, 1970y 1979 contenían informaciones muy sugerentes que, aún sin ser absolutamente contrastadas, daban cierta luz a determinados aspectos de la población y de la sociedad soviéticas.

Crecimiento de la población en las Repúblicas Soviéticas

	En mil habitantes			Incremento en porcentaje	
República	1959	1970	1979	circa 1959	circa 1970
Rusia	117.534	130.079	137.551	17,0	5,7
Ucrania	41.869	47.126	49.775	18,8	5,6
Bielorrusia	8.055	9.002	9.560	18,7	6,2
Estonia	1.197	1.356	1.466	22,5	8,1
Letonia	2.093	2.364	2.521	20,5	6,6
Lituania	2.711	3.128	3.398	25,3	8,6
Moldavia	2.885	3.569	3.947	36,8	10,6
Georgia	4.044	4.686	5.015	24,0	7,0
Azerbaiján	3.698	5.117	6.028	63,0	17,8
Armenia	1.763	2.492	3.031	71,9	21,6
Kazajstán	9.310	13.009	14.684	57,7	12,9
Kirguizistán	2.066	2.934	3.529	57,7	12,9
Tadyikistán	1.980	2.900	3.801	92,0	31,1
Turkmenistán	1.516	2.159	2.759	82,0	27,8
Uzbekistán	8.106	11.789	15.391	89,9	30,4
URSS	208.827	241.720	262.436	25,7	8,6

Fuente: A. BOHMANN: «Peoples and Ethnic Groups in the Soviet Union»

De la lectura de los datos precedentes se pueden inferir, en principio, algunas grandes líneas de la estructura de la población soviética. Cabría señalar, en primer lugar, una notoria división de la

URSS en dos grandes áreas. De un lado su territorio occidental compuesto fundamentalmente por los pueblos eslavos y bálticos, caracterizados por un crecimiento demográfico inferior a la media del conjunto soviético (y en el que Moldavia constituiría una excepción). Por otra parte un territorio oriental susceptible de ser subdividido a su vez en dos regiones: la caucásica y la integrada por las cinco repúblicas federadas de Asia central. En el territorio oriental de la URSS, y especialmente en las cinco repúblicas asiáticas se asistía, en la etapa de referéncia, a una progresión creciente de crecimiento demográfico que, en el caso de ciertos pueblos de cultura islámica como los tadyikos o los uzbekos, era de unas cuatro veces y media mayor que el de la Federación Rusa.[33]

La primero de las consecuencias del fenómeno demográfico aludido no era otra que la de la constante disminución, en el conjunto de la Unión Soviética, tanto de la población rusa como, en general, de la población eslava que, siguiendo la interpretación de Bohmann, podría resumirse en los siguientes cuadros:

Rusos y no rasos en la URSS
(en mil habitantes)

	1926	1939	1959	1970	1979
Pobl. URSS	147.028	170.467	208.827	241.720	262.436
Rusos	97.791	100.392	114.114	129.015	137.397
% rusos	66,51	58,89	54,65	53,37	52,35
No rusos	49.237	70.075	94.713	112.705	125.039
% no rusos	33,49	41,11	45,35	46,63	47,65

Fuente: A. Bohmann: «Peoples and Ethnic Groups in the Soviet Union.»

Por lo que respecta a la población eslava dentro del conjunto del territorio soviético era la que a continuación se resume.

Eslavos y no eslavos en la Unión Soviética
(en mil habitantes)

	1926	1939	1959	1970	1979
Rusos	97.791	100.392	114.114	129.015	137.397
Ucranianos	31.195	35.611	37.253	9.052	9.463
Bielorrusos	4.739	8.275	7.913	9.052	9.463
Polacos	0.782	1.730	1.380	1.167	1.151
Otros eslavos	0.200	0.300	0.375	0.394	0.405
Total eslavos	134.707	146.308	161.035	180.381	190.763
% eslavos	91,62	85,83	77,11	74,62	72,69
No eslavos	12.321	24.159	47.192	61.339	71.673
% no eslavos	8,16	14,17	22,89	25,38	27,31

Fuente: A. BOHMANN: «Peoples and Ethnic Groups in the Soviet Union.»

Ante la gran disparidad del crecimiento demográfico de los pueblos de la Unión Soviética –en los que es fácilmente constatable el *décalage* existente entre los pueblos eslavos y los de cultura islámica– el propio Bohmann comentaba que la supremacía étnica de los primeros en el Estado soviético estaba a su juicio garantizada durante un período de unos noventa años, incluso después de que la población rusa hubiese perdido su carácter absolutamente mayoritario, debido a las aportaciones de los pueblos eslavos no rusos: ucranianos, bielorrusos, polacos y otros.[34]

La cuestión, sin embargo, trascendía más allá de las disparidades demográficas, con ser estas últimas suficientemente significativas, y se tradujo en un aumento creciente de las diferencias económicas y, en definitiva, de las condiciones de vida entre los pueblos eslavos y las etnias de cultura musulmana, especialmente los de las repúblicas de Asia central, cuya relativa prosperidad durante los años de la postguerra comenzó a retroceder de manera inequívoca durante el estancamiento de los años setenta, momento en que la renta per cápita de todas ellas se situó claramente por debajo de la media soviética. Las disparidades en el crecimiento demográfico tuvieron,

especialmente a partir de entonces, un corolario de desigualdades económicas y sociales que llegaban a su punto álgido durante la *perestroika.* En el año 1988 el producto material neto por habitante en la Federación Rusa alcanzaba 2.623 rublos, 1.985 rublos en Ucrania, 1.891 en Georgia, 1.056 en Uzbekistán, y solamente 925 en Tadyikistán. Si hacemos referencia al producto industrial por habitante durante el mismo año, los resultados serían los siguientes, Federación Rusa, 3.371 rublos; Ucrania, 3.106; Georgia, 2.273; Uzbekistán, 1.255, y Tadyikistán, 927 rublos. Respecto a la producción agrícola por habitante, a la Federación Rusa le correspondían 258 rublos; a Ucrania, 980; a Georgia, 197; a Uzbekistán, 515 y Tadyikistán, 438 rublos. Debe señalarse igualmente que el consumo anual de carne por habitante y año durante el mismo 1988, fue de 73 kilos en Rusia; de 69 en Ucrania; de 48 en Georgia; de 60 en Uzbekistán y de 30 kilos en Tadyikistán.[35]

En todo caso, las disparidades económicas y sociales entre las repúblicas occidentales y las repúblicas asiáticas de la URSS, según ha señalado Jean Radvany,[36] no hacían sino agravarse, en frontal contradicción con las tesis oficiales soviéticas según las cuales las desigualdades económicas, sociales y culturales de los distintos pueblos del Estado habían desaparecido de hecho como consecuencia de los progresos materiales logrados por el comunismo. Precisamente la desaparición progresiva de estas desigualdades constituía el fundamento de la «fusión» de las naciones y de la superación definitiva de los problemas nacionales. En el análisis de Radvany, sin embargo, la evolu-ción de la renta per cápita de las diferentes repúblicas soviéticas en relación con la renta per cápita global de la URSS (URSS=100), entre 1979 y 1987, no ofrecía un horizonte homogéneo, sino francamente divergente.

	1979	1987
URSS	100	100
Rusia	133,5	?
Ucrania	91,4	89,3
Bielorrusia	103,2	116,1

Estonia	130,7	117,9
Letonia	128,3	124,8
Lituania	105	107
Moldavia	83,4	79,8
Armenia	88,9	87,8
Azerbaiján	74,7	76,6
Georgia	87,1	90,4
Kazajstán	70,7	77,6
Kirguizistán	59,4	?
Uzbekistán	60,3	51,2
Tadyikistán	47,1	43,8
Turkmenistán	67,3	63,9

Fuente: J. RADVANY: *L'URSS: régions et Nations*

Las explícitas disparidades económicas entre las diferentes repúblicas reforzaban los trazos de una Unión Soviética occidental relativamente próspera –aunque con significativos altibajos– muy alejada de la deprimida situación de las regiones musulmanas de Asia Central en las que se conjugaban un desorbitado crecimiento demográfico, unas muy débiles tasas de industrialización y una agricultura solo relativamente desarrollada que explican un nivel de vida en continuo deterioro. A este sombrío panorama cabría añadir, además, las consecuencias derivadas de una política de planificación que les impuso unos criterios económicos singularmente negativos. La consolidación del monocultivo del algodón en Uzbekistán no sólo contribuyó de forma indudable a catástrofes ecológicas de gran magnitud como la del mar de Aral, sino que mantuvo –y, en todo caso, agravó– la precariedad del trabajo agrario y, sobre todo, impuso unas condiciones sociolaborales de una tal dureza que catalizaron en la población autóctona profundos y seguramente nunca explicitados sentimientos antirrusos. La relativa permisividad de la *perestroika* los haría aflorar a la superficie.

Buena muestra de todo ello eran las significativas declaraciones de Gamid Khérichi, unos de los ideólogos del Frente Popular de Azerbaiján, al semanario lituano en lengua rusa *Slogacié* (Concordia) y que daba a conocer en Occidente *Le Monde Diplomatique* en 1990. Sus declaraciones constituían una explosiva mezcla de numerosos y heterogéneos ingredientes en los que no faltaba una óptica decididamente panislámica y panturquista y donde, sobre todo, se ponía el acento en el radical contraste del modo de vida de los rusos y de los musulmanes. Para Khérichi los rusos trabajaban en contextos idílicos: «Mirad –declaraba– lo que pasa en las fábricas de Ivanovo [en Rusia, al noroeste de Moscú]: es el reino de la limpieza, del orden, los sindicatos ofrecen viajes para las vacaciones, las mujeres llevan hermosas blusas». Tales –a sus ojos– arcádicas condiciones de vida «somos no sotros –insistia– quienes lo hacemos posible con nuestro algodón uzbeco». Pero, añadía, «un día los cogeremos [a los rusos] por el pescuezo y les diremos: "Os habéis organizado una vida tranquila, pero mirad a nuestras mujeres que trabajan con temperaturas de 40º. Cuando los mismos perros se arrastran a la sombra, nuestras gentes se queman al sol"».[37]

Ni los datos objetivos ni las reacciones subjetivas confirmaban, en cualquier caso, las tesis oficiales: la fragua y posterior «fusión» de «un» pueblo soviético, sino que, por el contrario, ponían en evidencia la existencia de poblaciones altamente heterogéneas. Con el inicio de una política reformista y permisiva inaugurada por el equipo de Gorbachov –que implicó una dulcificación de la férrea disciplina imperante durante la etapa brezneviana– se desveló la existencia de una incipiente opinión pública, que en buena parte no era sino la consecuencia de las grandes transformaciones de las estructuras soviéticas, y que cristalizaron en nuevas realidades civiles. En definitiva, como ha escrito Moshe Lewin, la sociedad soviética necesitaba un Estado a la medida de su complejidad.[38] Sin embargo, como ha puesto de relieve Edvard Chevardnazdé, uno de los artífices de la *perestroika,* la dificultad de mantener el ritmo de las reformas políticas se puso de manifiesto cuando el poderoso sector conservador del PCUS fue consciente que el «nuevo pensamiento» no sólo intentaba mejorar las relaciones con Occidente, sino que no excluía

alterar algunas de las grandes líneas de la política interior soviética.[39] Su reacción comprometió el ritmo del reformismo y, de hecho, paralizó y secuestró el significado de la trayectoria política del líder soviético.

Por lo que respecta a las denominadas repúblicas exteriores, algunas iniciativas gorbachovianas, como la *glasnost,* estimularon un conjunto de reivindicaciones nacionales anteriormente soterradas que, en principio, como ha señalado Lesage,[40] comenzaron por los ámbitos lingüísticos y culturales. A estos primeros objetivos les siguió el designio de controlar la utilización de sus propios recursos naturales[41] y la posibilidad de utilizar plenamente su propio potencial económico. El corolario de todo ello era ya estrictamente político: el establecimiento de una ciudadanía republicana entendida como un atributo de la soberanía. Una soberanía, en todo caso, que para muchos –al menos durante las primeras etapas– debía ser ejercida en el seno de la URSS e implicaba por lo tanto una refundación del Estado reglada por un nuevo Tratado de la Unión.[42] Las resistencias frontales de la *nomenklatura* transformaron pronto las reivindicaciones de la soberanía republicana en demandas de independéncia pura y simple.

Se iniciaba de esa manera un conjunto de reivindicaciones nacionalistas que se fue generalizando muy rápidamente en diversas repúblicas soviéticas y que pronto se convirtió en un factor esencial, aunque no único, de la acelerada crisis –y la súbita implosión– de unos de los mayores Imperiós contemporáneos, en unas condiciones que François Furet ha calificado de auténtico «enigma».[43] Aunque un conocimiento suficientemente pormenorizado de ese «enigma» requerirá sin duda un gran esfuerzo investigador, uno de sus factores esenciales reside –a juicio de Hroch– en que la tendencia a la soberanía de las naciones forma parte del propio proceso de la transición poscomunista hacia la democracia.[44] En ese sentido el propio Hroch ha comparado los inicios de algunos movimientos nacionalistas europeos de comienzos del siglo XIX, durante la crisis del Antiguo Régimen, con los movimientos nacionalistas en países comunistas. Para Hroch los movimientos nacionalistas del XIX se erigieron «frente al desmoronamiento de los antiguos vínculos y del antiguo sistema de valores. Este desmoronamiento –puntualiza-ba–

acrecentó la necesidad de una nueva seguridad entre las clases ilustradas (y cada vez más entre las clases medias); está actitud se sustentaba en la identificación con el grupo social en proceso de formación: la nación». Con rasgos parangonables, los nuevos movimientos nacionalistas surgían en el mundo comunistas «a partir del desmoronamiento del antiguo sistema de economía planificada, de dictadura política y de seguridad social. En medio de una situación de inseguridad general, la nación se presenta como el mejor refugio».[45]

Carrérre d'Encausse, por su parte, ha atribuido al nacionalismo un protagonismo mucho más directo en la súbita desaparición de los sistemas comunistas y no ha dudado en escribir con toda rotundidad que «le sentiment national a fait basculer le communisme dans l'histoire des utopies mortes».[46] Causa o efecto, el nacionalismo se ha consolidado –en opinión de Sergio Romano, antiguo embajador de Italia en Moscú– como el

> solo «valore» [que] per il momento sembra riempire con straordinario successo il vuoto lasciato dal comunismo sconfitto e dallURSS declinante: il nazionalismo nelle sue manifestazioni culturali, religiose, etniche e tribali».[47]

Un nacionalismo, en todo caso que, pese a sus lecturas occidentales habitualmente peyorativas,[48] se ha manifestado con muy diferentes facetas: «puede ser, como en el Báltico, un gran factor de movilización moral, o como en el Cáucaso, motivo de luchas intestinas y encuentros tribales. Puede restituir la dignidad a un pueblo o revelar los lados oscuros de su carácter».[49]

De una u otra forma, un estudio realizado por la Universidad de Upsala en 1988 –es decir, con anterioridad a la implosión del mundo comunista– sobre el origen de los enfrentamientos armados en todo el mundo, concluía que sobre un total de ciento once conflictos detectados, noventa y nueve de ellos correspondían a territorios «donde se enfrentan un gobierno y un grupo de oponentes reclamando la autonomía o la secesión para una etnia o una región determinada».[50] Una evidencia de tal magnitud no puede, en cualquier caso, ser negligida o minusvalorada, aunque admita las más variadas consideraciones. Siguiendo las ponderadas palabras de

Romano «conviene esperar que la embriaguez nacionalista llegue a ser pronto consciente de sus propios límites de cara a los grandes problemas que la comunidad internacional deberá afrontar en los próximos años». Las conclusiones del diplomático italiano no resultaban, sin embargo, excesivamente optimistas: «conviene no hacerse demasiadas ilusiones. Tenemos a nuestras espaldas medio siglo de guerra fría, podemos tener frente a nosotros medio siglo de guerras civiles».[51]

En páginas anteriores se ha constatado cómo, a lo largo de siete décadas, la doctrina oficial del régimen soviético sobre las nacionalidades consistió en afirmar que la URSS había superado el largo período opresor de la época zarista y que, tras un período de superación de las antiguas desigualdades, se había alumbrado un Estado de tipo nuevo, en el que se fraguaba una nueva comunidad histórica: el pueblo soviético. El nuevo patriotismo soviético otorgó a la lengua –a la lengua rusa– una importancia primordial. Se trató, en último extremo, de hacer del ruso la lengua común de la Unión (segunda lengua materna, según Kruschev; segunda lengua de cada soviético, según Breznev). A este designio, en todo caso, se debía añadir el de la unificación y homogeneización intelectual conseguida a través de una educación común; la movilidad humana a través del conjunto del espacio soviético, y una cultura política común, basada en los valores del marxismo-leninismo, cuya puesta en práctica garantizaba tanto la igualdad de oportunidades como la seguridad laboral y social. Tales eran los fundamentos esenciales sobre los que se pretendía construir el nuevo patriotismo soviético.[52]

El primer principio, pues, de la «sovietización» consistió en la aspiración del Kremlin de convertir el ruso en lengua vehicular de la Unión, haciendo en consecuencia del territorio soviético un territorio bilingüe. En tal sentido el Programa del PCUS durante la época de Breznev afirmó que «la vida muestra que el ruso es estudiado con gusto al mismo tiempo que la lengua materna; es un hecho positivo porque contribuye a los intercambios recíprocos de experiencias y a la iniciación de cada nación y nacionalidad a las realizaciones culturales de los demás pueblos de la URSS y a la cultura mundial.[53] Algunos autores soviéticos, sin embargo, iban mucho más lejos y destacaban

no sólo los aspectos vehiculares del ruso en el conjunto del Estado, sino también el hecho –o el deseo– que dicho idioma «pasa a ser progresivamente la lengua materna para todos los pueblos del país».[54]

Los estudios de Bohmann,[55] sin embargo, mostraron que la realidad lingüística de la Unión era muy otra. Según el sociólogo alemán el censo soviético de 1970 mostraba que 141,8 millones de personas tenían el ruso como lengua materna. De ellos 128,8 millones eran rusos y unos 13 millones pertenecían a otras nacionalidades soviéticas. En 1979 el número de los que tenían el ruso como lengua materna había ascendido a 153,5 millones, de los que 137,2 eran rusos y 16,3 no-rusos. En 1970, 41,9 millones de no rusos tenían el ruso como segunda lengua, en la que se expresaban con fluidez. En 1979 está última cifra había pasado a 61,3 millones. Por otra parte, mientras que en 1970 había todavía 58 millones de no rusos que decían que no hablaban aún ruso, su número en 1979 era solamente de 47,6 millones. En consecuencia puede afirmarse una notable expansión de la lengua rusa que se corresponde con una reducción de las no rusas. Sin embargo parece que este hecho debe relacionarse de una manera especial con aquellos pueblos y grupos étnicos que no tenían reconocido un territorio nacional propio, es decir, que no constituían ni una república federada ni autònoma, ni una región autònoma, ni una provincia autònoma *(oblast),* ni un distrito nacional *(okrug)* y, por consiguiente, carecían de la posibilidad de influir en la administración de sus peculiaridades educacionales y culturales. La prolongación de esa política ha supuesto la desaparición de numerosas etnias del territorio soviético que en 1926 contaba con 194 grupos étnicos reconocidos, que en 1979 se habían reducido drásticamente a 101. Las cifras de 1989 guardan silencio sobre estos extremos aunque, a juicio de Carrére d'Encausse, tal tendéncia se habría agravado todavía más.[56]

Entre las nacionalidades con territorio reconocido uno de los casos más extremos, en opinión de Bohmann, era el de Bielorrusia. El número de los bielorrusos que utilizaban el ruso como lengua materna pasó del 19,4 al 25,8 por cien entre 1970 y 1979. Para Ucrania las cifras eran del 14,3 y del 17,2 por cien para el mismo período. Entre

los pueblos de origen lingüístico uralo-altaico, los mordovianos pasaron del 22,2 al 27,4 por cien en la utilización del ruso como lengua materna durante los años citados. Entre los carelios la proporción pasó del 27 al 44,4 por cien, y entre los fineses del 49 al 59,1 por cien, siempre durante los años indicados. Respecto a la población lingüísticamente rumana no dispersa (los moldavos), que fueron forzados a abandonar el alfabeto latino para substituirlo por el cirílico, el crecimiento pasó del 5 al 6,8 por cien.

Los tres países bálticos mantuvieron, por su parte, unos comportamientos lingüísticos fuertemente diferenciados respecto a otros pueblos de la URSS.

Utilización de la lengua materna en algunos pueblos de la URSS occidental (en porcentaje)

	1959	1970	1979
Rusos	99,8	99,8	99,9
Ucranianos	87,7	85,7	82,8
Bielorrusos	84,2	80,6	74,2
Estonios	95,2	95,5	95,3
Letones	95,1	95,2	95,0
Lituanos	97,8	97,9	97,9
Moldavos	95,2	95,0	93,2
Tártaros	92,0	89,2	85,9
Germanos	75,0	66,8	57,0
Judíos (*yiddish*)	21,5	17,7	14,2
Polacos	45,2	32,5	29,1
Rumanos	–	63,9	41,1
Griegos	–	39,3	38,0
Magiares	–	96,6	95,4
Carelios	71,3	63,0	55,6
Fineses	–	51,0	40,9

Fuente: A. BOHMANN: «Russians and russification in the Soviet Union»

En 1970, el 95,3 de los estonios (étnicos) hablaban estonio como su lengua materna; el porcentaje en 1979 era exactamente el mismo. Por su parte, el 92,2 de los letones (étnicos), utilizaba su lengua como

idioma propio en 1970; en 1979 el porcentaje ascendía al 95 por ciento. Entre los lituanos (étnicos), por último, la proporción de hablantes de su lengua autóctona permanecía absolutamente invariable durante los años citados, con un porcentaje del 97,9 por cien. En todo caso resulta significativo destacar la fuerte homogeneidad lingüística de los pueblos bálticos inmersos, desde la última anexión soviética, en una oleada de inmigrantes eslavos. Aunque su población autóctona durante los años de la *perestroika* representaba el 80 por cien de los habitantes de Lituania, descendía al 64,7 en Estonia y no significaba más del 53,7 por cien en Letonia.[57]

Existe una notoria línea diferenciadora entre los comportamientos lingüísticos en la parte europea de la URSS y los de las áreas caucásicas o de Asia Central. En general, y no sólo en el comportamiento lingüístico, muchos pueblos asiáticos y caucásicos se han mantenido profundamente vinculados a sus tradiciones, a sus costumbres, a sus creencias religiosas y, en definitiva, a sus ancestrales señas de identidad.

Utilización de la lengua materna en algunos pueblos del Cáucaso y Asia Central (en porcentaje)

	1959	1970	1979
Azerbaijanos	97,6	98,2	97,9
Armenios	89,9	91,4	90,7
Georgianos	98,6	98,4	98,3
Kazakos	98,4	98,0	97,5
Uzbekos	98,4	98,6	98,5
Kirguises	98,7	98,8	98,9
Tadyikos	98,1	98,5	97,8
Turkmenos	98,9	98,9	98,7

Fuente: A. BOHMANN: «Russians and russification in the Soviet Union»

A la vista de los cuadros citados resulta necesario insistir en las sugerencias anteriormente enunciadas: son los grupos étnicos más pequeños con lengua escrita, pero con funciones sociales muy limitadas, los que no solamente utilizan el ruso como primero lengua,

sino que en algunos casos lo adoptan en elevados porcentajes como lengua materna.

En todo caso hay que reconocer también, en primer lugar, la existencia de situaciones altamente diferenciadas en el abigarrado mosaico étnico soviético. En general se puede afirmar que en los territorios de las repúblicas federadas –exceptuando los casos bielorruso y ucraniano– las distintas lenguas nacionales mantuvieron un notable grado de preservación, con porcentajes que habitualmente superan ampliamente el noventa por ciento. La persistencia de la lengua nacional como primero lengua es especialmente elevada en las repúblicas caucásicas –con una ligera inflexión en el caso armenio– y, especialmente en las repúblicas musulmanas de Asia Central. Un segundo modelo de preservación lingüística correspondería a aquellos grupos étnicos que habitan en el interior de una república federada o en una región autònoma, como es el caso de los tártares. Tales grupos se encontraban con una escasa protección, que facilitaría la progresión del ruso como primero lengua. El modelo último correspondería a minorías lingüísticas reducidas y altamente dispersas –alemanes, judíos, polacos, etc.– en ellas se encuentran los progresos más evidentes de la rusificación.

La rusificación se efectuó generalmente tanto a través de los sistemas educativos como de la acción de las fuerzas armadas soviéticas. Stalin decretó en su tiempo singulares medidas lingüísticas sobre la enseñanza obligatoria del ruso en todas las escuelas del Estado y forzó la adopción para todas las lenguas del alfabeto cirílico, con las singulares excepciones de los alfabetos georgiano y armenio. La política kruscheviana, en cambio, fue relativamente descentralizadora en beneficio de las lenguas mayoritarias de las repúblicas federadas. Kruschev, en realidad, intentó alcanzar un cierto equilibrio entre dos principios que se consideraban teóricamente compatibles: el que consideraba que la instrucción básica en la escuela soviética debía cursarse en la lengua materna y, al mismo tiempo, el que consideraba que el ruso era la lengua de comunicación de los pueblos de la URSS. El resultado, como ha comentado J. W. Lapierre, consistió en el establecimiento de una especie de dualismo escolar, en el que con el pretexto de no sobrecargar los programas

escolares, se otorgaba a los padres la «libre elección» de educar a los ninos, bien en una escuela en su lengua materna (donde no aprenderían ruso), bien en una escuela en ruso donde no cultivarían su lengua materna.[58]

El sistema, en su versión más centralista, se perfeccionó durante la época de Breznev, correspondiéndose con las concepciones del momento, que exaltaban la consolidación de la «nueva comunidad histórica». Se estimuló tanto las escuelas elementales bilingües –denominadas «escuelas de la amistad»-como las escuelas de grado medio en lengua rusa. Muchos centros en lenguas minoritarias se cerraron. Los padres fueron animados –con estímulos que acrecentaron los de la etapa anterior– a «escoger libremente» establecimientos rusófonos que promocionarían mejor las posibilidades sociales de sus hijos, dado que el ruso era la lengua de los estudios superiores y de la especialización técnica. En 1970 el 43 por cien de las escuelas de grado medio del Kazajstán eran en lengua rusa, aunque en realidad acogían al 66 por cien del alumnado. El porcentaje de niños escolarizados por «libre elección» de sus padres era igual o superior al veinte por cien en Ucrania, Bielorrusia, Uzbekistán, Georgia, Azerbaiján, Turkmenistán y Estonia, y alcanzaba el 33 por cien en Moldavia y Letonia. En cambio resistieron mejor el impulso rusificador Armenia, Lituania y Tadyikistán, con porcentajes menores. En el interior de la Federación Rusa la proporción de alumnos instruidos en ruso, sobrepasaba el cincuenta por cien en todas las repúblicas y regiones autónomas, sobrepasaba el 66 por cien al menos en seis repúblicas autónomas, y sobrepasaba el 90 por cien en los territorios siberianos de Kharkhass, Evenki y Nenets.[59]

La opacidad de la documentación y de los medios de comunicación soviéticos apenas permite identificar las resistencias a la rusificación si no es a través de la lectura entre líneas, o de los análisis de textos opositores incompletos publicados por diarios y revistas oficiales con el ánimo de combatirlos. Con tal metodología ha podido reconstruirse, por ejemplo, la intervención de Revaz Djaparizdé en el VIII Congreso de escritores de Georgia que tuvo lugar en abril de 1976. Según pudo colegir Carrére d'Encausse a través de los ataques expresados en la prensa soviética, y por las condenas expresadas en el III Pleno del

Comité Central del Partido Comunista de Georgia, Djaparizdé puso de relieve en aquella ocasión que la lengua georgiana se encontraba amenazada por la entrada masiva del ruso en el territorio de aquella república, entrada asociada a los procesos de reforma educativa y de renovación pedagógica. Al mismo tiempo denunció los planes para modificar el estatus lingüístico de la Universidad de Tbilisi.[60]

Existe, por otra parte, una relación evidente entre rusificación lingüística y condiciones de trabajo. Paul Garde ha escrito que «la lengua no es un criterio determinante [de la nacionalidad] más que cuando los interesados la reconocen como tal».[61] Este era el caso de algunos pueblos, como los de los países bálticos, que sostenían que una gran parte de los mejores empleos técnicos, estaban habitualmente en manos de no bálticos, y fundamentalmente de rusos. La lengua era el pretexto. De ahí derivaba el dilema al que debieron enfrentarse los pueblos no rusos: la elección entre su progresiva rusificación lingüística y la rusificación de los empleos.[62]

La política lingüística y cultural de Gorbachov se caracterizó, en cambio, por una vuelta al multiculturalismo, es decir, de la política desarrollada por los bolcheviques durante los primeros años veinte cuando la orientación nacionalitaria de Lenin y Stalin se hizo generalmente –salvo excepciones en el Cáucaso o en los pueblos budistas próximos a Mongolia– bajo el principio de «a cada nación su lengua», mediante el cual se evitaron políticas de unificación cultural que pudieran conducir eventualmente a impulsos políticos unificadores guiados por un pasado común y por afinidades lingüísticas comunes. Para evitar tentaciones panislámicas, pero sobretodo panturquistas, el Kremlin impulso las desagregaciones lingüísticas en el propio seno de la Federación Rusa-caso de los tártaros o de los bachkires– o potenció en Asia central un desarrollo lingüístico por separado de los antiguos pueblos y de las antiguas tribus que en el pasado habían conformado el Turkestán ruso: kazakos, kirguises, uzbekos, turkmenos, etc.

En la década de los ochenta, bajo la *perestroika,* se impulso también el multiculturalismo aunque por razones muy diferentes. El multiculturalismo de la *perestíoika* adquirió una doble vertiente. De un lado se promocionó el ruso, lengua hegemònica para el mercado de trabajo y en los mecanismos de promoción social. Por el otro, se

estimuló el reconocimiento de las minorías nacionales en las repúblicas federadas y la utilización de sus lenguas, incluso en paridad con las lenguas oficiales de las repúblicas federadas. Es el caso, en Georgia, de los abjacios, los adjarios o los osetios; en Uzbekistán, de los tadyikos, los karakalpaks o los turcos mesketos (expulsados por Stalin en 1943 desde su Cáucaso originario); de los uzbekos, en Tadyikistán. La estrategia del Kremlin consistía, con toda seguridad, en debilitar las crecientes reivindicaciones nacionales de las repúblicas federadas que se encontraban, de ese modo, entre dos frentes: el de sus aspiraciones nacionales frente a la URSS, pero también frente a sus propias minorías internas. De esa manera los enfrentamientos interétnicos alcanzaban, en numerosos casos, una situación de paroxismo

En cualquier caso la lucha por la lengua propia ocupó un lugar destacado en el despertar nacional de los pueblos no rusos durante la etapa de la *Perestroika.* El escritor norteamericano Hedrick Smith, premio Pulitzer 1974 por sus reportajes sobre la URSS, ha explicado cómo la reivindicación lingüística constituyó uno de los puntos más sensibles del Frente Popular uzbeko Birlik (Unidad), fundado en 1988. Smith transmitió sus conversaciones con los dirigentes uzbekos y sus decididas posturas ante la rusificación lingüística y pudo asistir también a manifestaciones del Birlik en las que junto a las banderas rojiblancas uzbekas proliferaban las pancartas –escritas con caracteres árabes– en las que se afirmaba «El uzbeko, lengua de la república», «Preocuparse por la lengua es preocuparse por el Estado» o «Nuestra lengua es nuestra alma y nuestro corazón».[63]

Las denuncias lingüísticas del Birlik –el ruso era la lengua de la televisión, de los periódicos, de la escuela, del gobierno y del comercio, de las señalizaciones de las carreteras, de la ciéncia y de la Universidad– no eran demasiado diferentes a las realidades cotidianas de las demás repúblicas. Contra ellas se rebelaban también, como ha señalado Carrère d'Encausse,[64] sectores crecientes de ucranianos y bielorrusos. La pertenencia de sus lenguas al grupo eslavo hacía más fácil el desplazamiento de parte de su población a la influencia del ruso, y contribuía además a la degradación de la lengua propia. Aunque en Bielorrusia el ochenta por ciento de la población autóctona

continuaba considerando el bielorruso como su lengua materna, la lengua se bastardeó de manera similar al ucraniano: ambos idiomas amenazaban en convertirse en panochos híbridos (*sourjik*), bárbaras mezclas de lengua autóctona y ruso. En todo caso, por lo que respecta a Bielorrusia, es el panorama escolar el que advertía inequívocamente de la situación real del idioma, ya que solamente el catorce por cien de los niños escolarizados lo eran en su lengua materna. Las obras publicadas en bielorruso no pasaban del treinta por cien con respecto a la producción editorial de la república y porcentajes similares se observaban en el cine o en la televisión.

La situación de Moldavia –república anexionada por la URSS, como las bálticas, bajo los acuerdos Molotov-Von Ribbentrop– reunía una notable especificidad ya que a los problemas generales se unía el de la obligatoriedad de la utilización del alfabeto cirílico, medida que trataba de aislar la lengua de los moldavos de la cultura rumana. En este sentido las autoridades soviéticas propiciaron el secesionismo lingüístico, con los intentos de erección de una pretendida «lengua moldava» distinta del rumano. A comienzos de los años noventa, el 90 por ciento de los libros de las publicaciones moldavas estaban escritos en ruso y el 10 por ciento restante en rumano, aunque con caracteres cirílicos.[65] Es una situación como la descrita –a la que hay que añadir las tensiones entre la mayoría rumana con la minoría rusa del trans-Dniester y las originadas con la minoría gagauza de origen turco– la que provocó las reivindicaciones lingüísticas moldavas, inspiradas primero por la Unión de Escritores y posteriormente asumidas por núcleos crecientes de la población.

El caso moldavo ilustra sobre el doble enfrentamiento lingüístico de muchas repúblicas: contra la rusificación general, de un lado, pero también contra las minorías existentes en su propio territorio. Exigiendo hasta las últimas consecuencias el *status* de lengua oficial para el rumano, los moldavos seguían, de una otra manera, las reivindicaciones de los georgianos, patentes en el informe Djaparizdé, y no se alejaban de las exigencias de los pueblos bálticos o de los eslavos no rusos. En todo caso, la flexibilización y la permisividad que acompañó al nuevo equipo de la *perestroika* hizo posible que sus reivindicaciones lingüísticas –como las acontecidas en Kichinau en

abril de 1989-pudieran ser acompañadas por consignas próximas al ««nuevo pensamiento» e incluso con pancartas con la fotografía de Gorbachov. En este sentido el caso moldavo arrojaba una cierta similitud con el modelo báltico, aunque la recuperación de su propio alfabeto lo emparentaban, en cambio, con las reivindicaciones de algunos pueblos musulmanes que, desde la época de Stalin, habían visto abolido el alfabeto árabe, pese a pertenecer a la familia lingüística turcófona.[66]

A lo largo de su dilatada historia el papel del ejército soviético ha sido múltiple. Las fuerzas armadas han debido ejercer numerosas funciones entre las que cabe destacar, por una parte, la vigilancia de espacios interminables entre el mar Báltico y el océano Pacífico que suman más de veinte mil kilómetros de fronteras terrestres y unos cincuenta mil kilómetros de fronteras marítimas. El ejército, además, no sólo ha debido garantizar el orden político establecido y la estabilidad de las instituciones del Estado, sino también tuvo que asumir el despliegue internacional de una superpotencia con intereses estratégicos en los cuatro puntos cardinales del planeta. A todos esos objetivos cabe sin duda añadir una misión esencial: la de constituirse en un crisol de creación del nuevo *homo sovieticus.* Ejército de conscripción integrado por casi cinco millones de hombres[67] provinentes de cien nacionalidades distintas, su meta última consistió también en integrar a sus soldados en unidades donde la lengua rusa era el único vehículo común de comunicación.

Sin embargo la auténtica realidad de su vertebración interna –revelada lenta y parcialmente como consecuencia de la política de la *glasnost*– han hecho ver la multitud de contradicciones y claroscuros que actuaban en su interior y que explican algunas singularidades que le han caracterizado durante la *Perestroika.* En primer lugar, mientras su composición ha seguido las pautas generales de la evolución demográfica de la URSS –los soldados de origen no eslavo aumentaban en elevadas proporciones, siguiendo la evolución general de la población soviética– la oficialidad, y sobre todo los altos mandos, continuaba siendo rusa o como mínimo eslava. Por otra parte, las leyes gorbachovianas exceptuaran a los estudiantes universitarios del servicio militar obligatorio.[68] La preponderancia

proporcional de estudiantes eslavos –consecuencia del mayor desarrollo económico y social de sus nacionalidades de origen– desequilibró todavía más el precario equilibrio étnico del ejército y contribuyó a acentuar la presencia en él de los jóvenes musulmanes, cuya presencia llegó a representar el cuarenta por ciento del conjunto de las tropas soviéticas. Se acrecentaban así los contrastes entre una oficialidad fundamentalmente rusa o eslava, y una masa de conscriptos cada vez más alógena.

En todo caso parece más que dudoso que el ejército soviético haya podido cumplir uno de los roles que tenía encomendados, el de convertirse en un crisol integrador, sino que, por el contrario, llegó a convertirse en una institución en la que los odios interétnicos alcanzaron un elevado desarrollo. Durante los primeros cinco años de la *perestroika* se produjeron en el ejército soviético más de quince mil muertos, víctimas de accidentes, agresiones, brutales novatadas o suicidios:[69] una cifra equivalente a las bajas en combate de toda la guerra de Afganistán.[70] En tal contexto el factor nacional resultaba determinante. La oficialidad rusa o eslava chocaba de manera creciente con una tropa en la que la proporción de alógenos se incrementaba ostensiblemente. Para la masa de conscriptos, muchos de ellos malos conocedores del ruso, la institución militar no sólo les desarraigaba de su medio geográfico y lingüístico –«cualquier frase en lengua extranjera encoleriza a un suboficial ruso», ha escrito el gran novelista estonio Jaan Rross–[71] sino que finalmente una buena parte de ellos pudieron considerar el propio servicio militar como una violencia nacional intolerable.

Por otra parte no es una paradoja considerar que un cierto grado de descomposición social del ejército soviético durante los años ochenta ha estado en relación inversa con determinados progresos democratizadores –y también de afirmación de las nacionalidades– de la sociedad civil. El número de desertores e insumisos no sólo aumentó de manera vertiginosa durante los ultimos años de la *perestroika,* sino que lo hizo, y ello es altamente significativo, con la connivencia y en ocasiones con la colaboración, de autoridades locales y republicanas. En determinadas repúblicas en las que se desarrollaban movimientos nacionalistas radicales como es el caso del

Cáucaso –especialmente en Georgia y Armenia– o en los países bálticos, la negativa a responder a los llamamientos a filas, que hubiera sido un fenómeno social inaudito antes de 1987 o 1988, se convirtió a partir de dichos años, en una espécie de deber cívico. El abierto enfrentamiento con respecto a los desertores entre la jerarquia militar soviética y las autoridades del Kremlin, de un lado, y los dirigentes bálticos del otro, está en la base –como se verá posteriormente– de los graves acontecimientos acontecidos en Vilnius y Riga en enero de 1991.

Si en numerosos países la religión es frecuentemente un factor esencial de identificación nacional, para la historia y las tradiciones rusas lo es en grado sumo. En 1881 Anatole Leroy-Beaulieu –cuyas observaciones sobre el Estado y la sociedadzaristas han podido ser comparadas a las que medio siglo antes realizó su compatriota Alexis de Tocqueville para el mundo norteamericano– afirmaba con rotundidad:«Ya se sabe que la Iglesia rusa no es solamente una Iglesia de Estado, es una Iglesia esencialmente nacional».[72] Autoconsiderada como heredera de Bizancio, Moscú sonó en erigirse en una «tercera Roma» cimentada tanto en la soberanía del zar como en la hegemonía de la ortodoxia. En ese sentido, escribía Leroy-Beaulieu, la iglesia ortodoxa «ha fundido en un pueblo los elementos étnicos de los que ha surgido la nación rusa».[73] En todo caso para el viajero francés, que debía tener presentes las experiencias históricas de su propio país, fundamentar la unidad nacional sobre una determinada iglesia no resultaba un factor positivo, ya que la asimilación religiosa podía comprometer la asimilación política. En tal sentido recordaba que, en los límites del Imperio de los zares, católico era sinónimo de polaco y protestante de alemán. Es por eso que, en el vocabulario gubernamental ruso del último tercio del siglo XIX, las confesiones religiosas no ortodoxas se denominaban «religiones extranjeras» (*inostransnya ispovedaniia*).[74] >Hasta tal punto ha estado arraigado en la sociedad rusa el binomio nación-religión, que el propio Stalin, en los momentos más angustiosos de la invasión nazi, durante la denominada Gran Guerra Patria», no dudó en apelar tanto al patriotismo gran ruso –simbolizado en los grandes personajes históricos del pasado imperial: Nevski, Danskoi, Minin, Pozharski,

Suvórov, Kutúzov– como al sentimiento religioso, rehabilitando la iglesia ortodoxa y restaurando el Santo Sínodo.[75]

Por su parte, la política religiosa de la *perestroika* ha podido ser interpretada en una doble clave. De un lado, y ésta es la versión más usual, como un factor suplementario –y no el menos importante– de la reforma general del sistema soviético. Tanto ante la incipiente opinión pública propia como ante los ojos del mundo occidental, el nuevo trato establecido entre el Kremlin y el hecho religioso no era sino una muestra más de los avances de la democratización del sistema. Es un aspecto que sin duda no debe negligirse. Sin embargo, algún calificado observador de la realidad soviética como Hedrick Smith, ha afirmado también con rotundidad que «el gesto más importante de Gorbachov con respecto al nacionalismo ruso fue el de acabar con la guerra ideologica del Partido contra la Iglesia ortodoxa, y de proclamar alto y fuerte su apoyo a la causa de la renovación de la religión en la madre Rusia».[76] El propio Smith destacaba así mismo las, a su juicio, imprudentes palabras con las que el metropolitano Filareto, cabeza de la iglesia ortodoxa de Kiev, sostenía el papel de la iglesia en las ambiciones nacionales rusas, ya que el eclesiástico enfatizaba la influencia ortodoxa no solo sobre Rusia, sino también sobre Ucrania, Bielorrusia, Moldavia, Estonia y Letonia. La insistencia, en fin, de considerar a la iglesia ortodoxa como piedra angular de la nación, propicio incluso reacciones significativas de parte de ideólogos de la *perestroika* tan influyentes como Iakóvlev, quien escribía en 1987:

> Dad al César lo que es del César, a la Iglesia lo que es de la Iglesia, y a nosotros, marxistas, la plenitud de la verdad. A partir de aquí es necesario refutar implacablemente a quienes tratan de presentar el cristianismo como la matriz de la cultura rusa»[77]

Si la iglesia rusa ha protagonizado el rol nacional al que nos venimos refiriendo, contrariamente las confesiones no ortodoxas han asumido con cierta frecuencia papeles que, en principio, pueden calificarse de resistentes ante los designios asimiladores rusos aunque en ocasiones, como es el caso de Ucrania, la cuestión religiosa haya adoptado más de una vertiente. En Ucranía occidental, por un lado, la cuestión uniata ha implicado una fuente constante de resistenciás y

ha favorecido igualmente frecuentes contactos clandestiños con los católicos polacos. En el resto de la república, un sector apreciable de la población se sintió afectado, durante la *perestroika,* por la «confiscación»[78] a la que fue sometida la iglesia de Kiev en los actos de conmemoración del milenario de la introducción del cristianismo en el mundo eslavo, hecho que contribuyó a agudizar todavía más las fisuras crecientes entre rusos y ucranianos.

Es seguro, sin embargo, que la cuestión religiosa adquirió en los países bálticos, y singularmente en Lituania, un peso específico de mayor entidad. Aunque será analizado posteriormente con más detenimiento, debe avanzarse aquí el carácter eminentemente resistente del catolicismo lituano, en el contexto de una república especialmente castigada por la represión.[79] Pese a las continuas persecuciones el catolicismo lituano ha ejercido un rol semejante al protagonizado por la iglesia polaca, con la que mantuvo estrechas relaciones, una vez superadas las diferencias históricas derivadas de los antiguos contenciosos polaco-lituanos. De alguna manera la flexible política religiosa de la *perestroika* en Lituanía –que permitió al Vaticano resolver el problema de las diócesis vacantes y el fin del largo exilio interior del arzobispo de Vilnius monseñor Julijonas Stepanovicius– era un claro reconocimiento por parte del Kremlin de la influencia social y moral del catolicismo lituano.

Aunque la iglesia católica lituana optó por impulsar posiciones políticas claramente independentistas –y en ese sentido las grandes celebraciones religioso-patrióticas de 1989 mezclaron de manera indisoluble fervor popular y exaltación nacionalista– la jerarquía mantuvo una indudable prudencia que no excluyó –frente a las tesis radicales de algunos sectores del *Sajudis*– un expreso reconocimiento a la tarea reformista de Gorbachov. El propio arzobispo Stepanovicius declaraba expresamente al diario italiano *La Repubblica* durante la delicada coyuntura de 1990: «Diamo tempo a Gorbaciov… le teste calde vogliono tutto subito. Ma non dimentichiamo que nulla sarebe stato possibile senza il dirigente soviético». Partidario del mantenimiento de posiciones dialogantes, el arzobispo de Vilnius no cesaba de recordar que «se a Mosca o anche qui prevalgono gli estremisti può succedere di tutto».[80] Siguiendo esa misma línea

también el Vaticano se pronunció por un diálogo «eficaz» entre Lituanía y el Kremlin. Juan Pablo II, tras reconocer explí-citamente que los derechos nacionales de los países bálticos habían sido violados por el pacto germano-soviético, también señalaba que «hay que reconocer al mismo tiempo que existen en este caso concreto aspectos que conciemen al orden internacional». En este sentido el Papa no dejaba de subrayar aspectos positivos de la política báltica realizada por la *perestroika* «que debe abrirse, y yo creo que ya lo ha hecho, a las aspiraciones de los pueblos que componen la Unión Soviética».[81]

La iglesia luterana –predominante en Estonia, mayoritaria en Letonia– no representó nunca para los respectivos países la función nacional que ha ejercido tradicionalmente el catolicismo en Lituania, sino que se ha limitado en buena medida a ser, desde la época de los zares, un vehículo de la cultura alemana. El protestantismo estonio o letón, por otra parte, no conservó la cohesión interna del catolicismo lituano. Su división y su fraccionamiento devaluaran considerablemente su influencia social y política durante la *perestroika.* La reunión en Riga del XIV Sínodo de la iglesia evangélica luterana, en abril de 1989, implicó la intención de propiciar un nuevo cohesionamiento interno capaz de relanzar un nuevo sistema de valores morales y nacionales opuesto al soviético. El Sínodo denunció solemnemente en tal sentido el pacto germano-soviético y sus posteriores derivaciones, y proclamó la vigencia del principio de autodeterminación.

Las relaciones entre el mundo islámico y el régimen soviético han sido históricamente muy complejas y han conocido múltiples avatares. Los primeros escritos de Stalin describieron descarnadamente el analfabetismo de los musulmanes de Transcaucasia y el rol ejercido en aquellas regiones por los omnipotentes *múllahs* reaccionarios: tales imágenes reflejan cumplidamente la dialéctica establecida desde un primer momento entre el islam y los dirigentes soviéticos.[82] El violento fracaso de experiencias de «comunismo musulmán», comola protagonizada durante los años veinte por Sultan Galiev,[83] no son ajenas al neocolonialismo ejercido por la Unión Soviética sobre los pueblos musulmanes tanto en el Cáucaso como en Asia Central. En

todo caso, la larga relación histórica entre rusos y musulmanes no ha pasado del *status* de «cohabitación», para utilizar la gráfica expresión de René Girault y Marc Ferro.[84] La reducida infraestructura religiosa –el islam «oficial»– autorizada tradicionalmente por Moscú, se vio espectacularmente incrementada desde comienzos de los años ochenta. Los *mullahs* «no oficiales», además de formarse en instituciones financiadas por medios privados, han podido escuchar, a partir de los años ochenta, emisiones teológicas emitidas, al menos, por treinta y ocho emisoras de radio de países islámicos, en programas especiales para la Unión Soviética. Radio Teherán o Radio Tabriz, desde el Irán chiita, o Radio Ryad, desde la Arabia wahabita, alcanzaron importantes cotas de audición entre toda la población musulmana soviética. Los cursos coránicos grabados *en cassette* –producidos fundamentalmente en la Arabia Saudí, Irán o Turquía– invadieron de manera clandestina los territorios musulmanes soviéticos. Solamente en 1986 y 1987 la república islámica de Irán invirtió en torno de cincuenta millones de francos franceses en grabaciones religiosas destinadas a Azerbaiján.[85]

La guerra de Afganistán –de consecuencias decisivas para la acentuación del declive soviético–[86] tuvo un doble impacto en el agravamiento de las cuestiones nacionales en la URSS. Por una parte, como explicó Benningsen tras analizar abundantes colecciones de literatura *samizdat,* ucranianos y bálticos tenían la impresión de servir de carne de cañón al insaciable expansionismo ruso. En ese sentido, según el prestigioso sovietólogo, la guerra afgana «lejos de cimentar la cohesión de los pueblos soviéticos amenaza, en su eternización, agravar las relaciones ya muy tensas entre los rusos y sus "hermanos menores"».[87] Por lo que respecta a los propios pueblos musulmanes de la Unión Soviética, la revolución islámica iraniana, las dificultades bélicas rusas y la retirada posterior de sus tropas del territorio afgano, les hicieron patente que el«Gran Hermano» no era invencible y que resultaba factible resistir a su influjo. En tal sentido la lucha de los mujaidines –muchos de ellos del mismo origen étnico que determinados musulmanes soviéticos–[88] implicó, salvadas las distancias, parecidas consecuencias de las que se derivaron sobre los

movimientos nacionalistas polaco o finlandés tras la derrota zarista en Manchuria en 1905.[89]

Aunque a partir de los primeros años ochenta el declive ideológico del marxismo-leninismo como ideología dominante en la Unión Soviética aparece como un hecho contrastado, las poblaciones autóctonas del antiguo Turkestán –divididas y reestructuradas administrativamente por Stalin hacia 1925– no poseían las condiciones necesarias para favorecer, como en otras áreas de la URSS, un despertar nacionalista. En su lugar prosperó un renacimiento islámico y lo que podría denominarse –para utilizar la fórmula de René Cagnat y Michel Jan– un «retorno al país de los antepasados»: «es decir a la región donde se habla su lengua o, mejor, su *patois,* su dialecto: este retorno hacia los valores originales es por tanto, sobre todo, un retorno a la tribu».[90] Parviz Mulojanov, un intelectual tadyiko, escribía por su parte que

> en nuestra montañosa república las comunicaciones entre las distintas regiones han continuado siendo débiles. Eso ha robustecido las culturas locales. Cada provincia ha desarrollado sus propias solidaridades, lo que hace más difícil la constitución de un poder central [efectivo] y representa un obstáculo evidente [incluso] a la hegemonía del partido del renacimiento islámico.[91]

El vacío dejado por un marxismoleninismo declinante era substituido no por una ideología nacionalista sino por el «nativismo» que, como señalaba coetáneamente el semanario ruso *Novoie Vremia,*

> a diferencia del nacionalismo, que ya supone un nivel bastante elevado de reflexión política, implica sobre todo una reacción psicológica que se desarrolla en función de una emoción colectiva en un grupo étnico definido, en el contexto de un desequilibrio sociocultural. De tal forma que la tradición puede ser simplificada y deformada hasta convertirse en irreconocible. Se asiste al surgimiento de una agresividad que es ajena [al grupo] en condiciones normales, porque no es la cultura lo que le importa sino el deseo de oponerse a cualquier precio a los otros.[92]

Junto a explosiones «nativistas», que han sido muy características y extraordinariamente frecuentes en el Asia central –y, en menor grado, también en el Cáucaso– también renacían, sin embargo, movimientos ideológicopolíticos largo tiempo aletargados como el panturquismo o

panturanismo, doctrina esencialmente formulada a finales del siglo XIX por Yusuf Akçura (1876-1935), un tártaro ruso que, como otros miembros de la *intelligentsia* musulmana, emigró a Turquía ante la política rusificadora y autocrática inaugurada por el zar Alejandro III. Akçura, filólogo e historiador de la cultura turca,[93] rechazó el panislamismo y propuso un nacionalismo de base étnica desplazado hacia Asia central y en el que Turquía debía jugar un papel dinamizador.[94] El triunfo de la revolución kemalista implicó la derrota del panturquismo, que había asumido el general Enver Pachá. De una u otra forma, con el hundimiento de los valores soviéticos, el panturquismo –latente en Turquía sobre todo en grupos de extrema derecha–[95] ha vuelto a estar presente en el arco ideológico de los pueblos de etnía turca. En último extremo, panturquismo, panislamismo y nativismo han tendido, tanto durante la *Perestroika* como posteriormente, a bloquearse recíprocamente. Es un factor más para explicar la larga supervivencia política de las superestructuras comunistas dirigentes en los pueblos musulmanes.

Si ya en el marco general de la estagnación (*zastoj*) brezneviana resultaba constatable una incipiente movilización de determinados pueblos de la URSS en defensa de sus lenguas y de sus culturas nacionales, tanto los factores religiosos como la creciente quiebra de los instrumentos soviéticos de integración –la escuela, el ejército– potenciaron una crisis cada vez más aguda de la «civilización soviética». Durante la etapa de la *perestroika* se añadíana los anteriores nuevos factores de disgregación que, en todo caso, habían permanecido larvados y desarrollaban a mediados de los años ochenta sus potencialidades políticas. Es el caso de la lucha por el medio ambiente y por la ecología que adquiere referencias simbólicas tras el anuncio efectuado por el propio Gorbachov ante la televisión soviética, el 14 de mayo de 1986, sobre la magnitud alcanzada por la catástrofe nuclear de Chernobyl.

No va a insistirse, aquí y ahora, sobre la decisiva significación, en todos los órdenes de la vida soviética, de la catástrofe de Chernobyl, sin duda el máximo exponente –aunque no el único– de un modelo de desarrollo que no dudó en comprometer gravemente el medio ambiente en aras de un proceso industrializador cuya eficacia, por

otra parte, se ha revelado más que problemática. Françoise Thom recogió sobrecogedores testimonios de las consecuencias de todo orden que Chernobyl produjo en Ucrania, en Bielorrusia, en la Federación Rusay en los países bálticos.[96] Todos ellos aseveran la certeza del juicio del ucraniano Yuriy Chtcherbak, presidente del subcomité para la seguridad nuclear y del comité para los problemas ecológicos del Soviet Supremo ucraniano. «En nuestro país –afirmaba Chtcherbak– la ciencia y la medicina están al servicio del sistema político».[97] Si se acepta tal apotegma, no será difícil concluir que, a partir de las nuevas concepciones impulsadas por la *perestroika,* la lucha por la preservación del medio ambiente y por la ecología se convirtieron en un combaté directamente político y, por lo que a las nacionalidades respecta, un factor más –y no el menor– de estímuló del nacionalismo emergente.

El propio Chtcherbak, al mismo tiempo Secretario de la Unión de Escritores de Ucrania, era también un representante arquetípico de una «etnoideología» radical, enfrentada no sólo a los problemas medioambientales, sino también a la rusificación y a los privilegios de la burocracia soviética. Partidario de la libertad sindical, Chtcherbak fue candidato durante los últimos años de la *perestroika* a un escaño en el Soviet Supremo de Ucranía por Kiev, ciudad fuertemente rusificada, donde solamente el catorce por ciento de las escuelas eran ucranianas. Se presentó con un programa en ucraniano ante 280 delegados obreros de treinta fábricas de la ciudad. Consiguió el apoyo de 240 delegados y un triunfo electoral aplastante.[98]

Si Chernobyl fue justamente considerado un símbolo, la geografía soviética de las catástrofes ecológicas se extiende por los cuatro puntos cardinales del territorio de la URSS.[99] Afectaron a los rusos, pero también a todas las repúblicas: al conjunto de buena parte de las etnias y nacionalidades de la Unión. El sombrío panorama medioambiental soviético se convirtió, durante los años de la *perestroika,* en un importante factor político que impulsó todavía más el despertar de las nacionalidades. Lá lucha por la conservación de la tierra natal movilizó aucranianos y bielorrusos traumatizados por Chernobyl. Pero también bálticos y armenios, moldavos o musulmanes, no tuvieron dificultad en hallar sus propias banderas. En

todo caso cada nación reivindicó tanto las competencias políticas necesarias para poder gobernar sus propios recursos, como la exigéncia de las pertinentes responsabilidades a quienes, desde el Kremlin, habían arruinado su país.

La destrucción del medio ambiente afectó, de una u otra manera, como ya se indicó, los cuatro puntos cardinales del territorio soviético. Con el revelador título «La radioactividad afecta las etnias del Gran Norte», el médico Vladimir Lupadin y la etnógrafa y diputada Evdokia Gaier se referían en 1989 al caso de la península de Tchukotka –en el océano Àrtico– donde la esperanza media de vida no sobrepasaba los cuarenta y cinco años.[100] Las explicaciones tradicionales de está situación se habían circunscrito habitualmente a razones de atraso social en las poblaciones autóctonas, y entre las que se enumeraban las malas condiciones del hábitat, la dudosa calidad de la alimentación, la falta de asistencia médica calificada. Lupadin y Gaier añadieron otra causa de muy diferente signo: la de los elevados niveles de radioactividad. Sus datos –obtenidos en el Consejo Científico para el Estudio de la Biosfera y en el Instituto de Investigación sobre los efectos de las radiaciones, de Leningrado– revelaron que las dosis de radiaciones recibidas por la población de la península de Tchukotka era dos veces más alta que la media soviética y que equivalía a la radiación media padecida por los habitantes de las regiones afectadas por la catástrofe de Chernobyl. Como consecuencia de todo ello se había detectado –entre un amplio abanico de enfermedades– un crecimiento enormemente acelerado de cáncer (sobre todo de esófago, de hígado y de pulmón) que duplicaban, e incluso triplicaban, los niveles medios soviéticos. La longevidad media no sobrepasaba los cuarenta y cinco años, y la mortalidad infantil se situaba entre el setenta y el cien por mil.

A miles de kilómetros del Gran Norte, en la región de Semipalatinsk –en la república de Kazajstán– se sitúa uno de los polígonos de experimentación nuclear más antiguos de la Unión Soviética, diseñado a instancias de Beria en los primeros años cincuenta por Igor Kurtchatov, considerado como el padre de la física nuclear soviética. Los miembros del movimiento pacifista «Nevada-Semipalatinsk» –fundado en febrero de 1989 por Oljas Suleimánov, primer secretario

de la Unión de Escritores del Kazajstán y diputado de la regióncalculaban que solamente en dicho polígono habían estallado ingeniós nucleares equivalente, como mínimo, a dos mil quinientas bombas atómicas de potencia similar a la de Hiroshima. En intervenciones pronunciadas ante el Congreso de los Diputados del Pueblo de la URSS –exhumadas por *Litemtumaia Gazeta*– Suleimánov unía expresamente las protestas antinucleares con las reivindicaciones nacionales kazakas. «Entre los numerosos aspectos de *la perestroika* –señalaba Suleimánov– el retorno del proceso de descolonización, congelado desde los años veinte, es para mí primordial [...] La originalidad de la situación histórica en la que nos encontramos reside en que la antigua metrópoli –Rusia– se ha convertido, como todas las otras repúblicas, en una colonia del centro. Nosotros contemplamos, además, las cosas de otra manera... Los intereses del Estado han sido situados por encima de los intereses del pueblo y del individuo. Yo he sido elegido por la región de Semipalatinsk, tierra de antiguas tradiciones. Es allí donde nacieron los grandes escritores kazakos; aquellas estepas y aquellas montañas son nuestra Iasnaia Poliana, nuestra Mikhailovskoie [residencias respectivas de Tolstoi y Pushkin], nuestras cartas de nobleza. Y es allí donde se instala un polígono de ensayos nucleares».[101]

En repúblicas soviéticas con mayor grado de evolución política las reivindicaciones medioambientales y ecologistas ya no eran un lamento nostálgico, sino que se incorporaban expresamente a los programas de los distintos Frentes Populares nacidos en el contexto de la *perestroika.* Así acontecía en el Programa del Comité de Armenia del Movimiento Karabaj, que declaraba como objetivo prioritario «luchar sin tregua por la protección de la naturaleza y contra la polución, sabiendo que la gravedad de la situación ecológica amenaza no solamente la salud de la juventud actual, sino también la salud física y mental de las generaciones futuras. Luchar con prioridad contra las centrales nucleares y por el cierre del complejo químico Nairit...»[102] El Frente Popular Georgiano, por su parte, reclamaba en 1989 que «Transcaucasia sea declarada zona desnuclearizada».[103] Las mismas preocupaciones se observaban en los programas de los

Frentes Populares de Estonia y Letonía y en el Sajudis lituano que, entre otras medidas propugnaban la desnuclearización del Báltico.[104]

Un contexto bien distinto centra las grandes coordenadas de la trágica situación derivada del denominado «colonialismo algodonero», originado en extensas regiones del Asia Central soviética y muy especialmente en la república de Uzbekistán. Bajo las directrices de la economia planificada, el cultivo del algodón se incrementó de manera superlativa en el territorio uzbeko. Si en 1913 se extendía por el 19,3 por cien de la superficie cultivada de la república, en 1940 representaba el 30,4 por cien; en 1965 alcanzaba el 46,6 por cien, y en 1986, el 52,9 por cien, que equivalía al 85 por cien del total de las superficies irrigadas.[105]

Las consecuencias de la creciente consolidación del cultivo algodonero en Uzbekistán han sido numerosas y han afectado a diversos ámbitos, a los que se hará referencia posterior. Pero las más agudas lo han sido, sin duda, para el medio ambiente con la desecación del sesenta por ciento de la superficie del Aral, un mar interior que en otro tiempo llegó a contar con más de sesenta mil kilómetros cuadrados de extensión. El constante crecimiento de la superficie irrigada implicó una drástica reducción de los niveles hidrológicos de los ríos Amu-Daria y Sir-Daria, que aseguraron siempre la alimentación del mar de Aral. Privado de ella, el Aral sufrió enormes pérdidas en su volumen total, que agravaban las elevadas tasas de evaporación propiciadas por las elevadas temperaturas de la zona. Una utilización a todas luces desmesurada de defoliantes y pesticidas contribuyeron todavía más a destruir la vida de las aguas. El Aral se convirtió aceleradamente en un mar muerto. Su principal puerto pesquero, Aralsk, se halla actualmente a sesenta kilómetros de la costa.[106] «El nuevo litoral –ha escrito dramáticamente Hedrick Smith– no es más que una vasta extensión de sal. Visto desde un avión se diría que el mar empequeñecido está rodeado por una bufanda blancuzca. El viento levanta el polvo de la sal y, a centenares de kilómetros a la redonda, el aire salado irrita los ojos, tapona los pulmones y envenena la tierra. La sal llueve sobre los ríos empobrecidos: utilizada para el riego, su agua aumenta la salinización

del suelo; consumida por los hombres, ataca el hígado y corroe los intestinos».[107]

Una alteración tan drástica de las condiciones medioambientales –a las que deben sumarse, en cualquier caso, las tradicionales carencias de una región escasamente dotada de infraestructuras sanitarias y de servicios médicos adecuados– no podía sino producir, desde el punto de vista de la salud colectiva, un horizonte crítico. Según estudios médicos locales referidos a la provincia de Khorezm, donde se encuentran las ciudades de Khiva y Urghentch, –y a los que tuvo acceso Hedrich Smith– se constataba en la zona una fuerte presencia de enfermedades infecciosas como el tifus, la disentería y la hepatitis, además de cálculos biliares, anemia y problemas renales de todo tipo. Los equipos médicos a los que hace referencia el citado estudio, declaraban que tantos años de exposición al aire viciado, al agua saturada de sal y a los nroductos químicos habían «agotado la capacidad de adaptación del organismo humano. Es por ello que nuestro pronóstico resulta extremadamente pesimista en lo que respecta a la salud de los habitantes de está provincia, en particular de las mujeres y los niños».[108] Tales aseveraciones eran también confirmadas por publicaciones oficiales soviéticas que reconocían que «el nivel de mortalidad infantil sigue siendo muy alto, especialmente en las repúblicas del Asia Central y en Kazajstán». El número de niños muertos antes de cumplir un año se evaluaban respectivamente en un 29,2 y un 51, 4 por mil. Entre las causas de tan elevada mortalidad infantil no se citan expresamente las originadas directamente por los cambios ecológicos o medioambientales, y se vinculan, en cambio, «con las carencias en la organización de la asistencia médica a mujeres y niños, así como a las condiciones desfavorables del trabajo de las mujeres».[109] Sin embargo parece que se debería conduir, tal y como se desprende de los resultados del debate *ad hoc* organizado por las revistas *Novy Mir* y *Pamir* tras la misión denominada «Aral-1988», que las durísimas condiciones sociolaborales imperantes en la región estaban estrechamente relacionadas con el monocultivo del algodón directamente causante de la catástrofe ecològica a la que se viene haciendo referencia.[110]

Los problemas de carácter ecológico o medioambiental, en definitiva, se convirtieron en determinadas ocasiones en un factor de aceleración de los movimientos nacionalistas, aunque hay que relacionar siempre esa aceleración con el propio grado de madurez política de las reivindicaciones nacionales. En algunos casos –por tratarse de poblaciones poco numerosas, geo-gráficamente aisladas o con procesos políticos nacionalitarios muy débiles o inexistentes– su impacto pudo ser prácticamente nulo. Es el caso de la península de Tchukotka, en el Artico, al que se ha hecho referencia con anterioridad. Es el modelo opuesto al de las áreas báltica o caucásica, en las que los respectivos movimientos nacionalistas fueron altamente espoleados por el agudo impacto de los problemas medioambientales, que se convirtieron en expresa reivindicación política y entraron a formar parte substancial de cada uno de los distintos Frentes Populares.

Cabria singularizar aquí, en todo caso, modelos como el ucraniano en el que el despertar de la nueva conciencia nacional implicó la aparición de una nueva dimensión política que ha sido definida como una dimensión «etnoecológica». Intelectuales opositores ucranianos, como Hontchar, Oliinyk o Chtcerbak decidieron acuñar mensajes sobre «la ecología de la lengua, de la cultura y de la naturaleza» que alcanzaron un considerable impacto popular sobre una opinión pública en formación durante los últimos años de la *perestroika.* Tales propuestas están en la base de grandes manifestaciones populares, como la que reunió el 13 de noviembre de 1988 a más de diez mil personas en Kiev o la que, en la misma ciudad, convocó a más de cuarenta mil el 26 de abril de 1989, con ocasión del tercer aniversario de Chernoby].[111]

Las repúblicas musulmanas de Asia central, por su parte, constituyeron un caso intermedio, tanto por las singularidades que se conjugan en su peculiar anexión al imperio zarista, como por las formas históricas con las que se ha perpetuado, hasta la implosión de la URSS, su integración en la Unión Soviética.[112] Pese a la indudable impermeabilización que ha significado culturalmente el Islam, también es cierta la eficiencia de los mecanismos de control adoptados por los soviéticos en aquellos territorios, y entre los que cabe mencionar en

primer término los que indujeron a la colaboración de las elites locales. En este contexto pueden explicarse tanto fenómenos como el «nativista», como el peculiar grado de subordinación política al Kremlin. Desde está perspectiva han podido coexistir virulentas algaradas antirrusas, como la arquetípica de Alma Atá en 1986, con la masiva aquiescencia política a las directrices emanadas de Moscú. Resulta especialmente significa-tivo, en ese sentido, que las repúblicas de Asia Central alcanzaran el máximo grado tanto de participación como de voto afirmativo en el referéndum «sobre el mantenimiento de una Unión renovada», convocado por Gorbachov el 17 de marzo de 1991. Frente a una participación en la Federación Rusa evaluada en el 75,4 por ciento del censo electoral, con un 71 por ciento de voto afirmativo, las repúblicas de Asia Central arro jaron los siguientes resultados:[113]

República	Participación (%)	Voto afirmativo (%)
Uzbekistán	95	93,7
Kirguizistán	92,9	94,5
Tadyikistán	94	96
Turkmenistán	97,7	98
Kazajstán	89	94

Los resultados del referéndum reflejan una doble evidencia. En primer lugar, que la vertebración política de los movimientos nacionalistas se encontraban todavía en un estadio muy embrionario. En Uzbekistán, donde se hallaba el grupo nacionalista más dinámico de toda la región, el Birlik, sus dirigentes declaraban a Hedrick Smith poseer una esfera de influencia cercana al medio millón de personas, para una república de veinte millones de habitantes. Smith consideraba la cifra «exagerada» y entendía que «los militantes que componen el núcleo duro del movimiento son intelectuales, estudiantes y un cierto número de jóvenes obreros que aportan los cinco ó seis mil manif estantes cada vez que el Birlik organiza un acto. Quienes les apoyan son probablemente veinte veces más numerosos, pero no ciertamente medio millón».[114] Los resultados del referéndum sugieren, además, un segundo rasgo de no menor importancia y que

no es otro que la solidez de las estructuras comunistas en las repúblicas de Asia central que se revelan no solamente en sus altísimos –desorbitados-resultados, sino también en las seguridades con las que el Kremlin siempre operó en la región. No ha deparecer casual que Gorbachov diseñase su estratégia de ratificaciones sucesivas del polémico Tratado de la Unión comenzando por la república de Kazajztán. Se trataba sin duda de una muestra explícita de confianza en la solidez de la autoridad delegada. Sin embargo todo ello no resultó incompatible con las explosiones xenófobas –y en primer lugar de odio al ruso– derivadas tanto de un síndrome colonial siempre larvado, como de un nativismo excitado por el empeoramiento sistemático y creciente de las condiciones de vida de unas poblaciones en vertiginoso crecimiento demográfico.

A los factores hasta ahora enumerados como causa próxima de la crisis de la «civilización soviética» –la reacción ante el proceso de rusificación acometido a través de la administración, la escuela y el ejército; a la relevancia del hecho religioso como aglutinante nacional; a la incidencia de una cada vez mayor conciencia etnoecológica entre las nacionalidades no rusas– cabría sumar los derivados de los grandes transvases de población efectuados especialmente durante la época de Stalin y, también, la singular delimitación de las fronteras internas soviéticas, causa primordial de los violentos conflictos interétnicos especialmente visibles en la URSS a partir de los últimos años de la *perestroika.*

Como consecuencia de los grandes movimientos intemos de población en la URSS, especialmente acelerados a partir de los primeros años cincuenta, alrededor de veinticinco millones de rusos vivían fuera de los límites territoriales de Rusia en el momento de la desaparición política y jurídica de la Unión Soviética.[115] Los datos proporcionados por los censos soviéticos permiten, con una cierta aproximación, precisar el alcance histórico de éstas oleadas migratorias que, en determinadas repúblicas federadas, implicaron incluso un vuelco de sus estructuras étnicas. Entre 1926 y 1979 su resultado fue el siguiente:

Estructura nacional de las repúblicas federadas de la URSS

Repúblicas	Año censo	Habitantes (miles)	Autóctonos (%)	Rusos (%)	Otros pueblos (%)
Rusia	1926	93.280	77,8	77,8	22,2
	1939	108.264	83,4	83,4	16,6
	1959	117.534	83,3	83,3	16,7
	1970	130.079	82,8	82,8	17,2
	1979	137.551	82,6	82,6	17,4

Repúblicas	Año censo	Habitantes (miles)	Autóctonos (%)	Rusos (%)	Otros pueblos (%)
Ucrania	1926	28.446	80,6	9,2	10,2
	1939	31.785	73,5	12,9	13,6
	1959	41.869	76,8	16,9	6,3
	1970	47.126	74,9	19,4	5,7
	1979	49.755	73,6	21,1	5,3
Bielorrusia	1926	4.983	80,6	7,7	11,7
	1939	5.569	82,9	6,5	10,6
	1959	8.055	81,1	8,2	10,7
	1970	9.002	81,0	10,4	8,6
	1979	9.560	79,4	11,9	8,7
Lituania	1959	2.711	79,3	8,5	12,2
	1970	3.128	80,1	8,6	11,3
	1979	3.398	80,0	8,9	11,1
Letonia	1959	2.094	62,0	26,6	11,4
	1970	2.364	56,8	29,3	13,4
	1979	2.521	53,7	32,8	13,5
Estonia	1959	1.197	74,6	20,1	5,3
	1970	1.356	68,2	24,7	7,1
	1979	1.466	64,7	27,9	7,4
Moldavia	1926	572	30,1	8,5	61,4
	1939	599	28,5	10,2	61,3
	1959	2.884	65,4	10,2	24,4
	1970	3.569	64,6	11,6	23,8
	1979	3.947	63,9	12,8	23,3
Georgia	1926	2.667	67,0	3,6	29,4
	1939	3.540	61,4	8,7	30,0
	1959	4.044	64,3	10,1	25,5
	1970	4.686	66,8	8,5	24,7
	1979	5.015	68,8	7,4	23,8
Armenia	1926	881	84,4	2,2	13,4
	1939	1.282	82,2	4,0	13,2
	1959	1.763	88,0	3,2	8,8
	1970	2.492	88,6	2,7	8,7
	1979	3.031	89,7	2,3	8,0

Repúblicas	Año censo	Habitantes (miles)	Autóctonos (%)	Rusos (%)	Otros pueblos (%)
Azerbaiján	1926	2.315	62,1	9,5	28,4
	1939	3.205	58,4	16,5	25,1
	1959	3.698	67,5	13,6	18,9
	1970	5.117	73,8	10,0	16,2
	1979	6.028	78,1	7,9	14,0
Kazajstán	1926	6.503	57,1	19,7	23,2
	1939	6.094	38,2	40,3	21,5
	1959	9.310	30,0	42,7	27,3
	1970	13.008	32,6	42,4	25,0
	1979	14.684	36,0	40,8	23,2
Uzbekistán	1926	4.446	74,2	21,6	4,2
	1939	6.271	64,4	11,5	24,1
	1959	8.106	62,2	13,5	24,3
	1970	11.799	65,5	12,5	22,8
	1979	15.391	68,7	10,8	20,5
Turkmenistán	1926	900	70,2	8,2	21,6
	1939	1.252	59,2	18,6	22,2
	1959	1.516	60,9	17,3	21,8
	1970	2.159	65,6	14,5	19,9
	1979	2.752	68,4	12,6	19,0
Tadyikistán	1926	827	74,6	0,7	24,7
	1939	1.484	59,6	9,1	31,3
	1959	1.980	53,1	13,3	33,6
	1970	2.900	56,2	11,9	31,9
	1979	3.801	58,8	10,4	30,8
Kirguizistán	1926	993	66,6	11,7	21,7
	1939	1.458	51,7	20,8	27,5
	1959	2.066	40,5	30,2	29,3
	1970	2.933	43,8	29,2	27,0
	1979	3.529	47,9	25,9	24,2

Fuente: Y. V. BROMLÉI *et alii: Processus ethniques en URSS*

Los datos de los censos soviéticos, en definitiva, confirmaban y precisaban el alcance del notable aumento de la población rusa en todas las repúblicas federadas con la única excepción de Uzbekistán que, en 1926, tenía una elevada tasa de población de origen ruso –el 21,6 por cien– que descendió en 1979 al 10,8 por cien. Por su parte, los demògrafos soviéticos[116] entendían que a partir del censo de 1959, la población rusa había aumentado más en las regiones en las que la población autóctona era considerada como poco móvil –es

decir, en el Cáucaso y en Asia Central– y más débilmente en las áreas donde, por el contrario, la población autóctona era relativamente móvil, como en el caso de las repúblicas bálticas. Igualmente inferían que el descenso de la población de origen ruso y el correspondiente aumento de la población autóctona tanto en el Cáucaso como en Asia Central entre 1959 y 1978, se debió fundamentalmente al crecimiento natural de la población de dichas regiones, mientras que en áreas de baja natalidad como Ucrania, Bielorrusia y los países bálticos, las modificaciones de la estructura étnica se debían sobre todo a migraciones de trabajadores rusos con tasas de natalidad más elevadas que las de la población autóctona.

En todo caso el hecho cierto es que, desde la creación de la URSS, se produjeron importantes cambios en las estructuras étnicas de las unidades nacionales y territoriales del antiguo imperio zarista que implicaron un «aumento de la diversidad de la estructura étnica y una mayor mezcla de pueblos».[117]La interpretación inequívoca de ese complejo conjunto de fenómenos sociales estuvo siempre altamente ideologizada y habitualmente se enfatizó su carácter nacionalmente integrador, buena muestra de la fraternidad lograda en el seno del «pueblo soviético». Sólo con la relativa transparencia derivada de la *Perestroika,* el Estado soviético se reveló como un vasto territorio en el que las tensiones nacionales primero, y los conflictos abiertos después, proliferaban de una manera muy aguda. Aunque el caleidoscopio de tales fenómenos resulta extraordinariamente variado, los principios básicos por los que se rigieron no lo fueron tanto. En todo caso el primordial fue el de la afirmación nacional de un buen número de repúblicas federadas que, en contra de un pensamiento oficial que consideraba las fronteras internas de la URSS «hasta un cierto punto convencionales»,[118] reafirmaban su carácter nacional, tanto frente al «Gran Hermano» ruso como frente a las minorías de diverso signo enclavadas en sus propios territorios.

Entre dichas minorías no deben excluirse los denominados «pueblos castigados»,[119] es decir, las etnias o minorías nacionales brutalmente deportadas por Stalin, en ocasiones a miles de kilómetros de sus territorios de origen, durante la Segunda Guerra Mundial. Algunos de estos pueblos, como los kalmukos, procedentes de las riberas del

Caspio, o los chechenos y los balkares, originarios del Cáucaso, fueron «rehabilitados» por Kruschev y autorizados a regresar a su suelo natal desde las estepas de Asia Central o desde Siberia. Otros, en cambio, hubieron de permanecer en el alejamiento forzado durante mucho más tiempo, frecuentemente sometidos a un *status* infamante en sus lugares de deportación. Es el caso de los denominados «alemanes del Volga», descendientes de los colonizadores germanos establecidos por Catalina II a partir de 1763 en la región de Saratov. En 1924 la URSS les había concedido la consideración administrativa de República Socialista Autónoma.[120] En 1941 fueron deportados en masa por Stalin.

Dos pueblos musulmanes, los tártaros de Crimea –que integraban una población de medio millón de personas– y los denominados turcos mesketos, con una demografía no inferior a las cien mil personas, siguieron sus pasos. Se conocen mayores precisiones sobre los mesketos –en realidad un pueblo étnicamente georgiano islamizado en época otomana– a quienes el Kremlin consideró sospechosos de posibles connivencias con el enemigo en el caso de un eventual –y, por otra parte, inexistente– ataque turco. En la noche del 15 de noviembre de 1944, tropas especiales del NKVD rodearon más de 200 poblaciones mesketas de la región de Alkhaltshaki, en Georgia oriental, y en una operación fulgurante vaciaron el territorio. Alrededor de ciento diez mil mesketos, entre hombres, mujeres y niños, fueron conducidos a las estepas uzbekas en un viaje dantesco que duró más de cuatro meses. Unos diecisiete mil murieron durante el traslado. El resto sobrevivió en condiciones de vida muy penosas, regidas por la hostilidad, la discriminación y la desesperanza. Sólo unos escasos miles pudieron regresar –de forma al mismo tiempo furtiva y tolerada– a Georgia, aunque nunca a su región de origen, dada la férrea oposición tanto del Kremlin como de las autoridades georgianas, y con el único apoyo de ciertos sectores de la *intelligentsia* de Tbilisi. En todo caso, los mesketos que hubieron de permanecer en sus lugares de deportación continuaran en unas condiciones extremadamente difíciles. Durante los meses de mayo y junio de 1989 sufrieron, en el conflictivo valle de Fergana, auténticos *pogroms* por parte de exaltados xenófobos uzbekos, que se saldaron

con numerasos muertos y heridos.[121] En 1993 el Consejo de Europa insto tanto a las autoridades rusas como a las ucranianas y georgianas, a «reconocer el derecho de retorno a sus países de origen a las poblaciones deportadas durante la época estaliniana», con referencia expresa a las poblaciones germanas, a los tártaros de Crimea y a los turcos mesketos.[122]

Los conflictos interétnicos, consecuencia de factores históricos muy complejos, se extendieron de una manera fulgurante a parte de la complicada geografia nacionalitaria de la Unión Soviética. Aalgunos de ellos se prestará mayor atención en posteriores capítulos. En todo caso dos factores predominaron tanto en su origen como en su ulterior desarrollo. El primero de ellos podría ser definido como una ancestral oposición que, desde siglos atrás, enfrentó –fundamentalmente en el área caucásica– a turcos y pueblos islamizados, y a pueblos de civilización cristiana, a lo largo de una frontera discontinua y altamente tensionada. La memoria histórica –una memoria histórica de enfrentamientos y de escasa convivencia– se ha agravado, incluso, en casos como el del agudo contencioso armenio-azerbayano, por decisiones político-administrativas adoptadas por los gobiernos soviéticos. Es el caso de Nagorni Ka rabaj –del territorio de Artsaj, si se utiliza la denominación armenia– en el que en 1923 Stalin traicionó, a juicio de Carrére d'Encausse,[123] las promesas efectuadas a los armenios, ubicándolo bajo autoridad azerbaijana, a fin de congraciarse con el conjunto de la población musulmana de la URSS, integrada por cincuenta millones de personas.

En los extensos territorios de Asia Central –área de colonización rusa desde el último tercio del siglo XIX, que en los albores de la Unión Soviética fue objeto de una importante emigración rusa como pusieron ya de relieve los clásicos estudiós de E.H. Carr–[124] la situación adoptó una especial singularidad. El Turkestán, nombre genérico que durante mucho tiempo designó las posesiones rusas de Asia Central, tuvo casi siempre sólo el sentido de una expresión geográfica, aunque no en el malicioso sentido con el que Metternich denominaba a Italia en el siglo XIX. Conglomerado de kanatos prenacionales –habitualmente turcófonos y sunnitas-, englobó también entre sus límites pueblos de origen iraní como los tadyikos.

La política soviética respecto a las nacionalidades de tan extenso y complejo territorio, no estuvo exenta de oscilaciones. Las relaciones contrapuestas entre comunistas rusos y los pueblos de civilización islámica, reflejaron también la vieja línea divisoria entre colonizadores y colonizados. Un decreto del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia (VTsIK) de 1921, que creó la República Socialista Soviética del Turkestán como una república autónoma de la Federación Rusa, con un territorio que comprendí a desde el Sinkiang al mar Caspio, no resolvió las «vacilaciones», en expresión de E. H. Carr, de los primeros gobiernos bolcheviques.[125]

La resolución, que respondía a un proyecto de preservar la singularidad del territorio turkestano en el seno de una administración autónoma incluida dentro de la Federación Rusa, fue una opción efímera. El propio Lenin, tomando partido en el contexto del debate sobre la «autonomización» promovido por Stalin, señaló la necesidad de «1) establecer un mapa de datos (etnográficos y otros) del Turkestán, dividiéndolo en país uzbeko, kirguís y turkmeno y 2) es necesario examinar las condiciones de la unidad o de la separación de estas tres partes».[126] Las breves indicaciones de Lenin subrayan, en todo caso, que la política nacionalitaria soviética en el Turkestán vendría definida por los rasgos de una política estratégica.

Entre 1924 y l925 se resuelven, en un doble sentido, las «vacilaciones «soviéticas. Compelido a eliminar los hipotéticos riesgos del panturquismo, el Kremlin decidió compartimentar el inmenso territorio turkestano y creó las cinco repúblicas federadas de Asia Central,[127] en las que aplicó unos singulares criterios lingüístico-culturales qué Carrère d–Encausse ha resumido muy gráficamente con la expresión «a cada nación, su lengua». La URSS, en definitiva, estimuló por una parte la fragmentación de una posible lengua única para una gran parte del territorio (el turco dyagatai) y, sobre todo evitó hacer coincidir las nuevas entidades políticas con áreas culturales homogéneas. En ese sentido se dotó en 1922 al habla kirguís de una escritura propia, forzando su secesión del kazako. Las tribus karakalpaks, que difícilmente se distinguían desde el punto de vista étnico de las kazakas o de las uzbekas, fueron definidas como una nacionalidad y organizadas políticamente en una región

autónoma, aunque los intentos de erigir una lengua separada karakalpak no fueron acompañados por el éxito.

En último extremo, la política cultural y nacional soviética en Asia Central anuló –como han señalado Cagnat y Jan– las posibilidades de una *lingua franca* para una gran parte del territorio, y se esforzó por otorgar *status* cultural a un sinnúmero de hablas (más de cuarenta) creando, frecuentemente *exnihilo,* alfabetos, gramáticas, diccionarios y tradiciones literarias prefabricadas. Todo ello, sin embargó, comportó al mismo tiempo escindir comunidades lingüísticas como la kazako-kirguís, la turkmeno-azerbaijana, o la oirota-buriato-mongol.[128] La fragmentación lingüística, en fin, fue acompañada a corto plazo por dos nuevas medidas políticas no menos importantes como la cirilización obligatoria del alfabeto y la enseñanza, igualmente obligatoria del ruso. Si a todos estos factores se suma el creciente asentamiento de una numerosa población eslava, se tendrán las claves esenciales de los intentos de rusificación del territorio.

Las consecuencias de toda está calculada política –«l'aberration du découpage stalinien», utilizando la expresión de Olivier Roy–[129] potenció, desde el punto de vista nacionalitario, la consagración del caos. En el neurálgico valle de Fergana se sucedían áreas político-administrativas kirguises, luego uzbekas, posteriormente tadyikas y, finalmente, de nuevo uzbekas. En el Zarafstán, la frontera uzbeko-tadyika deja en Uzbekistán la mayor y más emblemática de las ciudades tadyikas, Samarcanda. En resumen: una política destinada –cuando la férrea mano soviética comenzó a debilitarse, durante la segunda etapa de la *perestioika*– a activar de manera prácticamente irremediable los conflictos interétnicos: uzbekos frente a tadyikos, uzbekos frente a mesketos, tártaros de Crimea frente a uzbekos.

Durante los debates previos a la adopción de la Constitución soviética de 1977, tal y como anteriormente se ha expuesto, algunos diputados consideraran oportuna la desaparición de las fronteras internas de la URSS, en un intento de optimizar las tesis oficiales breznevianas del nacimiento del «pueblo soviético» como una nueva comunidad histórica. Pese a que dichas tesis fueron abandonadas (por prematuras) señalaban las tendencias ideológicopolíticas de la Unión Soviética y su estratégia a medio plazo. Una docena de años más

tarde, la proliferación de violentos conflictos interétnicos en extensas zonas del inmenso territorio soviético, ponían en evidencia el grado de precariedad de los lazos que teóricamente unían las nacionalidades de la URSS y reafirmaban que, por el contrario, las naciones pretendidamente soviéticas buscaban reafirmar su seguridad precisamente en las fronteras o, eventualmente, en la transformación o en la revisión de las fronteras. El crisol soviético de las cien nacionalidades cedía aceleradamente la plaza a otras opciones que, en muchos casos, unían la reivindicación democrática a la búsqueda de su propia identidad nacional o, en otros, retomaba en el Islam los elementos de una segunda identidad unificadora.

1 Véase el texto de su discurso de ingreso en la Academia Francesa en *Le Monde*, 2 diciembre 1991.

2 H. CARRÈRE D'ENCAUSSE: *L'Empire éclaté*. París, Flammarion, 1984.

3 *Ibid.*, p. 9.

4 Esta nota no trata, evidentemente, de recoger la inmensa bibliografía que se ocupa del marxismo y la cuestión nacional, ni tampoco la que estudia la teoría y la praxis del bolchevismo ruso respecto de las nacionalidades, tareas ambas que sin duda implicarían por sí mismas un trabajo monográfico. Se limita a poner de relieve, en todo caso, ciertos títulos que han resultado especialmente útiles para el autor. Un libro esencial para el pensamiento de Marx sobre la nación es el de S. F. BLOOM: *El mundo de las naciones. El problema nacional en Marx*. Madrid, Siglo XXI, 1975. Importantes obras de conjunto son las H. B. DAVIES: *Nacionalismo y socialismo*. Barcelona, Península, 1972, G. HAUPT, M. LOWY y C. WEILL: *Les marxistes et la question nationale (1848-1914)*. París, Maspero, 1974 y W. CONNOR: *The National Question in Marxist-leninist Theory and Strategy*. Princeton, Princeton UP, 1984. Aunque en España no han proliferado especialmente estudios similares, es de interés mencionar una cierta coriente de escritos, iniciada en la Cataluña de los años treinta, impulsada por pensadores y/o políticos marxistas que cabría calificar de heterodoxos, aunque paradójicamente sus conclusiones fueran bastante ortodoxas. Entre ellos citamos la antología de J. ARQUER: *Lenin, Stalin i Bukharin. El comunisme i la qüestió nacional*. Barcelona, L'Arc de Barà, 1930 y A. NIN: *Els moviments d'emancipació nacional*, Badalona, Proa, 1935 [2ª reimpresión en París, Edicions Catalanes de París, 1970], un libro truncado por el trágico asesinato de su autor. En tiempos más recientes, una línea de trabajo debida fundamentalmente a autores vascos, ha proseguido de alguna manera aquella trayectoria. En tal sentido citamos los libros de J. R. RECALDE: *La construcción de las naciones*. Madrid, Siglo . XXI, 1982 y G. JÁUREGUI BERECIARTU: *Contra el Estado-nación. En torno al hecho y la cuestión nacional*.

Madrid, Siglo XXI, 1986. Deben verse también las referencias bibliográficas contenidas en A. de BLAS GUERRERO: *Nacionalismo e ideologías políticas contemporáneas*. Madrid, Espasa-Calpe, 1984 y *Nacionalismos y naciones en Europa*. Madrid, Alianza, 1994. Por lo que respecta a la política soviética sobre las nacionalidades, además de los textos clásicos de Lenin y Stalin, seguramente es conveniente citar en primer lugar la monumental obra de E. H. CARR: *Historia de la Rusia soviética* y especialmente su trilogía inicial *La Revolución bolchevique (1917-1923)*. Madrid, Alianza, 1972 y 1973. Para algunas etapas históricas concretas resultan muy útiles obras como la de R. PIPES: *The Formation of Soviet Union. Communism and Nationalism (1917-1923)*. Cambridge (Mass.), Harvard UP., 1964, ola de H.CARRÈRED ENCAUSSE: *Le grand défi. Bolcheviks et nations (1917-1930)*. París, Flammarion, 1987, aunque en ocasiones la lectura de una interpretación breve y brillante, como lade M. LEWIN sobre la crisis georgiana, resulte sumamente esclarecedora, cf. el capítulo cuarto de *El último combate de Lenin*, Barcelona, Lumen, 1970. Para estudios de etapas más extensas, R. J. KAISER: *The Geography of Nationalism in Russia and the USSR*. Princeton, Princeton UP, 1994. Aspectos más directamente políticos en B. NAHAYLO y V. SWOBODA: *A History of the Nationalities Problems in the USSR*. Londres, Hamish Hamilton, 1990 (aunque aquí se citará por la versión italiana ampliada: *Disunione Soviética*. Milán, Rizzoli, 1991) y M. REZUM (ed.): *Nationalism and the Break-up of an Empire. Russia and its Peripherie*. Londres, Praeger, 1992. Igualmente resultan de sumo interés los libros de G. SMITH (ed.): *The Nationalities Question in the Soviet Union*. Londres/ Nueva York, Longman, 1993 y H. BOGDAN: *Histoire des peuples de l'ex-URSS*. París, Perrin, 1993, entre otros muchos Debe notarse, sin embargo, que sólo las compilaciones bibliográficas realizadas por M. ARMAND, M. AYMARD y C. L. CHARBONNIER: *Bibliographie européenne des travaux sur l'URSS et l'Europe de l'Est*. París, École des Hautes Études en Sciences Sociales / Institut d'Etudes Slaves, 1990, o las exhumadas en España por Carlos Flores, relacionan centenares de títuiossobrela crisis de la URSS y de los países del Este, muchos de los cuales se refieren a temas nacionalitarios; cf. C FLORES JUBERÍAS: «Las transformaciones de los regímenes políticos de la URSS y la Europa del Este. Una aproximación bibliográfica», *Revisto del Centro de Estudios Constitucionales*, 8 (1991), pp. 239-337, y su segunda parte, con idéntico título, en el número 13 de la citada revista (1992), pp. 181-303.

5 V. I. LENIN: *El derecho de las naciones a la autodeterminación*. Moscú, Progreso, 1980, p. 62.

6 O. BAUER: *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*. México, Siglo XXI, 1979, *passim*. Sobre la obra de Bauer véase M. GARCÍA-PELAYO: *La teoría de la nación en Otto Bauer*. Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 1979 e I. BOURDET: *Otto Bauer et la révolution*. París, Études et Documentation, s.a.

7 Citamos aquí por la edición italiana: J.V. STALIN: «Il marxismo e la questione nazionale», en *Il marxismo e la questione nazionale e coloniale*. Turín, Einaudi, 1974, pp. 43-125.

8 J. V. Stalin: «La política del potere soviético nella questione nazionale in Russia», *Pravda*, 226, 10 octubre 1922, en *II marxismo…, op. cit.*, pp. 151-162.

9 *Principio y experiencias de la Federación soviética*. Moscú, Agencia de Prensa Nóvosti, 1982, p. 14.

10 Véase el texto de la Constitución de la República Federativa Popular de Yugoslavia (1946) en la que el Estado se define como «federal popular de forma republicana, una comunidad de pueblos iguales en derecho que, en virtud del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, incluyendo el derecho de secesión, han expresado su voluntad de vivir unidos en el Estado federal» (en J. Djorjevich: *Yugoslavia, democracia socialista*. México, FCE, 1961, p. 239).

11 Cf. B.Topornín: *Nueva Constitución de la URSS*. Moscú, Progreso, 1980, pp. 170 y ss.

12 *Principios y experiencias de la Federación…*, p. 8.

13 *Ibid*.

14 Assemblée de l Union de l'Europe Occidentale (AUEO): *Actes Officiels*. Luxemburgo, Sesión Extraordinaria, marzo 1990, p. 85.

15 *Ibid*.

16 Véanse los textos de los tratados de no agresión firmados entre la URSS y Lituania (1926), la URSS y Letonia (1932) y la URSS y Estonia (1932), en R. Yakemtchouk: «Les Républiques Baltes et la crise du fédéralisme soviétique», *Studia Diplomática*, vol. XLIII, 4-5-6, Bruselas, Institut Royale des Relations Internationales (1990), pp. 319-324.

17 Citado en Y. V. Bromléi *et alii: Processus ethniques en URSS*. Moscú, Progrés, 1982, p. 299.

18 *Ibid*,

19 Véase el texto de la Constitución de 1977 en D. Colas: *Textes constitutionelles soviètiques*. París, PUF, 1987.

20 B. Topornín: *op. cit., p*. 172.

21 B. Topornín: *op. cit.*, p. 173.

22 L. I. Breznev: *Le 60 anniversaiie de la Grande Révolution socialiste d'Octobre. Moscú,* Progrés, 1977, p. 15.

23 L. I. Breznev: *Sur le projet de Constitution (Loi fondamentale) de l'Union des Républiques Socialistes Soviètiques et le bilan de la discussion nationale*. Moscú, Nóvosti, 1977, p. 14.

24 H. Carrère d'Encausse: *L'Empire éclaté…*, p. 336.

25 Cf. E. Kogan y Ch. Urjewicz: *Les nationalismes en Union Soviétique*. París, La Documentation Française, 1983, p. 5.

26 M. S. Gorbachov: *La perestroïka. Vues neuves sur notre pays et le monde*. París, Flammarion, 1987, p. 18.

27 H. Carrère d'Encausse: La gloire des nations ou la fin de l'Empire soviétique. París, Fayard 1990, p. 7.

28 A. Proskurin: *Unión fraternal*. Moscú, Nóvosti, 1986, p. 51.

29 *Ibid*.

30 *Ibid.*, p. 53.
31 H. Carrère d'Encausse: *L'Empire éclaté…, passim*.
32 A. Bohmann: «Peoples and Ethnic Groups in the Soviet Union», *Aussen Politik*, Hamburgo, Ministerio de Asuntos Exteriores de la RFA, vol. 32, Quarterly Edition, 2 (1981).
33 A. Bohmann: *art. cit.*, p. 200.
34 A. Bohmann: *art. cit.*, p. 203.
35 F. Barry y M. Lesage: *URSS:la dislocation du pouvoir*. París La Documentation Françaisc, 1991, *passim*.
36 J. Radvany: *L'URSS: légions et Nations*. París, Masson, 1990.
37 Cf. *Le Monde Diplomatique*, 431, febrero 1990, p. 11.
38 M. Lewin: *La grande mutation soviétique*. París, La Découverte, 1990, p. 188.
39 E. Chevardnazdé: *L'avenir s'écrit liberté*. París, Odile Jacob, 1991, p. 15.
40 M. Lesage: *La crise du fédéralisme soviétique*. París, La Documentation Française, 1990, p. 9.
41 Radvany ha observado que durante largo tiempo Ucrania, Bielorrusia y Azerbaiján fueron casi constantemente nacionalidades «prestatarias», es decir que producían más que lo que consumían, mientras que Kazajstán, y en general las repúblicas de Asia Central, eran «beneficiarias» de las aportaciones de las primeras. Las demás repúblicas tenían un «saldo» cercano al equilibrio, pudiendo pasar de una categoría a otra según períodos; cf. J. Radvany: *op. cit.*, p. 27.
42 Para una trayectoria del no nato Tratado de la Unión, véase F. Barry y M. Khan: «Les avatars du Traité de l'Union», *Le Courier des pays de l'Est*, 361 (1991).
43 F. Furet: «L'énigme de la désagrégation communiste», *Le Débat*, 62 (1990).
44 M. Hroch: «Europa y el nacionalismo», *El País*, 22 julio 1992. Del mismo autor véase igualmente: *Social preconditions of national revival in Europe. A comparative analysis of the social composition of patriòtics groups among the smaller european nations*. Cambridge, Cambridge University Press, 1985.
45 M. Hroch: «Europa y el nacionalismo», *art. cit*.
46 H. Carrère d'Encausse: *La gloire des nations…*, p. 391.
47 S. Romano: *Il declino dell'URSS come potenza mondiale e le sue conseguenze*. Milán, Longanesi, 1990, p. 167.
48 Cf. P. Sager: *Nationalism: a present danger?* Berna, Foundation for Democracy, 1992, p. 16.
49 S. Romano: *op. cit*.
50 P. Wallensteen (ed.): *States in armed conflicts*. Upsala, Universidad de Upsala, 1989, citado por R. Stavenhaguen: «Les conflits ethniques et leur impact sur la societé intemationale», *Revue Internationale des Sciences Sociales*, 127 (1991), p. 123.
51 S. Romano: *op. cit*.
52 H. Carrère d'Encausse: «La décomposition de l'Empire soviétique», *Pouvoirs*, 57 (1991), p. 20.
53 Y. V. Bromléi *et alii: Processus ethniques…*, p. 165.

54 Y. Poliakov, V. Lelchuk y A. Protopopov: *Historia de la sociedad soviética*. Moscú Progreso 1977, p. 559.
55 A. Bohmann: «Russians and russification in the Soviet Union», *Aussen Politik*, Hamburgo, Ministerio de Asuntos Exteriores de la RFA, vol. 32, Quarterly Edition, 3 (1981), p. 19.
56 H. Carrère d'Encausse: «Le fédéralisme soviétique en question», *Le Débat*, 56 (1989), p. 105.
57 R. Caratini: *Dictionaire des nationalités et des minorités en URSS*. París, Larousse, 1990, p. 132.
58 J. W. Lapierre: *Le pouvoir politique et les langues*. París, PUF, 1988, p. 214.
59 *Ibid*.
60 H. Carrère d'Encausse: *L'Empire éclaté…*, p. 226.
61 P. Garde: *Vie et mort de la Yougoslavie*. París, Fayard, 1992, p. 138.
62 H. Carrère d'Encausse: *L'Empire éclaté…*, p. 230.
63 H. Smith: *Désunion soviétique*. París, Belfond, 1991, p. 297.
64 H. Carrère d'Encausse: «Le fédéralisme soviétique…», p. 106.
65 Lord L. of Chilworth: *Les minorités nationales en Europe central et oriental*. Assemblée de l'Atlantic Nord, doc. AJ 235, CC/CSCE (92)7, noviembre 1992, p. 8. Las relaciones entre la nueva República de Moldavia y Rumania requieren alguna consideración adicional. Las dos Cámaras del Parlamento rumano, en sesión conjunta, reconocieron inmediatamente, el 3 de septiembre de 1991, la proclamación de independencia efectuada por Kichinau, considerando que «la proclamación de independencia de la República de Moldavia es un acontecimiento decisivo en la vida de los hermanos rumanos que viven más allá del Prut, acontecimiento que marca el comienzo de una natural, necesaria y legítima restauración histórica. Afirma su determinación de apoyar al Parlamento, al Presidente y al Gobierno de la República de Moldavia en las acciones de protección de la identidad nacional, de la lengua y de la cultura de los rumanos de más allá del Prout y de eliminación de las consecuencias del Pacto Ribbentrop-Molotov. Expresa su convicción que por este acto histórico se han creado condiciones favorables para una estrecha cooperación y colaboración en todos los aspectos de la vida política, económica y espiritual, en el interés de los rumanos que viven más allá del Prout»,véase el texto completo en A. CUCÓ (coord.): Nació i *nacionalisme a L'Europa central i oriental. Afers*, 14 (1992), pp. 471-474. Al año siguiente el ministro rumano de Asuntos Exteriores, Teodor Melescanu, señalaba ante la Asamblea Parlamentaria de la UEO que la existencia independiente de la República de Moldavia «es una cuestión de *realpolitik* […] La política del actual gobierno rumano es la de reconocer la existencia de dos Estados rumanos independientes y soberanos». En tal sentido «la preocupación del gobierno [rumano] consiste en primer lugar en asegurar el libre desarrollo y la creación de un espacio cultural común. Los rumanos que viven en Besarabia han sufrido durante demasiado tiempo una opresión cultural. Se intentó la creación del mito de una lengua moldava. Se ha querido reemplazar el alfabeto latino por el

alfabeto cirílico. La enseñanza superior en lengua rumana ha estado prácticamente prohibida. Toda una historia cultural debe ser rehecha…» Desde el punto de vista económico, el objetivo del gobierno rumano era el de «crear una zona de integración económica entre Rumania y Moldavia». Por lo que respecta a la reunión política de ambas repúblicas, Melescanu señaló que «es un proceso que se recorrerá en paralelo con el de la integración de Rumania y de la República de Moldavia en las Comunidades europeas. Yo no veo ninguna otra salida», cf. AUEO: *Actes Officiels*, 38 Session Ordinaire, 2éme partie, 1992, IV, pp. 112-113.

56 Sobre los pueblos turcófonos, véase J. P. Roux: *Histoire des tures*. París, Fayard, 1984.

57 Sobre la estructura y modernización del ejército soviético véase la versión del Departamento de Defensa norteamericano en *El poderío militar soviético*. Madrid, San Martín, 1983. Desde un punto de vista sociológico y sociopolítico resultan de notable interés los dossiers reunidos por La Documentation Française: *Armée et societé en URSS*. París, 1985 Y *L'armée soviétique et la Perestroïka*. París, 1990. Véase igualmente, B. Parrott (ed.): *The Dinamics of Soviet Defensa Policy*. Washington, Wilson Center Press, 1990.

58 H. Carrère d'Encausse: «Armée rouge: la verité», *Le Figaro*, 6 diciembre 1990.

59 *Ibid*.

70 Para un balance de la invasión soviética de Afganistán, véase J. Levesque: *L'URSS en Afghanistan, de l'invasion au retrait*. Bruselas, Complexe, 1990.

71 J. Kross: *El loco del zar*. Barcelona, Anagrama, 1992, p. 210.

72 A. Leroy-Beaulieu: *L'Empire des tsars et les russes*. París, Robert Laffont, 1990, p. 1292.

73 *Ibid*.

74 A. Leroy-Beaulieu: *op. cit.*, p. 1293.

75 I. Deutscher: *Stalin. Una biografía política*. Barcelona, Materials, 1967, p. 521.

76 H. Smith : Désunion *soviétique, op. cit*, p. 390.

77 *Boletín de la Academia de Ciencias de la URSS*, 6 (1987), citado por F. Thom: *Le moment Gorbatchev*. París, Hachette, 1991, p. 179.

78 H. Carrère d'Encausse: «Le fédéralisme soviétique en question», *Le Débat*, 56 (1988), p. 108.

79 «Slychat droug drouga» («Escucharse mutuamente»), *Kommounist*, 6 (1989), traducción francesa en Ch. Urjewicz: *La crise des nationalités en URSS*. París, 1989, p. 24.

80 *La Repubblica*, 29 marzo 1990.

81 *Le Figaro*, 8 mayo 1990.

82 J. V. Stalin: *Il marxismo e la questione nazionale…*, p. 109.

83 Cf. A. Bennigsen y Ch. Quelquejai: *Les mouvements nationaux chez les musulmans de Russie: le «sultangalievisme» au Tatarstan*. París/La Haya, Mouton, 1960.

84 R. Girault y M. Ferro: *De la Russie a l'URSS*. París, Nathan, 1989, p. 151.

35 A. TAHERI: *Islam / URSS. La révolte de l'Islam en URSS*. París, Tsuru Éditions, 1989, p. 270.

36 Véase el punto de vista oficial soviético en L. I. BREZNEV: *Acerca de los acontecimientos en Afganistán*. Moscú, Nóvosti, 1980.

37 A. BENNIGSEN: «URSS: le poid de l'Islam», *Politique Internationale*, 27 (1985), p. 133.

38 Sobre la composición étnica de Afganistán véase las Actas del Coloquio Internacional del Centre National de la Recherche Scientifique: *Le fait ethniqueen Iran et en Afghanistan*. París, CNRS, 1988.

39 Para las consecuencias finlandesas de la guerra ruso-japonesa de 1904-1905 y, en especial, sobre las llamadas «conscripciones ilegales» véase E. JUTTIKALA y K. PIRINEN: *Histoire de la Finlande*. Neuchatel, Éditions de la Baconnière, 1978, pp. 269 y ss. Para el caso polaco véase A. JOBERT: *Histoire de la Pologne*. París, PUF, 1965, p. 79 y ss.

40 R. CAGNAT y M. JAN: *Le milieu des empires. Entre URSS, Chine et Islam, le destin de l'Asie Central*. París, Robert Laffont, 1990, p. 298.

41 En A. GRESH: «Les Républiques d'Asie Céntrale s' engagent sur des chemins divergents», *Le Monde Diplomatique*, 465, diciembre 1992, p. 14. Para una panorámica general sobre la cuestión véase sobre todo S. AKINER: *Islàmic Peoples of the Soviet Union*. Londres, Kegan Paul International, 1983. Para el caso específico de Uzbekistán, véase W. FIERMAN: «Policy toward Islam in Uzbekistán in the Gorbachov Era», *Nationalities Papers*, vol. 22, 1 (1994), pp. 225-246.

42 Citado por R. CAGNAT y M. JAN: *op. cit*.

43 Sobre los problemas lingüistico-culturales de la Turquía contemporánea véase A. GOKALP: «Le turquisme: l'émergence de la langue nationale turque et les problèmes du changement linguistique en Turquie», en AA.VV: *Paysans et Nations d-Europe centrale et balkanique*. París, Maison neuve et Larose, 1985.

44 Sobre la figura de Akçura véase F. GEORGEON: *Aux origines du nationalisme turc*. París, Institut d'Études Anatoliennes, 1980.

45 Para las relaciones de Turquía con las minorías turcas de los Balcanes y con los nuevos Estados de Asia Central véase P. MOYA: *La Turquie*. París, AUEO, doc. 1341, 6 noviembre 1992 y A. CUCÓ: *La Méditerranée Orientale*. París, AUEO, doc. 1465, 24 mayo 1995.

46 F. THOM: *Le moment Gotbatchev…, op. cit.*, pp. 313 y ss. Más de seis años después de la catástrofe nuclear, la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa todavía se ocupaba de las trágicas circunstancias que acompañaron el accidente y de las múltiples consecuencias que ha entrañado. Véase al respecto el informe de la diputada islandesa L. M. RAGNARSDOTTIR: *Report on the Healts Effects of the Chernobyl Nuclear Accident and the Need for Stronger International Action*. Estrasburgo, Parliamentary Assembly Council of Europe, doc. 6731, 11 enero 1993. Para una visión de conjunto véase «Tchernobyl», *Les Médias et l'événement*. París, La Documentation Française, 1990.

97 En «Le grand mensonge de Tchernobyl», mesa redonda organizada por *Les Nouvelles de Moscú*, 48, octubre 1989.

98 Cf. Z. KOWALESKI: «L'Ukraine: réveil d'un peuple, reprise d'une memoire», *Hérodote*, 54-55 (1989) p. 111.

99 La lucha por el medio ambiente y la ecología en la URSS puede constatarse, de una o de otra manera, desde mediados de los años cincuenta –desde el primer «deshielo» kruscheviano– y estuvo promovida fundamentalmente por científicos, escritores y periodistas que en 1985 alertaron sobre las consecuencias medioambientales que se podrían derivar de las iniciativas de diversos ministerios vinculados con la defensa, para construir un gigantesco «combinat» de fabricación de celulosa junto al lago Baikal. La respuesta del Kremlin a la incipiente lucha por la ecología fue la decisión de Kruschev de declarar «secretos» los datos concernientes al medio ambiente. Breznev, por su parte, rehusó tener presente la dimensión ecológica del desarrollo. Apartir de la década de los setenta las reivindicaciones medioambientales comenzaron a formar parte del acerbo ideológico de la *intelligentsia* disidente (A. Shajarov, B. Komarov, J. Medvedev, etc.). Es a partir de estos años que, incluso en instituciones científicas y de investigación reconocidas, tanto en Moscú como en las diferentes repúblicas, se detecta una oposición cada vez más patente a las consecuencias del modelo desarrollista soviético. Durante los años de la *perestroika*, la gravedad de la situación medioambiental era tal que concitó el acuerdo tácito tanto de las primeras agrupaciones cívicopolíticas prodemocráticas (partidos y grupos políticos, Frentes Populares, etc.) como de los intelectuales y científicos. Especial relieve adquirió la publicación en *Literaturnaia Gazeta*, el 24 de mayo de 1989, del *Mensaje al Congreso de los Diputados del Pueblo de la URSS* en el que asociaciones como «Ecología y Paz», el Comité del Estado para la Protección de la Naturaleza presidido por Iakóvlev, personalidades de las letras y de las artes (entre ellas, B. Akhmadulina, N. Mikhalkov, o V. Rasputín) o miembros de la Academia de Ciencias de la URSS (entre ellos A. Shajarov, N. Tolstoi o B. Solokhov) trazaban un sombrío horizonte sobre el porvenir medioambiental soviético (cf. M. H. MANDRILLON *Environnement et politique en URSS*. París, La Documentation Française, 1989, *passim)*.

00 V. LOUPADINE y E. GAIER: «La radioactivité affecte les ethnies du Grand Nord», *Les Novelles de Moscú*, 45(1989).

01 *Literaturnaïa Gazeta*, Moscú, 24, 14 junio 1989 (traducción francesa, M. H. MANDRILLON *Environnement et politique…*, pp. 33-34).

02 Cf. el diario armenio *Gamk* París, 12 octubre 1988 (en Ch. URJEWICZ: *La crise des nationalités en* op. cit., p. 18).

03 En Ch. URJEWICZ: *La crise des nationalités…*, p. 22.

04 *Ibid.*, p. 36.

05 En Ch. URJEWICZ: *La crise des nationalités…*, p. 27.

06 Para un estudio geográfico y geopolítico de la tragedia del Aral véase P. MARCHAND: Eau, terrioire et nationalité: la mer d'Aral», en M. Roux (coord.):

Nations, État et Territoire en Europe de l'Est et en URSS. París, L'Harmattan, 1992, pp. 217-230.

07 H. SMITH: *Désunion soviétique, op. cit.*, p. 306.

08 H. SMITH: *op. cit*, p. 307.

09 *URSS: Anuario'91*. Moscú, Nóvosti, 1991, p. 217.

10 Véase «Aralskaïa Katastrofa» («La catástrofe del mar de Aral»), *Novy Mir*, Moscú, 5 (1989) (traducción francesa en Ch. URJEWICZ: *La crise des nationalités…*, pp. 26-32).

11 Z. KOWALEWSKI: *«L'Ukraine: léveil d'un peuple…»*, p. 117.

12 Carrère d'Encausse realizó un estudio, considerado hoy clásico, sobre el protectorado primero y la posterior anexión rusa de algunos grandes kanatos de Asia Central en la segunda mitad del XIX, hasta la revuelta basmachi de 1923 y la integración del territorio del Turkestán en la Unión Soviética (cf. H. CARRÈRE D'ENCAUSSE: *Reforma y revolución entre los musulmanes del Imperio Ruso. Bulara, 1867-1924*. Buenos Aires, Sur, 1969).

13 Cf. F. BARRY y M. LESAGE (eds.): *URSS: la dísiocation du pouvoir*. París, La Documentation Française, 1991, p. 192.

14 H. SMITH: *op cit.*, p. 313.

15 Cf. D. ATKINSON: *Report on Population Movements between the Republics of the Former USSR*. Estrasburgo, Parliamentary Assembly Council of Europe, doc. 6739, 20 enero 1993.

16 L. L. RYBAKOVSKII y N V. TARASOVA: «Vzaimodeïstie migratsionnykh i etnicheskik protsessov» «La integración de los procesos migratorios y los procesos étnicos»), *Sotsiologuítcheskie isslovedama*, Moscú, 4(1982) (traducción francesa en R. BERTON-HOGGE: *Les politiques de peuplement en Union Soviétique*. París, La Documentation Française, París, 1983).

17 Y. V. BROMLÉI, *et alii. Processus ethniques…*, p. 77.

18 *Ibid. p*. 78.

19 R. CONQUEST: The Nation Killers. Nueva York, Mac Millan, 1970 y A. NEKRICH: Les peuples punis. París, Maspero, 1979. El número de deportados en este holocausto étnico se evalúa hoy, según fuentes soviéticas, en 2.753.356 personas, de los que se desconoce el número de muertos en el terrible viaje. Sobre la concepción y materialización del genocidio, dirigido personalmente porBeria véase A KNIGHT: *Beria*. Stalin's *First Lieutenant*. Princeton, Princeton Umversity Press, 1993, *passim*. Un análisis global del genocidio en *J. J*. MARIE: *Les peuples déportés d'Union Soviétique*. Bruselas, Complexe,1995.

20 Cf. J. J. BOURRET: *Les Allemands de la Volga. Historie cultuielle d'une minorité (1763-1941)*. Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 1992

21 Ch. URJEWICZ: «Pogroms en Uzbékistan» Hérodote, 54-55 (1989) pp 271 y ss

22 Véase la Resolución 996 (1993) de la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa en *Texts Adopted by the Assembly / Textes Adoptés par 1 'Assemblée*. Estrasburgo, 44ª Sesión Ordinana, 1-5 febrero 1993.

23 *Le Nouvel Observateur*, 1317, 1-7 febrero 1990, p. 9.

24 Sobre la política colonizadora y las migraciones rusas hasta la segunda mitad de los años veinte véase especialmente E. H. CARR: *Historia de la Rusía Soviética. El socialismo en un solo páis (1924-1926)*, 1. Madrid, Alianza, 1972, pp. 532-550.

25 E. H. CARR: *Historia de la Rusia Soviética. La Revolución Bolchevique (1917-1923), 1. La organización del poder*. Madrid, Alianza, 1972, p. 356.

26 Citado por H. CARRÈRE D'ENCAUSSE: *Le grand défi…*, p. 125.

27 Para una visión de las subdivisiones administrativas de las cinco repúblicas centroasiáticas (y sus repúblicas autónomas) véase P. GÉLARD: *Les institutions de l'URSS*. París, La Documentation Française, 1989, pp. 26-27.

28 R. CAGNAT y M. JAN: *Le milieu des empires…*, p. 171.

29 O. ROY: «Frontières et ethnies en Asie Central», *Hérodote*, 64 (1992), p. 171.

CAPÍTULO II

LAS MARCAS BÁLTICAS

> Comme les tribus finnoises, en dehors de la Finlande, lettons et lithuaniens, dans leur petit nombre et leur morcellement, sont, par eux-mêmes, incapables de former une nation, un État.[1]

Con la rotundidad del anterior aserto –que, en parte, describía una cierta realidad y, en parte, expresaba un juicio de intenciones– Leroy-Beaulieu resumía hacia 1880 la situación nacional, precaria y contradictoria, de los pueblos bálticos. Un conjunto de pueblos, por otra parte, caracterizados por su diversidad de origen y por su disímil trayectoria histórica que sin duda ha conducido también, como recientemente ha subrayado Paul Goble,[2] a un muy diferente encaje de sus tres Estados en el mundo actual.

Aunque de cierta manera homogeneizados por la común dominación rusa a partir del siglo XIX, no parece ocioso recordar aquí que, desde el punto de vista lingüístico, los estonios pertenecen al grupo ugrofinés mientras que letones y lituanos son de lengua báltica indoeuropea; que desde el punto de vista religioso, mientras estonios y letones son básicamente protestantes luteranos, los lituanos constituyen un pueblo esencialmente católico y que, desde una perspectiva histórica, tanto Estonia como Letonia se han relacionado tradicionalmente con el mundo germánico y

> escandinavo, mientras los lituanos se instalaron en una órbita polaca o, mejor, polacorutena. Todo ello confiere a los pueblos bálticos no sólo su carácter de marca entre vecinos poderosos, sino también una heterogeneidad considerable en su conformación étnica.[3] En Estonia y Letonia la presencia de una *landedgentry* no autóctona es un fenómeno acreditado incluso durante todo el siglo XIX. La ciudad de Tallinn –según Darski– no fue mayoritariamente estonia hasta 1880.[4]

La situación en Lituania no era, por otra parte, demasiado diferente en la misma época. Más aún: como ha escrito Catherine Goussef,

> Vilnius, recuerdan los rusos, fue un refugio de la población eslava que huía de los tártaros antes de ser la Vilna del imperio en el siglo XIX. Vilnius, dicen los polacos, es la capital de la unión polaco-lituana de los tiempos modernos, la pátria de Mickiewicz y de Pilsudski, la Wilno polaca del período de entreguerras, la ciudad de la Virgen milagrosa de Ostra Brama. Y ¿acaso Vilnius no fue también Vilné, la «Jerusalén de Litwakie» como la llamaba la comunidad judía de la Europa central […]?: allí fue donde el *yiddish* se convirtió en lengua literaria consagrada; donde los judíos fundaron el *Bund* o el célebre *Yivo .* Esta ciudad se ofrece en la memoria de todos, los avala.[5]

En un contexto étnicamente abigarrado como el que acabamos de citar, la recuperación de la identidad nacional de los tres pueblos bálticos era especialmente compleja. En algunos casos, como en el estonio, la própia identidad nacional o no existía o había sido largamente olvidada. En ese sentido Hobsbawm ha recordado recientemente cómo los campesinos estonios –la gran mayoría de la población autóctona– enfrentados a una antigua clase dominante extranjera, fundamentalmente germánica y rusa, solamente se identificaban a sí mismos como *maarahvas*, es decir como «gente del campo».[6] El gran novelista estonio Jaan Kroos ha escrito páginas muy significativas sobre las complejas relaciones, en la primera mitad del XIX, entre el campesinado estonio, la nobleza rural germana y el poder político y militar zarista.[7] En ese mismo marco de referencias, la escala de las lealtades nacionales resultaba asimismo complicada. El propio Hobsbawm se ha referido a cómo en 1914 un barón báltico,

descendiente de una vieja familia aristocrática alemana asentada en Curlandia desde el siglo XV, y él mismo profesor de una universidad alemana, regresó sin la menor de las dudas a San Petersburgo, en tanto que oficial en la reserva de un regimiento de la caballería imperial rusa, conociendo que indudablemente debería enfrentarse militarmente a las tropas alemanas. La fidelidad al propio señor prevalecía ante cualquier otro tipo de lealtades. Tal razonamiento –comenta Hobsbawm– del todo convincente para un noble feudal, aparece como aberrante para un nacionalista.[8]

Distintos factores contribuyeron a modificar lentamente el anterior escenario, que sin duda no dejó de influir en las aseveraciones de Leroy-Beaulieu que han iniciado el presente capítulo. En primer lugar, la abolición de la servidumbre –con una cronología diferente en cada una de las regiones del área, pero que puede considerarse consumada hacia 1865– contribuyó a una mayor movilidad de la población, a un progresivo cambio en la composición étnica de las ciudades, a una incipiente industrialización, y a un avance en la formación de una mentalidad nacional moderna. En Riga, que en 1867 contaba solamente con 24.000 letones frente a 43.000 alemanes, se invertía treinta años más tarde el signo nacional de su población: 65.000 alemanes frente a 106.000 letones.[9] En 1857 J. V. Jannsen utilizaba por vez primera el concepto de «nación estonia», aunque en un sentido básicamente cultural.[10] Las iniciativas del zar Alejandro III de terminar con la hegemonía cultural germana en Estonia y Letonia fueron, en principio, contempladas positivamente por los autóctonos de ambos países, para quienes el primer objetivo nacional era la lucha contra la ancestral germanización.[11] En 1890, el ruso substituía al alemán como lengua de la Universidad de Tartu (o Doprat, en alemán, o Yuriev en ruso), la institución académica más relevante de la cultura germana en la zona. Sin embargo el impetuoso alcance de la rusificación no dejó de afectar al incipiente movimiento de recuperación nacional, tanto en Estonia como en Livonia y Curlandia: el ruso se imponía como lengua de la administración, y las sociedades patrióticas –entre ellas la Unión de Escritores Estonios– eran disueltas por las autoridades zaristas.[12]

Dos hechos notorios singularizan la posición de Lituania en el escenario del dominio ruso durante el siglo XIX: su ancestral vinculación con Polonia –y en menor grado con Ucrania– y la existencia de un territorio lituano (la «pequeña Lituania ») bajo administración prusiana. Integrada al Imperio ruso tras el último reparto de Polonia, privada de una elite nacional –la nobleza autóctona se encontraba altamente polonizada– Lituania se halló inmersa a partir de 1864, tras la fracasada rebelión polaca de 1863, sometida a un fuerte proceso de rusificación que no distinguió entre lituanos y polacos. «Católico», según observaba Leroy-Beaulieu, era equivalente –desde una óptica rusa– a «polaco».[13] En todo caso, la rusificación clausuró la Universidad de Vilnius, y llegó a implicar la prohibición de publicar textos lituanos en caracteres latinos, obligándose en consecuencia el uso del alfabeto cirílico.[14] Tal estado de cosas –que prefiguraba un tipo de medidas desnacionalizadoras largamente utilizadas con posterioridad por los soviéticos en otras latitudes– se prolongó hasta 1904, año en que las autoridades zaristas comenzaron a autorizar la publicación de libros en lituano y con caracteres latinos.[15]

En definitiva, el desarrollo de una cultura nacional moderna en Lituania –y de una identidad política equivalente– se vio condicionada como mínimo, al mismo tiempo, por la fuerte polonización de la aristocracia, asimilada históricamente a la nobleza polaca (la *szalachta*), para quien la lengua autóctona no era sino un «dialecto» polaco[16] al que, obviamente, despreciaban; por la intensa rusificación, especialmente a partir de 1864; por el proceso paralelo de concienciación de grupo de una importante minoría: los *litvak*, la comunidad judía askenazi, fuertemente implantada en la ciudad de Vilnius, y de donde surgirá tanto un impulso decisivo para la cultura *yiddish*, como la fundación del Bund, el influyente movimiento socialista judío.

Junto a los factores que se acaban de enumerar, un hecho significativo que contribuyó paradójicamente a fortalecer el complejo y disperso proceso del renacimiento cultural –y subsidiariamente político– de Lituania, fue la existencia de la denominada «pequeña Lituania», el territorio situado en torno a la ciudad de Tilsit

(posteriormente denominada Sovietsk por los rusos), administrada por Prusia. Mucho más flexible que su homóloga rusa, la administración prusiana no puso demasiadas trabas a la edición de libros y periódicos en lituano, que posteriormente eran pasados clandestinamente a la «Lituania mayor», de manera prácticamente idéntica a lo que acontecía coetáneamente en la Ucrania occidental bajo control austriaco y el resto del territorio ucraniano bajo dominación zarista. Estás prácticas favorecieron el nacimiento y consolidación de las primeras generaciones de una *intelligentsia* nacional lituana que, en sus orígenes, tuvo una notable procedencia campesina –siguiendo un modelo en buena parte también vigente para Estonia y Letoniay en el que los estamentos religiosos protagonizaron un papel destacado, como en tantos otros movimientos nacionalitarios del resto de Europa. Una parte del clero lituano se oponía así a la tradicional tutela de la iglesia polaca, muy vinculada a la nobleza.[17]

En este contexto se enmarca el renacimiento de la cultura lituana que fue alcanzando una relativa normalización configuras simbólicas como la de Viukas Kudirka (1858-1899), uno de cuyos poemas constituyó el texto del himno nacional tras la primera independencia y, sobre todo, con el poeta Maironis –pseudónimo del sacerdote J. M. Maciulis (1862-1932) considerado como el poeta nacional. Junto a la actividad puramente literaria surgen revistas vehiculizadoras de las ideas nacionalistas como *Ausra* (La Aurora) en 1883 y *Varpas* (La Campana) en 1889.Paralelamente, y en la obligada clandestinidad, fue creándose una primera infraestructura política autóctona que abarcó desde el nacionalismo estricto a la democracia cristiana o la social democracia. No muy diferente es la evolución de Estonia y de Letonia. En el primer caso, la obra de Kreutzwald (1803-1882) *Kalevipoeg*, muy relacionada con el *Kalevala* finlandés, constituye una epopeya basada en la memoria oral y, de hecho, constituye la piedra angular de la literatura estonia, cuya figura más representativa en esta época es Lydia Koidula (1843-1886), que produce una obra enmarcada en el romanticismo nacionalista. También la tradición oral (*daïna*) constituyó en Letonia el cuerpo fundamental de su literatura nacional, hasta la creación –durante la segunda mitad del siglo XIX– de la Sociedad de Literatura de Riga que abrigó los inicios del renacimiento letón. Jan

Rïnis (1865-1929) o Janis Poruks (1871-1911), poeta y dramaturgo respectivamente, son nombres esenciales en esa trayectoria.[18]

El lento proceso catalizador de una identidad nacional propia en cada uno de los tres países bálticos adquiere, durante los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX, un notable progreso no exento de considerables contradicciones internas. Todavía durante este período estonios y letones consideraron a los barones germanos como sus principales antagonistas. Para los nacionalistas lituanos, la lucha contra la polonización del país apareció también como prioritaria. La revolución rusa de 1905 –que implicó una aceleración de la movilización nacionalista en extensos territorios occidentales del Imperio: desde Finlandia a Ucrania– contribuyó en parte a clarificar el proceso y a remodelar las metas de las diferentes agrupaciones nacionalistas, todavía incipientes, de los países bálticos. 1905 representó para todo el territorio báltico el desencadenamiento de un alto nivel de agitación en favor de las reivindicaciones sociales –y especialmente en torno a la reforma agraria– y de las libertades culturales y nacionales. Sin embargo si todo ello es común a los tres países es, sin duda, en Lituania donde se expresó con mayor rotundidad, pese a la violenta actuación de la gendarmería zarista y de la temida policía política, la Okhrana. En octubre de 1905 un Comité presidido por Basanovicius envió al ministro ruso del Interior, Serguéi Y. Vitte, un memorial de reivindicaciones entre el que se incluía peticiones autonómicas similares a las ya existentes en Finlandia, y convocó un Congreso Nacional lituano de amplia repercusión política en todo el país. Aún así, y como ha comentado Markku Suksi, durante el período 1905-1917 la independencia era todavía una idea «remota» para los países bálticos.[19] En todo caso, representantes de los tres países ocuparon escaños en la Duma a partir de su creación, pese a que la ley electoral rusa de 1907 disminuyera drásticamente la proporción de diputados de los pueblos alógenos.

El inicio de la Guerra Europea y el estallido de la Revolución de Octubre produjeron un giro de 180 grados en el escenario continental. La derrota militar zarista, el colapso del Estado autocrático ruso, el generalizado caos que se apoderó del inmenso imperio –

vigorosamente descritos por Soljenitsin–,[20] la emergencia histórica de abigarradas masas de «humillados y ofendidos», el horizonte soñado de la liberación social y/o nacional, son algunos de los elementos que ayudan a comprender el confuso mundo que alborea, entre luces y sombras trágicas, en los inacabables dominios de Nicolás II. Sin todo ello no sería posible entender la implosión del Imperio de todas las Rusias «cuando la "prisión de los pueblos" se abrió», utilizando la expresión de Carrére d'Encausse.[21] Es la misma autora quien ha descrito cómo

> en octubre de 1917 nada puede contener la maleta de las pasiones nacionalistas […] La descomposición del Imperio es muy rápida. Ucrania, los Estados bálticos, Finlandia, Georgia, los emiratos centroasiáticos, se erigen en Estados independientes. Allí donde la escisión no se ha producido, los indígenas intentan asentar su propio poder, y muy pronto la autoridad de los bolcheviques queda reducida a las grandes ciudades de Rusia. El Imperio de los Romanov está a punto de quedar limitado a la pequeña Moscovia.[22]

En este contexto general el caso báltico ofrece múltiples singularidades, incluso con el modelo ucraniano –que se analizará más adelante– con el que mantiene determinadas analogías. En el área báltica convergen, en corto espacio de tiempo, múltiples factores entre los que hay que subrayar la aceleración de los movimientos autóctonos en favor de la autonomía, las consecuencias de la ocupación militar alemana, el enfrentamiento civil interno condicionado por las necesidades geopolíticas de la revolución bolchevique y, en fin, un conflictivo y fluctuante entorno internacional.

Las relaciones de las autoridades alemanas de ocupación con los tres países bálticos –con sus respectivos movimientos nacionalistas– no fueron en absoluto equiparables. Los nacionalistas lituanos adoptaron, al menos durante una primera etapa, actitudes más claramente proalemanas originadas no sólo por el hecho mismo de la presencia de la Reichswehr, sino sobre todo porque a diferencia de los letones o los estonios –con graves contenciosos con la nobleza báltico-germana– no tenían conflictos históricos con el ocupante. En todo caso sus fricciones se circunscribían a la minoría polaca. En tales circunstancias no fueron infrecuentes declaraciones abiertamente

progermánicas. El propio presidente del Consejo Nacional Lituano (Taryba) y futuro presidente de la República, Antanas Smetona, declaraba en Berlín que «la nueva Lituania libre formará parte de la esfera de influencia alemana». Siguiendo el hilo de estas consideraciones la Taryba adoptó una Resolución sobre acuerdos militares, aduaneros y monetarios con Alemania que consagraban relaciones bastante similares a las de un protectorado. Más todavía: una vez proclamada la independencia en febrero de 1918, y tras su reconocimiento por Alemania, el Consejo Nacional invitaba al duque Guillermo de Urach a convertirse en rey de Lituania.[23]

Sin embargo también es cierto que las relaciones germano-lituanas durante este período distaron mucho de ser idílicas. La administración alemana, instalada en la ciudad de Kaunas desde 1916, llevó a cabo un control extremadamente rígido de la economía del país –que hubo de soportar intensas hambrunas–, llegó a iniciar la organización de trabajos forzados para la población civil y comenzó una creciente germanización de las actividades culturales y de la vida pública lituanas. Esta situación permitió a las autoridades lituanas después de la guerra –como oportunamente han recordado A. Fernández García y L. E. Togores–[24] mostrar la represión alemana, sin duda con propósitos exculpatorios y para ofrecer a los países occidentales una versión menos proalemana del nacimiento de la primera independencia. De todos modos parece ocioso intentar soslayar un hecho incontrovertible: que los Estados bálticos han constituido históricamente una marca en permanente disputa entre el mundo germánico y el ruso, una vez superada la antigua influencia sueca sobre la zona. Así lo consideraba Cambó, uno de los escasos políticos españoles sensibles a la problemática de la región. Para él las concesiones hitlerianas a Stalin no fueron sino una «traición» a la política tradicional de los Hohenzollern.[25] Tratar de derivar hipotéticas actitudes legitimadoras o deslegitimadoras del proceso de emancipación báltico por los orígenes de la primera independencia –tal y como intentó muchos años después el gobierno Gorbachov–[26] no es sino un ejercicio inútil.

En Estonia y Letonia los acontecimientos evolucionaron de muy distinta manera. En Estonia el Gobierno Provisional rechazó el

ofrecimiento de independencia bajo tutela alemana vehiculado a través del Ritterschaffen, es decir, la organización vertebradora de los barones bálticos, pese a sus graves enfrentamientos con los comunistas, dueños de Tallinn desde los primeros días de diciembre de 1917. Durante un largo período de tiempo, y de hecho hasta los inicios de 1920, Estonia estuvo sometida a un constante vaivén marcado por las sucesivas ocupaciones y retiradas de alemanes y bolcheviques del territorio (o de parte del territorio). Entre la primera retirada bolchevique de febr ero de 1918, consecuencia del desembarco alemán en Saarema, y la inmediata ocupación de Tallinn por la Reichswehr, un Comité de Salud Pública (Maapaév) proclamó la independencia de la república. Una independencia en todo caso puramente nominal: la ocupación alemana obtenía el refrendo ruso tras el Tratado de Brest-Litovsk, por el que el gobierno leninista dejaba en manos del Reich los territorios de Curlandia, Polónia y Lituania, prometia la evacuación de Estonia y Livonia –sin renunciar a su teórica soberanía sobre ellos–, y reconocía la independencia de Finlandia y Ucrania.

Un escenario con ciertas similitudes, aunque también con importantes variables, es el que puede observarse en Letonia, donde se produjo una resistencia mucho mayor al avance del ejército alemán protagonizado por los cuerpos de «tiradores letones», en los que resulta muy patente la influencia y la organización soviética. El derrumbamiento del frente, y la consiguiente retirada alemana en noviembre de 1918 propició, de manera similar al caso estonio, la efímera instauración en Riga de un Consejo Popular (Tautas Padone) –un «gobierno burgués», en la terminología leninista –que proclamó independencia letona el 18 de noviembre de 1918.

La profunda inestabilidad territorial, militar y política de los países bálticos –Plasseraud ha definido la situación como una «mêlée souvent confuse »[27] y Lorot como una «extreme confusion»–[28] explican, por una parte, la cautela de la postura occidental, sobre la que se volverá más adelante, y las nuevas posiciones adoptadas por los soviéticos. El tradicional principio bolchevique sobre la autodeterminación nacional se reemplazó por otro principio teórico: el de la autodeterminación de la clase obrera. Dicha concepción se había

sugerido ya en un texto fundamental soviético, la Declaración de Derechos del Pueblo Trabajador y Explotado, de 4 de enero de 1918. Aunque en su artículo 2 la Declaración afirmaba que «la República soviética rusa está fundada sobre el principio de la libre unión de naciones libres en una Federación de Repúblicas nacionales y soviéticas», remitía –en su capítulo cuarto– «a los obreros y campesinos de cada nación el decidir libremente en su propio Congreso nacional de los Soviets si desean, y sobre qué bases, participar en el Gobierno federal y en otras instituciones federales soviéticas».[29]

La citada Declaración de 1918, uno de los documentos políticos más relevantes de la Revolución de Octubre, implicaba un viraje completo en las concepciones bolcheviques sobre la autodeterminación: se transformaba en un derecho *de clase* (o, en todo caso, de unas determinadas *fracciones de clase*) cuando en la ideología leninista tradicional tal derecho se encarnaba siempre en el conjunto de la nación. El propio Stalin, refiriéndose a la situación estonia, escribía coetáneamente cómo

> la Rusia soviética no ha mirado nunca a las regiones occidentales como posesiones propias, sino que ha considerado siempre que constituyen la inalienable posesión de las masas obreras de las nacionalidades que las habitan, y que estas masas tienen el pleno derecho a determinar libremente su destino político. Esto no impide desde luego –antes bien supone– toda clase de ayuda de la Rusia soviética a sus camaradas estonianos en la lucha por la liberación de los obreros de Estonia del yugo de la burguesía.[30]

Tal viraje, en todo caso, es una buena muestra de la versatilidad o, si se quiere, del alto grado de tacticismo que los dirigentes soviéticos utilizaron siempre respecto de la cuestión de las nacionalidades. De hecho, la larga constelación de líderes que se inicia en Lenin y Stalin, y se prolonga hasta Gorbachov, han mantenido de una u otra manera la continuidad del Estado/ imperio heredado de los Romanov, bien alterando substancialmente el principio clásico de la autodeterminación de las naciones y trocándolo en autodeterminación «de clase», bien considerando, como Stalin, que las reivindicaciones nacionales «de las regiones periféricas… es profundamente

contrarrevolucionaria»,[31] obien–en definitiva –haciendo inoperativo jurídicamente dicho principio repetidamente consagrado en las distintas Constituciones soviéticas. Únicamente Gorbachov, y en una fecha tan tardía como abril de 1990, impulsó una ley «sobre las modalidades de secesión de las repúblicas federadas»: un texto legal laberíntico y alambicado de muy escasas posibilidades de aplicación.[32]

Las nuevas tesis soviéticas sobre la autodeterminación «de clase», no son sino el soporte teórico de la doble acción política y militar bolchevique entre 1917 y 1920 que incluye, de un lado, el de las fuerzas locales prorrevolucionarias y, del otro, la actuación convergente del Ejército Rojo. Este doble impulso, patente en amplias áreas del extenso territorio del antiguo Imperio zarista, resulta especialmente constatable en la región báltica y, en primer lugar, en Finlandia donde –también es cierto– se plantean en un momento inicial las primeras contradicciones que, desde un punto de vista teórico, atenazan al Kremlin. En efecto, aunque el Sovnarkom –el Consejo de Comisarios del Pueblo, presidido por Lenin– reconoció en diciembre de 1917 la existencia de un Estado finlandés independiente (circunstancia que, como ha recordado Carrére d'Encausse, no se produjo en el caso polaco),[33] las inmediatas discusiones en el seno del Comité Ejecutivo Central (VCIK) del partido, y gracias a la influencia decisiva de Stalin, implicaron un cambio substancial respecto a las primeras decisiones adoptadas. El gobierno revolucionario ruso reconsideró el reconocimiento anterior sobre la independencia finlandesa y propugnó la aplicación práctica del nuevo principio de la autodeterminación «de clase».

Sus efectos no pudieron ser más inmediatos. En enero de 1918, con apoyo de tropas del Ejército Rojo estacionadas en Finlandia, el antiguo presidente del Parlamento finés Kullervo Manner proclamó la «República socialista de los trabajadores de Finlandia», que casi inmediatamente firmó –en marzo de 1918– un tratado de amistad y colaboración con el Gobierno ruso. En todo caso no parece ocioso consignar un elemento revelador: en vísperas de los acontecimientos de Helsinki, el propio Lenin había declarado ante el Congreso de los Ferroviarios que «una revolución está a punto de estallar en Finlandia».[34] Sin embargo el triunfo bolchevique en Finlandia fue

efímera. El gobierno «burgués» de Mannerheim –que paradójicamente había sido reconocido por el gabinete de Lenin el 18 de diciembre de 1917, escasos días antes del «golpe de Helsinki»– conseguía, con la ayuda de tropas alemanas, la disolución de la «República socialista de los trabajadores de Finlandia» cuyos dirigentes se exiliaron en Moscú. Todavía en 1920 el propio Stalin incluía expresamente a Finlandia –juntamente con Georgia, Armenia, Polonia, y un genérico «etcétera»– entre los «países autodenominados independientes» y cuya «autodenominada independencia» no era, a su juicio, sino «una engañosa apariencia, que esconde la plena dependencia de estos autodenominados Estados de tal o tal grupo de imperialistas».[35]

Parece evidente que el citado «etcétera » estaliniano incluía también, entre otros, los casos estonio, letón o lituano. En un escenario no muy diferente del finlandés –colaboración ostensible entre el bolchevismo autóctono y el ruso, presencia intermitente de la Reichswehr, enfrentamiento comunista con los gobiernos nacionales «burgueses», aplicación de la autodeterminación «de clase»– las variables en cada uno de los tres países serán también singulares. En Estonia y Letonia, por una parte, abundan los elementos comunes. En ambos territorios se instauran a partir de 1917 gobiernos prosoviéticos posteriormente barridos por las tropas alemanas, y a los que suceden gobiernos nacionales «burgueses» tras el derrumbamiento germano de noviembre de 1918. En tal momento se produjo en ambos países un giro similar: la proclamación de la Comuna de los Trabajadores de Eslandia, en un caso, el Gobierno letón de los diputados obreros que preside Stoutchka, en el otro. Los dos fueron reconocidos y auxiliados por Rusia.

La situación lituana adquirió, en cambio, unos rasgos específicos que no son otros que la relación *ab initio* de la Taryba con las autoridades alemanas de ocupación a las que se ha hecho referencia con anterioridad. Sin embargo, la derrota germana en noviembre de 1918 homogeneizó en parte la situación lituana respecto a la de Letonia y Estonia. La retirada alemana precipitó también la proclamación de un gobierno revolucionario lituano, bajo la presidencia de Mitskevitch-Kapsukas, reconocido por Rusia en diciembre de 1918. Con todo, la vuelta de Lituania a la órbita soviética

fue mucho más ostensible que en los casos letón o estonio. En febrero de 1919 se proclamaba la unión entre Lituania y Bielorrusia, república con la que Rusia tenía ya contraídos lazos federativos. La ocupación polaca de Vilnius, y la subsiguiente desaparición de la república lituano-bielorrusa (Litbel) dejaba todavía más en manos de los factores internacionales la estabilización del área báltica.

No va a describirse aquí, con la minuciosidad necesaria, el abigarrado escenario en el que todavía a comienzos de 1919 se desarrollaba la cuestión báltica. Stuart Schram señaló sus cinco protagonistas principales: los gobiernos provisionales de los países bálticos, los aliados occidentales, los comunistas rusos y autóctonos, los alemanes de la «División de Hierro» de Von der Goltz y los rusos blancos[36] a los que, en todo caso, se debe añadir– en lo que tiene de singular– el largo contencioso polaco-lituano respecto de la ciudad de Vilnius.[37] El escenario de referencia era no sólo abigarrado sino de una gran mutabilidad. En efecto, desde una primera perspectiva –la de los gobiernos provisionales bálticos– su objetivo consistía en tratar de eliminar, en primer lugar, la presencia bolchevique, tanto la autóctona como la rusa. Para conseguir esta primera meta utilizaron, temporalmente y en ocasiones de manera alternativa, alianzas singularmente frágiles tanto con los rusos blancos como con los efectivos germanos de Von der Goltz. En tal contexto, los aliados occidentales actuaron de mediadores entre los gobiernos provisionales (Páts en Estonia y Ullmanis en Letonia) y los comandantes militares de los rusos blancos, a fin de acordar formas de autogobierno en los respectivos territorios.[38] Con el concurso de los rusos blancos, con el apoyo de cuerpos de voluntarios finlandeses y con la cobertura de la flota británica anclada en Tallinn, los estonios afectos al gobierno Páts pudieron finalmente expulsar a las tropas bolcheviques.

En Letonia, en cambio, la ausencia de efectivos de los rusos blancos condujo al gobierno Ullmanis a aproximarse al ejército alemán de Von der Goltz. Riga fue conquistada gracias a esta alianza en mayo de 1919. Las contradicciones entre las tropas de Von der Goltz y el gobierno provisional no tardaron en estallar. Los letones, con el apoyo estonio, lograron finalmente derrotarles en Cesis (Wenden) escasas semanas más tarde. Los posteriores intentos del sucesor de Von der

Goltz, Bermondt, de recuperar sus posiciones anteriores fueron definitivamente vencidos por el ejército letón con la colaboración militar británica. En Lituania, en fin, tras la desaparición de la república lituana-bielorrusa, la separación entre el territorio controlado por el gobierno provisional y las tropas soviéticas podía fijarse en la línea Grodno-Vilnius-Dunaburg. El golpe de mano del general polaco Zaligovski sobre Vilnius, en octubre de 1920, dejó abierta largos años la integridad territorial de Lituania.

Si se han expuesto sumariamente los escenarios de la primera independencia báltica es para subrayar cómo los respectivos procesos están fundamentalmente definidos por la situación internacional. La constitución de los tres países en Estados independientes no puede considerarse una consecuencia de la aplicación de la doctrina leninista de la autodeterminación, sino que se debió tanto al contexto internacional del área, como a las necesidades de la política soviética y, en definitiva, a las consecuencias del pensamiento del propio Lenin, que todavía confiaba en el triunfo de una revolución mundial. Pese a ello las ofertas de paz bolcheviques, dirigidas en primer lugar hacia Estonia, y que concluyeron en principio en una convención de armisticio implementada posteriormente en el Tratado de Tartu de febrero de 1920, hacían referencia explícita al principio de autodeterminación. El artículo 2 de este importante documento señalaba que

> partiendo del derecho de todos los pueblos a disponer libremente de sí mismos hasta separarse completamente del Estado del que han formado parte, derecho proclamado por la República socialista federativa de los soviets, Rusia reconoce sin reservas la independencia y la autonomía del Estado de Estonia y renuncia voluntariamente y para siempre a todos los derechos de soberanía que poseía Rusia sobre el pueblo y el territorio estonio en virtud del orden jurídico preexistente en derecho público, y también en virtud de los tratados intemacionales que, en el pensamiento aquí indicado, pierden su valor para el futuro. Por el hecho que Estonia haya pertenecido a Rusia, no se desprende ninguna obligación respecto a Rusia por parte del pueblo o el territorio estonio.[39]

Se trataba, obviamente, de una fórmula ideológica que trataba de justificar una situación *de facto.* La retórica del principio de autodeterminación había sido substituida mucho antes –como ya

quedó indicado– por el pragmatismo de la autodeterminación «de clase». El giro de la diplomacia rusa, dirigida por Litvinov, se fundamentaba sobre todo en las necesidades comerciales del nuevo Estado soviético. «Riga y Tallinn escrito con rotundidad Carrére d'Encausse– podían eventualmente servir de intermediarios entre la RSFSR todavía aislada y las potencias capitalistas».[40]

Stuart Schram, por su parte, ha valorado de manera muy alta los acuerdos de Tartu. No solamente destacando los aspectos comerciales por los que las partes se otorgaban mutuamente el rango de nación más favorecida –lo que hizo exclamar a Lenin que «hemos abierto una ventana sobre el mundo civilizado»– sino porque dicho Tratado «constituye la expresión jurídica de la primera tentativa de coexistencia entre el mundo capitalista y el mundo socialista».[41] Por otro lado, la vía estonia fue seguida a corto plazo por otros acuerdos similares firmados entre Lituania y Rusia (12 de julio de 1920) y entre Letonia y Rusia (11 agosto 1920). Rusia, malparada por su guerra con Polonia, esperando inútilmente una nueva oleada revolucionaria en Europa, decidía retirarse provisionalmente de las marcas bálticas.

Conviene considerar, sin embargo, que las reivindicaciones rusas sobre la región no fueron abandonadas, aunque hubieron de esperar una coyuntura internacional propicia. Es ésta una actitud de larga duración que puede observarse incluso en el pensamiento de los rusos blancos, transita por las distintas etapas del régimen soviético y desemboca, por último, en posiciones del neonacionalismo ruso erigido tras la desaparición de la URSS. Todavía en plena *perestroika* se consideraba que el nacimiento de la Letonia independiente tenía como marco exclusivo la lucha armada entre los «obreros», de una parte, y «los invasores y los chovinistas burgueses », por el otro. «La Rusia soviética, que rechazaba heroicamente a las fuerzas de la contrarrevolución e intervencionistas no podía acudir en ayuda del pueblo letón… En el territorio de Letonia fue formado un Estado tapón con un gobierno antipopular». Según tal interpretación Letonia era, en la fórmula del poeta comunista letón Janis Sudrabkalns «un pedazo de mantequilla y jamón que los imperialistas no querían soltar de sus manos ávidas».[42] En abierta contradicción con las tesis de Lenin anteriormente citadas –los Estados bálticos independientes constituían

«una ventana» económica y política hacia el mundo occidental– las versiones oficiales estalinistas y postestalinistas eran muy otras: los Estados bálticos se habían convertido

> en una especie de barrera para contener la penetración de las ideas revolucionarias a otros países y, al mismo tiempo, valerse de su territorio, cual cabeza de puente, para luchar contra la Rusia soviética.[43]

Todo ello, según esta versión, habría implicado la ruptura de «las relaciones con Rusia, que tenían raíces históricas».[44]

No será necesario indicar que una interpretación tan ideologizada e interesada como la anterior no era sino un intento de justificar *a posteriori* la ilegitimidad inicial de la primera independencia báltica –reconocida, sin embargo, por la URSS de manera fehaciente a través de tratados bilaterales–[45] y, sobre todo, de excusar las formas brutales de integración de 1940, a las que posteriormente se hará referencia, y que no excluyeron intentos asimiladores como los que subyacen en el comentario atribuido a Suslov: *Litva budet, no litovsov nebudet*[46] (Lituania vivirá, pero los lituanos no estarán). En todo caso los intentos de legitimación son cronológicamente posteriores –proceden de la etapa de la *perestroika*- e ideológicamente oscilantes. El mariscal Iázov, ministro de Defensa de Gorbachov, atribuía expeditivamente la anexión «a la voluntad popular [báltica]»,[47] mientras que, con mucha mayor cautela, Valentin Falin (director del Departamento Internacional del CC del PCUS y miembro del Comité del Soviet Supremo encargado de asuntos internacionales) reconocía ante la Asamblea Parlamentaria de la UEO que el pacto germano-soviético, origen directo de la anexión báltica, «no fue ciertamente un capítulo glorioso de nuestra diplomacia y de nuestra política, particularmente en lo que concierne a los acuerdos secretos ». Es por lo que Falin se veia curiosamente forzado a intentar invalidar la legitimidad de las independencias bálticas retrotrayendo la cuestión a una etapa histórica anterior: la de la Primera Guerra Mundial, cuando –a su juicio– los rusos se vieron «obligados» (*contraints*) a firmar el Tratado de Brest-Litovsk.[48]

Sin embargo el carácter históricamente oscilante de los intentos rusos de legitimación de la anexión báltica, ha tenido un singular

corolario en las intervenciones ante el Consejo de Europa del diputado ruso Vladimir Jirinovski, emblemático representante del más extremado neonacionalismo ruso de la Duma postsoviética. Con ocasión de la entrada de Letonia como miembro de pleno derecho del Consejo de Europa, Jirinovski –que intervenía como miembro de la delegación rusa, país con estatuto de «invitado especial»– manifestó que la independencia obtenida por Letonia en 1920 era «ilegal», que jamás Rusia había ocupado Letonia sino que, por el contrario, era éste último país quien había deseado su reunificación en 1940 con la Unión Soviética. A juicio del diputado ruso, los dirigentes postsoviéticos de Letonia eran unos «traidores al pueblo letón» que en un referéndum libre sin duda decidiría «por una mayoría apabullante en favor de la reunificación entre Letonia y Rusia ». Jirinovski, por último, tronó contra la discriminación de un millón de trabajadores rusos en Letonia, desconocedores de la lengua letona que –en su opinión– «es un idioma sin ninguna utilidad», como el estonio o el lituano.[49]

No es difícil el constatar, en resumen, la continuada existencia de una línea rusa de pensamiento sobre la cuestión báltica, que se inicia en el zarismo y en las posiciones de los rusos blancos, prosigue durante las sucesivas fases del periodo soviético y no desaparece con la extinción de la URSS. Su definición no puede ser otra que la de un explícito imperialismo, que ha aprovechado las coyunturas internacionales favorables para conseguir unos propósitos que no han sido otros que los de la más pura y simple anexión.

* * *

Como es bien sabido, un rasgo esencial de la historia de Europa en el período de entreguerras estriba en la progresiva instauración de regímenes autoritarios en gran parte del continente y la tendencia a una derivación hacia actitudes fascistas o parafascistas. Se trata de un fenómeno altamente generalizado que solamente excluye al mundo escandinavo y a un sector de la Europa atlántica, reducido singularmente a Gran Bretaña, Francia, y a los pequeños países del futuro Benelux.[50] La debilidad del parlamentarismo no era sino el

corolario de una creciente polarización que las incertidumbres económicas –hasta la llegada definitiva de la crisis– contribuyeron a alimentar. En la excelente introducción –significativamente titulada «de la Europa burguesa a la Europa corporativista»– a su monumental estudio sobre la refundación de la Europa burguesa, Charles S. Maier escribió con lucidez:

> En 1920 tanto la vieja como la nueva derecha tenían como adversario al socialismo y al comunismo marxista, viendo en ellos un mal incubado por la democracia liberal. Los avances del socialismo dieron fe de un debilitamiento burgués, hicieron urgente la reacción y justificaron el asalto violento al propio liberalismo. Así, aun cuando la derecha radical clamó contra los parásitos de las finanzas o los políticos corrompidos, su violencia se dirigió en realidad contra la principal oposición organizada a las instituciones burguesas. Liberales desengañados, conservadores tradicionalistas, nacionalistas y radicales de la nueva derecha convergieron en su hostilidad hacia el socialismo y la democracia que le hacía posible prosperar.[51]

En este escenario general, común a todo el continente, debe inscribirse el corto período de independencia de los Estados bálticos quienes, a pesar de los rasgos históricos privativos que les caracterizan, poseen también una problemática global común definida, en primer lugar, por la identidad de las reformas agrarias que los tres países acometieron de manera prácticamente simultánea, por la debilidad de sus estructuras políticas democráticas –que les encaminaron hacia soluciones autoritarias– y, en fin, por el mantenimiento de un complejo y a la vez precario equilibrio frente a las dos grandes potencias, Alemania y la Unión Soviética, entre las que siempre ha gravitado su propia existencia nacional.

Sobre la primera cuestión –la cuestión agraria– resulta necesario el hacer ciertos comentarios previos, el primero de los cuales es el de su significado, no sólo económico sino también político. La transformación radical de la estructura agraria de los tres Estados bálticos –acometida con una prioridad máxima una vez culminado el proceso de la independencia nacional– constituyó un objetivo básico de las respectivas fuerzas nacionalistas que, pese a haber proclamado tales objetivos, fueron siempre consideradas fuerzas políticas «burguesas» por sus adversarios bolcheviques. El objetivo de tales

reformas estructurales en la agricultura báltica fue doble: en primer lugar, terminar de raíz con una gran propiedad agraria en manos fundamentalmente de una oligarquía extranjera y la creación, por otra parte, de un nuevo tejido social autóctono sobre el que asentar las nuevas comunidades nacionales.

En Estonia, la nobleza germánica –que desde el punto de vista demográfico no representaba más del 2% de la población total– ocupaba, en vísperas de la independencia, alrededor del 58% de las tierras del país. A partir de 1920 la República inició la expropiación de más de dos millones trescientas mil hectáreas, el equivalente al 96,6% de todas las grandes propiedades. Del conjunto de tierras expropiadas en Estonia, prácticamente la mitad –superficies forestales, terrenos no cultivados– permanecieron bajo control estatal, mientras que la otra mitad fue distribuida entre el campesinado, primando a quienes habían luchado por la independencia. Hacia 1928, y como consecuencia de tal política, existían en Estonia unas cuarenta mil explotaciones agrarias de un tamaño medio de 18 hectáreas.[52]

Por lo que respecta al caso letón, la situación no era demasiado diferente: de una superficie total de 6.570.000 hectáreas, la nobleza –de origen casi exclusivamente germánico– controlaba el 48 %. También aquí la reforma se inició desde los primeros momentos de la independencia nacional. En septiembre de 1925, el Estado letón había distribuido casi un millón cuatrocientas mil hectáreas entre unos ochenta y siete mil campesinos. En 1928 las explotaciones agrícolas del país pasaban de 220.000.[53] En Lituania, por último, tres mil personas controlaban el 26% de su superficie. De ellos, la mitad eran polacos, el 24% lituanos, el 16,5 rusos, y el 7% alemanes. La reforma agraria, votada en dos fases –1922 y 1925– expropió 746.000 hectáreas de tierras cultivables y 466.000 hectáreas de bosques.[54]

La generalizada reforma agraria báltica tenía, además, un objetivo último: constituir una barrera social frente al «peligro ruso», en unos países que, como señaló Churchill, se habían convertido en los más violentamente antibolcheviques de Europa. Era ésta una conclusión que no había escapado a la percepción de ciertos republicanos españoles coetáneos. En 1925 Vicente Blasco Ibáñez escribía, refiriéndose a los pueblos de Europa Central, que

> los gobernantes de estos pueblos se convencieron de que las bayonetas serían incapaces de contener la avalancha comunista y expropiaron mediante indemnización a los grandes terratenientes, para repartir sus dominios entre los campesinos. Ahora los pequeños propietarios nacidos de esta gran reforma constituyen en dichos países la base más firme de la democracia.[55]

Desde el punto de vista sociopolítico la reforma agraria báltica representó un indudable designio de dotar de estabilidad –nacional y social– a los nuevos países independientes. Otras medidas significativas –como la elaboración de una legislación social progresista o la concesión de medidas de autonomía cultural a las diversas minorías nacionales– se encaminaron hacia el mismo objetivo. Todo ello, sin embargo, contrasta agudamente con la extrema debilidad tanto del ordenamiento constitucional, como del sistema de partidos que se derivó: los dos se encuentran en la base de la inestabilidad política de los Estados bálticos durante el período de entreguerras.

Desde este punto de vista, como ha señalado Stanley Vardis,[56] existen numerosos rasgos comunes entre los tres países. El primero de ellos, la fragilidad gubernamental. El sistema electoral proporcional puro elegido, sin ningún tipo de correctivos, implicó la proliferación de pequeños partidos y, como consecuencia, una actividad parlamentaria inestable y frenética, con cambios de gobierno muy frecuentes. Los sucesivos gabinetes implicaron generalmente sólo cambios de carteras entre los mismos ministros, mientras permanecía generalmente en su puesto el propio jefe de gobierno.

La Constitución de Estonia (1920) estableció que si un tercio del Parlamento (Riigikogu) lo demandaba, una ley aprobada por la propia Asamblea no podía ser promulgada durante los dos meses siguientes. Si durante tal período de tiempo veinticinco mil ciudadanos con derecho a voto lo solicitaban, la ley podía ser sometida a referéndum. Por otra parte veinticinco mil ciudadanos podían utilizar la iniciativa legislativa para pedir la promulgación, las enmiendas e incluso la anulación de una ley, presentando un proyecto alternativo. El Parlamento podía aprobarlo o rechazarlo. En el segundo supuesto el texto era sometido a referéndum popular. Si la mayoría de los

votantes aprobaba el proyecto, éste se convertía automáticamente en ley. Obviamente la divergencia entre los criterios expresados por medio de la democracia directa y los emanados del Parlamento, implicaban la disolución de la cámara y la convocatoria de nuevas elecciones.[57]

La propia fragilidad política que implicó el ordenamiento constitucional estonio está en el origen del tránsito del país hacia el autoritarismo. Durante los primeros años de independencia, y pese a los rasgos institucionales que acaban de enumerarse, Estonia pudo mantener un relativo equilibrio gracias a la influencia decisiva de los fundadores de la república, Konstantin Páts y su hombre de confianza el general Laidoner, personajes fundamentales ambos tanto durante la independencia como en la consolidación del nuevo Estado, y cuyas características ideológicas y políticas –como ha recordado irónicamente Nolte–[58] no eran precisamente marxistas. A estas circunstancias se ha atribuido que los movimientos estonios de extrema derecha fueran singularmente tardíos. De hecho no surgieron hasta el final de la década de los veinte con el nombre de Wabse, (Liga de Veteranos o Liga de Combatientes), entidad que celebró su congreso constituyente en enero de 1930, con reivindicaciones en principio de carácter corporativo. Sin embargo, bajo la dirección del general Larka, la Wabse adoptó aceleradamente las características de una organización fascista: ideología antiparlamentaria, antisemita y antimarxista, organización y atuendo paramilitar, programa de colonización interna destinado a eliminar las minorías nacionales.

Con todo, la primera acción política de la Wabse se circunscribió a un escenario absolutamente legal: el de la reforma de la propia Constitución. El fracaso en las urnas de los proyectos de reforma constitucional del 19 de agosto de 1932, y del 10-12 de junio de 1933,[59] patrocinados por el gobierno, comportó un tercer referéndum a iniciativa de la Wabse que consiguió una amplia mayoría popular.[60] La disolución parlamentaria subsiguiente, reglada por la Constitución, condujo a una nuevas elecciones que, aparentemente, la Wabse tenía ganadas de antemano. Habría sido, en opinión de Nolte, el primer movimiento fascista que alcanzase la mayoría en unas elecciones libres.[61] Ante tal riesgo Páts y Laidoner, pretextando razones de orden

público, hibernaron las instituciones parlamentarias y gobernaron Estonia a través de decretos presidenciales. Un intento de golpe de Estado fascistizante fue desarbolado con facilidad. La nueva Constitución de 1938, de estructura bicameral, dio origen a un autoritarismo temperado –«una democracia moderada» en la fórmula de Nolte–[62] con la que se intentó estabilizar el poder en una compleja coyuntura internacional.

El parlamentarismo se reveló como especialmente débil en Letonia donde, por un lado, el espectro político se atomizó –como consecuencia de las disposiciones constitucionales de 1922–[63] en más de 25 partidos, con tendencia a agruparse en bloques ideológicos no siempre estables. En todo caso, a los sectores políticamente más influyentes –el partido campesino por un lado, los socialdemócratas por el otro– hay que añadir la referencia creciente de movimientos fascistas y parafascistas que, aunque aparecen en Riga ya en 1926, adquieren nuevos impulsos en 1933 con la creación de la Perkonkrusts (La Cruz de Truenos). Se trata de un movimiento parangonable al de la Wabse estonia, aunque con algunas matizaciones. Si bien compartía con aquella organización tanto el origen –antiguos combatientes antirrusos y antibolcheviques en las respectivas guerras de independencia– y las mismas características ideológicas totalitarias, la Perkonkrusts fue, en principio, un movimiento decididamente antigermánico. Su lema «Letonia para los letones» (*Latvija, latviesiem*) quería expresar al mismo tiempo su violento rechazo ante la influencia ejercida en el país por las minorías judía y alemana. Tales rasgos, sin embargo, no fueron óbice para su explícita admiración por el nazismo, del que utilizaron tanto la esvástica como el saludo brazo en alto.

La creciente crispación de la vida política letona, la imposibilidad –dada la fragmentación del Parlamento– de alcanzar los escaños necesarios para proceder a una reforma de la Constitución que reforzase el poder del ejecutivo y de construir al mismo tiempo una «Letonia letona fuerte», condujeron al presidente Karlis Ullmanis –el hombre fuerte del país desde la guerra de la independencia– a disolver casi al mismo tiempo tanto la Perkonkrusts y el propio Parlamento (Saeïma) en 1934. La primera medida tomada por

Ullmanis fue la ocupación del cuartel general de los socialdemócratas y el encarcelamiento de sus dirigentes. Se iniciaba así un experimento político que, pese a ser sido denominado por Nolte como «un régimen autoritario al estilo de Pilsudski, que afirmaba no estar dirigido contra la democracia letona»,[64] contenía elementos claramente extremistas. Karlis Ullmanis acumuló las funciones de primer ministro y presidente de la República, hasta su proclamación como *Vadonis*, un título de caudillaje equivalente al de *Duce.*

También la Constitución lituana de 1922 compartió bastantes de los rasgos que se han enumerado anteriormente para los casos estonio y letón y que se resumen en la fragilidad y en la debilidad del poder ejecutivo. Lituania, además, se vio inmersa durante el período de entreguerras en un escenario exterior muy complejo definido, en primer lugar, por la continuada ocupación polaca de Vilnius. Por otro lado, y en una situación de signo contrario, los lituanos se apoderaron en 1923 de Klaipeda (el antiguo territorio de Memel, separado de Alemania tras la Gran Guerra y administrado por la Sociedad de Naciones). Las consiguientes tensiones con Polonia y Alemania tuvieron repercusiones directas en la política interior lituana: a las debilidades gubernamentales aludidas se sumaba no sólo el constatable crecimiento de los partidos de izquierda, sino también que –como ha comentado Suksi– tras las elecciones de 1926 «la formación de un [nuevo] gobierno sólo era posible con el apoyo [parlamentario] de los representantes de las minorías polaca y alemana».[65]

En tales circunstancias el ejército, con la ayuda de las milicias nacionalistas «lobos de acero» dio un golpe de Estado que un Parlamento integrado prácticamente sólo por el partido democristiano y por grupos nacionalistas se apresuró a convalidar. Antanas Smetona fue elegido Jefe del Estado por 38 votos sobre 43 diputados presentes, en un Parlamento de 85 escaños.[66] Augustinas Voldemaras –que, junto a Smetona, había protagonizado un importante rol durante la independencia– fue nombrado primer ministro de un teórico gobierno de coalición integrado por democristianos y nacionalistas, aunque el nuevo régimen se convirtió, de hecho, en una dictadura enmascarada. Los designios políticos de Voldemaras de acentuar todavía más las características dictatoriales de su gobierno

apoyándose en la extrema derecha, le privaron del apoyo político de los democristianos y del propio presidente Smetona, quien le relevó de su cargo en 1929. Un nuevo intento de golpe de Estado a cargo de Voldemaras en 1934 constituyó un fracaso notorio. La Constitución de 1938, auspiciada por Smetona, consagró un modelo autoritario en el que los partidos de izquierda y de extrema derecha continuaron fuera de la ley y en el que se reforzaba la autoridad presidencial y el papel subordinado de un Parlamento controlado.

En resumen, la trayectoria política de los tres Estado bálticos –inaugurada tras un complejo proceso de liberación nacional solamente imaginable en el abigarrado escenario internacional de la Gran Guerra y de la Revolución Rusa– convergió desde un horizonte inicialmente democrático (quizás ultrademocrático, dados los rasgos jurídicos de las respectivas Constituciones), hacia soluciones autoritarias. Un fenómeno de tales características, por otra parte, no resulta tampoco excepcional, sino bastante habitual, en el panorama político de la Europa de entreguerras. ¿ Se puede sin embargo calificar –como se preguntaba Stuart Schram–[67] de «fascistas» a los regímenes instalados durante esta época en los Estados bálticos? Tal diagnóstico ha sido formulado expresamente por la literatura política soviética, de manera sin duda intencionad a.[68] Es cierto, por otra parte, que no sólo no contamos con una definición unívoca del fascismo, sino que incluso, tal y como se desprende de los trabajos de Renzo de Felice,[69] resulta muy dificultoso extraer conclusiones definitivas sobre las numerosas interpretaciones realizadas sobre el fenómeno fascista. En todo caso, y por lo que concierne a los regímenes autoritarios bálticos, no parecen responder a un mismo espectro ni ideológico ni organizativo.

En el caso lituano, la dictadura de Smetona respondió, a juicio de Schram, a un clásico golpe de Estado militar de inspiración nacionalista: «se parecía más al bonapartismo, forma primitiva de fascismo, a pesar de las tendencias corporativistas que pronto aparecieron».[70] El régimen instituido por Ullmanis en Letonia responde, en cambio, de manera mucho más neta, a los arquetipos fascistas generalmente admitidos. Desde el punto de vista ideológico, Ullmanis combinó en sus alocuciones y discursos los rasgos esenciales

de la doctrina fascista: la mística del Estado frente al individuo, la noción de destino como principio motriz de la nación, la concepción del *Führerprinzip* que encarna la voluntad general del pueblo. Si tales fueron las inequívocas bases de la Letonia de los años treinta, su traducción a la vida social y política no lo fue menos: el país se estructuró en un rígido régimen corporativo que reglamentó cualquier actividad profesional, desde las estrictamente económicas a las intelectuales. El Estado letón, con el *Vadonis* a la cabeza, dirigió de manera completa la disciplinada vida de la nación.

El caso estonio, por último, adquirió también características singulares que lo diferencian claramente de los otros dos modelos. Surgido para detener el avance de una organización con perfiles fascistas tan evidentes como las *Wabse*, la acción preventiva de Päts ha podido ser presentada como «una medida de legítima defensa».[71]Con unas estructuras autoritarias más suaves que las de los otros dos Estados bálticos, Päts procedió a edulcorar el carácter de su régimen con medidas cosméticas tales como apelar en ocasiones al voto popular –en elecciones, ciertamente, de dudosas garantías– o incluir en su gabinete a un socialista. A. Rei, quién por otra parte fue expulsado inmediatamente del partido socialdemócrata. Estos rasgos más temperados del gobierno estonio tendieron a dulcificarse todavía más a partir de la Constitución de 1938.

El texto de la Constitución de 1938 otorgó poderes muy amplios al presidente e instituyó un Parlamento bicameral: una cámara de diputados elegidos por sistema mayoritario, pero con limitaciones legales para la concurrencia de los partidos de izquierda, y un Consejo Nacional (Cámara Alta) organizada sobre bases corporativas, con una parte de sus miembros designada directamente por el presidente de la República. Suksi ha podido comparar el Consejo Nacional estonio con el Senado irlandés, tal y como quedó configurado tras la Constitución de 1937.[72] En todo caso, la Constitución estonia de 1938 implicó un nuevo sistema político, jerarquizado y autoritario, que ha sido considerado como «una democracia guiada». De una u otra forma, comoconcluye el propio Suksi, Päts terminó con una Constitución la situación de emergencia creada por él mismo, hecho que distingue

claramente la evolución estonia de los regímenes coetáneos de Letonia y Lituania, mucho más autoritarios.[73]

En último extremo, la discusión sobre los orígenes, la evolución y el carácter que adoptaron los regímenes políticos de los Estados bálticos durante el período de entreguerras, está muy lejos de ser un mero ejercicio académico. Se trata de un debate de mucho mayor calado en el que, en definitiva, han participado dos tipos de contendientes. De un lado, los ideólogos soviéticos, con obvios aliados «interiores» en los propios Estados bálticos. Del otro, los criterios preponderantes en el mundo occidental, sostenidos por una corriente de opinión mayoritaria en los tres países bálticos. Según ha resumido de manera muy útil Stuart Schram, para estos últimos los Estados bálticos

> han logrado ellos solos su independencia, sin otros recursos que sus virtudes marciales y cívicas; que han realizado progresos sin precedentes en los ámbitos político, económico y social; y que perecieron, en fin, víctimas del imperialismo soviético, a pesar de su política de perfecta neutralidad y de su benevolencia con todo el mundo. Para los autores soviéticos, por el contrario, estos Estados son creaciones de los imperialistas alemanes y norteamericanos, y no han dejado nunca de ser colonias de estos últimos; sus gobernantes han practicado durante veinte años una política de represión sangrienta y de regresión social; y sus habitantes fueron liberados del yugo del fascismo en el momento en que se les iba a entregar a Vitler.[74]

Una doble disyuntiva, en definitiva, a la vez simplificadora y maniquea: legitimadora. En todo caso para evitarla conviene no desconocer una perspectiva compleja que no subvalore en primer lugar «el continuo subyacente al expansionismo ruso tanto si [ha sido] dirigido por el zarismo, por el comunismo o, como ahora, por la bandera federalista», para expresarlo en los términos de un novelista tan popular como John Le Carré.[75] Los puntos de vista *ad hoc* de Yúdenich y Suslov, de Stalin y de Jirinovski, citados anteriormente, pueden ser un expresivo corolario de una realidad de larga duración. No sé tratará tampoco ahora de explicitar, de manera ni siquiera parcial, las características esenciales de un régimen como el soviético ni de la propia idea comunista, sobre los que François Furet ha realizado ya una primera, y necesariamente polémica, gran síntesis histórica.[76] La tendencia a las fórmulas autoritarias en el escenario

báltico de entreguerras, no excluyó, por otra parte, un matizado pluralismo en cada uno de los tres modelos. Incluso en el caso más extremado, el de Letonia, donde sus aviones llegaron a ostentar la esvástica en sus alas, tales signos no implicaron no –a juicio de Schram– que el país se convirtiera en un satélite del Tercer Reich.[77] La situación de la región fue considerablemente más ambigua. Estonia y Letonia optaron, desde 1919, por permanecer dentro de la esfera de influencia aliada, y no en la germánica. Asimismo sus intereses económicos se repartieron entre Alemania y las democracias occidentales, como mínimo hasta muy avanzada la década de los treinta. En todo caso, las afinidades entre los Estados bálticos y Berlín –que tanto influyeron en sus relaciones con la URSS– son el resultado de un complejo escenario internacional, lo que representa un cierto *continuum* en la atormentada historia de la zona.

* * *

Constituidos en una zona tapón entre Occidente y la Unión Soviética, la posición internacional de los Estados bálticos fue siempre una posición especialmente delicada dadas las características singulares de su situación geopolítica. Rodeados por vecinos poderosos –Alemania, la Unión Soviética, Polonia– con los que de una o de otra manera mantenían contenciosos en absoluto clausurados, las tres repúblicas orientaron su acción exterior hacia una política de neutralidad, al tiempo que multiplicaban sus gestos de simpatia hacia Gran Bretaña y Francia, tratando de hallar sin duda en las potencias occidentales garantías para su propia supervivencia política. A todo ello cabría sumar también su activa presencia en la Sociedad de Naciones que, en último extremo, suponía también desde el punto de vista del derecho internacional, una caución más en el sistema de seguridad celosamente perseguido por los tres Estados.

El ascenso de los nacionalsocialistas alemanes al poder en 1933 contribuyó todavía más a ensombrecer el escenario báltico. En un primer momento, las iniciativas diplomáticas estonias y letonas, a las que no muy tarde habría de unirse Lituania, trataron de establecer la

cooperación mutua. En el otoño de 1934 firmaban en Ginebra un acuerdo por el que se institucionalizó una Entente báltica, a fin de poder concertar «las cuestiones de política exterior de una importancia común y prestarse una ayuda mutua política y diplomática en sus relaciones internacionales.[78] Para todo ello se programaban conferencias periódicas de los tres ministros de Asuntos Exteriores y se contemplaba asimismo la posibilidad de reuniones extraordinarias para aquellos problemas «que podrían hacer difícil la adopción de una actitud común ». Probablemente esta última cautela aludía a las cuestiones de Vilnius y Memel, es decir, al contencioso abierto entre Lituania y Polonia, y a la reivindicación alemana sobre el territorio de Klaipeda.

Un dato altamente significativo del Tratado de la Entente báltica es sin duda la ausencia de cualquier mención a los aspectos estrictamente militares de la seguridad colectiva. A la no homegeneidad de puntos de vista políticos sobre cuestiones concretas –los citados de Vilnius y Memel– habría que añadir los diferentes análisis fruto de las distintas percepciones geopolíticas y geoestratégicas de los tres Estados. Para Estonia, en principio, Alemania no constituia la amenaza prioritaria. Para Lituania la posibilidad de una eventual alianza con Moscú no era absolutamente inconcebible, perspectiva que de ningún modo compartían sus dos socios de la Entente a quienes, en definitiva, para nada afectaba el abierto litigio lituano-polaco. Todo ello, junto a la escasa relevancia que desde el punto de vista militar podía atribuirse a la conjunción de los tres ejércitos bálticos, implicó que el Tratado soslayase los aspectos concretos de la defensa común.[79] Fueron estas circunstancias, junto al ostensible recrudecimiento de la tensión internacional por las amenazas hitlerianas, las que propiciaron que los tres Estados bálticos adoptaran de manera común una posición de neutralidad colectiva, que se formalizaba entre diciembre de 1938 y enero de 1939. En este sentido, Estonia, Letonia y Lituania no hacían sino proseguir el modelo nórdico de neutralidad que escasos meses antes habían adoptado los gobiernos de Dinamarca, Finlandia, Islandia, Noruega y Suecia.

Sin embargo, y pese a todo, la *realpolitik* de la región se separaba cada vez más del universo diplomático. La geografía del expansionismo nazi, tras un fulgurante impulso en Europa Central, se enriquecía en marzo de 1939 con la incorporación del territorio de Memel (Klaipeda). Lituania no sólo debía aceptar el *fait accompli*, sino también firmar coetáneamente un tratado de no agresión con el Reich, camino seguido no mucho después –en junio de 1939-por Estonia y Letonia.[80] Menos de tres meses después se producía un acontecimiento de capital importancia: la firma en Moscú del Tratado de no Agresión entre Alemania y la Unión Soviética, representadas por su ministros de Asuntos Exteriores Von Ribbentrop y Molotov.

El documento, compuesto por siete artículos, hacía constar –en resumenque las partes signatarias renunciaban mutuamente a ejercitar la violencia, la agresión o el ataque, bien de manera directa bien formando parte de un bloque con otras potencias, por un período de diez anos. El acuerdo, como es bien sabido, dejaba libres las manos del Reich para iniciar la guerra en un solo frente. La publicitación del pacto germano-soviético causó, en más de un sentido, una auténtica conmoción en Occidente. Dirigentes comunistas españoles como Santiago Carrillo y Manuel Azcárate –tan alejados el uno del otro en el otoño de su vida política– coinciden, sin embargo, en sus respectivas memorias no sólo en el diagnóstico sino, incluso, en las expresiones literales: era «el mundo al revés» .[81] Pero, de una u otra forma, la reacción final del mundo comunista europeo no se alejaba demasiado del «argumento de fe» que el propio Carrillo pone en boca de «Pére Ricol», el viejo comunista español suegro de Arthur London: «Cuando Stalin lo ha hecho sus razones tendrá».[82] Semprún, con una perspectiva distinta –la perspectiva de Buchenwald– se interrogaba sobre las percepciones de los comunistas alemanes, muchos de ellos en el infierno del campo desde 1933:

> ¿Se puede hacer el esfuerzo necesario para imaginar qué representa ser un comunista fiel en Buchenwald, en 1939, en el momento del pacto entre Stalin y Hitler? ¡Qué discusiones, qué desgarramientos, qué enfrentamientos debió producir este acontecimiento en las organizaciones ilegales de Buchenwald![83]

Pese a que las noticias públicas del pacto de no agresión germano-soviético fueron absolutamente escuetas, un informe del almirante británico Drax a su gobierno,el 28 de agosto de 1939, señalaba que

> it is highly probable that the pact contains secret clauses regarding the dividing up of the spoil (Poland and Baltic States)… Russia's aim would probably be to acquire part of Poland, part of Romania and certain ports and islands in the Baltic.[84]

Muchos de los aspectos sugeridos por el informe del almirante Drax fueron confirmados, y algunos matizados, por el conocimiento posterior del conjunto del pacto[85] que, en efecto, contenía dos protocolos secretos suplementarios, el primero con la misma fecha del Tratado y el segundo, de 28 de septiembre del mismo año. Por el primer protocolo, por lo que respecta a los Estados bálticos, se establecían los límites de las respectivas zonas de influencia en el norte de Lituania, mientras que en Polonia se fijaban en los ríos Narewa, Vístula y San. En lo que concierne a los territorios del sureste de Europa, los soviéticos «llamaban su atención sobre su interés por Besarabia», mientras que los alemanes declaraban «su desinterés político por estas regiones ». El segundo protocolo introducía ciertas modificaciones: Lituania era reinstalada en la esfera de influencia de la URSS, mientras que, en compensación, «la provincia de Lublin y ciertas partes de la de Varsovia» se incluían en la «esfera de influencia» alemana.[86]

En tales condiciones –es decir, sin ningún tipo de riesgos políticos ni militares– la Unión Soviética pudo actuar con manos libres en el área báltica. Los representantes de los gobiernos de Estonia, Letonia y Lituania se vieron constreñidos a aceptar acuerdos de «asistencia mutua» con la URSS, ya que un desesperado intento diplomático estonio de buscar ayuda en Berlín fue desdeñosamente rechazado por el Reich.[87] Los citados acuerdos, que se firmaban en Moscú entre el 28 de septiembre y el 10 de octubre de 1939,[88] aseguraban al Kremlin –a cambio de una teórica ayuda a los Estados bálticos frente a la hipotética amenaza de una tercera potencia– la instalación de bases aereonavales y de contingentes militares soviéticos en las tres

repúblicas. En el caso lituano, por otra parte, la URSS devolvía la región de Vilnius, largamente ocupada por Polonia.

Algunos meses más tarde, en junio de 1940, con pretextos estrictamente inverosímiles –pretendidas desapariciones de soldados soviéticos en sus bases lituanas, el peligro a la seguridad soviética que implicaba la Entente bálticala URSS invadía las tres repúblicas. El ejército soviético ocupó velozmente los respectivos territorios sin encontrar ninguna resistencia militar.[89] Al abrigo de sus tropas tres conocidos dirigentes políticos (Zdánov, Vichinski y Dekanosov) fueron los encargados de administrar la victoria en Estonia, Letonia y Lituania, respectivamente. Los tres comisarios soviéticos designaron tres gobiernos títeres regidos por hombres de confianza de Moscú (Paleckis en Lituania, Kirchenstein en Letonia y Vares Barbarus en Estonia) siguiendo el modelo finlandés por el que O. W. Kuusinen había sido investido presidente de un «gobierno popular» en la ciudad ocupada de Terijoki, durante la guerra rusof-finlandesa. En estas condiciones se organizaron en breves semanas unas elecciones en las que sólo fueron admitidas las candidaturas de los respectivos «Frentes Populares». Los más que dudosos Parlamentos así elegidos solicitaban la adhesión a la URSS. Fueron precisamente las características irregulares de esta adhesión las que fundamentaron la actitud de no reconocimiento por parte de los aliados occidentales (Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia) y la consiguiente creación de un espinoso problema de derecho internacional. Se trataba, en definitiva, del mismo argumento jurídico por el que los nacionalistas bálticos postularon durante la etapa de la *perestroika* la continuidad *de jure* de sus respectivos Estados, pese a su forzada anexión a la URSS. Todo ello, obviamente, singulariza en extremo el caso báltico (y el moldavo, de muy similares características) del resto de los movimientos nacionalistas desarrollados en otras áreas de la Unión Soviética.

La versión oficial soviética de estos acontecimientos ha sido, por el contrario, radicalmente opuesta: basada en una pura fabulación reñida con la realidad. Permaneció, sin embargo, inalterable hasta muy avanzada la época de la *perestroika* y, en parte, ha sobrevivido a la propia existencia del Estado soviético para convertirse, como se

señaló anteriormente, en un elemento ideológico del neonacionalismo ruso posterior. Desde esta perspectiva se afirmó que

> el descontento de las masas trabajadoras [bálticas] por la política interior y exterior de los gobiernos reaccionarios de Lituania, Letonia y Estonia, dispuestos a entregar a Hitler sus respectivos países, alcanzó su apogeo en la primavera de 1940. El movimiento revolucionario de los trabajadores del Báltico se planteó el objetivo concreto de derrocar aquellos gobiernos.[90]

Según la literatura política soviética, en un contexto como el descrito,

> la situación propiciaba las acciones enérgicas de los trabajadores. El 16 de junio la ira popular barrió la dictadura profascista de Lituania; lo mismo ocurrió el 20 de junio en Letonia, y al día siguiente en Estonia.[91]

El propio Molotov, sin embargo, en su informe al Soviet Supremo de la URSS, el 31 de octubre de 1939, sobre el alcance de los pactos báltico-soviéticos, había afirmado que

> estos pactos se basan sobre la estima recíproca de la estructura política, social y económica de la otra parte, y están destinados a consolidar las bases de una colaboración pacífica de buena vecindad entre nuestros pueblos.[92]

Pero fuese cual fuese la coherencia –o la incoherencia– de las explicaciones soviéticas,[93] el resultado final (pomposamente descrito en los manuales rusos) era que «en el escudo soviético, a las cintas que envuelven la guirnalda de espigas doradas y llevan escritas, en los idiomas de las repúblicas federadas, las palabras "¡ Proletarios de todo el mundo uníos!", se agregaban cuatro más. Tres de ellas simbolizaban las Repúblicas Socialistas Soviéticas de Lituania, Letonia y Estonia; la cuarta ostentaba una inscripción en lengua moldava» ,[94] Tal y como lo habían decidido Hitler y Stalin.

Junto a tales explicaciones, algún dirigente soviético como Nikita Kruschev han proporcionado puntos de vista más coherentes y que abarcan un horizonte plural. Kruschev no escondió que

> todos nos alegramos mucho de que los lituanos, los letones y los estonios formasen de nuevo parte de la Unión Soviética. Ello significaba una expansión de nuestro territorio, un aumento de nuestra población, el

> reforzamiento de nuestras fronteras y la adquisición de una importante frontera sobre el litoral Báltico.[95]

En todo caso, y sin entrar en mayores consideraciones sobre el sentido último del expansionismo aludido, Kruschev subrayaba las características geoestratégicas de la anexión:

> No era una cosa despreciable –escribía el líder ruso– el haber llevado hacia el oeste la frontera de la Ucrania soviética y asegurarse también un nuevo acceso al Báltico. Antes de esto no disponíamos más que de un paso precario a través del golfo de Finlandia y ahora disponíamos de una gran frontera sobre el litoral. Bien pensado, si una nueva guerra estallaba y si Inglaterra, Francia o Alemania intentaban invadirnos, habrían podido intentar invadirnos utilizando los territorios lituano, letón y estonio como cabeza de puente La anexión de los Estados bálticos mejoraba considerablemente nuestras defensas. Ello era de una importancia capital porque, en esa época, nuestra economía y nuestra industria eran débiles, y estábamos rodeados por las fuerzas hostiles –y superiores– del campo imperialista burgués.[96]

Como consecuencia inmediata de la anexión, la vida colectiva de los tres países bálticos sufrió un giro absoluto, tanto desde el punto de vista político, como desde el económico o el nacional. Desde una óptica política, y circunscribiéndonos sólo al caso lituano, el partido comunista se constituyó en la única fuerza legal a los diez días de la invasión, es decir desde el 26 de junio de 1940. Del 7 de julio datan los primeros documentos soviéticos conocidos,[97] aprobados por el director del Departamento lituano de seguridad, A. Snieckus, para ejecutar un plan –a lo largo de la noche del 11 al 12 de julio– sobre

> medidas preparatorias de la liquidación de los dirigentes de los partidos de oposición: nacionalistas (Tautininkai), voldemarianos, socialistas-populares, cristiano-demócratas, Jóvenes Lituanos (Jaunalietuviai), trotskistas, socialdemócratas, socialistas-revolucionarios, francotiradores *Sauliai* y otros, así como las operaciones mismas de liquidación.

Era ésta, en todo caso, una primera operación selectiva que pudo afectar a los cuadros básicos y a las élites dirigentes de los partidos de oposición que, únicamente en casos excepcionales como el de Smetona,[98] pudieron eludir la detención y optaron por el exilio. En los otros países bálticos, la cosas no fueron muy distintas: Päts fue

detenido y falleció en la deportación, así como Voldemaras y tantos otros.[99] David Kirby evalúa el balance represivo de la noche del 11 al 12 de julio, por lo que concierne solamente a Lituania, en dos mil detenidos.[100]

El 28 de noviembre del mismo año, el comisario del pueblo para los Asuntos de Interior, Guzevicius, ordenaba el establecimiento de procedimientos de *vigilancia* sobre los elementos «antisoviéticos», «a fin de dirigir nuestro aparato de operaciones e investigaciones para terminar con ellos y liquidarlos ». A tal efecto ordenó la confección de unas «listas alfabéticas», enormemente minuciosas y aleatorias, que constituyen un variopinto caleidoscopio no sólo de la oposición política estricta, sino también de todos aquellos elementos consideradospotencialmente como «antisociales» o «antisoviéticos», tanto por el propio Kremlin como por las autoridades títeres de los tres países bálticos. Las «listas alfabéticas » comprendían una detallada relación de las organizaciones políticas de oposición, pero también de funcionarios policiales y de prisiones, de antiguos oficiales zaristas y guardias blancos, de expulsados del partido y de las juventudes comunistas, de ciudadanos extranjeros y representantes de empresas extranjeras, de esperantistas y filatélicos, de antiguos empleados de la Cruz Roja, de refugiados polacos, del clero», de «los miembros activos de todas las religiones » y, en fin, de una detallada gama de propietarios de todo orden, entre los que no se excluían los titulares de hoteles y restaurantes.[101]

Con este complejo aparato de información –y de «liquidación»– se engrasaba concienzudamente una formidable maquinaria represora contra los sectores sociales sospechosos de abrigar cualquier tipo de tendencia antisoviética, incluidos los más pintorescos supuestos. De su eficiencia daría buenas pruebas el modo como fueron ejecutadas las órdenes, secretas y minuciosas, dictadas por el comisario del pueblo de URSS, Merkulov, y por su adjunto Serov, para las deportaciones masivas de ciudadanos de las tres repúblicas. La operación, que se inició simultáneamente en Estonia, Letonia y Lituania, la noche del 13 al 14 de junio, a una semana por tanto de la operación Barbarroja, implicó la deportación de 34.260 lituanos, 15.081 letones y 10.205 estonios.[102] Si las detenciones de cuadros

políticos habían sido la tónica dominante de las primeras jornadas de ocupación soviética, los círculos concéntricos de la represión se ampliaron sucesivamente –hasta su culminación, a escasos días de la invasión hitleriana– a los integrantes de cualquier tipo de resistencia y afectaron, incluso, a los sectores sociales reacios a cooperar con las autoridades rusas y con los respectivos gobiernos títeres. Durante un año aproximado de dominio soviético –entre junio de 1940y junio de 1941 – el número estimado de detenidos y/o deportados (o desaparecidos y/o asesinados) en las repúblicas bálticas podría evaluarse en 39.000 lituanos, 35.000 letones y 61.000 estonios.[103] Menos del veinte por ciento pudieron volver a sus países de origen tras la muerte de Stalin, después de largos años de residencia forzada más allá de los Urales.[104]

Paralelamente a la puesta en práctica de las medidas represoras contra los disidentes, las autoridades organizaban un complejo dispositivo tendente a instalar en las tres repúblicas dentro del universo soviético. En breves etapas, y durante el segundo semestre de 1940, se nacionalizaron en primer lugar la banca y la industria pesada, y casi inmediatamente la mayoría de las explotaciones agrícolas, las empresas industriales y comerciales con más de veinte empleados y, finalmente, las casas particulares de más de 220 metros cuadrados en el campo y 170 en las ciudades. En el otoño de 1940 el rublo se convirtió en la única moneda reconocida, tras la abolición de las unidades monetarias de las repúblicas.[105]

Desde el punto de vista de la cultura –de la cultura nacional– la vida de las repúblicas sufrió un brusco colapso, con una paralización casi completa de su tejido asociativo y de la mayoría de los medios de comunicación, substituidos por otros fieles a los nuevos regímenes. Merece especial atención la persecución religiosa, especialmente dura en Lituania, donde el catolicismo se había configurado desde el siglo XIX –siguiendo caminos similares a los de la iglesia polaca– en una «religión nacional», como recientemente ha recordado el propio Vytautas Landsbergis.[106] En todo caso los procedimientos rusos frente a las respectivas culturas nacionales fueron contundentes e inequívocos: la mayoría de los volúmenes de las librerías, bibliotecas y archivos de las tres repúblicas fueron destruidos, muchos quemados y

otros enviados a Rusia.[107] De una u otra forma se cumplían las premonitorias palabras que Molotov había dirigido, a comienzos de julio de 1940, a Kreve-Mickevicius, fugaz ministro de Asuntos Exteriores de Lituania tras la anexión:

> Usted suscita mi franqueza, señor ministro… Me obliga a deciralgunas cosas que no deseaba decir ahora. Hablaremos francamente[…] Debe observar bien la realidad y comprender que en el futuro las pequeñas naciones deberán desaparecer. Su Lituania, junto a las otras naciones bálticas y a Finlandia, deberán unirse a la gloriosa familia de la Unión Soviética. Por tanto deberíais ahora habituar a vuestra gente al sistema soviético, que en el futuro se extenderá a toda Europa: llevado a efecto en primer lugar en algunos países, como las naciones bálticas, y sucesivamente en otros.[108]

La línea divisoria, en cualquier caso, entre el «sistema soviético» y el territorio –el universo– de la nación quedaba más difuminado que nunca: en realidad el «sistema» se constituía como un factor esencial de la «nación». La ruptura absoluta del« sistema » –como aconteció medio siglo después– está en la base de la implosión de la «nación» (o de la «Unión»).

Aunque la anexión báltica por la URSS se realizó en un primer momento sin aparente resistencia, el fulgurante ataque de la Wehrmacht sobre territorio soviético produjo una alteración substancial de la situación. A escasas horas del inicio de la «Operación Barbarroja» se producían sublevaciones generalizadas en las tres repúblicas que, en una u otra medida, trataron de restaurar la anulada soberanía nacional. Tal es el caso, en especial, de Lituania donde se proclamó un gobierno provisional el 23 de junio de 1941, es decir, 24 horas después del comienzo de las hostilidades germano-rusas. Un consejo nacional estonio y un equivalente organismo letón se constituyeron inmediatamente, ambos con los mismos objetivos. Ninguno pudo alcanzar sus metas evidenciando, una vez más, la extraordinaria dificultad histórica de las marcas bálticas para mantener una vida nacional propia entre sus poderosos y amenazantes vecinos.

En cualquier caso, el origen de los movimientos de resistencia antisoviéticos –y especialmente del lituano, el más documentado de todos ellos– resulta especialmente significativo. Su iniciador, el coronel

KazysSkirpa, embajador lituano en Alemania, comenzaba en Berlín, en julio de 1940, los contactos para la formación de un Frente Activista Lituano (LAF) que pudiese unificar a los distintos sectores del espectro político del país, en una organización de resistencia antisoviética. Las actividades del LAF que, en principio, fueron conocidas –o incluso dirigidas– por el ministerio alemán de Asuntos Exteriores, se relacionaron posteriormente con el Abwehr Amt, el servicio de inteligencia del OKW (el Alto Mando de la Wehrmacht). Como consecuencia de tal colaboración se establecieron en la antigua frontera germano-lituana –posteriormente germano-soviética– una red de puestos de contacto entre la estructura central del LAF en Berlín y sus núcleos y ramificaciones en el interior de Lituania. La eficacia de la organización no resultó ajena a la sublevación lituana del 23 de junio de 1941.[109]

La rápida victoria de las tropas alemanas en el área báltica, con la colaboración de las fuerzas locales de la resistencia antisoviética, no comportó sin embargo un reconocimiento de la soberanía de las tres repúblicas. Bien al contrario, Alemania instituyó un Reichkomissariat Osland (RKO), con sede en Riga, para la administración de Letonia, Estonia, Lituania y Bielorrusia, bajo la dirección de Heinrich Lose, antiguo *gauleiter* de Schleswig Holstein, dividido a su vez en comisariados generales para cada uno de los citados territorios. Aunque en líneas generales las autoridades hitlerianas adoptaron una actitud comparativamente más suave con los pueblos bálticos que con otras naciones integradas en la URSS –si exceptúa, obviamente, el genocidio que se abatió sobre su población de origen judío– los principios de la política nazi para la región formulados por el *Ostminister* Alfred Rosemberg –él mismo «alemán del Báltico» (*Baltendeustch*)– eran, en los términos que ha reproducido Plasseraud, rotundos e inequívocos:

> Colonización de los países bálticos por los alemanes de Rusia y por los soldados desmovilizados, y traslado de las poblaciones bálticas a las regiones rusas limítrofes; la *intelligentsia* hostil a los alemanes deberá ser deportada y exterminada.[110]

De una u otra forma, y dejando ahora a un lado los siniestros designios de Rosemberg, el colaboracionismo– pero también la

resistencia– de ciertos sectores de las sociedades bálticas con los alemanes (pero también con los soviéticos), no resultan ajenos a precedentes históricos inmediatos, como los del complejo período 1917-1920, y a las rupturas al mismo tiempo nacionales y sociales que aquella etapa implicó. En este sentido parece especialmente significativo el ofrecimiento del líder nacionalista letón Valdmanis al comisario general alemán Drechsler, para la formación de un ejército letón destinado a combatir a los soviéticos a cambio del reconocimiento germano de la independencia del país, ofrecimiento que no fue aceptado.[111] Posteriormente, sin embargo, fueron organizadas desde Letonia divisiones Waffen SS (la 15 Lettland y la 19 Latvia), compuestas por letones y estonios de origen alemán (*Volksdeustchen*), mientras que desde Estonia se formaba la 20 *Estland*.[112] El caso lituano, en cambio, resultó singular. Por considerárseles, en principio, políticamente sospechosos y miembros «de una raza inferior»,[113] solamente fueron reclutados para tareas auxiliares, como unidades de gendarmería (Schuma) o como fuerzas paramilitares (Ypatingas, «Legión Plechavicius») o policiales (Saugumo Policija). Algunas de estás unidades adquirieron triste celebridad por sus actividades antisemitas y, especialmente, por su participación en la destrucción de los guetos de Vilnius y Varsovia.[114]

Si éste puede considerarse un primer balance de colaboración, también es cierto que la ocupación militar alemana hubo de contar con ciertos grados de oposición e incluso, en el caso de Estonia, de oposición armada con la reconstitución de los Tiradores Estonios integrados posteriormente en el ejército soviético, que lograron reclutar en la lucha antinazi alrededor de veinte mil hombres.[115] Pero en todo caso la experiencia de la ocupación alemana advirtió a los bálticos –como ha recordado para el caso estonio Riina Kionka–[116] que sus intenciones no eran mucho más generosas que las de los rusos, especialmente tras la puesta en marcha del *Arbeitsam*, la recluta forzada de trabajadores en los países ocupados. Decenas de miles de ciudadanos bálticos, entre los que abundaron sobre todo los lituanos, en número difícilmente determinable, fueron trasladados a Alemania en condiciones especialmente penosas.[117]

El fracaso de los intentos alemanes de formar –ya en marzo de 1943– una división SS de componente lituano, condujo a una inédita oferta alemana: la formación de una Fuerza Territorial de Defensa Lituana al mando del general Povilas Plechavicius, con el compromiso de ser utilizada solamente en la línea defensiva Narva-Vilnius. En pocos días más de treinta mil hombres se presentaron voluntariamente al nuevo cuerpo y fueron instruidos militarmente. El enfrentamiento entre las autoridades alemanas y Plechavicius se consumó al intentar los alemanes que se incorporaran a divisiones SS. El general lituano, antes de ser detenido por la Gestapo, ordenó la dispersión de sus tropas. La mayoría de sus efectivos constituyeron más tarde la base del denominado Ejército Lituano de la Libertad (LLA) que combatió durante largos años a los rusos. No muy diferente fue el resultado de los intentos alemanes de constituir, en febrero de *1944*, una fuerza de defensa territorial estonia. La situación, en todo caso, ofreció unas ciertas variables en Letonia, donde los alemanes mantuvieron un control directo del territorio, singularmente en Curlandia, hasta los últimos momentos de la guerra.[118]

* * *

Con el avance del ejército soviético –especialmente fulgurante a partir de la primavera y el verano de 1944– las tres repúblicas bálticas retornaron de nuevo a la situación existente antes de la ocupación alemana. Las nuevas autoridades rusas procedieron a la reinstalación en el poder de los comunistas locales, muchos de ellos refugiados en la URSS durante los años de contienda, y procedieron igualmente a una reestructuración de las fronteras. Así mientras Lituania recuperaba el territorio de Klaipeda (Memel), anexionado por Hitler en 1939 (2.850 kilómetros cuadrados y 150.000 habitantes), la Unión Soviética imponía a Estonia la cesión de la zona de Petseri (1.350 kilómetros cuadrados y 49.130 habitantes) y a Letonia la de Yaungale (1.160 kilómetros cuadrados y 3 7.780 habitantes).[119] La reinserción formal de las tres repúblicas en la Unión Soviética[120] no significó, en principio, el inicio de un período estable en la vida interna de Estonia,

Letonia y Lituania. Por el contrario, los años transcurridos desde el otoño de 1944 –cuando se consuma de hecho la última ocupación militar rusa– hasta la muerte de Stalin en 1953, constituyen una etapa singularmente turbulenta en la vida de la región. En ella coinciden, por una parte, el complejo proceso represivo que se abatió largamente sobre los tres países, y la prolongada y heterogénea resistencia armada.

El retorno de los soviéticos implicó desde el primer momento una oleada de detenciones y deportaciones masivas de población, no muy diferentes a las producidas en la primavera de 1940. En todo caso, los nueve años comprendidos en el período estaliniano (1944-1953) permiten una clasificación matizada de la represión. La primera etapa de detenciones y deportaciones masivas se realizó fundamentalmente hasta 1946 y afectó de manera primordial a los colaboradores –y a los considerados colaboradores– de la Alemania nazi, y también a los más caracterizados opositores del régimen soviético. Sin embargo, la amplitud de la represión alcanzó de la misma manera a ciudadanos que difícilmente podrían ser incluidos en las anteriores clasificaciones. De las condiciones y procedimientos de detención, en último extremo, puede resultar significativo el testimonio de Alexandr Soljenitsin al relatar el caso de un grupo de cincuenta lituanos detenidos en 1945 bajo la acusación de propaganda antisoviética. Trasladados al campo de Velsk –en la provincia rusa de Arkangel, junto al mar Blanco–, al ser imposible su internamiento en las superpobladas prisiones de su propio país, todos ellos se confesaron culpables de los cargos. Algún tiempo después las autoridades lituanas comunicaron que los verdaderos culpables habían sido finalmente identificados.[121]

El clima generalizado de represión en los países bálticos que –como ha recordado el propio Soljenitsin, afectó notablemente a los genéricamente denominados «nacionalistas»–[122] debe relacionarse también con el significativo incremento de la resistencia armada originada en las tres repúblicas a lo largo de la segunda mitad de los años cuarenta y los primeros cincuenta. Creada en principio, sobre todo en Lituania y Estonia, por la dispersión de un conglomerado de tropas y milicias diversas, desafectas en último término a la disciplina del ejército alemán, las guerrillas incrementaron notablemente sus

efectivos, de manera un tanto heterogénea y abigarrada, a lo largo de todos estos anos. En un balance final de sus componentes habría que distinguir –siguiendo la clasificación propuesta por Misiunas y Taagepera– a los informadores y colaboradores de los alemanes; a los desertores del ejército ruso y a los sospechosos de actividades antisoviéticas; a los afectados por la nueva distribución de la tierra y por otras medidas de reestructuración social impulsadas por los comunistas; a las víctimas, coetáneas o potenciales, de las deportaciones; a los campesinos afectados por los programas de colectivizaciones reactivadas en 1949 y, en fin, a otros grupos de ciudadanos que consideraban poco soportable la inseguridad de la vida civil.[123] Un complejo conjunto, abigarrado y poco coherente, que sin embargo la perspectiva neonacionalista báltica ha presentado como un todo cohesionado y vertebrado, envuelto en el aura de un romanticismo patriótico.

Es éste el carácter que revelaba la evocación que de la guerrilla lituana de los años cuarenta realizaba un personaje tan significativo como Vytautas Landsbergis en su discurso barcelonés de 1994, al recibir el IX Premi Internacional Ramon Llull. En aquella ocasión Lansbergis explicó que

> cuando en el año 1944 el ejército soviético irrumpió por segunda vez en Lituania, movilizó por la fuerza todos los hombres a sus filas. A los que intentaron escaparse se les fusilaba. Muchos hombres se escondieron en los bosques y se convirtieron en «hermanos del bosque». Se incorporaron a las guerrillas que estaban decididas a resistir contra el invasor rojo. Cuando la Segunda Guerra Mundial ya había terminado en Alemania, en Lituania todavía continuaba. Muchos jóvenes escolares y universitarios se fueron a los bosques a morir, aunque nadie les obligaba a hacerlo. La lucha armada de las guerrillas lituanas contra la URSS duró unos diez años […] Las esperanzas de que la lucha se ganaría se extinguieron a causa del terrible aislamiento y de la indiferencia del mundo. Como ya he comentado antes, el movimiento de luchadores por la libertad de Lituania estaba infiltrado por agentes del NKVD y por traidores. Grupos especiales de provocadores formados por el NKVD hacían pasar sus hombres por guerrilleros, matando familias enteras de campesinos, para fomentar la hostilidad contra los verdaderos luchadores. El ejército de ocupación registraba minuciosamente los bosques y profanaban en las plazas de los pueblos los cuerpos de los guerrilleros muertos. Los soviéticos y sus colaboradores alegaban que luchaban contra «bandidos» para preservar la

> ley y el orden lituanos. Sin embargo, los ciudadanos creaban y cantaban muchas canciones conmovedoras sobre los luchadores muertos por la libertad y sobre los deportados, pero ninguna sobre los colaboracionistas. La concordancia de espíritus y mentes creativas volvía a ser ignorada por Europa.[124]

En todo caso, aunque la visión de Landsbergis sobre la represión y la guerrilla deba ser considerada como mitificadora, también es cierto que la durísima represión ejercida por los soviéticos contra los pueblos bálticos durante estos años –con su corolario de deportaciones masivas– es un factor más de las notables alteraciones de las estructuras de población –de la «composición étnica», según Zvindris–[125] acaecidas en las repúblicas bálticas a partir de la última ocupación soviética y que engendraron en muchos de sus ciudadanos el temor de su desaparición como entidades nacionales. El temor por la propia supervivencia étnica ha sido, según el sociólogo ruso Victor Zaslavski, uno de los motores esenciales, sino el esencial, de los tres nacionalismos bálticos.[126]

Los factores que incidieron en las importantes mutaciones de la estructura étnica de la población báltica acaecidos durante la última ocupación soviética son indudablemente muy diversos y entre ellos no debería olvidarse el aludido conjunto de medidas represoras. Fueron de diferente intensidad: relativamente selectivas en algunos casos –como las realizadas, por ejemplo, en junio de 1940– o masivas, como las deportaciones de 1948-1949, fruto de las campañas de «kulakización» que afectaron a miles y miles de campesinos. Las cifras de conjunto, en todo caso, no han sido establecidas con carácter defnitivo y ni siquiera los expertos más calificados concuerdan en sus magnitudes. Sin tratar, aquí y ahora, de establecer un análisis comparativo de las diferentes interpretaciones, bastará señalar que para Shtromas, solamente durante el período 1944-1951, fueron deportadas a Sibéria o a otras regiones de la URSS no menos de seiscientas mil personas de origen báltico, lo que implica un porcentaje aproximado del nueve por cien de la población autóctona de la región.[127] Por su parte, el demógrafo letón Peteris Zvidrins –uno de los mejores conocedores de la cuestión– aún sin ofrecer cifras de conjunto evalúa en doscientas mil las personas –la mayoría de ellas

de origen campesino– deportadas solamente entre 1948-1949, momento culminante de las colectivizaciones forzosas,[128] a las que deberían sumarse los ejecutados, desaparecidos o deportados de 1940-1941 y 1944-1946. Un conjunto, en cualquier caso, muy elevado.

No es éste, sin duda, el único factor a considerar. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial las tres repúblicas bálticas fueron sometidas, durante un período de tiempo extremadamente breve y singularmente intenso, a un profundo proceso de industrialización y de urbanización que está en la base de las alteraciones demográficas –del cambio en la composición étnica de sus poblaciones– que implicó una intensa, aunque desigual, rusificación de los tres países. Según las apreciaciones de Zvindris, la proporción de letones en Letonia, que habían representado el 80% de la población del país en 1939, descendió en 1959 –momento en que se publicó el primer censo soviético en el que se explicitaban los datos de las tres repúblicas bálticas– al 62%. Para las mismas fechas la proporción de estonios en Estonia pasaba de un 88% a un 75% mientras que, por el contrario, en Lituania las variaciones eran escasamente relevantes.[129] Durante las décadas posteriores, pese a los brutales juicios de intención expresados por Suslov anteriormente citados, las alteraciones de la estructura demográfica lituana permanecieron dentro de unos límites infinitamente más comedidos que en los casos estonio y letón.[130]

En todo caso los censos soviéticos ofrecen datos reveladores sobre las transformaciones étnicas de las tres repúblicas. Según la elaboración realizada por Zvidrins de dichas fuentes,[131] la evolución de la composición étnica de los países bálticos entre 1959 y 1989 sería la siguiente:

Composición étnica de la población de los países bálticos 1959-1989 (en millares)

		1959	1970	1979	1989
Estonia	Estonios	893	925	948	963
	Eslavos soviéticos	267	381	468	551
	Otros	37	50	49	51
Letonia	Letones	1.298	1.342	1.344	1.388
	Eslavos soviéticos	647	853	1.000	1.117
	Otros	148	169	159	162
Lituania	Lituanos	2.151	2.507	2.712	2.994
	Eslavos soviéticos	279	339	392	452
	Polacos	230	240	247	258
	Otros	51	42	40	41

La lectura de los datos estadísticos reflejados en el cuadro precedente nos remite a una realidad –la de la mutación acelerada de unas estructuras nacionales de población en un tiempo extraordinariamente breve– que admite escasos parangones en los ámbitos europeos coetáneos. En todo caso tales mutaciones fueron relativamente contenidas en Lituania, país que logró mantener una *ratio* de población autóctona relativamente estable quizás, como ha señalado Lorot, en razón de la poderosa influencia de la iglesia católica en la vida civil, que hizo posible una alta tasa de natalidad compensadora de la inmigración eslava,[132] pero también porque sin duda recibió un flujo migratorio mucho menor que el de las vecinas repúblicas. En último extremo de este hecho se derivaron dos consecuencias sólo aparentemente contradictorias. Por una parte, la existencia de una alta proporción de población nacionalmente lituana es uno de los factores que contribuyen a explicar el carácter radical de las reivindicaciones nacionalistas lituanas a partir de la etapa de la *perestroika*, en contraste con las posiciones mucho más moderadas de los coetáneos nacionalismos estonio y letón, literalmente rodeados por una población no autóctona. Por otra parte, la existencia desde el punto de vista demográfico y étnico de una amplia base nacional, nunca inferior al ochenta por ciento, permitió también mantener al Sajudis –junto a la radicalidad de su programa político– unas actitudes más integradoras y prudentes respecto al conjunto de las minorías nacionales eslavas. A todo ello hemos de volver con mayor detenimiento en páginas posteriores.

En Estonia la población autóctona –que según las estimaciones de Zvidrins era del 88% en 1939– descendió, según los datos de los censos soviéticos, al 74,6% en 1959, al 68,2% en 1970, al 64,7% en 1979, y al 61,5% en 1989, mientras que el número de eslavos (rusos, ucranianos y bielorrusos) pasaba durante los últimos años citados del 23,3% al 35,2%.[133] Se había producido ya –en contraste con el modelo lituano– una notable inflexión de la estructura étnica de la población del país.

Todavía más agudo –y por eso haremos una insistencia mayor en él– es el proceso de cambio demográfico sobrevenido en Letonia, donde los resultados de la política soviética de «dilución» étnica –para conservar el vocabulario utilizado por Zaslavsky–[134] fueron más espectaculares. Siguiendo de nuevo los datos demográficos de Zvidrins, la población nacionalmente letona en Letonia representaba en 1939 el 80% del conjunto de la república. En 1959, fecha del primer censo soviético tras la anexión, su reducción puede considerarse drástica: en dicha fecha los letones ya sólo constituían el 62% del total. Los años posteriores disminuyeron las proporciones todavía más: el 56,8 % en 1970, el 53,7% en 1979, el 52% en 1989. Paralelamente las minorías de origen eslavo –y con este apelativo designamos aquí de nuevo a rusos, ucranianos y bielorrusos– que en 1959 representaban ya al 30,9% del total de la población de Letonia, ascendían al 42%. Otras minorías nacionales, como las de origen polaco o lituano muy inferiores en número, no alteraron sus porcentajes que, incluso, sufrieron una ligera regresión.[135] En todo caso una conclusión parece obvia: durante el simbólico año de 1989, en el que la rebelión báltica contra la anexión soviética se expresa ya con toda rotundidad, los letones se encontraban muy próximos a convertirse en una minoría dentro de su propio país aunque, como ha observado Zaslavsky, el gobierno Gorbachov había ya abandonado la «táctica»[136] de construir nuevos complejos industriales en el área báltica para favorecer la inmigración eslava. Pese a ello los trabajadores eslavos continuaron afluyendo a una región que mantenía un nivel de vida considerablemente mayor que el de sus zonas de origen.

Dos consideraciones habrá que añadir sobre el modelo letón y sobre el cambio de la estructura étnica de su población. La primera de ellas parece esencial. La configuración nacional de Letonia, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, había sido posible a partir de un complejo proceso mediante el cual los letones– y también, en sus respectivos países, los estonios o los lituanos– dejaron de ser poblaciones fundamentalmente campesinas, y afluyeron paralelamente a las ciudades habitadas hasta entonces por foráneos (germanos, y en menor grado rusos en los casos letón o estonio, o polacos, y también otros eslavos para el caso lituano). El novelista estonio Jaan Kross ha escrito páginas especialmente brillantes mostrando la formación, y también la «renacionalización» de una burguesía ilustrada estonia, de raíces agrarias que, en definitiva, fue la que alumbró el nacimiento del país.[137]

El modelo demográfico letón, auspiciado y/o planificado por los soviéticos, y que en buena parte puede también extenderse a Estonia, fue de signo inverso. Los letones no sólo descendieron drásticamente como población nacional en su propio país –hasta el punto de rozar los límites de una minoría– sino que, al mismo tiempo, experimentaron un proceso que podría denominarse de «desurbanización», esto es, se convirtieron en clara minoría en las grandes ciudades –con todo lo que ello implica desde el punto de vista cultural y político– para permanecer únicamente como étnia mayoritaria en los ámbitos rurales. Un proceso, pues, inverso al que había permitido, cien años antes, contemplar el nacimiento del país.

En tal sentido, y según los datos aportados por la Conferencia Internacional sobre Democracia y Políticas Étnicas celebrada en Riga en 1994-y que recoge el Informe del diputado danés Ole Espersen para el Consejo de Europa–[138] la etnicidad de la población letona y el porcentaje de letones étnicos en las diez ciudades más importantes de Letonia entre 1935 y 1993 respondía al siguiente cuadro:

Porcentaje de letones en las diez mayores ciudades de Letonia

	1935	1959	1970	1979	1989	1993
Riga	63,0	44,6	40,9	38,3	36,5	37,2
Daugavpils	33,6	13,2	14,4	12,6	13,0	13,4
Liepaja	68,0	52,3	47,5	41,9	38,8	41,1
Jelgava	78,9	59,7	56,4	52,1	49,7	44,5
Jurmala	86,6	50,7	46,8	48,2	44,2	44,5
Ventpils	83,5	60,4	55,0	47,5	43,0	44,0
Rezekne	44,0	30,5	34,7	35,0	37,3	38,0
Jekabpils	65,8	50,4	50,4	50,0	48,4	50,1
Valmiera	95,0	79,6	75,2	74,0	74,6	75,6
Ogre	83,4	60,0	63,1	61,4	60,7	61,7

La lectura de las cifras precedentes parece concluyente en muchos sentidos. De las diez mayores ciudades de Letonia, en ocho los letones pasaron a ser minoría, y solo conservaban su carácter mayoritario en Valmiera y en Ogre que no por casualidad ocupan el penúltimo y el último lugar según el número de habitantes. Riga, por otra parte, se convertía en la única capital nacional de Europa en la que el porcentaje de población de origen autóctono no sobrepasaba el cuarenta por ciento, si exceptuamos los casos excepcionales e incomparables de capitales de microestados como Andorra, Mónaco o Liechtenstein.

Las variaciones entre las columnas de población correspondientes a los años 1989 y 1993 representan en todos los casos, como puede observarse, una ligera recuperación de la población étnicamente letona, hecho que requiere una explicación suplementaria, que no es otra que el reflujo a partir de 1991, año de la segunda independencia del país– de la población no letona. Según el Instituto Letón de Asuntos Internacionales (Latvijas Arpolitikas Instituts),[139] una entidad no gubernamental financiada por el gobierno de Suecia a través del Báltic Sovereignity Support Program, las migraciones netas en Letonia desde 1991 han sido las siguientes:

	1991	1992	1993	1994
Letones	+419	+43	+382	+230
Rusos	-5.394	-27.332	-17.762	-13.177
Ucranianos	-1.886	-7.531	-3672	2.593
Bielorrusos	-1.603	-7.070	-2.198	-1.525
Otros	-2.689	-5.298	-4.630	-2.124
Total	-11.153	-47.188	-27.880	-19.189

En este marco, el de un lento y parcial retorno de la población de origen soviético a sus lugares de origen, la proporción de letones étnicos experimentó durante los primeros cuatro años de la segunda independencia del país una ligera recuperación, y se cifraba a comienzos de 1995 en el 54,8 por cien de los habitantes de Letonia. Sin embargo por otro lado, y también durante los últimos años referenciados, el ya de por sí complejo panorama demográfico letón se ensombrecía todavía más con el crecimiento negativo de su población. En 1991 el número de fallecidos excedía al de nacidos en 116 personas, en 1993 la disparidad negativa era de 12.438, y tal disparidad negativa ascendía en 1994 a 17.500 personas.[140] En último extremo, un panorama sombrío visto desde cualquier perspectiva.

Si como se ha asegurado con cierta frecuencia, en los Estados bálticos la relación entre etnicidad, ciudadanía y democracia es siempre incierta,[141] no parece aventurado colegir que el dramático escenario de las aceleradas mutaciones de la estructura nacional de la población las distorsionó todavía más en Letonia (y también, aunque en orden decreciente, en Estonia y Lituania). A todo ello habría que añadir, además, y como un factor no precisamente insignificante, tanto las actitudes colectivas de las grandes masas inmigradas respecto a la lengua y la cultura letonas, como el contexto jurídico-político vigente en la Unión Soviética durante el prolongado período que transcurre entre la anexión estaliniana y la *perestroika* de Gorbachov. A lo largo de estas páginas se ha señalado ya –o se apuntará en su momento– las referencias esenciales soviéticas al respecto, que no son otras que el objetivo, explícito o encubierto, de

lograr en la URSS la *fusión de las naciones*, para utilizar una fórmula especialmente consagrada durante la larga etapa de Breznev.

Más que en una lengua vehicular del Estado, el ruso se convirtió entre los soviéticos no sólo en una *lingua franca* sino también en una rotunda imposición nacional –nacional gran-rusa– sobre las pequeñas naciones. Este es un hecho generalizado que, en cualquier caso, puede admitir muy diversas lecturas a lo largo y a lo ancho del inmenso territorio de la URSS. Las respuestas fueron igualmente plurales y comportan desde los reflexivos y a la vez enérgicos análisis de Yuriy Badzio en Ucrania, a la violencia antirrusa originada en regiones del Asia Central soviética que se examinan en las diferentes partes de este libro.

En Letonia, en el marco demográfico y étnico ya conocido, el ruso fue durante medio siglo –en realidad durante un período mucho más prolongado, si se exceptúan las dos décadas de fugaz independencia– no solamente la lengua oficial, sino también la lengua habitual de trabajo. Hay que referirse a fechas tan cercanas como el 5 de mayo de 1989 para encontrar disposiciones legales que reconozcan el letón como lengua nacional.[142] En todo caso, como describe sin ningún género de dudas el relator del Consejo de Europa Ole Espersen, los rusófonos –y no sólo los eslavos de origen– (tanto si se trataba de habitantes, de residentes, de simples ciudadanos, de inmigrantes o de soldados) no tenían de hecho ninguna razón para aprender el letón.[143] Ni razones funcionales –no les era necesario, en realidad– ni de otro orden.« Representantes de pueblos dominantes en la Unión –ha escrito inequívocamente el geógrafo francés Jean Radvanyi– se aprovecharon por el contrario abundantemente de esta posición imperialista para justificar su rehusamiento de aprender las lenguas locales –un comportamiento que ha provocado un reflejo de rechazo entre muchos de los nacionales [bálticos]».[144] Resulta difícil saber cuántos de ellos compartían en algún grado el brutal juicio emitido por el diputado ultranacionalista ruso Jirinovski en la sede del Consejo de Europa, en Estrasburgo, en 1995: el letón «es un idioma sin ninguna utilidad»,[145] aserto que en todo caso representa la antítesis del pensamiento de T. S. Eliot, quien afirmaba

> respecto a una lengua como el galés, podríamos preguntarnos hasta qué punto tiene algún interés para el resto del mundo que se hable en el País de Gales. Pero eso sería como preguntar si los galeses, en tanto que galeses, sirven para algo.[146]

O, por el contrario, cuantos se identificaban con las mucho más matizadas reflexiones de lakovlev, el arquitecto de la *perestroika*, en 1990:

> la historia muestra inequívocamente que el destino de los países bálticos es el mismo desde hace mucho tiempo […] Los soviéticos de no importa qué nacionalidad deben sentirse en Letonia como en casa.[147]

No va a insistirse aquí y ahora sobre el carácter escasamente idílico de las relaciones históricas entre bálticos y eslavos. En último extremo resultaría arduamente polémico inquirir qué representaba para lakovlev –por otra parte uno de los máximos exponentes del «comunismo con rostro humano»-que los soviéticos se encontrasen en Letonia «como en casa» (*comme chez eux*).

En todo caso para los letones –para quienes es difícil dudar que sí que estaban «en casa»– la óptica no podía ser equivalente. Rondando ya un escenario que les conducía a convertirse en breve plazo en minoría nacional «en casa», los que tenían el letón como lengua materna –recuerda el Informe Espersen– «estaban obligados por el contrario a aprender el ruso –condición indispensable al acceso a la función pública y a ciertas profesiones– de donde proviene el temor justificado respecto a la supervivencia de la cultura letona». Este sentimiento, concluye el relator del Consejo de Europa, se convirtió «en una de las fuerzas motrices de la independencia letona».[148]

De una u otra manera, las diferencias de situación de las tres repúblicas bálticas en el interior de la Unión Soviética fueron suficientemente acusadas como para contribuir a explicar las distintas estrategias de sus respectivos movimientos nacionalistas, laboriosamente reconstituidos durante los años ochenta, y a los que hemos de referimos con posterioridad y, también, las políticas divergentes –tanto en los ámbitos interiores como en los escenarios internacionales– de los tres Estados tras la consecución de la independencia en 1991.

A todo ello se ha referido, con una agudeza no exenta de sentido del humor, una conocida intelectual estonia, Riina R. Kionka, al comentar cómo

> en la época de Gorbachov, mientras que Estonia, Letonia y Lituania buscaban activamente convertirse en independientes de la Unión Soviética, ciertos observadores bien informados subrayaban que, aunque los tres Estados bálticos contemplaban el mismo objetivo, sus propias especificidades hacían que cada uno de ellos aplicara medios diferentes para conseguirla. Según ellos, los lituanos pensaban acometer una especie de guerra santa, desafiando frontalmente a Moscú en nombre de la religión. Los estonios considerados los más introvertidos (rozando la catatonia, dijeron algunos) de los pueblos de los países bálticos, concebían la lucha como una partida de ajedrez, calculando y volviendo a calcular cada una de las jugadas. Por lo que respecta a los letones, considerados como los bálticos tradicionalmente mejor situados para aprovechar las enseñanzas de los errores de los demás, fueron tachados de seguidismo.[149]

En todo caso parece obvio considerar que la estrategia de los tres movimientos nacionalistas bálticos –y, a partir de 1991, de los tres Estados independientes– ha estado sobre todo en función de la mayor o menor coherencia interna de cada uno de ellos. Desde el punto de vista de la vertebración étnica, Letonia representó el escenario más comprometido para las reivindicaciones secesionistas. No sólo por la composición nacional de su población, sino también porque el PC letón –en contraste con la actitud de sus homólogos estonio y lituano– se manifestó adverso a las reivindicaciones independentistas.

Un contexto como el apuntado aconsejaba al Consejo Supremo de Letonia a defender una posición especialmente compleja como fue, por una parte, la de mantener al igual que los estonios, y sobre todo que los lituanos, una tesis central: que la anexión de su país a la URSS en 1940 había sido una incorporación forzada y, por lo tanto, jurídicamente nula. Pero al mismo tiempo su situación interna implicaba, todavía más que en los casos estonio y lituano, la aceptación de la negociación con el Kremlin como único método; a proponer etapas intermedias; a no comprometer la continuidad de un ámbito económico común con la Unión Soviética y, en fin, a permanecer por tiempo indefinido en el área del rublo. Este era el

escenario trazado en Helsinki, en junio de 1991, por el presidente letón Anatolijs Gorbunovs, en el transcurso de una Audición *ad hoc* del Consejo de Europa, en presencia de sus colegas estonio y lituano, Arnold Rüütel y Vytautas Landsbergis, de los diputados soviéticos Alexei Eliseev, Vladislav Gorokov y Evgeni Maltsev, y de diversos parlamentarios occidentales, entre ellos el autor de estas páginas.

Todo este marco referencial experimentó un brusco y sorprendente giro de ciento ochenta grados en escasas semanas con el vertiginoso proceso soviético de implosión iniciado en Moscú tras el fracaso del golpe de Estado del mes de agosto. A todo ello hemos de referirnos con mayor detenimiento posteriormente. Sin embargo las primeras consecuencias que se derivaron de todo ello –y que comportaron, de entrada, la propia independencia de los países bálticos– engendraron en la región unas nuevas realidades. Riina Kionka se ha referido –con acentos muy gráficos– a la primera de ellas: al hecho de que

> en la mayor parte de los países del mundo, un escolar puede mostrar su país sobre un mapa e indicar con precisión sus fronteras. No es el caso de la Rusia de hoy. Incluso si la Unión Soviética ha dejado de existir hace más de dos anos, y aunque los Estados bálticos hayan sido reconocidos por la comunidad internacional incluso cuatro meses antes, el ruso medio continúa teniendo dificultades psicológicas para aceptar la pérdida del Imperio. Si esto es así para el ciudadano medio, se puede decir que la élite política [rusa] se encuentra clínicamente perturbada.[150]

Es cierto que las especiales circunstancias que concurrieron en la súbita e inesperada desaparición jurídica y política de la URSS –que entre sus muy diferentes corolarios implicaba la independencia de los países bálticos– ha comportado un escenario, inédito y al mismo tiempo muy fluído, en el que se pueden observar factores singularmente heterogéneos. En primer lugar, los que –utilizando los propios términos de Kionka– podrían denominarse «psicológicos ». A ello no es ajeno el concepto de «extranjero próximo » –eufemismo oficial ruso que designa los países de la antigua URSS– difundido por los dirigentes del Kremlin entre los que cabe enumerar, en primer término, al responsable de su acción exterior, el ministro Andrei Kózyrev, pero también al de Defensa mariscal Pavel Gratchov –que afirmó que Rusia no retiraría las tropas todavía estacionadas en los

Estados bálticos mientras en ellos se practicase la «limpieza étnica»– o, incluso al propio presidente Yeltsin que en el mensaje de año nuevo de 1994 subrayaba que el principal objetivo de su politica exterior era el de ocuparse de la situación de sus compatriotas instalados fuera de las fronteras de la Federación Rusa.[151]

Sin embargo, de una u otra manera, la perspectiva de los dirigentes postsoviéticos reflejaba dos preocupaciones esenciales. En primer lugar, una cuestión al mismo tiempo vieja y nueva: el ancestral síndrome, a la vez de amenaza y de aislamiento, que ha atenazado al Kremlin desde la Revolución de Octubre y que le ha conducido –en lo que respecta a los países bálticos– a las más opuestas estrategias. Lenin y Stalin mantuvieron en este sentido actitudes no siempre convergentes que se analizarán posteriormente. Para Kruschev trasladar la frontera soviética hacia el oeste y asegurarse el pleno control del Báltico oriental fue, en el contexto de la guerra fría, una necesidad geoestratégica de primer orden.[152] Desde una perspectiva inversa resulta altamente revelador que el Consejo Atlántico, tras su reunión de 21 de agosto de 1991, celebrada en el Cuartel General de la OTAN en Bruselas, no sólo condenaba firmemente «el derrocamiento anticonstitucional del presidente Gorbachov» y el intento de golpe de Estado, sino que afirmaba que

> nos oponemos al uso de la fuerza en la Unión Soviética y en particular a su utilización contra los gobiernos de las Repúblicas Soviéticas. A los Aliados nos preocupan profundamente los intermitentes informes sobre represión y violencia militar en los Estados bálticos. Hacemos un llamamiento urgente a los responsables para que se abstengan de amenazar con el uso de la fuerza o de utilizarla contra los gobiernos y representantes democráticamente elegidos tanto en los países bálticos como de cualquier otro territorio.[153]

La expresa mención de los Estados bálticos, entre la innominada generalización de las otras repúblicas soviéticas, mostró también con claridad cuales eran las prioridades de la OTAN.

Por otra parte, y desde el punto de vista de los propios Estados bálticos, aunque durante los años de la lucha por la independencia postularon –como se verá más adelante– actitudes claramente neutralistas, siguiendo el modelo sueco,[154] su posición se transformó

profundamente a partir del reconocimiento internacional de su independencia. A partir del verano de 1991 el objetivo prioritario de su política exterior no ha sido otro que el de su plena integración política, económica y militar en el mundo occidental.[155] Un giro tan substancial, al que no es ajeno la inequívoca actitud atlantista de Polonia, Hungría y Chequia –es decir, de los denominados «países de Visiegrad»–[156] ha contribuido, en sentido inverso, a aumentar la sensación rusa de aislamiento y a excitar un neonacionalismo ruso siempre larvado.

A él contribuye sin duda como factor fundamental la compleja situación de las minorías rusas y/o rusófonas –en torno a veinticinco millones de personas– que se encuentran fuera de las fronteras de Rusia.[157] Los Estados bálticos constituyen –por la especificidad de su estructura demográfica y étnica– uno de los puntos más sensibles de la delicada problemática de tales minorías. El latente conflicto entre bálticos y no-bálticos, generado por una historia común y tormentosa y, sobre todo, por una larga convivencia forzada y en condiciones desiguales, ha aconsejado a los expertos del Instituto de Estudios de Seguridad de la UEO a incluir la región dentro de una zona de «prevención de conflictos»: áreas donde se deben ejercer acciones de muy diverso signo para evitar las fricciones y, en todo caso, impedir que las fricciones existentes puedan degenerar en conflictos armados.[158]

Algunas de las fricciones entre las poblaciones bálticas autóctonas y las minorías eslavas son en principio comunes a las tres repúblicas, aunque no siempre en grado equivalente. A los ya enumerados –derivados de obvios enfrentamientos históricos– hay que añadir el estatus «privilegiado» –en la expresión de un experto de la UEO, Gabriel Munuera– de la población de origen ruso o rusófona durante el período soviético. Refiriéndose a los eslavos de Estonia escribe Munuera:

> estos no-estonios tuvieron facilidades de alojamiento y mejores salarios en la industria; su lengua y su cultura relegaron a las autóctonas a una posición secundaria. Además, Estonia y las demás repúblicas bálticas albergaron vastas bases militares con personal igualmente privilegiado que

se convirtieron en lugares predilectos para numerosos oficiales del ejército soviético cuando les llegaba la hora del retiro.[159]

Todo este conjunto de factores está también en la base de los odios ínterétnicos largamente alimentados por importantes sectores de las poblaciones autóctonas de las tres repúblicas. Según encuestas realizadas en 1991 en Estonia, el 37% de los interrogados consideraban que las relaciones interétnicas no eran buenas y un 23% de los no-estonios opinaban que, ante el cambio de estatus jurídico y político, era preferible emigrar.[160]

La pugna interétnica alcanzó su culminación en Letonia, sin duda por el volumen de su población rusófona. El odio nacional, obligadamente difuminado a lo largo de los años de anexión soviética, se manifestó sin disimulos tras la inesperada independencia del país. De la noche a la mañana surgieron milicias como los Aizsargs (Defensores), organizaciones paramilitares letonas uniformadas, dispuestas a utilizar la fuerza para «expulsar a los rusos» y evitar la «extinción de la raza y de la lengua letonas ». Si bien es cierto que estas posiciones se revelaron minoritarias, también lo es que consignas como «Letonia para los letones» (*Latvija latviesiem*), conocido lema de la fascistizante Perkonkrusts de los años treinta, ha resonado con alguna asiduidad en el Congreso de los Ciudadanos letón reunido tras la independencia.[161] No es, en último extremo, el único rasgo heredado de la Letonia de entreguerras. La extrema fragmentación política, yportanto, los riesgos de inestabilidadparlamentaria, son también rasgos visibles de la Letonia independiente.[162]

La diferente evolución de la estructura étnica de cada una de las tres repúblicas bálticas ha constituido, en definitiva, un factor esencial que ha condicionado en gran manera dos etapas cruciales en la historia reciente de dichos Estados. En primer lugar, el breve pero extraordinariamente convulso período 1989-1991 –el tiempo de lucha por la recuperación de la independencia perdida–, al que se hará referencia inmediata. En él –y en buena medida como consecuencia de las circunstancias de base que acaban de citarse– el movimiento lituano Sajudis se convirtió en el motor, y al mismo tiempo en el emblema, de unas reivindicaciones nacionalistas inéditas, por su

decisión y fortaleza, en los más de setenta años de existencia de la Unión Soviética. Durante los mismos anos, en cambio, la actuación de sus homólogos estonio y letón fue considerada en los observatorios occidentales como una actitud mucho menos radical, sensación, por otra parte, que no era del todo injustificada. Sin embargo solamente *a posteriori*, es decir, tras la obtención un tanto fortuita de las respectivas independencias –fruto del colapso del sistema político soviético tras el fallido *putsch* moscovita de 1991-pudo constatarse que la disparidad en la trayectoria de los tres movimientos nacionalistas bálticos, dependía no sólo de diferencias de carácter ideológico y político, sino también de la distinta vertebración nacional de cada uno de los tres países. Paradójicamente con el acceso a la plena soberanía se invirtieron los respectivos roles. Los Estados antaño más cautelosos con el ocupante soviético –Estonia y Letonia– adoptaron actitudes más radicales frente a las abultadas minorías eslavas residentes en su propio territorio. Por el contrario, Lituania –que había asumido el papel más reivindicativo en la lucha por la secesión–, estabilizó con notable fluidez sus relaciones con la Federación Rusa, sucesora política y jurídicamente de la URSS.[163]

* * *

En páginas anteriores se han venido enunciando algunos de los rasgos definitorios que comportó la anexión de los Estados bálticos a La URSS tras la Segunda Guerra Mundial. No son otros que una acentuada represión contra los diversos sectores sociales autóctonos que se opusieron tanto a la anexión en sí misma como a la reinstauración del sistema soviético. La resistencia báltica comportó además, como es sabido, una larga lucha armada –muy heterogénea desde el punto de vista político– que no puede darse por finalizada hasta los primeros años cincuenta. Las consecuencias de los diversos grados de oposición al régimen soviético son, también, suficientemente conocidas: detenciones, ejecuciones, y un alto grado de deportaciones forzosas, que solamente admiten una comparación relativa con los desplazamientos forzados de población perpetrados

por el Kremlin, durante los primeros años cuarenta, entre las etnias musulmanas de la región del Cáucaso. Si a todo ello se añaden las consecuencias demográficas y nacionales del planificado proceso de industrialización acelerada de las tres repúblicas bálticas –con su corolario de inmigración masiva de mano de obra y de funcionarios eslavos– se habrá definido uno de los motores esenciales del despertar del nacionalismo báltico de los años ochenta: el tratar de impedir la mutación étnica de la zona y el mantener la propia identidad nacional.

Otro aspecto que singulariza el alcance de los movimientos nacionalitarios bálticos durante esos años de dependencia es sin duda la memoria histórica. El generalizado reconocimiento por parte de la comunidad internacional de la independencia de los Estados bálticos durante el período de entreguerras, es un factor que distingue ostensiblemente el caso báltico del resto de movimientos nacionalistas surgidos coetáneamente –o nuevamente impulsadosen distintas áreas del territorio soviético. Para amplios sectores de las tres repúblicas bálticas la independencia no constituía, en ningún caso, un sueño colectivo instalado entre el mito y la utopía, sino que para muchos ciudadanos se trataba de una experiencia personal directa, fuertemente arraigada en la memoria colectiva. Numerosos Estados soberanos –y entre ellos las principales potencias aliadas: los Estados Unidos, Gran Bretaña y más matizadamente Francia–[164] no reconocieron nunca la anexión, que continuaron calificando de anexión forzada. Gran Bretaña y Francia fueron depositarias durante décadas de importantes activos en oro procedentes de los Estados bálticos. Aunque tales bienes fueron insistentemente reclamados por las autoridades soviéticas –que se consideraban sucesoras de los Estados bálticos soberanos– los sucesivos gobiernos británicos y franceses rechazaron siempre tales peticiones. Solamente ciertos bienes de carácter inmobiliario pudieron pasar al patrimonio de la URSS porque durante la Segunda Guerra Mundial los ocupantes nazis los habían cedido al Kremlin.[165]

Todo ello, sin lugar a dudas, hizo del caso báltico una continuada manzana de la discordia especialmente envenenada en las relaciones Este-Oeste, incluso en las etapas de relativa distensión entre ambos

bloques. La notable actividad de los gobiernos bálticos en el exilio mantuvo durante toda todo el período de la guerra fría la persistente actuación de influyentes *lobbys*, singularmente en los Estados Unidos, que impidieron que la llama irredentista se apagase.[166] El 6 de julio de 1989 –en el contexto de las conmemoraciones de la independencia norteamericana y en un año de abierta reivindicación independentista en las repúblicas bálticas– George Bush dotaba de una nueva dimensión política a la Captive Nations Week dedicada a recordar «las ideas de soberanía nacional y de libertad individual» de la región.[167] También es cierto, sin embargo, que la relativa sensibilización occidental por el drama báltico apenas pudo ser percibida en el interior de cada república, donde los grupos opositores esperaron vanamente durante largos años –como ha recordado el propio Landsbergis– una actuación más decidida por parte de las potencias aliadas. El equilibrio entre los dos bloques lo hizo literalmente inimaginable.

No va a precisarse aquí y ahora de manera pormenorizada la trayectoria de las tres repúblicas bálticas en tanto que repúblicas soviéticas. En todo caso no parece necesario insistir de nuevo en las características de represión extrema –de terror puro y simple– impuestas por Stalin desde la anexión. Fueron tales que Johannes Vanes-Barbarus, presidente del gobierno soviético de Estonia, se suicidó en 1946 ante las trágicas evidencias que le rodeaban. Las repetidas purgas entre los cuadros comunistas autóctonos –acusados frecuentemente de «nacionalismo burgués», «localismo» y de imputaciones parangonables– diezmaron sus efectivos y no se detuvieron ante los más elevados rangos. Sin abandonar el caso estonio podrían citarse, durante los años cincuenta, los casos de Nikolai Karotamm, primer secretario del CC del partido comunista estonio; de Arnold Veimer, presidente del Consejo de Ministros de Estonia, o de E. Päll, presidente del Presidium del Soviet Supremo de Estonia.[168]

La extensión y profundidad de las depuraciones fue tal que obligó al Kremlin a una significativa estrategia: la de substituir los cuadros tradicionales del partido por la política denominada de «yestonización», es decir, por la utilización masiva de «yestonianos»,

personas de origen estonio pero educadas y residentes en la Unión Soviética desde la independencia de la república, singularmente bien adaptados a los objetivos sociopolíticos de Moscú y a la metodología estaliniana.[169] La actuación de los «yestonianos», por otra parte, no constituye tampoco un fenómeno singular ni único. Con otros nombres, pero en parecidas circunstancias, pueden hallarse también en otras repúblicas bálticas, singularmente en Letonia, donde los *latovitchi* –de características parangonables– han ejercido largamente una notable influencia, tanto en los órganos de poder de la república como en los más altos mecanismos de poder de la Unión Soviética.[170]

Aunque en las tres repúblicas las relaciones entre las diversas confesiones religiosas y el Estado soviético fueron, desde el inicio de la anexión, especialmente complejas y difíciles, en el caso lituano –donde la iglesia católica mantuvo tradicionalmente una fuerte influencia social y unas decididas connotaciones de iglesia nacional– tales tensiones alcanzaron una singular gravedad. Durante la segunda mitad de los años cuarenta la práctica totalidad de la jerarquía católica lituana fue detenida y encarcelada. En 1955 el recién ordenado obispo Mgr. Julijonas Stepanovicius, administrador apostólico del arzobispado de Vilnius, se convirtió en obligado referente de la iglesia lituana. En 1961 era de nuevo detenido y recluido en Zagare, en el extremo norte del país, muy cerca de la frontera letona. Pese a sus veintiocho años de exilio de la diócesis de Vilnius, el obispo Stepanovicius mantuvo hasta su liberación definitiva en 1989 una amplia autoridad moral sobre toda Lituania.

El horizonte de la guerra fría propició que el mundo occidental fuese especialmente sensible ante estas últimas cuestiones. De ellas se hacía eco el Consejo de Europa a través de su Asamblea Parlamentaria (Asamblea Consultiva durante sus primeros años de vida). En tal sentido la Resolución 59 (1954) de la citada organización internacional deploraba que «en los países satélites» de Europa Central y Oriental, los ciudadanos fueran perseguidos «en razón de su fe y de sus creencias religiosas». Se trataba, en todo caso, de condenas morales, claramente limitadas por la *realpolitik*, que solamente podían expresar votos de solidaridad ante «las poblaciones subyugadas, del Báltico al Mar Negro».[171] Habría que esperar todavía

algunos años para que, coincidiendo con el vigésimo aniversario de la «incorporación forzada» de los Estados bálticos a la Unión Soviética, el Consejo de Europa –mediante el Informe de la diputada liberal danesa Von Lowsow– afirmase decididamente el carácter «ilegal» de su anexión a la URSS, al tiempo que instaba a los gobiernos de los países miembros a sostener

> los esfuerzos apropiados de los refugiados de los Estados bálticos por mantener su cultura nacional, sus tradiciones y sus lenguas, en previsión del día en el que Estonia, Letonia y Lituania podrán recuperar su rol de naciones libres dentro de nuestras instituciones democráticas internacionales.[172]

Del propio texto de la Resolución 189 (1960) de la Asamblea Consultiva del Consejo de Europa –promovida por el Informe Von Lowsow que acaba de citarse– pueden derivarse algunas conclusiones que no deberían parecer superfluas. La óptica occidental, en principio, aparecía fundamentalmente basada en un fenómeno exterior: el de la actividad de los exilados. Tanto la oposición interior como, en general, la evolución interna del régimen de los tres países bálticos, constituía un escenario escasamente percibido por la Europa del Oeste. Los cambios internos acontecidos tras la desaparición física de Stalin habían sido, en todo caso, mínimos. Pese a la amplitud del eco alcanzado por el Informe Kruschev en el XX Congreso del PCUS, el «deshielo» en las marcas bálticas fue poco más allá de un fenómeno epidérmico: alguna relajación en el ámbito cultural y lingüístico, el inicio de un temperado reformismo económico en función de los intereses autóctonos, una cierta disminución de los flujos eslavos de inmigración. Sin embargo tales experiencias, pronto calificadas por los viejos *apparatchik* estalinianos enquistados en el sistema de desviacionismo «nacionalcomunista» –para utilizar la fórmula del bolchevique letón Arvid Pelché: un *latovitchi* arquetípico–, no prosperaron.

Por el contrario en 1961 el PCUS, en el XXII Congreso, se reafirmaba en una tesis repetidamente enunciada a través de toda su historia. No era otra que considerar que el problema de las nacionalidades estaba definitivamente resuelto en la Unión Soviética.

> La solución de la cuestión nacional –afirmaba el Programa del PCUS adoptado en el XXII Congreso– es una gran conquista del socialismo [...] No solamente la igualdad política de las naciones está asegurada en la sociedad socialista, con la creación del sistema de Estados nacionales soviéticos, sino que la desigualdad económica y cultural de las naciones, heredada del antiguo régimen, ha sido liquidada [...] La unión libremente consentida y la cohesión de pueblos, iguales en derechos en el seno de un Estado multinacional, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, la cooperación estrecha de sus pueblos en la construcción del Estado, de la economía y de la cultura, su amistad fraternal, la apertura de su economía y de su cultura: éste es el balance de la política nacional leninista.[173]

A pesar de las consideraciones tan autocomplacientes –y que prácticamente cada uno de los Secretarios Generales del PCUS ha repetido en las ocasiones solemnes– la disidencia báltica encontró siempre ocasión para afirmar su presencia, sobre todo a partir de la década de los setenta. Es a partir de estos años cuando se revitaliza la aparición de los *samizdat*, un singular fenómeno de expresión clandestina presente en todo el territorio soviético, pero que en el área báltica tiene algunas connotaciones privativas. En primer lugar en Lituania, donde la presencia *samizdat* es probablemente las más densa en términos relativos no solamente en la URSS sino en toda la Europa Central[174] y donde, junto a una abundante presencia de títulos de palmario origen católico –el más reputado de todos ellos adoptó el inequívoco título de *Crónica de la Iglesia Católica*–, resurgían publicaciones con cabeceras legendarias en el país: *Ausra* (La Aurora) o *Varpas* (La Campana): las publicaciones políticas en las que se había formulado el nacionalismo lituano en el último tercio del siglo XIX.

De vida incierta y oscilante, los numerosos *samizdat* bálticos no sólo contribuyeron, como sus homólogos rusos, a mantener un constante fermento de disidencia contra el sistema, sino que junto a los *samizdat* ucranianos se convirtieron –a partir de la invasión soviética de Afganistán en 1979– en un revulsivo nacionalista al denunciar sistemáticamente, según observó Bennigsen, que en la guerra afgana ucranianos y bálticos servían de carne de canón al expansionismo ruso. Afganistán se convertía de ese modo en un nuevo factor de desagregación de la URSS.[175]

Los *samizdat* reflejaron la lenta inflexión, de alguna manera todavía prepolítica, que se produjo en las repúblicas bálticas –aunque no solamente en ellas– tras la liquidación definitiva de la resistencia armada y el abatimiento generalizado de la oposición durante los años sesenta. Se utiliza aquí el término «prepolítico» no porque las organizaciones partidarias clandestinas hubieran sido completamente destruidas, sino porque sus objetivos eran aún los del testimonio moral. Sin embargo algunos *samizdat* bálticos –como *Eesti Democraat* (El Demócrata Estonio), aparecido en 1971– mantuvieron un contenido directamente político. Durante estos mismos anos, organizaciones bálticas «del interior», como el Movimiento Democrático Estonio o el Frente Nacional Estonio reivindicaron, en un memorándum dirigido a las Naciones Unidas, la independencia del país y su ingreso en la ONU.[176] Las actitudes de testimonio moral, en todo caso, alcanzaron cotas de heroísmo en casos bien documentados, como el del marinero lituano Simas Kudirka –acusado en 1971 de intentar evadirse a los Estados Unidos– que, durante el proceso, se declaró públicamente católico, condenó la política soviética de opresión nacional y se pronunció por un Estado lituano independiente.[177] O el del estudiante de la misma nacionalidad Romas Kalonta que en 1972, bajo una pancarta de «Lituania libre», se quemaba vivo en la ciudad de Kaunas emulando el gesto del checo Jan Palach que en 1969 se había autoinmolado de la misma manera en protesta por la ocupación soviética.[178]

La firma, en 1975, del Acta Final de Helsinki implicó, sin lugar a dudas, una notable acentuación, un notable *crescendo* de unas actitudes cívicas en las que, por una parte, los disidentes de la URSS reafirmaron de manera inequívoca su defensa de los Derechos Humanos contenidos en la denominada «tercera cesta» del Acuerdo, pero también el mantenimiento de los supuestos contenidos en el Capítulo VIII por los que

> en virtud del principio de la igualdad de derecho de los pueblos y de su derecho a disponer de sí mismos, todos los pueblos tienen el derecho, en completa libertad, de determinar, cuando lo deseen y como lo deseen, su estatuto político interno y externo, sin ingerencias externas, y a proseguir libremente su desarrollo político, económico, social y cultural.[179]

Aunque tales consideraciones no eran sino una reformulación, un tanto elíptica, de los principios de autodeterminación consagrados por las Naciones Unidas,[180] su renovada aceptación en el Acta Final de Helsinki implicó un indudable rearme moral para los disidentes de las repúblicas soviéticas. Si bien es cierto que los principios de autodeterminación contenidos en el texto eran difícilmente operativos desde el punto de vista político –el Acta Final de Helsinki consagraba al mismo tiempo la «integridad territorial» de los Estados signatarios en su Apartado I–, su propia redacción primero y sobre todo, la constitución posterior de los denominados Comités de Vigilancia de los Acuerdos de Helsinki, permitieron no sólo la apertura de nuevos escenarios de resistencia de los disidentes, sino que estimularon también un hecho altamente significativo: el de la solidaridad creciente de los disidentes rusos con los de otras repúblicas soviéticas que luchaban a la vez por los Derechos Humanos y por sus propios derechos nacionales.

Sintomáticamente en el verano de 1975 –en el momento en que se firmaba en Helsinki el Acta Final– uno de los más conocidos opositores rusos, Vladimir Bukovski, deportado en el Gulag, enviaba al presidente del gobierno soviético, Alexei Kosiguin, una declaración sobre la rusificación y el nacionalismo, en la que se aseveraba:

> Soy ruso. Y me enojo con mi país, donde las personalidades oficiales predican el chovinismo, en el que la rusificación ha sido elevada al nivel de política de Estado. Me enojo que la Rusia [de hoy] sea una prisión de naciones, en medida mucho mayor que hace sesenta anos, y a las prisiones no se va por libre voluntad. Yo, ruso por nacionalidad, cultura y lengua, declaro: en la URSS existen discriminaciones nacionales y rusificación forzada. La certeza me la han dado los años transcurridos en las cárceles y en el gulag.

Precisamente era en tales lugares, señalaba Bukovski –en las cárceles y en el gulag– donde reinaba un verdadero internacionalismo. La conclusión del disidente ruso no excluía una lacerante paradoja: si los encarcelados por haber defendido los derechos de sus propias naciones podían ser considerados «nacionalistas », también él mismo lo era «porque democracia significa libertad, tanto para los individuos como para la pequeña nación».[181]

El escrito de Bukovski a Kosiguin el verano de 1975 señala, en todo caso, el inicio de un fenómeno político –el de la solidaridad creciente entre los disidentes rusos y los de otras nacionalidades del Estado soviético– que se acentuó de manera notoria con la creación de los distintos comités de vigilancia para la aplicación del Acta Final de Helsinki. Es sobre estos supuestos –a la vez morales, ideológicos y políticos, fraguados en años de extrema clandestinidad y de singular represión– sobre los que iniciaba un nuevo escenario de relaciones entre los opositores rusos y no rusos al régimen soviético, que alcanzaron una cierta eclosión durante los momentos más difíciles y complejos de la *perestroika:* durante los meses de enero y febrero de 1991, marcados por la intervención militar soviética en Vilnius y Riga. La firme protesta del máximo símbolo de la disidencia rusa, Andrei Sajarov, se había iniciado muchos años antes.

A partir de mayo de 1976, fecha de la fundación del denominado «grupo moscovita» para la aplicación del Acta Final de Helsinki, se crearon al menos otros cuatro comités de vigilancia. El ucraniano –iniciado en noviembre del mismo ano– con Rudenko, el ex general Grigorenko y Levko Lukanenko, entre sus miembros más destacados. El lituano, en noviembre de 1976, por el momento único representante de la región báltica. El georgiano, a comienzos de 1977, entre cuyos activistas se hallaba el escritor Zviad Gamsajurdia. Y el armenio, iniciado en abril de 1977 por el economista Arutinian. Aunque las características de todos ellos no son excesivamente disímiles, no parece aventurado subrayar –por lo que respecta al comité lituano– una marcada influencia católica, pese a que sus cinco miembros fundadores desearon siempre ofrecer una imagen de la más completa pluralidad. Uno de ellos, el poeta Tomas Venclova, hijo de un comunista lituano muy conocido, refugiado al cabo de pocos meses en los Estados Unidos, lo declaraba explícitamente: «Somos de edad y orígenes diferentes, tenemos opiniones diferentes y pertenecemos a grupos étnicos igualmente diferentes: cuatro lituanos y un judío». En todo caso el grupo, en su escaso período de actividad plena –fue dispersado al cabo de pocos meses y sus integrantes encarcelados o exilados– tuvo como prioridad tácita denunciar la difícil situación de la iglesia católica en Lituania.[182] Sin embargo, y a pesar de las

limitaciones impuestas a su actuación, el propio hecho de la formación del grupo lituano de Helsinki, y obviamente el de los otros grupos de vigilancia presentes en otros territorios de la Unión Soviética, implicó una nueva etapa en la historia de la disidencia de la URSS. Pese a una coacción constante y una represión en absoluto suavizada, la disidencia civil tomaba carta de naturaleza en lugares cada vez más numerosos de la geografía soviética. Escasos meses más tarde, en agosto de 1979,45 ciudadanos de los tres países bálticos redactaban un manifiesto que alcanzó una alta difusión en los círculos de la disidencia soviética y, al mismo tiempo, un elevado grado de notoriedad en los ámbitos internacionales. El documento revelaba la consolidación de una nueva mentalidad, mucho más directamente política en los países bálticos e, incluso, de la presencia de una nueva generación de opositores al régimen soviético, dotada de unas concepciones y de una estrategia nacionalista mucho más explícitas que, de alguna manera, prefiguraba las que se hicieron operativas en la década de los ochenta con el advenimiento de la *perestroika*.[183]

Los 45 firmantes del texto –dirigido al Secretario General de la ONU, a los Estados signatarios de la Carta Atlántica, y a los Gobiernos de la URSS, de la República Federal de Alemania y de la República Democrática de Alemaniadenunciaban el pacto Ribbentro-Molotov y sus protocolos secretos, que consideraban nulos de pleno derecho y, al mismo tiempo, exigían la retirada inmediata de las fuerzas militares extranjeras de sus respectivos territorios y, en definitiva, el derecho de Estonia, Letonia y Lituania a la autodeterminación.[184] La Declaración del denominado «Grupo báltico de Moscú» –conocido por ese nombre por haberse hecho público en dicha ciudad el contenido del documento– implicó, entre otras consideraciones, la definitiva toma de posición sobre la autodeterminación de las tres repúblicas bálticas de los disidentes rusos y, entre ellos, de Andrei Sajarov. Si bien en los años anteriores el conocido científico soviético había reconocido derechos a las naciones no rusas de la Unión Soviética, tales derechos nacionalitarios se enmarcaban en el contexto de la protección de las minorías nacionales, entre las que se enumeraba a los «tártaros de Crimea, alemanes, lituanos, estonios, letones, ucranianos y tantos otros».[185]

El documento del grupo soviético para la vigilancia de la aplicación del Acta de Helsinki –firmado el 23 de agosto de 1979 y difundido por la agencia France Press de Moscú– implicaba, en todo caso, un cambio absoluto de perspectiva. Cinco representantes del «grupo moscovita», entre ellos el propio Sajarov, consideraban que «las Repúblicas bálticas –Letonia, Estonia y Lituania– quedaron anexionadas a la URSS como consecuencia de una operación militar y sin tener en cuenta la voluntad de las poblaciones concernidas. Reconociendo los principios de igualdad y de autodeterminación de las naciones, respetando el derecho de todos los pueblos a determinar libremente su destino, consideramos que, en la presente situación histórica, la cuestión de la autodeterminación de Estonia, Letonia y Lituania debe ser decidida mediante un referéndum en cada uno de estos países y en condiciones en las que se pueda garantizar la libre expresión de la voluntad de los pueblos. Sostenemos la llamada de los representantes de Estonia, Letonia y Lituania para que sea examinada la violación del derecho de los pueblos de estos países a la autodeterminación y a decidir, de una manera independiente y libre, su propio destino»[186].

* * *

En su declaración de 1979, el denominado «grupo báltico de Moscú» señaló dos elementos políticos capitales de la nueva etapa de despertar nacional en las tres repúblicas bálticas: la denuncia, en primer lugar, del pacto Ribbentrop-Molotov y las consecuencias que de aquel acuerdo se derivaron y, también, su expresa voluntad de ejercer libremente –cuando el contexto político de la Unión Soviética lo permitiese– el derecho de la autodeterminación. Ni durante la etapa Breznev –en la que se endurecieron ostensiblemente los principios de sovietización nacional del Estado con la tesis de la «fusión de las naciones» de la URSS– ni en los breves períodos del mandato de sus sucesores Yuri Andrópov y Konstantin Chernienko, fue imaginable hacerlos operativos. Muy al contrario, los años transcurridos entre la declaración de los disidentes bálticos y la proclamación, en marzo de

1985, de Mijail Gorbachov como nuevo Secretario General del PCUS fueron, al mismo tiempo, de una contenida efervescencia nacionalista en territorios cada vez más amplios de la Unión, pero también –como han señalado Nahaylo y Swoboda– de una radicalización de la política gubernamental contra el disenso.[187] En todo caso parece obvio señalar aquí que el cambio ostensible del clima civil y político de la URSS que posibilitó el inicio de una reformas institucionales en numerosas repúblicas soviéticas –y donde los países bálticos fueron a la vez punta de lanza y laboratorio experimental– no serían inteligibles sin la acción gubernamental, todo lo oscilante que se quiera, del nuevo equipo dirigente del Kremlin.

No se trata de analizar aquí con el detenimiento necesario –porque sin duda se desbordarían los propósitos de este estudio– los rasgos esenciales de la última etapa de la historia de la URSS. Moshe Lewin, uno de los más agudos sovietólogos de nuestros días, ha escrito que

> durante los primeros anos, los reformadores no supieron apreciar la amplitud de los riesgos en la economía, ni el rigor de las resistencias en el seno del partido a una reforma radical. No supieron prever [tampoco] los efectos de la *perestroika* en las nacionalidades.[188]

Para el propio Gorbachov las ideas de la *perestroika* eran una consecuencia «no solamente de intereses y consideraciones pragmáticas, sino también del índice de la turbación de nuestras conciencias».[189] Una nueva generación de comunistas soviéticos, que en su mayoría habían estado vinculados con el equipo dirigente de Yuri Andrópov –antiguo director del KGB y uno de los hombres mejor informados de la realidad de la URSS– tomaban el relevo de la larga etapa brezneviana caracterizada al mismo tiempo por la estagnación (*zastoj*), por la situación cercana al colapso de una economía dirigida hacia la producción armamentística y hacia la carrera aeroespacial –fruto directo de la competencia creciente con el Oeste– que el escenario afgano había agudizado hasta sus mayores extremos. Con esta política, señaló Chevardnazdé durante el XVIII Congreso del PCUS en 1990, «gastando un cuarto de nuestro presupuesto en defensa, hemos arruinado el país».[190]

La necesidad de encontrar remedio, en primer lugar, a la esclerosis de la economía soviética –gravada por una burocratización paralizante de los cuadros político-administrativos, de hondas raíces históricas en la URSS–[191] pero también el imperativo de hallar una respuesta a la «gran mutación»[192] de la sociedad soviética, a su proceso irreversible de urbanización y a sus corolarios de orden cívico, moral e intelectual, constituyen el doble impulso gorbachoviano al que acaba de hacerse referencia.

Para Chevarnadzé, que conoció muy de cerca los entresijos internos de aquella etapa de la política soviética,

> la política se hizo, para así decirlo, según dos registros diferentes, existía en dos variantes incompatibles. La Variante «destinada a la exportación» se beneficiaba de una fuerte demanda internacional, mientras que la «Variante doméstica » se encontraba siempre sometida a una reglamentación muy rígida.[193]

La fórmula utilizada por el jefe de la diplomacia soviética aparece como singularmente expresiva:

> el «nuevo pensamiento» de la *perestroika* fue tolerado a lo largo de una etapa inicial por parte de las altas jerarquías del PCUS «en tanto que alzaba las antiguas barreras en las relaciones con Occidente».[194]

Pero cuando la nueva óptica reformadora gorbachoviana intentó aplicarse a cuestiones más neurálgicamente domésticas, la *nomenklatura* cambió bruscamente de perspectiva.

Aún así los artífices del «nuevo pensamiento» nunca postularon cambios traumáticos sino que se inclinaron –como ha declarado expresamente lakovlev– por un cauteloso gradualismo.

> Mi larga estancia en Occidente –ha puntualizado el antiguo embajador en Canadá– me enseñó a ser prudente por lo que respecta a la innovación, a la introducción de métodos desconocidos entre nosotros […] cada país tiene sus tradiciones, sus condiciones particulares, su cultura, sus costumbres.[195]

En todo caso para lakovlev el horizonte de la reforma debía enmarcarse en algunas referencias esenciales: la formación de un Estado de derecho,[196] el establecimiento de «una economía de

mercado socialmente orientada»[197] y, todo ello, «en la perspectiva de liberación del sistema político».[198]

Dentro de los principios reformadores de los arquitectos de la *perestroika*, la cuestión de las nacionalidades fue adquiriendo un rol cada vez más decisivo aunque, como se analizará posteriormente, no ocupó en un primer momento un lugar prioritario en el cúmulo de sus preocupaciones, que se orientaban sobre todo hacia el objetivo difícilmente alcanzable de transformar los fundamentos de la economía y de la sociedad soviéticas.

> Es necesario –confesaba Iakovlev– introducir la economía de mercado lo más rápidamente posible. Pero no podremos hacerlo con las estructuras actuales de dirección centralizada […]. Creo que los problemas y las tareas de la economía deben ser realizadas por otras estructuras de dirección [distintas] de los ministerios actuales […]. Esto significa que los antiguos cuadros deben perder su poder. Pero como no lo quieren [abandonar], hacen todo lo que pueden para que los mecanismos de la economía no cambien.[199]

Las observaciones de lakovlev sobre la cerrada defensa que de sus privilegios realizó una fracción importante y notoria de la *nomenklatura* las confirma y complementa ampliamente Chevarnadzé. Si bien, considera el antiguo ministro de Asuntos Exteriores, la política de distensión internacional del nuevo equipo dirigente no fue demasiado discutida durante la primera etapa de gobierno de Gorbachov,

> cuando el nuevo pensamiento afectó los viejos dogmas en el interior de la Unión Soviética… la situación cambió bruscamente. Ello se produjo en el momento de la anulación del artículo 6 de la Constitución de la URSS sobre el rol del PCUS «que dirige y orienta la sociedad soviética».[200]

Es a partir de marzo de 1990, fecha de la abolición del citado artículo 6 de la Constitución por parte del Congreso de los Diputados del Pueblo de la URSS, cuando comienza a esbozarse por parte de amplios cuadros del PCUS y de su cúpula dirigente la «imagen del enemigo», según la expresión del propio Chevardnazdé. El «enemigo» –el «nuevo pensamiento»–recibió acusaciones muy severas: se le imputó el «separatismo de las repúblicas», los conflictos interétnicos, la «destrucción del cordón sanitario» constituido por los países de la

Europa del Este, el «desmantelamiento del campo socialista», la reunificación de Alemania, las «concesiones» a Occidente.[201]

Con un nivel de enfrentamiento explícito como el que acaba de enunciarse –el enfrentamiento larvado era sin duda mucho màs antiguo– la Unión Soviética se instaló aceleradamente en una situación creciente de luces y sombras que sintetizó admirablemente Moshe Lewin durante la primera mitad de 1990:

> El viejo sistema –constataba Lewin por aquellas fechas– ha dejado de funcionar. El nuevo se construye lentamente, con dudas, y no funciona todavía. Es un período de «entre dos aguas», lleno de trampas para los políticos y para poner a prueba los nervios de la opinión pública. En esa coyuntura Gorbachov intenta preservar la dinámica de las reformas, respetando siempre las pausas necesarias para evitar la caída y quizás la explosión del país. Pasa de compromisos con el aparato (o con cualquiera que disponga de influencias) a fin de preservar la unidad del país y conservar el control de la reforma.[202]

En todo caso, un reto desmesurado: el de intentar resolver, al mismo tiempo, como mínimo, seis desafíos sin parangón: pasar de un régimen de partido único a una situación homologable de democracia; convertir una economía planificada, estatalizada y burocratizada, en una economía de mercado socialmente orientada; mantener la integridad territorial del Estado, pero dando satisfacción a decenas de pueblos, muchos de ellos con sangrientos, recientes y muy complejos contenciosos históricos; evitar una caída traumática del nivel de vida de la población y, al mismo tiempo, impedir el colapso del mercado de trabajo; y, por último, conservar un estatus internacional de superpotencia.

Tan titánico reto, por otra parte, debía requerir también altas dosis de orden público interno –vivamente demandado por la opinión pública occidentaly ello en una sociedad como la de la Unión Soviética carente en absoluto de tradiciones democráticas, donde las grandes transformaciones históricas se han producido siempre con métodos despóticos. En este último aspecto no resultaban ajenas las terribles palabras que un diputado del Parlamento soviético confiaba a François Furet por aquellas fechas, y que constituyen un trágico compendio de

la historia de la URSS: «suprimiendo el Terror, Gorbachov ha suprimido también la confianza».[203]

«Transparencia» y «reforma» constituyen, como es bien sabido, las dos consignas fundamentales de la etapa gorbachoviana de gobierno que se inicia en marzo de 1985. La primera de ellas, la *glasnost*,permitió, por una parte, esclarecer la casi completa opacidad en la que durante muchas décadas se había desarrollado la vida civil soviética y, por la otra, implicó también claros efectos multiplicadores de la efervescencia, en la mayoría de los casos estrictamente prepolítica, que comenzaba a sacudir ciertos organismos neurálgicos de la URSS a partir de 1987. En ese sentido la «transparencia» se convirtió en un elemento superador de la sucesión de compartimentos estancos en que se había convertido el Estado soviético prácticamente desde su fundación.

Aunque la operatividad real del horizonte reformista imaginado por los nuevos dirigentes del Kremlin apenas pudo percibirse en los ámbitos de la vida económica, el inicio de una transformación de la vida política –que inició la XIX Conferencia del PCUS en junio de 1988– encaminada a la «formación de un Estado socialista de derecho como forma de organización del poder pobtico»,[204] implicó cambios significativos tanto en la propia estructura del partido como en los órganos centrales y locales del Estado. Por su carácter todavía embrionario, la liberalización política potenciada desde la Secretaría General del PCUS hizo posible la aparición del asociacionismo político, un fenómeno inédito en los casi tres cuartos de siglo de vida de la Unión Soviética.

No parece arriesgado aventurar que en las concepciones iniciales de la *perestioika* la cuestión de las nacionalidades ocupó un ámbito absolutamente secundario. Existe una larga continuidad en el pensamiento oficial soviético –que en buena parte se ha esbozado ya a lo largo de páginas anteriores– que daba como definitivamente resueltos los problemas del pasado. En este sentido Mijail Gorbachov no constituyó una excepción a la lista de dirigentes soviéticos que con una cierta periodicidad temporal –ya en sí misma significativa– declaraban en ocasiones solemnes la definitiva superación de tales cuestiones.

> Se ha abolido de una vez por todas –afirmaba Gorbachov en su informe al XXVII Congreso del PCUS, en febrero de 1986– la opresión y la desigualdad nacionales en todas sus formas y emanaciones. Una amistad inquebrantable entre los pueblos, el respeto de la cultura nacional y la dignidad nacional de todos los pueblos se han afirmado y consolidado en la conciencia de millones de hombres. El pueblo soviético forma una comunidad social e internacional profundamente nueva, soldada por la unidad de intereses económicos, de ideología y de objetivos políticos.[205]

De semejante espejismo derivan, en todo caso, tres conclusiones que afectan muy directamente –y de manera altamente negativa– a la práctica política del nuevo equipo dirigente moscovita. La primera, el mantenimiento de una inercia muy acentuada –o, en último extremo, de una ausencia de previsiones– respecto a las nacionalidades durante 1985-1988, es decir, en los anos de gestación de un poderoso despertar de los movimientos nacionalistas en diversas «repúblicas exteriores». La segunda, una política a la vez defensiva y errática, ante la consolidación de los diversos Frentes Populares periféricos y el estallido de las violencias entre 1988 y 1990. En tercer lugar, una reacción tardía y en buena medida obsoleta en 1991 –el de la redacción y el intento de aplicación de un nuevo Tratado de la Unión–[206] cuando al menos seis repúblicas (las tres bálticas, Georgia, Armenia y Moldavia) consideraban ya irreversibles sus procesos de secesión.[207]

> Último imperio colonial del planeta –aseveraba en 1991 Michel Ta tu, editorialista de *Le Monde* y experto conocedor del Kremlin– la Unión Soviética no puede democratizarse, ni siquiera parcialmente, sin afrontar en seguida las reivindicaciones identitarias de las numerosas naciones que la componen y, en primer lugar, el deseo de independencia de las que han sido sometidas por la fuerza. Ningún país de la Europa del Este –ni siquiera Rumania con su minoría húngara– se encuentra en tal situación. Y es uno de los errores de Mijail Gorbachov el no haber previsto este efecto inevitable de la *glasnost*.[208]

En efecto, durante la primera etapa del Gobierno Gorbachov, entre 1985 y 1988, se asistió en numerosas repúblicas a un relativamente confuso despertar nacionalitario. En algunos casos, como en las extensas y subdesarrolladas regiones del Asia Central, adoptaron una excitada morfología de nativismo antirruso, o expresaron una larvada

pero irrefrenable tendencia hacia el odio ínterétnico, fenómenos ambos también fácilmente identificables en una área como la caucásica, tradicional zona de civilizaciones en constante fricción, donde una memoria histórica sobrecargada de violencia había resistido en estado de hibernación el prolongado dominio soviético.

El modelo báltico escapa a este tipo de referencias. Tierra de marca entre el Esté y el Oeste, donde el siglo XX había transcurrido entre la afilada disyuntiva de los «años de dependencia» y los «años de independencia», los países explicitado algunos bálticos encontraron durante el deshielo de los primeros años de la *perestroika* la oportunidad de expresar unos sentimientos y unas reivindicaciones reprimidas durante décadas. En cualquier caso se trataba de sentimientos y de reivindicaciones que, en sus aspectos ideológicos e incluso estratégicos esenciales, se habían explicitado algunos años antes –con la consiguiente y extremadamente rigurosa penalización por parte de las autoridades soviéticaspor grupos de disidentes de los tres países. En este sentido la declaración de 1979 del denominado «grupo báltico de Moscú» señalaba ya muy claramente no sólo el objetivo final –la autodeterminación– sino también la estrategia: la denuncia del pacto Ribbentrop-Molotov y de las consecuencias derivadas de dicho pacto. Es éste un punto de capital importancia en el desplegamiento político del nacionalismo renacido. A la pregunta del premio Pulitzer Hedrick Smith sobre si era posible la secesión, el dirigente del Sajudis Vytautas Landsbergis respondía impávidamente en 1989:

> No tenemos ninguna necesidad. De acuerdo con el derecho internacional nunca hemos formado parte de la Unión Soviética. La anexión de 1940 no constituye una base legítima para nuestra presencia en la Unión.[209]

Esta fría y lógica determinación –políticamente irrelevante, aunque moralmente poco refutable– marcó la actuación de la mayoría de los lituanos y de buena parte de los letones y los estonios frente a la omnipotente Unión Soviética.

En torno a esta idea-fuerza, que adquirió también el carácter de una consideración estratégica, se fueron aglutinando una serie de consideraciones, creencia y criterios muy diversos que se analizarán más atentamente con posterioridad. Algunos responden a viejos

posos depositados por una memoria histórica especialmente sensible. Otros traducen una respuesta política a los retos acuciantes de un presente incierto y amenazante. Todos se plantean desde una diferentes perspectivas nacionales definidas por una realidad distinta: por la posición específica de cada grupo étnico en el enfrentamiento con el Kremlin. En este sentido la táctica específica de los tres movimientos nacionalistas bálticos responden a su distinto grado de vertebración étnica interna, pero también a las especificidades de su política interior. A partir de 1988 Moscú inició profundas transformaciones entre las élites del PCUS en las nacionalidades, destituyendo –o trasladando a sus órganos centrales– a dirigentes que se habían caracterizado por materializar una política de absoluta confrontación con las nacionalidades. Es el caso de Sandai la en Lituania y de Pugo en Letonia, en octubre de 1988, pero también de Patiashvili en Georgia, en abril de 1989; de Kolbin en Kazajstán, en julio de 1989; de Tchcherbiski, en Ucrania, en septiembre de 1989; de Grossul en Moldavia, en noviembre de 1989[210] Sin embargo, como consecuencia de alguno de los citados casos, se produjeron también resultados altamente perversos para los intereses políticos del equipo de Gorbachov. El relevo por elevación, por ejemplo, condujo finalmente al letón Boris Pugo a un lugar tan neurálgico como la dirección del KGB, desde donde realizó una palmaria acción desestabilizadora contra el reformismo. Pugo, desde su puente de mando del KGB se convirtió, en definitiva, en uno de los cerebros del *putsch* de agosto de 1991 que terminó no sólo con la trayectoria política del propio Gorbachov, sino también con la misma existencia jurídica y política de la Unión Soviética.

De una u otra forma, y pese a sus ambigüedades y limitaciones, la política reformista impulsada por el equipo dirigente soviético hizo posible una nueva atmósfera en la situación real de las nacionalidades y muy especialmente en las tres repúblicas bálticas. En una primera etapa, cuya frontera cronológica coincide con la institucionalización de los Frentes Populares en el otoño de 1988, los movimientos nacionalistas bálticos plantearon alternativas no como un enfrentamiento total con el poder establecido, sino como una oportunidad de modificar la herencia de un pasado opresor cuyas

secuelas debían ser superadas. La misma fundación de los Frentes Populares –de Estonia el 2 de octubre de 1988, de Letonia ocho días después, del Sajudis lituano el día 22 del mismo mes y año–[211] se presentó como una plataforma en apoyo de la *perestroika* y, en tal sentido, no sólo fueron tolerados sino incluso estimulados por las autoridades soviéticas que necesitaban un respaldo frente a las reticencias primero, y a las crecientes fricciones después, con los sectores más inmovilistas de la *nomenklatura*.

De manera paralela a la aparición de los frentes –a cuyos contenidos ideológicos se aludirá con posterioridad– el gobierno Gorbachov procedió a la transformación de las cúpulas dirigentes del PCUS en las repúblicas. Se ha aludido *supra* al cese de caracterizados dirigentes conservadores en Lituania (Sandaila) o en Letonia (Pugo). Fueron substituidos respectivamente por Algirdas Brazuskas –cuyo rol en la posterior ruptura interna del PCUS debe considerarse histórico–, por Jan Vagris (a quien sucedió pronto Gorbunovs) en Letonia, y por Vaino Valjas (posteriormente Rüütel) en Estonia. Con ello se iniciaba una profunda transformación de la organización comunista hacia posiciones de carácter socialdemócrata especialmente visibles en Estonia y Lituania, mientras que en Letonia –sin duda por las motivaciones que ya han sido ampliamente comentadas– se producía un notable desgarramiento interno del partido.

En este contexto se produjo, por una parte, una efervescencia popular en torno a la recuperación de los símbolos característicos de cada nación mientras que, por otro lado, se asistió al esbozo de una remodelación de las relaciones entre las repúblicas y la Unión que no implicó en principio posiciones rupturistas. Ambas connotaciones pueden constatarse nítidamente en el modelo estonio. El 11 de septiembre de 1988 la antigua bandera de Estonia, proscrita desde la anexión, fue de nuevo autorizada y ondeó libremente en Tallinn y en el resto del territorio de la república. Tres meses más tarde, el 7 de diciembre, el Soviet Supremo de Estonia decidía –por una amplia mayoría: 200 votos a favor, 18 en contra y 15 abstenciones– revisar el artículo 5 de la Constitución de la República. Según la nueva redacción

> la lengua oficial de la RSS de Estonia es la lengua estonia. Las garantías legales en orden al uso de la lengua oficial de la RSS de Estonia, la lengua

rusa y otras lenguas, serán definidas por una Ley Lingüística de la RSS de Estonia.[212]

Sin embargo, y pese a la agitación popular que acompañó la adquisición de todos y cada uno de los distintos espacios de libertad logrados, las reivindicaciones estonias se mantuvieron en un indudable marco de contención. La denominada «Proposición de los Cuatro» de 1987, es decir, las realizadas por los más conocidos dirigentes de la oposición política estonia, entre ellos Edgard Savisaar, se circunscribieron de hecho a propuestas sobre la autonomía económica del país y a la defensa de su entorno ecológico.[213] La denominada «vía estonia de autonomía económica» se erigió durante un cierto período como el núcleo central de las reivindicaciones frentepopulistas.

En todo caso las decisiones sobre las nacionalidades adoptadas por la XIX Conferencia del PCUS en junio de 1988, implicó un nuevo grado de radicabzación nacional en Estonia. El 16 de noviembre de 1988 el Soviet Supremo estonio, en su VIII sesión extraordinaria, adoptó cuatro disposiciones legales de hondo calado. La primera de ellas implicaba, de hecho, una revisión de la propia Constitución de la URSS ya que el Soviet Supremo estonio se reservaba la potestad de aplazar o limitar determinadas disposiciones legales soviéticas. En estrecha relación con el principio anterior se modificaba así mismo la própia Constitución de Estonia a fin de registrar –y, en definitiva, autorizarlas leyes soviéticas.[214] Las disposiciones del Soviet Supremo estonio abrían ya unas grietas substanciales –sin precedentes posibles en toda la historia soviética– entre la legalidad imperante en la URSS y la de una de sus repúblicas.

Las otras dos disposiciones adoptadas por el Soviet Supremo estonio –la declaración sobre la soberanía de la República y la resolución sobre el Tratado de la Unión– completan y, en definitiva, otorgan sentido político a las que acaban de citarse. La declaración sobre la soberanía precisaba, según Lesage, que el poder supremo en Estonia pertenecía a sus órganos superiores de Estado, a sus órganos judiciales y de administración, implicaban de hecho la necesidad de revisar el estatus ulterior de la República en el seno de la URSS y, en consecuencia, el abrir un nuevo marco constitucional soviético

plasmado en un nuevo Tratado de la Unión. En este sentido el Soviet Supremo de Estonia proponía al Presidium del Soviet Supremo de la URSS la elaboración de un nuevo Tratado de la Unión.[215]

De esta manera, y pese a la contención del reto estonio –en el que, por otra parte, no puede hallarse la menor apelación directa o indirecta a la secesión– se abría una inusitada crisis en el sistema constitucional soviético. Habría que resaltar, en todo caso, el agudo contraste que puede observarse ante la propuesta estonia entre la reacción institucional soviética –la del Presidium del Soviet Supremo de la URSS–, caracterizada por un notable conservadurismo, y los mesurados comentarios efectuados por el propio Gorbachov. Tal disparidad no puede atribuirse a una disfunción más o menos momentánea, sino que revela un notable grado de heterogeneidad, en la que el proyecto de un no-nato Tratado de la Unión aparece siempre como un obstáculo insuperable. Esta divergencia de fondo contribuye a explicar el carácter errático, y en definitiva incoherente, de la política de las nacionalidades durante el período de la *perestroika*.

Las disposiciones del Soviet Supremo de Estonia fueron acogidas por Gorbachov –que a la sazónse encontraba en un viaje oficial en la India– sin el menor alarmismo.

> Discutiremos de todo –declaraba el líder soviético. Discutiremos con la participación de los representantes de toda la Unión. No vamos a precipitarnos. Creo que encontraremos soluciones para los problemas que inquietan a esta o aquella república. Hay que estudiarlo todo atentamente. Creo que todo se arreglará.[216]

En todo caso las apreciaciones de Gorbachov pueden situarse dentro de la concepción de un nuevo diseño de la estructura política multinacional del Estado soviético que a medio plazo cristalizó en uno de los proyectos más acuciantes –y al mismo tiempo más nebulosos– del equipo reformista del Kremlin: el del Tratado de la Unión. El propio Alexandr lakovlev subrayaba tales circunstancias al reconocer en 1990 a Lilly Marcou-una conocida investigadora de la francesa Fundación Nacional de Ciencias Políticas– la urgencia de preparar un Tratado de la Unión, aunque entendía que «hoy nadie puede definir su contenido ni trazar su contorno».[217] Con esta iniciativa se trataba en definitiva de subsanar –con una celeridad precipitada fruto de las anteriores

inercias– la ausencia de un pensamiento consolidado y maduro sobre el problema de las nacionalidades y, al mismo tiempo, responder al reto de repúblicas como la Estonia que todavía no contemplaban necesariamente una ruptura total con la Unión sino que, en último extremo, solamente exigían una profunda transformación de sus vínculos con el Estado.

Sin embargo la respuesta del Presidium del Soviet Supremo de la URSS al reto estonio no respondía a un horizonte de transformación política, sino exclusivamente a una aplicación rígida y estricta de la legalidad soviética. En este sentido el Decreto del Presidium del Soviet Supremo de la URSS de 26 de noviembre de 1988,[218] declaraba «no conformes a la Constitución de la URSS y a las Leyes de la URSS» la gran mayoría de las disposiciones adoptadas por la RSS de Estonia, si bien –como ha expresado Lesage– reconocía de manera implícitamente válida la «agregación de movimientos sociales al lado de organizaciones sociales», es decir, otorgando una «consagración constitucional al Frente popular, a los "verdes" y a otros movimientos (sociales) nacidos fuera de la obediencia del Partido comunista».[219]

Con todo, tal y como se ha señalado con anterioridad, entre 1988 y 1989 los Frentes Populares de Estonia y de Letonia –que realizaron una evolución ideológica y políticamente singularmente homogénea, en claro contraste con el Sajudis lituano, cuyas posiciones se analizarán con posterioridad– mantuvieron una actitud no absolutamente rupturista. Su objetivo esencial –en la apreciación de Léonid Mletchine–[220] fue el de la obtención de la soberanía de las respectivas repúblicas, aunque el concepto «soberanía» no expresaba aún una concepción secesionista, sino que se entendía en el marco de una transformación confederalizante de las estructuras políticas y jurídicas de la URSS. En este sentido, en el camino de una recuperación de su soberanía, el Frente letón propugnó otorgar a las instituciones de la República el derecho de veto a las disposiciones de la Unión que eventualmente pudiesen afectar gravemente a sus asuntos internos y, por otra parte, el reconocimiento de establecer relaciones directas con otros Estados y con organizaciones internacionales. Por su lado el frente estonio –que compartía con el letón apreciaciones muy similares– consideraba como competencias

propias de la Unión solamente las relacionadas con la defensa y la acción diplomática, sin renunciar a la posibilidad del cumplimiento de las obligaciones militares de sus ciudadanos en el territorio de la República en el marco de formaciones militares territoriales.

Estonios y letones comparten así mismo un horizonte común respecto de las libertades públicas, de la democratización de sus respectivas repúblicas y sobre los derechos humanos. Su objetivo no es otro que la creación de un Estado de derecho basado en la separación de poderes y en la creación de un tribunal constitucional plenamente independiente. No se detallan aquí las medidas concretas previstas por ambos programas para tratar de adecuar las estructuras autoritarias del Estado soviético a las perspectivas imaginarias de un proyecto democrático, aunque en el ánimo de los frentes se evidenciaba su necesidad. En este sentido los dos movimientos contemplaron la oportunidad de establecer comisiones de control republicanas sobre determinados campos esencialmente sensibles –muchos de ellos «federales»– tales como el ejército y los servicios de seguridad. El frente letón, además, consideró especialmente necesaria la revisión del código penal y su homologación con los principios habituales de los Estados democráticos.[221]

En todo caso, las propuestas sobre un régimen de autonomía económica –una iniciativa fundamentalmente estonia– constituyeron un núcleo esencial del programa de los frentes y el corolario más directo del concepto de «soberanía» anteriormente enunciado. Tales propuestas, por otra parte, confirmaron a muy corto plazo la nueva –y contradictoria– realidad de la RSS de Estonia, al ser ampliamente desarrollados por el Soviet Supremo estonio en la Ley de 18 de mayo de 1989 («Fundamentos de la Autonomía Económica de la RSS de Estonia»).[222]

El preámbulo del texto explicitaba con suma claridad no sólo sus propósitos, sino también los supuestos de orden político que subyacían en la propia ley.

> La RSS de Estonia –se declaraba– es un Estado socialista soviético soberano, lo que implica derechos prioritarios del pueblo de Estonia sobre su medio ambiente, las condiciones de producción y las riquezas naturales. La RSS de Estonia, en tanto que república nacional, conduce de manera

> autónoma su política social y económica, aliando sus intereses nacionales con los de la URSS, Estado federal. La política económica autónoma de la RSS de Estonia se encarna en la autonomía económica de la república, en cuyo marco los gastos de la república se cubren por sus propios ingresos, y los órganos del poder del Estado y de la administración del Estado gestionan de manera autónoma en su territorio los procesos económicos. Las relaciones económicas de la RSS de Estonia económicamente autónoma con los órganos de la Unión, con las otras repúblicas federadas y con sus regiones, así como con los Estados extranjeros, están reglamentadas por los acuerdos y convenciones mutuas. La autonomía económica de la RSS de Estonia, república federada, deriva de la naturaleza de la URSS, unión de Estados soberanos, y descansa sobre los principios de un Estado de derecho.[223]

Junto a una tan completa declaración de intenciones –que, en realidad, prefiguraba o daba como supuesta una transformación constitucional de la propia URSS, desde luego en absoluta consumada– la ley instauraba, por otra parte, la «diversidad de las formas de propiedad» (art.7) y, en definitiva, se abría a la posibilidad del establecimiento de la «pequeña propiedad» y de la «propiedad individual» (art. 19). Interesa destacar, igualmente, cómo la ley contemplaba al mismo tiempo la «introducción de una moneda propia», «la fijación de las modalidades y tasas de cambio respecto a otras divisas, entre ellas el rublo en tanto que moneda común de la URSS» (art. 9). El mismo artículo ponía claramente de relieve que «uno de los objetivos de la evolución de la economía de la RSS de Estonia es el de realizar la libre convertibilidad de la moneda de la RSS de Estonia en divisas extranjeras».

La denominada «via estonia de la autonomía económica» no resultó ajena, por otra parte, a algunos de los problemas considerados neurálgicos en el país durante los años intermedios de la *perestroika*,es decir, entre 1988 y 1989. Las nuevas concepciones ecologistas –el «etnoecologismo», para utilizar una fórmula del momento singularmente explícita–, las relaciones entre la población nacional y los «inmigrantes» rusófonos, la reivindicación de una lengua y una cultura nacional plenamente normalizadas, constituyen aspectos inseparables tanto del significado político de la declaración de soberanía como de la propia autonomía económica.

El artículo 23 de la ley sobre la autonomía económica se limitaba a enunciar –concisa pero rotundamente– que

> la legislación [estonia] fija a las empresas que se instalen o desarrollen sus actividades, reglas que conciernen a la protección del medio ambiente y a la utilización de los recursos naturales; está previsto cerrar las empresas que representen un peligro para el medio ambiente.[224]

Sin embargo una redacción tan sucinta era el corolario de un conflicto que enfrentó de manera creciente a los estonios –y en general a los pueblos bálticoscon el anquilosado aparato político y administrative moscovita. La degradación palpable del medio ambiente en la URSS constituyó una preocupación no solamente de numerosos ciudadanos soviéticos, sino también de organizaciones e instituciones occidentales. El Parlamento Europeo no dudó en proclamarlo en el punto 3 de su resolución sobre las relaciones políticas entre la Comunidad Europea y la Unión Soviética de septiembre de 1988. La citada resolución propugnaba expresamente la necesidad de la cooperación mutua para el «mantenimiento del equilibrio ecológico en el mar Báltico».[225]

En la embrionaria, y todavía precaria, reestructuración de la vida política estonia, el ecologismo comenzó a tener una presencia no desdeñable. El movimiento de los Verdes alcanzó en Estonia un 12,2 por cien de los votos en las elecciones al Congreso de los Diputados de la URSS (26 marzo-14 mayo de 1989), con las que el equipo Gorbachov abría por primera vez a una relativa participación popular el hasta entonces hermético mundo del Parlamento soviético. Los positivos resultados electorales alcanzados por los Verdes, no sólo en Estonia sino también en diversas repúblicas, contribuyeron en buena medída a acelerar la transformación de algunos –hasta el momento completamente monolíticos– partidos comunistas autóctonos.

El caso lituano es sin duda el más destacado de todos ellos. En junio de 1989 –es decir, escasas semanas después de la renovación democratizante del Congreso de los Diputados del Pueblo de la URSS– Algirdas Brazauskas, primer secretario del Comité Central del PC de Lituania, concedió una entrevista a la prestigiosa revista rusa *Ogoniok*,titulada significativamente «Desanudar los nudos de la desconfianza».[226] En ella el líder comunista lituano efectuaba una

decidida apuesta no sólo por la *perestroika* y la *glasnost* consagradas por el «nuevo pensamiento» de los dirigentes moscovitas sino que también planteaba, de hecho, unas indeterminadas formas de coexistencia –e, incluso, de colaboración– con otras formaciones políticas no comunistas.

> Habráque reconocer –declaraba Brazauskas– que la *perestroika* [en Lituania] no se ha abierto camino fácilmente y no ha avanzado precisamente con pasos de gigante. Pero cuando algunos comenzaban a exhibir su escepticismo, el Sajudis ha venido en nuestra ayuda de manera un tanto inesperada. Es cierto que, en aquel momento, eran pocos los que pensaban que [el Sajudis] llegaría a ser tan poderoso y que vivificaría así nuestra sociedad […] ¿ Cuál es el lugar del Sajudis y de otros movimientos como Unidad o los Verdes en el sistema sociopolítico de Lituania? La historia muestra que en un sistema de partido único son necesarias muchas organizaciones sociopolíticas; permiten diversificar los medios susceptibles de dinamizar la sociedad y hacen del pluralismo socialista una realidad.[227]

Las significativas declaraciones del líder de los comunistas lituanos, su explícita apelación al «pluralismo socialista», son especialmente reveladoras de la singularidad de la situación lituana, incluso en un contexto tan diferenciado como es el modelo báltico dentro de la constelación nacionalitaria soviética. Diversos son los factores que pueden contribuir a explicar la especificidad lituana dentro del marco de la región báltica. El primero de ellos, que ya ha sido abundantemente comentado, no es otro que el de la relativa homogeneidad nacional de la república que, en todo caso, contrasta con la abultada presencia de poblaciones inmigradas de origen eslavo en Estonia y Letonia. Es precisamente está relativa homogeneidad nacional lituana, la que confiere características especiales a los fenómenos nacionalitarios que acontecieron en la república a partir del inicio de la etapa de la *perestroika*. El segundo factor no es otro que la extraordinaria influencia social de la iglesia catfactor no es otro queólica en el país, donde un elevadísimo sector de sus habitantes –en torno al ochenta por ciento–[228] pueden considerarse católicos practicantes. La suma de ambos factores constituyó un importante motor de las reivindicaciones nacionales lituanas. Sobre el substrato étnico y con el impulso católico se construyen tanto las primeras

revindicaciones de carácter lingüístico y cultural –nacional, en definitiva– como un peculiar marco de relaciones políticas que desbordan el contexto que puede considerarse habitual en la Unión Soviética, para aproximarse –como posteriormente veremos– a la denominada «vía polaca».

Aunque las reivindicaciones lituanas que podrían considerarse «simbóbcas» –la restauración de los colores y del himno nacional propios del país con anterioridad a la anexión soviética– y las propias reivindicaciones lingüísticas tendentes a restablecer el idioma propio como lengua oficial de la república, no son esencialmente diferentes a las que de manera más o menos coetánea se produjeron en Estonia o en Letonia, sí que pueden anotarse algunos rasgos específicos del movimiento lituano, que se derivan de los fenómenos estructurales etnoreligiosos que acaban de mencionarse.

Podrían interpretarse como tales, el apoyo extraordinariamente masivo que alcanzaron en Lituania las manifestaciones nacionalistas a partir de la del 16 de febrero de 1987, que conmemoraban el 70 aniversario de la independencia del país. A propósito de ello Yakemtchouk escribe que «le vent d'un immense espoir soufflait sur la terre lituanienne» [229] Pero, en todo caso, parece todavía como más significativo un dato aparentemente menos brillante y que no es otro que el examen –según fuentes estadísticas soviéticas– de la evolución, entre 1980 y 1988, de la «edición de libros y folletos en distintos idiomas de los pueblos de la URSS».[230] Según tales fuentes se podría confeccionar el siguiente cuadro:

	1980		1985		1988	
	Número de libros y folletos	Tirada en miles de ejemplares	Número de libros y folletos	Tirada en miles de ejemplares	Número de libros y folletos	Tirada en miles de ejemplares
Lituano	1.272	14.485	1.981	18.711	2.193	21.313
Letón	1.121	12.212	1.074	12.083	994	12.504
Estonio	1.306	12.763	1.256	12.208	1.339	12.485

Es un cuadro, el precedente, que necesita escasos comentarios. En él resulta patente que la producción editorial en lengua estonia permanece absolutamente estable a lo largo de la década

considerada; en Letonia se asiste a una cierta inflexión negativa en el número de libros y folletos editados –aunque no en las cifras globales de las tiradas–, mientras que en Lituania resulta obvio el espectacular *crescendo* tanto de los volúmenes publicados como de sus tiradas . La vitalidad de la lengua y de sus circuitos literarios no sólo no retrocedía en Lituania, pese a las condiciones adversas, sino que se afirmaba con el paso de los años.

Por otra parte la propia estructura étnica lituana y la velocidad con que se transmitieron las primeras reivindicaciones nacionales por capas muy amplias de su población, redujeron considerablemente los rechazos sociales al despertar de los nuevos impulsos nacionales. En Estonia y Letonia los comunistas ortodoxos, rusificados o simplemente rusos, vertebraron movimientos de resistencia en defensa del *statu quo*, como los *interfront*, y organizaron manifestaciones y huelgas contra la proclamación del estonio y del letón como lenguas oficiales de sus repúblicas.[231] En Lituania, en cambio, la formación del colectivo Edintsvo (Unidad), con objetivos similares, se saldó con un notable fracaso. Sin duda contribuyó a ello la singular evolución política del PC lituano, especialmente a partir de la renovación de su dirección en octubre de 1988: cuando Ringaudas Songalia fue substituido en la primera secretaría del partido por Algirdas Brazauskas. No se trata, por supuesto, de atribuir al relevo político caracteres taumatúrgicos. Una cierta «lituanización» del PC lituano podía observarse ya antes del cambio en la primera secretaría. Dos semanas antes de la dimisión de Songalia el Comité Central del partido había comenzado a utilizar en sus reuniones la lengua lituana por primera vez en cincuenta años.[232]

* * *

Octubre de 1988 constituye una fecha no precisamente desdeñable en la evolución de la Lituania contemporánea. Por una parte, el 2 del citado mes se produjo la elección de Algirdas Brazauskas como primer secretario del partido comunista. Por la otra, entre el 22 y el 23 se reunía el congreso constituyente del Sajudis (Lietuvos Persitvarkymo

Sajudis: Movimiento Lituano por la Reconstrucción, o por *lapeiestioika)* que, de hecho, actuaba informalmente desde el anterior junio.[233]

El Sajudis irrumpió en el escenario político lituano con unas connotaciones moderadas. En primer lugar, ha escrito Yakemtchouk,

> afirma (hábilmente) su apoyo a la *perestroika* –lo que no podía sino complacer a Moscú– y se pronuncia por la organización de una sociedad pluralista y democrática, y por el acceso de Lituania a la soberanía, en el marco de una Federación soviética renovada.[234]

Por otra parte, y a diferencia de sus homólogos estonio y letón, el Sajudis se dotó en un primer momento de una vertebración interna escasamente articulada y con una dirección colegiada de 35 miembros. Su programa, en un principio, no se distinguió excesivamente de los defendidos por los demás Frentes Populares bálticos, especialmente del estonio. En todo caso mantuvo –aunque no siempre de manera expresa– actitudes singulares respecto a la desnuclearización y desmilitarización de Lituania, propuesta que llevaba implícita tanto la salida de la república del Pacto de Varsovia como, en último extremo, la retirada de las tropas soviéticas.[235]

En todo caso los planteamientos iniciales del Sajudis –que en principio no recibieron buena acogida por parte de grupos abiertamente independentistas como la Liga Lituana por la Libertad (Lietuvos Laisves Lyga)– se radicalizaron con rapidez tras la renuncia del grupo a la primitiva dirección colegiada, y el ascenso a la presidencia del colectivo de Vytautas Landsbergis. Musicólogo sin especial formación ni experiencia política y económica –aunque dotado de un frío pragmatismo, de un agudo sentido táctico y de un superlativo idealismo nacionalista–, Landsbergis convirtió en pocos meses al Sajudis en un auténtico segundo poder del país. Más todavía: siguiendo una estrategia no infrecuente en el universo nacionalista trató de identificar la imagen de su movimiento político con la imagen del propio país:

> Sajudis –declaraba Landsbergis en 1990– es el renacimiento de nuestro país: desde el punto de vista espiritual, civil, nacional. Esta aspiración general podría denominarse simplemente Lituania. Por está palabra

> entiendo el amor, la dignidad de las gentes, la aspiración a la equidad y en consecuencia la aspiración a la vida del nombre.[236]

Desde finales de 1988 la vida política lituana —tanto durante los últimos años de dependencia como en los primeros de la segunda independencia– se ha polarizado en torno a estas dos poderosas, significativas y antitéticas personalidades, Brazauskas y Landsbergis, que en último extremo encarnan la expresión de dos maneras diferentes de concebir su propio país, pero que también, de hecho, han contribuido a superar la ferocidad de los enfrentamientos internos lituanos a partir de la segunda independencia, y que tan agudamente expresó para otros momentos históricos S. R. Schram.[237] En definitiva, la progresiva y difícil instauración de un régimen democrático en Lituania ha contribuido no solamente a suavizar la áspera dicotomía del país, sino a propiciar también una pacífica alternancia en el poder.[238] Normalizada la vida política lituana tras la independencia se ha producido también su homologación a las categorías habituales de la vida política democrática de Occidente: el Partido Conservador encabezado por Landsbergis se inscribe en la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa en el Grupo Democrático Europeo, es decir, en el grupo conservador, mientras que el Partido Laborista Democrático, liderado por Brazauskas, lo hace en el Grupo Liberal, Demócrata y Reformador es decir, en el centro/centro-derecha.

En los meses finales de 1988 el nuevo líder del PC lituano Algirdas Brazauskas, se mostró partidario –según A. E. Senn– de una acción política en tres frentes. En el primero de ellos se trataba de compartir con el resto de los movimientos sociales lituanos los esfuerzos por recuperar los signos identitarios de la nación, tanto en los aspectos lingüísticos –convertir la lengua lituana en idioma oficial de la república– como en los simbólicos: restaurar el himno nacional y los colores tradicionales de la bandera lituana, abolidos tras la anexión soviética de 1940. Es obvio que está opción del PCL está en el fondo de la legislación *ad hoc* adoptada por el Soviet Supremo lituano en diciembre del mismo año. Desde el punto de vista económico el pensamiento de Brazauskas –la «autosuficiéncia económica»-no era esencialmente diferente de la «vía autonómica» estonia, paralizada de

hecho por el decreto del Presidium del Soviet Supremo de la URSS el 26 de noviembre de 1988. En este sentido, precisa significativamente Senn, Brazauskas «estaba dispuesto a presentar batalla a las autoridades de Moscú».[239]

Junto a tales aspectos existe un tercer ámbito –el más descarnadamente político– en torno a la dialéctica que se establece en los países bálticos en general y en Lituania en particular entre los conceptos de «soberanía» e «independencia». La cuestión de la «soberanía» de las repúblicas, como es sabido, se había suscitado ya en Estonia fundamentalmente como un elemento estratégico que, en definitiva, implicaba el deseo de una remodelación en profundidad de toda la arquitectura constitucional soviética conduciéndola a una concepción confederalizante del Estado que debería plasmarse, en último extremo, en un nuevo Tratado de la Unión. Con ello se intentaba desarrollar, por una parte, el artículo 76 de La Constitución (Ley Fundamental) de la URSS de 1977 que textualmente señalaba «la república federada es un Estado socialista soviético soberano unido a las otras repúblicas soviéticas en el seno de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas» y, por la otra, eliminar las disposiciones restrictivas al ejercicio de la soberanía de las repúblicas tal y como se derivaba del artículo 74 de la propia ley fundamental:

> las leyes de la URSS tienen fuerza legal sobre el territorio de todas las repúblicas federadas. En caso de divergencia entre la ley de la república y la ley federal, la ley de la URSS prevalece.[240]

Partidario, en principio, de una definición no rupturista de la «soberanía» Brazauskas intentó instalarse en el papel de gozne político –de mediador, en definitiva– entre las autoridades soviéticas y un Sajudis definitivamente lanzado hacia posiciones independentistas cada vez más radicales e irreductibles, y cuya conexión con la creciente efervescencia de los otros movimientos populares bálticos resultaba cada vez más visible. Tras el reconocimiento legal de los símbolos de su identidad nacional, los nacionalistas lituanos dirigieron sus más inmediatas reivindicaciones –con la independencia como telón de fondo cada vez más presente hacia el control total de su economía, a la exaltación de los valores religiosos y hacia la

protección real y legal del creciente número de desertores lituanos del ejército soviético.

Por otra parte, los cambios democratizantes introducidos por Gorbachov –y que se concretan, en primer lugar, en la reforma del sistema electoral para renovar el Congreso de los Diputados del Pueblo de la URSS– resultan esenciales para explicar la profunda transformación del escenario político lituano (y, en general, báltico). En las elecciones *ad hoc* del 26 de marzo/4 de abril de 1989 Sajudis obtuvo un resultado tan insólito como espectacular: alcanzó un 75 por ciento de los sufragios escrutados[241] y se alzó con 36 de las 39 circunscripciones donde había presentado candidatos.[242] Tanto Algirdas Brazauskas como el segundo secretario del PC lituano –el ruso Vladimir Berezov– solamente pudieron conservar sus escaños gracias a la retirada –estratégica– de Sajudis en aquellos distritos. Lansbergis había considerado conveniente mantener abiertos los puentes con los comunistas lituanos.

Las consecuencias de la gran victoria electoral del Sajudis fueron múltiples y en ámbitos muy distintos. En primer lugar consagraron al propio Sajudis como la primera fuerza política de la república e inauguraron en Lituania la denominada «vía polaca», que no es sino la adaptación del esquema mediante el cual puede explicarse el ascenso político de Solidarnosc en detrimento del POUP y que, en Varsovia, culminó con la aceptación de un fenómeno inédito en la Europa del Este desde 1948: la configuración de un gobierno de coalición entre comunistas y no comunistas, políticamente dominado por Walesa y dirigido por un primer ministro, Tadeusz Mazowiecki, cercano a la democracia cristiana.[243]

En Lituania la severa derrota electoral de 1989 propició la aproximación de Brazauskas a algunas de las tesis centrales del Sajudis, en un esfuerzo para impedir el divorcio creciente entre los comunistas lituanos y la opinión pública de su país. En este sentido Brazauskas impulsó, de un lado, la aceptación por el Soviet Supremo de Lituania de la enmienda constitucional por la que se consagraba la supremacía de las leyes de la república sobre las disposiciones legales soviéticas e, igualmente, sostuvo las normas mediante las que, por primera vez, se legalizaba en una república soviética un sistema

político pluralista, tras la suspensión del artículo sexto de la Constitución lituana que garantizaba el papel dirigente del partido comunista. En todo caso la decisión del Soviet Supremo lituano (7 de diciembre de 1989) antecede y prefigura la que posteriormente adoptó el Congreso de los Diputados del Pueblo de la URSS en marzo del siguiente año.

Sin embargo en otros aspectos de las reivindicaciones nacionalistas, Brazauskas se movió todavía dentro de unos límites cautelosos y pragmáticos. Desde un punto de vista político entendió que «según mi modo de pensar resultan inútiles las exigencias categóricas como "pedir que se retire el ejército de ocupación"». Las mismas posiciones decidieron sus perspectivas económicas:

> Crecimos –declaró en 1989– en medio de vínculos económicos y de toda índole con el país en su totalidad [con la URSS] y hoy no podemos tener una existencia normal sin las materias primas y los mercados de la Unión.[244]

En todo caso resultaba poco convincente postular por la autosuficiencia económica y por concepciones políticas vinculadas de una manera u otra a la noción de «soberanía» y, al mismo tiempo, continuar como parte integrantes de una estructuras rígidamente centralistas como las del PCUS. Por ello, dentro de la nueva lógica que comenzó a regir las relaciones políticas de Lituania –más próximas ya a la «vía polaca» que a la propia *perestroika* soviética– el PC de Lituania comenzó el giro de su propia autonomización. En la XVTU sesión plenária de su Comité Central –junio de 1989– se optaba no sólo por otorgar un decidido impulso a la autonomía real de los comunistas lituanos, sino también por convocar un Congreso extraordinario antes de final de año. Las expectativas, con todo, no parecían dudosas: en el mismo mes de junio, el Komsomol lituano se proclamaba independiente del Komsomol soviético.[245]

La decisión de la dirección política del PCL de afirmar un primer ámbito de autonomía frente al PCUS y de convocar un congreso (en el que previsiblemente trataría de dotarse de una nueva estructura orgánica) coincidió con dos hechos de singular relevancia política, y que se convirtieron en piedra angular de la estrategia del Sajudis. El 22 de agosto, la comisión especial del Soviet Supremo de Lituania

encargada de estudiar los textos del pacto germano-soviético de 1939, hacía públicas sus conclusiones y consideraba que el tratado era nulo de pleno derecho, y que resultaban serlo asimismo todos los actos de él derivados, entre ellos tanto la votación del parlamento lituano que se pronunció en 1940 por la anexión de la república a la URSS, como la ley soviética del mismo año que admitía la incorporación de Lituania a la Unión. Este punto de vista, que había sido ya defendido tanto por los exilados como por los disidentes bálticos, se convirtió a partir de la decisión del Soviet Supremo de Lituania, en el núcleo central de las reivindicaciones políticas, primero del Sajudis, y muy pronto también de los demás Frentes Populares bálticos. El 23 de agosto, un día más tarde de la adopción por el Soviet Supremo lituano de las conclusiones citadas –lo que, en todo caso, demuestra una estrategia y una táctica altamente depuradas–, y coincidiendo con el cincuenta aniversario del pacto Ribbentrop-Molotov, se producía la mayor manifestación popular de toda la historia de los países bálticos. Más de un millón de personas –un báltico de cada cinco, un representante de cada familia, puntualiza Hedrick Smith–[246]«formaron una inacabable cadena humana, la «cadena de la libertad». A lo largo de 600 kilómetros, la distancia que separa Tallinn de Vilnius, los estonios, letones y lituanos tomados de la mano se pasaban unos a otros la consigna: la palabra «libertad». La opción por la independencia –tesis básica del Sajudis y de su presidente Landsbergis– se imponía vertiginosamente en toda la región báltica.

En cualquier caso la posición del equipo dirigente soviético se caracterizó en 1989 por una debilidad política creciente. Incapaz de dar una respuesta eficaz a los múltiples retos de una sociedad paralizada y empobrecida, contestado por una *nomenklatwa* ya abiertamente opositora, la crisis de las nacionalidades –en las que el caso báltico constituyó una acerada punta de lanzaaglutinó el descontento de sectores sociales influyentes, nutridos ideológicamente por el nacionalismo ruso dominante, por un nacionalismo ruso de superpotencia humillada por el abandonismo reformista.

> No tenemos la intención de capitular ideológicamente –declaraba el general Makachov ante el congreso constituyente del Partido Comunista de Rusia En todas las reuniones y en la conferencia del partido de mi región militar, los comunistas han dado la orden de oponerse resueltamente a toda tentativa de despohtización de las fuerzas armadas. En estos tiempos perturbados para la Unión y para Rusia, mientras que gracias a las «victorias» de nuestra diplomacia, nuestro ejército ha sido expulsado sin haber combatido de territorios que sus padres habían liberado del fascismo[–] Solamente sabemos que las cosas son difíciles para todos, pero no es por culpa del ejército que la situación sea hoy tan penosa. También para nosotros, comunistas de las fuerzas armadas, no hay Unión sin Rusia, ni Rusia sin Unión. Estamos dispuestos a combatir por ello.[247]

Resulta prácticamente imposible, aún hoy, evaluar basta qué punto los rotundos juicios de Makachov eran representativos –y cuál era en todo caso su grado de representatividad– tanto en el ejército como en el PCUS. Sin embargo eran suficientes para frenar el ritmo de un proceso reformista que, por otro lado, tenía también sus propios límites, difícilmente conciliable en numerosos casos con el mantenimiento de un Estado en buena parte surgido del despotismo. Las revelaciones históricas a las que conducía la *glasnost*,sus contradicciones y claroscuros, no siempre pudieron ser asumidos políticamente por el equipo gorbachoviano, sino con muy elevados riesgos. Cuando los nacionalistas bálticos hicieron del rechazo al pacto Hitler-Stalin piedra angular de su aspiración a la independencia, el «nuevo pensamiento» hubo de enfrentarse al propio pasado soviético. El 2 de junio de 1989 el Congreso de los Diputados del Pueblo de la URSS confío a una comisión de 26 diputados –presidida por la kovlev– la misión de dilucidar las cuestiones neurálgicas de una época tan tormentosa y, por otra parte, tan decisiva para entender la agitación de la región báltica. Tras dos meses de investigación en los archivos secretos y de análisis de los hechos y de sus consecuencias, el propio lakovlev se veía en la necesidad de diluir su explosivo contenido.

> Es necesario subrayar además –declaraba– que ni el pacto ni los protocolos secretos han determinado el estatuto jurídico y político de Lituania, Letonia y Estonia […] Buscar un vínculo directo entre la situación actual de las tres repúblicas y el tratado de no agresión [germano-soviético] me parece carente de base.[248]

En todo caso, para numerosos representantes de la *nomenklatura*,como el ministro de Defensa mariscal Iázov, no existían dudas: era la «voluntad popular»[249] de los bálticos la que los había hecho ciudadanos soviéticos. La actitud de lakovlev –y de otros importantes ideólogos de la *peiestioika*– traduce el cúmulo de contradicciones en las que se desenvolvió de manera creciente el equipo dirigente del Kremlin y que condujo a la política errática a la que ya se ha aludido. Las dudas iniciales sobre un nuevo Tratado de la Unión –siempre combatido por los núcleos duros del sistema– es un factor que contribuyó, por una parte, a potenciar las opiniones más radicales de los Frentes Populares bálticos que, en sus inicios, no habían rechazado la posibilidad de acogerse a estructuras confederalizantes de la URSS compatibles con una concepción flexible de la soberanía de las repúblicas. Por otro lado, la incapacidad de transformación del sistema «federal» soviético continuó dando lugar a persistentes violaciones de derechos humanos, denunciadas por diversas organizaciones intergubernamentales, hecho que contribuyó no poco a una visión crítica de la *perestroika* por parte de la opinión pública internacional.[250]

La Declaración del PCUS sobre la situación de las repúblicas bálticas[251] –agosto de 1989– constituye un compendio de las contradicciones a las que se ha hecho referencia, tanto por el contenido del texto como por las oscuras circunstancias que acompañaron su redacción. El Comité Central del PCUS partía de una primera consideración:

> que la situación creada en las repúblicas soviéticas bálticas suscita una inquietud creciente. El giro de los acontecimientos en está región lesiona los intereses vitales del pueblo soviético, de toda nuestra patria socialista.

Una larga lista de considerandos mostraba un cuadro extraordinariamente dramático del que no se excluían

> los casos de vandalismo directo, de profanación de los símbolos del Estado, de cosas sagradas para todo hombre honesto –los monumentos a aquéllos que cayeron en combate durante la guerra civil y la gran guerra patriótica.

Se denunciaba el carácter «antisoviético» y «antinacional» de las «fuerzas destructoras» que no sólo realizaban actuaciones

«anticonstitucionales que son contrarias a los principios de federación de nuestro Estado», sino que también «preven la discriminación de la población de otras nacionalidades de estas repúblicas» Si bien el responsable directo de la creación en los países bálticos «de una verdadera histeria nacionalista» era, obviamente, «el virus del nacionalismo»,

> es necesario reconocer –señalaba el Comité Central del PCUS– que una parte de los Comités del Partido y de sus responsables han cedido ante las dificultades, han bajado los brazos e, incluso, algunos de ellos han comenzado a hacer el juego a las tendencias nacionalistas y han debilitado su posición ante los proyectos separatistas.

La conclusión fundamental era una amenaza escasamente velada.

> El asunto ha ido demasiado lejos. La suerte de los países bálticos está en grave peligro. Las gentes deben saber hacia qué abismo les lanzan los líderes nacionalistas. Si éstos últimos consiguen sus objetivos, las consecuencias podrían ser catastróficas para los pueblos [bálticos]. Incluso su viabilidad podría ser puesta en cuestión.

Alfred A. Senn ha comentado al respecto que, en otros momentos de la vida soviética, un documento redactado con el tono en que lo estaba el texto del CC del PCUS

> habría provocado temor y nerviosismo en todas las repúblicas y los partidos comunistas bálticos se habrían aplicado sin duda a realizar un serlo examen de conciencia y autocrítica, expresando su gratitud porque se les hubieran señalado sus acciones pecaminosas.[252]

La «ausencia de Terror», parafraseando a Furet, no hacía ya posibles tales reacciones que pertenecían en todo caso a épocas cronológicamente próximas, pero muy lejanas. Es ésta una de las paradójicas grandezas de la *perestroika* gorbachoviana: no inspirar terror significaba al mismo tiempo navegar constantemente entre escollos.

Los Frentes Populares bálticos no sólo no experimentaron el«temor y nerviosismo» a los que se refiere Senn, sino que en una declaración conjunta denunciaron el documento del CC del PCUS, solicitaron el apoyo de todos los «pueblos de la Unión Soviética» señalando que

> probablemente desde la era estaliniana y desde los acontecimientos de la Checoslovaquia de 1968, no ha aparecido nunca en nuestro país un

> documento más amenazante y peligroso para la democracia. Si la unión no es voluntaria –señalaban– si las naciones han de ser compelidas a permanecer juntas por la violéncia, si las relaciones entre las naciones no se basan en la igualdad, si el centro da órdenes mientras en los Estados federados se guarda obediencia incondicional, entonces esto no es una unión. Existen otros términos para definirla: superpotencia, imperio, prisión de las naciones.[253]

Si tal era la reacción de las plataformas nacionalistas bálticas ante la escasamente velada amenaza del PCUS –en el que las posiciones reformistas del Kremlin hallaban dificultades crecientes–, los partidos comunistas bálticos tampoco se pronunciaban de la manera inicialmente prevista por Moscú. Brazauskas, por su parte, se limitó a manifestar a *The New York Times*

> que no era inminente la posibilidad de que se aplicaran medidas violentas. Tampoco puedo decir –añadió– que eso sea imposible. Espero y creo que tal cosa jamás será necesaria.[254]

En todo caso la actitud personal de Brazauskas ante la amenazadora requisitoria del CC del PCUS consolidó su liderazgo al frente de los comunistas lituanos y no frenó, sino todo lo contrario, el proceso de «sajudización» del PCL. La culminación de la fulgurante evolución del partido se producía a muy corto plazo. El 20 de diciembre de 1989,1.038 delegados[255] que representaban a los 150.000 miembros del partido,[256] escuchaban el discurso político de Algirdas Brazauskas que contenía dos reflexiones fundamentales. La primera de ellas consistía en una autocrítica sin contemplaciones:

> Hoy, en este congreso, con profundo sentido de la responsabilidad histórica, declaramos ante todos que el Partido Comunista de Lituania es políticamente culpable de haber ejecutado la voluntad del sistema totalitario estalinista, puesto que constituía una parte integral de él.[257]

La segunda dibujaba una fórmula suficientemente ambigua mediante la cual se invitaba a establecer la «autosuficiencia» del partido lituano respecto a Moscú y, aunque no descartaba la división orgánica definitiva, expresaba la esperanza de concesiones mutuas en el marco de «una unión de Estados soberanos.» .[258] La resolución adoptada por amplia mayoría de los delegados[259] definia el PCL como

«una organización autónoma, con su propio programa y sus estatutos; es parte integrante del sistema político lituano». Sus relaciones con el PCUS dependerían de «su reestructuración y de los resultados del XXVIII Congreso».[260]

Pese a la calculada moderación de la cláusula la reacción fue inmediata. Por una parte en esa misma noche se produjo una escisión de comunistas ortodoxos pro moscovitas –cuyo rol político, como posteriormente se verá, fue precario aunque llegó a reunir unos 40.000 militantes–[261] y que, dadas las circunstancias de su nacimiento iba a ser conocido como el Comité Central Noctumo (Naktinis Centro Komitetas). El CC del PCUS, por su parte, zanjaba también la cuestión con rotundidad al considerar –en su resolución del 7 de enero de 1990-las decisiones del PCL «como una ruptura política y orgánica con el PCUS»,[262] El mismo texto del PCUS apoyaba sin la menor duda a los escisionistas

> que han permanecido fieles a los principios del internacionalismo, que se pronuncian a favor de las transformaciones revolucionarias en el contexto de la democratización y la renovación del PCUS, la fuerza que consolida a todos los pueblos de nuestra unión multinacional.[263]

La decisión del CC del PCUS de romper todos sus vínculos con el PCL y de apoyar al grupo escisionista puede considerarse un triunfo de sus sectores más conservadores. Atenazado entre la inamovible decisión lituana y la inflexibilidad de los ortodoxos moscovitas, Gorbachov se encontró sin capacidad política para hallar una posición centrista e integradora. Su misma posición comenzó a considerarse como políticamente inestable. Su desesperado viaje a Vilnius, en un imposible intento de recuperar la iniciativa en la región báltica y, al mismo tiempo, de frenar el rápido proceso de descomposición de buena parte de las «repúblicas exteriores» de la URSS, no era sino la muestra de su aislamiento. A comienzos de 1990 habría realmente contemplado –escriben Y. Plasseraud y S. Pourchier– el dejar salir los Estados bálticos de la Unión (la denuncia del pacto Hitler-Stalin iba manifiestamente en ese sentido) y que se convirtieran en nuevas Finlandias, «puentes hacía Occidente», pero en el transcurso del año el desfondamiento económico de la URSS y, sobre todo, el temor de

ver a Ucrania –granero de trigo y centro industrial de la Unión– proseguir el camino báltico, habría obligado al jefe del PC soviético a hacer marcha atrás y a unirse con reticencia a la posición de los duros consagrada en el seno del Politburó.[264] Ante las graves dificultades para proseguir una vía paralela a la consagrada por Lenin en 1920, Gorbachov se hipotecaba a la influencia creciente de los ortodoxos en un drama que tiene mucho de shakespeariano. Chevardnazdé –un imposible Litvinov de final de siglo– iba a ser el cronista.

En los países bálticos, por el contrario, la ruptura entre el PCL y el PCUS implicó una no disimulada euforia. Incluso en una gran manifestación realizada ante la plaza de la catedral de Vilnius los lituanos –comunistas o noproclamaron su júbilo por la decisión adoptada. El órgano oficial del PCL *Tiesa* escribió de manera exultante que

> era quizás la primera ocasión en que el pueblo de Lituania expresaba con tal sinceridad su solidaridad con los comunistas, con el Partido Comunista de Lituania de carácter independiente.[265]

Si bien es cierto que Brazauskas –y con él una parte substancial del PCL– se habían dejado arrastrar, en palabras de Gorbachov, por «interminables concesiones»[266] al Sajudis, también lo es que solamente así los comunistas lituanos, orgánicamente renovados e ideológicamente «socialdemocratizados», podían arrostrar dignamente los procesos electorales inminentes, concebidos ya con los mecanismos protodemocráticos creados por el propio Gorbachov.

En efecto, a lo largo de todo el año 1990 se sucedieron, en unas condiciones inéditas, un cúmulo de confrontaciones electorales en los territorios de las quince repúblicas soviéticas para la renovación de los poderes republicanos y locales que, por primera vez en la historia de la Unión Soviética, permitieron una aproximación relativamente fidedigna a la situación política real del Estado y que, en todo caso, dieron como resultado final la configuración política de la URSS en tres grandes áreas. En la primera de ellas, integrada por las repúblicas del Asia Central, se evidenció el mantenimiento del continuismo –es decir, la supremacía completa del PCUS. La oposición no consiguió prácticamente ninguna representación. En un segundo bloque –en el

que se encuentran la propia Rusia, Bielorrusia, Ucrania y Moldavia– pese al triunfo mayoritario del PCUS, se vertebraron importantes minorías opositoras de distinto signo (Rusia Democrática, el Club Democrático de Bielorrusia, o los nacionalistas ucranianos del Rukh) con una representación que osciló entre el 25 y el 35 por ciento.[267]

El tercer bloque, en fin, integrado por los tres países bálticos y por dos repúblicas caucásicas, Armenia y Georgia, consagró victorias electorales abrumadoras de una oposición mayoritariamente nacionalista o, sin serlo *stricto sensu*, claramente abocada a fórmulas de carácter secesionista. Estas cinco repúblicas, a las que posteriormente se añadiría Moldavia, manifestaron su oposición –pese a haber contemplado en etapas anteriores y recientes soluciones confederalizantes– a participar en las discusiones propiciadas por Gorbachov, de manera manifiestamente tardía, con vistas a la redacción de un nuevo Tratado de la Unión.[268] En este contexto los candidatos independentistas consiguieron en los países bálticos unos resultados electorales abrumadores. En Lituania los apoyados por el Sajudis –que al no ser un partido político estricto sino un movimiento sostuvo a personalidades independientes o a miembros de otros partidos con programas afines al suyo–[269] obtuvieron una mayoría tal que permitió alcanzar el *quorum* de dos tercios con el que proclamar la independencia de la república.[270] Según las fuentes elaboradas por Flores Juberías[271] los resultados a las elecciones lituanas serían las siguientes:

Elecciones al Parlamento (Soviet Supremo) lituano
Primera vuelta: 24 febrero 1990
Segunda vuelta: 4/10 de marzo y ulteriores

	1ª Vuelta	2ª Vuelta	Total
PCL escaños	27	13	40
PCL/PCUS	4	1	5
Socialdemócratas	9	0	9
Verdes	2	2	4
P. Demócrata	0	3	3
Cristianodemócratas	2	0	2
Independientes	46	20	70
Candidatos Sajudis	72	20	92

El éxito electoral de las posiciones nacionalistas lituanas –y por ellas debe entenderse no sólo las radicales del Sajudis, sino también las más temperadas actitudes del PCL– admiten muchas observaciones y comentarios desde diversos puntos de vista. El primero debería derivar de un punto glosado en páginas anteriores y que no es otro que el de la relativa homogeneidad étnica de la república que hizo posible un resultado que representó una decidida afirmación nacionalitaria. De manera no discordante debe igualmente valorarse también la tarea legislativa del Soviet Supremo lituano durante los meses que precedieron a los comicios y que estuvo dirigida a propiciar un horizonte de integración de las minorías rusófona y polaca residentes en la república. La Ley de Ciudadanía[272] –en realidad «ley de nacionalidad», si utilizamos el vocabulario occidental habitual– de 3 de noviembre de 1989 consideraba en su artículo primero ciudadanos (nacionales) de Lituania a las

> personas que fueron ciudadanos de la república de Lituania, hijos y nietos de estas personas, así como otras personas que fueran permanentemente residentes del actual territorio de la RSS de Lituania antes del 15 de julio de 1940, y sus hijos y nietos, que ahora son o han sido residentes permanentes en Lituania.

Con esta consideración, basada en el /us *sanguinis* pero también en el *jus soli*, se garantizaba obviamente la condición de ciudadanos –de «nacionales»no sólo a los lituanos étnicos, sino también a rusófonos y polacos (y a sus descendientes) que lo hubieran sido antes de la anexión soviética de 1940.

El segundo punto del citado artículo resolvía con amplia flexibilidad la ciudadanía de los inmigrantes tras la anexión, al reconocer la nacionalidad lituana a las personas

> que tienen un lugar permanente de residencia siempre que hayan nacido en la RSS de Lituania o que por lo menos uno de sus padres o abuelos hayan nacido en dicho territorio y siempre que ellos no sean ciudadanos de otro Estado.

El texto de la nueva ley lituana otorgaba también la ciudadanía, por último, a

> otras personas que hasta la fecha de entrada en vigor de la ley hayan sido residentes permanentes en el territorio de la República y tengan un empleo u otra fuente de ingresos; tales personas elegirán libremente su ciudadanía en los dos años siguientes a la entrada en vigor de esta ley.

A estos rasgos generales de la Ley de ciudadanía deben añadirse, en cualquier caso, otras disposiciones legales concordantes como la Ley sobre las minorías étnicas,[273] promulgada veinte días después, que igualmente trataba de subrayar el mismo objetivo: el de la integración fluida y no traumática de las poblaciones de origen eslavo en el proyecto nacional lituano. Esta segunda disposición garantizaba

> a todos los ciudadanos, sea cual fuere su etnia, la igualdad de derechos y la libertad política, económica y social, les reconocerá la identidad étnica y el derecho a la continuidad de su cultura, y promoverá su conciencia étnica y su difusión.

Al mismo tiempo que aseguraba el ejercicio de los citados derechos fundamentales, la ley exigía también a los grupos étnicos residentes en Lituania un sistema equivalente de lealtades:

> han de observar la Ley Fundamental [Constitución] de la RSS de Lituania, proteger la soberanía estatal y la integridad territorial de Lituania, contribuir al establecimiento de un Estado independiente y democrático en Lituania, y respetar la lengua, la cultura, las tradiciones y costumbres de Lituania.

En cualquier caso el resultado de la combinación de los elementos apuntados –relativa cohesión nacional de la república, flexibilidad en cuanto a la integración de las poblaciones no autóctonas arribadas a Lituania tras la última anexión soviética, garantías otorgadas a las

minorías étnicas– se reflejaron de manera patente en los comicios al nuevo Parlamento lituano, en el que solamente los cinco diputados comunistas prosoviéticos y algunos representantes aislados entre un conjunto de 148 escaños, fueron manifiestamente contrarios a la proclamación («reinstauración») de la independencia lituana.

Si el balance final de los comicios lituanos no causó, en líneas generales, una excesiva extrañeza a la opinión pública internacional, los resultados en Estonia y Letonia en cambio eran escasamente previsibles, dadas las acusadas variables de orden tanto étnico como político que ya han sido abundantemente comentadas. Tanto en Estonia como en Letonia la pugna electoral se presentó fuertemente polarizada. Por un lado, un primer bloque vertebrado en torno a los respectivos Frentes Populares –pero integrado también, junto a otros grupos menores, por comunistas nacionales escindidos de los prosoviéticos, teóricamente mayoritarios en su propia organización– y, por el otro, amplios sectores de población rusófona articulada políticamente por el PCUS o por colectivos de significación no muy diferente. Los resultados se reflejan en los cuadros siguientes:[274]

ESTONIÀ

Elecciones Parlamentarias: 18 Marzo 1990

Partidos	*Escaño*
Indenendentistas	
Frente Popular Estonio	3
Unión Estonia de Colectivos de Trabajadores	1
Estonia Libre (comunistas pro independencia)	
Partido Comunista de Estonia	
Verdes	
Pro soviéticos	
Consejo Unido Colectivo del Trabajo (PCE/PCUS)	4
Partido Democrático (liberales rusos)	

LETONIA

Elecciones Pailamentarias

1ª vuelta: 18 marzo 1990. 2ª vuelta: 1/29 abril y ulteriores

Paitidos	*Escano*
Independentistas	
Partido Comunista Letón	5
Movimiento Nacional Independencia de Letonia	1
Unión Campesina	1
Verdes	
Partido Obrero Socialdemócrata	
Independientes	2
Pro soviéticos	
Frente Internacionalista	1
PCL/PCUS	4
Independientes	1

Con tales resultados, sin duda no tan abrumadores como los lituanos aunque suficientemente rotundos, la dinámica política del Sajudis progresaba y se ampliaba en la globalidad de la región, entre el creciente marasmo político, económico e institucional de la URSS. La cuestión báltica, en todo caso, se internacionalizaba desde la perspectiva de la opinión pública occidental.

Sacudidos por una galopante crisis interna precedente –constatable en primer lugar por la dispersión de sus propias candidaturas electorales– los comunistas estonios y letones mantuvieron, tras los comicios, actitudes políticas escasamente parangonables. En todo caso los estonios, con las salvedades que posteriormente se indicarán, adoptaron en general fórmulas de una notable flexibilidad, como las que señaló su propio secretario general Vaino Valias a escasas semanas de la confrontación. Para Valias el objetivo esencial del partido consistía en

> asegurar el tránsito hacía una sociedad democrática, incluso pese al riesgo de perder su posición [hegemónica] tradicional. Creo –señaló– que es precisamente esta posición la que permitirá al Partido Comunista de Estonia, en tanto que organización política responsable de las deformaciones del desarrollo social de la república, el disculparse en el plano político.[275]

Es esta óptica política –en la que se combinaron como factores esenciales un grado muy notable de autocrítica con una voluntad expresa de adaptación a la imparable dinámica nacional de la región báltica– la que permitió una reformulación del bloque sociopolítico en el que tradicionalmente se habían sustentado los comunistas estonios. Las nuevas fórmulas, fijadas en el XX Congreso del PCE una semana después de las elecciones parlamentarias, recogían entre otros supuestos la definitiva independencia orgánica respecto del PCUS, el reconocimiento de los principios básicos de las sociedades democráticas y pluralistas y, en fin, la aceptación de los supuestos de la independencia de la república, aunque subordinados a un «proceso de transición» que permitiera hallar el necesario compromiso con la Unión Soviética.

El carácter no extremista de tales supuestos –asumidos por otra parte tanto por el Frente Popular como por un amplio espectro de las fuerzas políticas estonias– contrastan con el radicalismo del nacionalismo lituano y constituyen en realidad el motor esencial de los acuerdos institucionales que alcanzan en Estonia su punto culminante el 30 de marzo de 1990, cuando el Soviet Supremo de la república presidido por Arnold Rüütel –un comunista partidario a la vez de la independencia y del diálogo con el Kremlin– aprobaba que

> el Soviet Supremo [de Estonia] no reconoce la legalidad de la autoridad estatal de la URSS sobre el territorio de Estonia. El Soviet Supremo declara el comienzo de un proceso de transición que culminará con la formación de los órganos constitucionales del poder estatal de la República de Estonia. La restauración de la República de Estonia ha comenzado.[276]

El boicot del acuerdo por los diputados rusófonos, que anunciaron al mismo tiempo la no ejecución de la resolución en sus circunscripciones y la petición de amparo ante el Soviet Supremo de la URSS, no era sino una consecuencia más del abismo sobrevenido entre comunistas estonios y rusófonos fieles al PCUS consumado durante el XX Congreso, y que iba a escindir a la población estonia en dos bloques frontalmente antitéticos. Con todo, la citada polarización se tradujo solamente en términos políticos: sin incidentes reales de gravedad. Sin embargo, como ha notado Yakemtchouk, que en el Comité Central de la plataforma pro PCUS establecida tras la escisión no hubiese ni un solo dirigente de origen nacional estonio, define una dinámica política y socionacional inédita en la historia de Estonia desde la primera independencia. Por razones de orden sociopolítico, en Estonia –y en el resto de los países bálticos– una parte mayor o menor de la población de origen autóctono se había inclinado siempre por posiciones prosoviéticas, es decir por posiciones procomunistas. Su «nación», en definitiva, no había sido otra que el comunismo. La destrucción sistemática y prácticamente completa de la «ilusión» comunista –para utilizar el calificativo de Furet– redefinía en términos de enfrentamiento «nacional» casi químicamente puro lo que durante prolongadas

décadas había sido una áspera pugna no sólo «nacional», sino también –y al mismo tiempo– «nacional» y «social».

El mundo letón, por su parte, ofreció variables substanciales que le distingue claramente de los horizontes estonio y lituano. Por el singular contexto nacional y demográfico en el que se producía, el éxito electoral de los independentistas, vertebrados por el Frente Popular, aparece como un fenómeno singular que solamente puede explicarse por un hecho concluyente: el que una parte substancial de las nutridas minorías rusófonas que constituían, de hecho, casi la mitad de la población de la república se habían inclinado por candidatos independentistas. Solamente gracias a esta circunstancia –hay que insistir: absolutamente inesperada y sorprendente– el Frente pudo llegar a contabilizar en el Soviet Supremo con una confortable mayoría de escaños próxima a los dos tercios, cifra que superaba ampliamente la capacidad política del conjunto de la población nacionalmente letona.

Sin embargo –y ésta es otra de las singularidades a las que acaba de hacerse referencia– el rol de los comunistas letones durante la última y decisiva etapa de la *perestroika* fue esencialmente distinto al de sus homólogos lituano y estonio. El Partido Comunista de Letonia –en el que los letones de origen constituían sólo un tercio de sus miembros– se alineó claramente junto al PCUS y se convirtió en su punta de lanza en la región báltica. Tal función le condujo a vertebrar a corto plazo una plataforma prosoviética integrada también por los comunistas estonios y lituanos, minoritarios, que habían permanecido fieles al PCUS (y rusófonos en su mayoría). En ese sentido Riga se convirtió en la sede de un quintacolumnismo inquietante.

En este contexto, y como consecuencia tanto de la configuración demográfica y nacional de Letonia, de la radicalización de los planteamientos nacionales y políticos del PCL/PCUS –y de una parte de la desmesurada población rusófona– y, en fin, de una memoria histórica especialmente lacerante y atormentada, se originó el nacimiento de poderes paralelos. Algunos enormemente masivos como el denominado Congreso de los Diputados letón: un contrapoder elegido por 700.000 personas, y de un carácter

independentista radical. Otros minoritarios pero muy extremistas, que más tarde desembocaron en organizaciones paramilitares como los Aizsargs, cuyas características han sido ya evocadas en páginas anteriores. Un escenario en definitiva bipolar e intransigente, en el que las capaci dades de entendimiento y de diálogo resultaban ciertamente escasas.

En un marco general como el enunciado, sin duda el más sensible de toda la región báltica y posiblemente de toda la Unión Soviética, el Soviet Supremo de Letonia ocupa una posición neurálgica especialmente compleja. Con un total de 201 escaños, el bloque vertebrado en torno al Frente Popular obtuvo finalmente 138, tres más de los necesarios para enmendar la Constitución y poder proclamar la independencia de la república. Sus órganos de dirección no dejaron de reflejar el delicado equilibrio institucional. Anatolijs Gorbunovs –un antiguo dirigente político e intelectual del comunismo letón, partidario de la independencia pero de talante moderado, poco inclinado a posiciones rupturistas– ocupó la presidencia de la Saeima y, en consecuencia, una posición equivalente a la de Jefe del Estado. El presidente del Frente Popular, Ivars Godmanis, la dirección del ejecutivo.[277]

El resultado de todo el complejo escenario descrito –en el que se entrecruzan los radicalismos de uno y otro signo que de hecho fragmentan Letonia en dos espectros ásperamente enfrentados– se refleja en los rasgos esenciales de un documento capital: la Declaración de Independencia, adoptada por el Soviet Supremo el 4 de mayo de 1990.[278] Conviene distinguir las dos partes del documento. La primera de ellas es un condensado preámbulo, fundamento histórico e ideológico de las nueve resoluciones que constituyen el objetivo político de la Declaración.

Dicho preámbulo sistematiza una argumentación, ya bien conocida, sobre la vulneración de los derechos nacionales letones por la URSS en 1940 y la continuidad *de jure* de la legitimidad «todavía en vigor» del Estado independiente de Letonia proclamado en 1918 y reconocido como miembro de la Sociedad de Naciones en 1920. El texto calificaba de «agresión militar» y de «crimen

internacional» la ocupación soviética de 1940 y la forma como la Dieta letona incorporó la República a la Unión Soviética: «contra derecho» y como resultado de un «engaño» que en definitiva «no expresaba la voluntad soberana del pueblo de Letonia». Es por todo ello que el Soviet Supremo, invocando los anteriores antecedentes y, también, «tomando en consideración la voluntad de los habitantes de Letonia claramente manifestada, tras haber elegido por mayoría de votos los diputados que mediante su programa electoral se habían pronunciado por la independencia de Estado de la República de Letonia», adoptaba una serie de resoluciones entre las que cabe considerar las siguientes. En primer lugar, «juzgar ilegal el acuerdo entre la URSS y Alemania del 23 de agosto de 1939, del que se deriva la liquidación por la vía de la agresión militar de la URSS del poder de Estado soberano de la República de Letonia el 17 de junio de 1940». Consecuentemente el Soviet Supremo letón acordaba «declarar nula y sin valor la decisión [del Parlamento letón] de 21 de julio de 1940 "de integración de Letonia a la Unión de las RSS"».

Si el medio siglo de anexión soviética no era más que un largo paréntesis, inexistente de derecho en la vida institucional, el Soviet Supremo decidía restablecer la continuidad del Estado soberano poniendo de nuevo en vigor, por una parte, su denominación oficial anterior de «República de Letonia» –es decir, suprimiendo los calificativos de «socialista» y «soviética»-y anunciando también su propósito de redactar una nueva Constitución. Dicha ley fundamental, sin embargo, debería respetar ciertos principios considerados permanentes y que, en todo caso, «únicamente pueden ser cambiados por el voto del pueblo». Eran los siguientes: que Letonia era una República «democrática e independiente» cuyo «poder soberano» «pertenece al pueblo»; que el territorio del Estado «ha sido determinado por los acuerdos internacionales y formado por Latgalia, Kurzemia, Vidzemia y Zemgalia»; que la nueva Dieta sería elegida por elecciones generales «directas, iguales, secretas y proporcionales».

La Declaración del Soviet Supremo, sin embargo, incluía también ciertas consideraciones que no pueden ser tomadas como menores. Concernían, en cualquier caso, a ámbitos muy diferentes de la vida

institucional y política del país, y todas ellas trataban de definir una estrategia concebida para resolver el cúmulo de interrogantes abiertos, en un momento decisivo, tanto en la vida interna de la república como en sus relaciones con la URSS. Se aproximaban más –por compartir buena parte de las mismas contradicciones internas– a ciertas cautelas del coetáneo proceso estonio, que al radicalismo de las posiciones lituanas. Frente a la unilateral proclamación de independencia de Lituania, el Soviet Supremo letón se inclinaba –de manera similar a su homologo estonio– a abrir un «período de transición» para la restauración *de facto*de la soberanía de Estado que debería culminar, sin que la Declaración especificase límites temporales precisos, con la convocatoria de elecciones para la formación de un parlamento constituyente y con los requisitos especificados *supra*. En el ínterin el propio Soviet Supremo aseguraría el «poder supremo» –la soberanía, en definitiva, de la república.

Se trataba, en último extremo, de abrir un período negociador –previsiblemente largo y complejo– con el Kremlin, para tratar de establecer las relaciones entre Letoniay la URSS sobre las mismas bases que había reglado, en agosto de 1920, el Tratado de Paz entre Letonia y Rusia, y que la Declaración del Soviet Supremo letón evocaba con decisión: unas bases que reconocieran «eternamente [pour l'eternité] la independencia de Estado de Letonia». Durante ese –debe insistirseprevisiblemente largo y complejo proceso negociador, el Soviet Supremo expresaba su voluntad

> de garantizar a los ciudadanos de la república de Letonia y a los ciudadanos de otros países que habitan permanentemente en territorio de Letonia, los derechos sociales, económicos y culturales, así como las libertades políticas conforme a las normas de los Derechos del Hombre generalmente reconocidos internacionalmente. Estos derechos se aplican a los ciudadanos de la URSS que desean continuar viviendo en territorio de la república de Letonia.

No se trataba, sin embargo, de una tarea sencilla. La Declaración de Independencia de Letonia no sólo recibió la fulminante desautorización de Moscú, sino que los comunistas prosoviéticos letones –que vertebraban una parte substancial de la población

rusófona– se declararon en abierta rebeldía ante las autoridades de Riga, aunque especialmente en ciudades industriales como Daugavpils, donde la población autóctona no sobrepasaba el trece por cien. En la capital hubo de impedirse, incluso, un intento de ocupación del edificio del Parlamento. Se trataba, en todo caso, de una primera demostración de fuerza, de un aviso premonitorio de la decisión combativa de los dirigentes rusos –mayoritarios en el PCL/PCUS–, de los *latovitchi* tanto de Moscú como de Riga –y entre los que Borís Pugo resultó ser figura emblemática–[279] y de los combativos oficiales de las guarniciones soviéticas acantonadas en Letonia.

Paralelamente el Frente Popular organizaba unidades de autodefensa y, frente a la actitud dialogante de Gorbunovs, el primer ministro Ivars Goldmanis sugería ilegalizar al PC letón «ya que sus órganos dirigentes radican fuera de las fronteras de Letonia».[280] Todo ello constituye, en resumen, el planteamiento de una dualidad creciente, difícilmente conciliable, tanto desde el punto de vista político como desde el punto de vista nacional.

* * *

Si la apertura de un «período de transición» entre la restauración *de jure* de la independencia y su aplicación real constituyó, sin duda, el rasgo más característico de los procesos estonio y letón, la vía lituana fue bien distinta y se caracterizó, en esencia, por la decisión, la rapidez y la contundencia de su promulgación. El 10 de marzo de 1990, el renovado Parlamento lituano –todavía oficialmente «Soviet Supremo de la RSS de Lituania–» elegía como presidente, con 91 votos, al máximo dirigente del Sajudis Vytautas Landsbergis. Su oponente, el primer secretario del CC del PCL, Algirdas Brazauskas obtuvo 38 sufragios.[281] Al día siguiente, por una abrumadora mayoría de 124 votos de sus 133 escaños, la Taryba

> expresando la voluntad de la Nación, decide y proclama solemnemente el restablecimiento de la efectividad de los poderes soberanos del Estado

> lituano, abolido en 940 por fuerzas extranjeras. Lituania es de nuevo un Estado soberano […] El Consejo Supremo de la República de Lituania, expresando el poder soberano, comienza a realizar por esta Ley la completa soberanía del Estado.[282]

Brazauskas, y con él la inmensa mayoría del grupo parlamentario comunista, votaba a favor de la resolución sobre la reinstauración de la independencia, aunque declinó el ofrecimiento de convertirse en el vicepresidente de la república,[283] renunciando en consecuencia a formar parte de un gobierno de coalición –de un gobierno de unidad nacional, en definitiva– como aconsejaron determinadas personalidades lituanas, supervivientes de la época de la primera independencia.[284]

La proclamación unilateral de la independencia de Lituania constituye, sin lugar a dudas, un hecho sin precedentes no sólo para la propia República de Lituania sino también para la Unión Soviética y, en último extremo, para las relaciones Este-Oeste. A las pocas horas de la reinstauración de la independencia, el nuevo presidente lituano Vytautas Landsbergis –una personalidad ciertamente singular en la que se combinan insólitamente la tenacidad política, una fría astucia estratégica y un voluntarismo nacional sin límites–[285] firmaba dos escritos especialmente significativos. El primero de ellos, fechado el mismo 11 de marzo, es el «Llamamiento del Consejo Supremo de la República de Lituania a las Naciones del Mundo»,[286] en el que invocaba dramática y solemnemente la «solidaridad fraternal» y solicitaba el apoyo de «la familia de países libres» al nuevo Estado soberano. El segundo, de un signo completamente distinto, es la carta oficial que, fechada en Vilnius el 12 de marzo de 1990, dirigía a Mijail Gorbachov en su condición de presidente de la URSS. En ella, tras informarle de las resoluciones adoptadas la víspera en la capital lituana, solicitaba el reconocimiento soviético de la restablecida independencia, proponía iniciar negociaciones a fin de resolver todos los problemas derivados y llamaba especialmente la atención del presidente soviético sobre la seguridad de los jóvenes lituanos que realizaban su servicio militar en las fuerzas armadas soviéticas. La carta de Landsbergis a Gorbachov finalizaba

expresando la esperanza de que ambos países pudieran mantener relaciones estatales y amistosas.[287]

El texto lituano constituye el segundo –el primero es la Declaración de Independencia anteriormente citada– de una valiosa recopilación de documentos editada en inglés por el gobierno de Vilnius.[288] A partir de su contenido –que incluye una variada gama de documentación muy diferente: decretos de los gobiernos lituano y soviético, cartas cruzadas entre Landsbergis y Gorbachov, telegramas entre los primeros ministros lituanos Kazimiera Prunskiené y Gediminas Vagnorius con sus homólogos soviéticos Nikolai Ryzkhov y Valentin Pavlov, mensajes de y a Jefes de Estado y de Gobierno como Vaclav Havel, François Mitterrand o Helmut Kohl, llamamientos al Secretario General de la ONU Pérez de Cuéllar, etc.– podría realizarse un riguroso trabajo monográfico, tanto sobre el alcance de las relaciones bilaterales lituanosoviéticas, como sobre las repercusiones internacionales de unas relaciones como las citadas, tan complejas y difíciles. Parece obvio afirmar que un trabajo de las citadas características no tiene encaje en estas páginas, aunque el contenido esencial de la expresada documentación haya sido lógicamente considerado.

En todo caso la recopilación documental revela, en primer lugar, la muy escasa disponibilidad para el diálogo de las autoridades soviéticas que, en último extremo, se limitaron a trasladar a las lituanas comunicación de sus resoluciones institucionales de la manera que inmediatamente se comentará. En tal sentido ni las proposiciones lituanas ni las iniciativas occidentales de propiciar una salida negociada a la declaración unilateral de independencia no produjeron avances perceptibles. El Kremlin, en definitiva, ponía en juego una filosofía política –o, quizás mejor, una suerte de lógica de Estado– que no era otra que la que expresó, abrumadoramente,[289] el III Congreso Extraordinario de los Diputados del Pueblo de la URSS que no le otorgaba «ninguna validez legal» ya que, a su entender,«el decreto unilateral del Soviet Supremo de la RSS de Lituania viola los artículos 74 y 75 de la Constitución de la URSS». Los diputados soviéticos expresaban, por otra parte, que mientras se

redactaban los procedimientos legales para regular los eventuales derechos de secesión de las repúblicas soviéticas, las diferentes autoridades de la Unión deberían encargarse de la protección de los derechos de los habitantes de Lituania y de los derechos e intereses de la URSS y de las repúblicas federadas. En consecuencia ordenaban a los –ya de hecho inexistentes– «órganos de poder de la RSS de Lituania tomen las medidas para asegurar la ley y el orden de la república».[290]

Tres días más tarde, el 18 de marzo de 1990, el Consejo Supremo lituano comunicaba a Gorbachov en primer término que «la decisión del Congreso [de la URSS] [considerando] que los Decretos adoptados por el Consejo Suprémo de la República de Lituania son inválidos no tienen base legal» y que

> los Derechos Humanos en Lituania están garantizados por las leyes de la república de Lituania a través de las prácticas y acuerdos internacionales universalmente aceptados, y están garantizados por el gobierno y los tribunales de la república de Lituania. Los intereses legítimos de la URSS en Lituania deberán ser definidos a través de negociaciones y recibirán la mayor consideración por parte de la república de Lituania.

Por último Landsbergis aseguraba a Gorbachov que «el Estado lituano adopta las medidas necesarias a fin de asegurar que la ley y el orden se mantenga en el territorio de la república de Lituania».[291]

A la vista de este primer –pero en muchos sentidos definitivo– duelo dialéctico, no será necesario insistir en la irreductible dualidad que preside *ab initio* las tormentosas relaciones de *ni paz ni guerra* establecidas entre las autoridades lituanas y soviéticas durante la corta pero angustiosa etapa que transcurre entre marzo de 1990 y julio de 1991. Como ha señalado Lesage la oposición de principios entre unos y otros apareció como total ya que, contrariamente a la situación letona o estonia –donde el conflicto se establece dentro de un mismo orden jurídico– la oposición entre Lituania y la URSS se revela como un conflicto entre dos órdenes jurídicos diferentes, entre dos poderes distintos que mutuamente se oponen. El uno, representado por las autoridades soviéticas que cuentan, además, con aliados locales. Del otro lado, las de la república de Lituania. Ni

unas ni otras controlan completamente los resortes del poder (político), que se encarna en instituciones frecuentemente divididas.[292]

En todo caso, y ante el carácter que tomó la situación lituana, las autoridades soviéticas dieron pronto muestra inequívoca de que no pensaban hacer dejación de su autoridad. Aunque Chevarnazdé anunciaba a su colega norteamericano James Baker que su gobierno excluía completamente soluciones de fuerza,[293] el primer ministro de la URSS Nikolai Ryzkhov anunciaba paralelamente una serie de decisiones estratégicas destinadas a mantener bajo control soviético los centros neurálgicos del poder en Lituania. En ese sentido Ryzkhov disponía que todas las instalaciones industriales de titularidad estatal se consideraban propiedad de la URSS y fuera del ámbito jurisdiccional de las autoridades lituanas. El gobierno soviético dio también instrucciones a sus fuerzas de seguridad para proteger las centrales nucleares y otras instalaciones consideradas «vitales». Las disposiciones gubernamentales soviéticas aseguraban así mismo el eficaz control de fronteras y aduanas, de los transportes y medios de comunicación terrestres aéreos y navales considerados federales y, en fin, se aseguraba tanto la unidad del comercio exterior soviético como los sistemas financieros y crediticios de la URSS.[294]

Las disposiciones aludidas implicaron un reforzamiento de los dispositivos soviéticos de seguridad –como el envío de numerosas unidades de paracaidistas– pero también el establecimiento de milicias civiles con brazaletes rojos, los *droujniks*,integradas por prosoviéticos. Las consecuencias de este despliegue soviético en territorio lituano no fueron otras que la proliferación de incidentes que seguramente deben interpretarse como una estrategia de la tensión concebida por las autoridades militares soviéticas. Las apelaciones lituanas a lo que la primera ministra Kazimiera Prunskiené denominaba «actos ilegales de las fuerzas armadas de la URSS»[295] *(unlawful actions of the military forces of the U SSR)*y los continuos llamamientos lituanos al diálogo entre las partes no fueron en ningún caso atendidos.[296] En el mismo sentido, aunque

especificando ciertas acciones realizadas por las guarniciones soviéticas –tales como la ocupación de edificios, «la utilización de tecnología militar para acciones de propaganda de ciertos círculos políticos», etc.– la primera ministra se dirigió también al mariscal Dimitry Yazov, ministro soviético de Defensa, a quien manifestó «el agravamiento de la situación en Lituania y la nula disposición al diálogo del general Batekthin, máxima autoridad militar de la zona.[297] Dicha nota tampoco obtuvo respuesta alguna.

El silencio soviético a los repetidos llamamientos al diálogo y a la negociación de las autoridades lituanas constituye una muestra concluyente de una realidad que ya ha sido anteriormente enunciada: la mutua instalación en órdenes jurídicos y políticos distintos, los que derivaban de la Constitución soviética de un lado, y el que provenía, por el contrario, de una concepción soberana del pueblo lituano. Dos líneas paralelas destinadas a un perpetuo desencuentro. Descartada en principio –sobretodo en razón de un contexto internacional altamente desfavorable– una intervención militar directa, el Kremlin procedía en cualquier caso a extremar la estrategia de la tensión. El 14 de abril de 1990 Gorbachov y su primer ministro Ryzkhov dirigieron un extenso telegrama al Parlamento y al Gobierno lituanos que constituía un rotundo ultimátum:

> Si dentro de dos días el Soviet Supremo y el Consejo de Ministros de la RSS de Lituania no revocan las decisiones mencionadas [el conjunto de disposiciones consideradas ilegales] se ordenará suspender la entrega a la RSS de Lituania por parte de otras repúblicas de la Unión del tipo de producción que se vende en el mercado extranjero en divisas convertibles. Estamos en contra de estas medidas –aseguraban Gorbachov y Ryzkhov-pero esto depende ahora completamente de las autoridades de la RSS de Lituania. Afirmamos de nuevo –concluían los máximos dirigentes soviéticos– que esperamos del Soviet Supremo y del Consejo de Ministros de la RSS de Lituania que adopten los decretos que restablezcan la situación de la república tal como era el 10 de marzo de 1990. Ello permitirá la discusión inmediata de una cuestión tan compleja.[298]

A través de un conjunto de documentos elaborado con celeridad por el Parlamento y el Gobierno lituanos[299] es posible conocer con cierta precisión la posición de las autoridades de la república ante el ultimátum soviético. Vilnius se comprometía a no adoptar nuevas disposiciones legales que, de una u otra forma, pudiesen contribuir a dificultar las relaciones con Moscú, al tiempo que se invitaba al Kremlin a la no utilización de medidas coercitivas contra Lituania, y designaba a la vez una delegación negociadora investida de plenos poderes, liderada por el vicepresidente del Parlamento Bronius Zuzmickas. Ninguno de tales documentos, sin embargo, mencionaba la menor intención de retrotraer el estatus de la República –como exigían los soviéticos– al día anterior a la proclamación unilateral de la independencia.

El bloqueo económico soviético contra Lituania se inició efectivamente el 18 de abril de 1990 y afectó fundamentalmente a productos esenciales para la economía lituana y especialmente a las fuerzas de energía vitales para su industria: el petróleo destinado a la refinería lituana de Mazikiai, el gas natural proveniente de Bielorrusia, el carbón y la electricidad. El dogal soviético comenzaba a ajustarse en torno de la frágil garganta lituana.

Alberto Ronchey, un prestigioso escritor posteriormente ministro italiano de Cultura, puso de relieve algunos meses más tarde, con singular agudeza, las paradójicas contradicciones de la política del Kremlin

> En primer término –señalaba Ronchey– el gobierno soviético ha reaccionado al desgarrón de Vilnius mandando los tanques de Varannikov a ocupar la plaza. La operación, se precisaba, era completamente legítima porque Moscú no reconocía la declaración de independencia y en consecuencia Lituania debía considerarse territorio de la URSS. Sin embargo posteriormente decretaba el embargo económico contra los lituanos, una sanción aplicada en la práctica internacional contra los gobiernos extranjeros. No había ocurrido nunca que un Estado decretase sanciones económicas en su interior, contra una provincia suya. Para los carros de combate Lituania era una provincia de la URSS, pero para los oleoductos y gaseoductos era un Estado extranjero.[300]

En todo caso la paradójica situación diagnosticada por el comentarista de *La Repubblica* era solamente una más de las que concurrían en el abigarrado escenario nacionalitario soviético. La desesperada *tomnée* diplomática emprendida por la primera ministra Prunskiené por Europa, Estados Unidos y Canadá, intentando recabar un balón de oxígeno tangible para la comatosa economía lituana, únicamente pudo concitar benévolas declaraciones de intenciones y solidaridades de carácter moral. Las potencias occidentales, en definitiva, ni otorgaron las ayudas económicas de urgencia solicitadas por Lituania, ni ralentizaron las negociaciones en curso con la Unión Soviética. Desde el punto de vista diplomático tampoco se obtuvieron mejores resultados. Aunque ni los Estados Unidos, ni el Reino Unido, ni Francia no habían reconocido nunca *de jure* la anexión soviética sobre Lituania –ni sobre los demás países bálticos– tampoco este hecho se tradujo en un reconocimiento oficial de la nueva república de Lituania. Resultó obvio que la estabilidad de la URSS de *laperestroika* –la pacífica conclusión de la guerra fría, en definitivano iba a ser puesta en cuestión por problemas tangenciales.

Una nueva paradoja a añadir a las anteriores: la solidaridad con Lituania –una solidaridad en ciertos casos no solamente moral sino también efectivase hizo patente en cambio en el interior de la URSS y en determinadas naciones del antiguo Pacto de Varsovia. Pese a las divergencias estratégicas ya conocidas, el agravamiento de la crisis lituana estimuló el acuerdo y la cooperación entre los tres países bálticos. Sus presidentes, reunidos en Tallinn en mayo de 1990, reconstituyeron el Consejo Báltico desaparecido de forma traumática en 1940 por la anexión soviética. En su reunión en la ciudad letona de Jurmala, en septiembre del mismo año, Landsbergis, Rüütel y Gorbunovs acordaron, entre otros puntos, que

> los representantes legítimos de los tres Estados bálticos no participan en la preparación del Tratado de la Unión de la URSS y son de la opinión que no pueden participar en ese proceso en el futuro»

y que

> todos los tratados entre los Estados bálticos y la URSS, las repúblicas de la Unión u otros Estados solamente pueden ser decididos de acuerdo con las previsiones señaladas en las leyes de restauración de la independencia adoptadas por los Parlamentos de nuestros Estados.[301]

Fuera de la región báltica, en el área eslava más próxima, el *Ruhk* ucraniano y el Frente Popular de Bielorrusia organizaron manifestaciones de apoyo en favor de Lituania que adquieren, sobre todo por lo que concierne a esta última república, un especial significado ya que el Presidium del Soviet Supremo bielorruso hacía pública su intención de reclamar a Lituania –en el caso de una secesión efectiva– los territorios cedidos en agosto de 1940. El Presidium bielorruso declaraba en este sentido que

> todos aquellos que desean volver a los términos de la Constitución [lituana] del 12 de mayo de 1938, deberían saber que de hecho en 1938 el territorio de la República lituana era muy distinto del actual.[302]

También hay que señalar en el mismo sentido el carácter de la posición del nuevo gobierno polaco de Tadeusz Mazowiecki que comenzó a proporcionar materias primas a Lituania[303] pese a las tensiones existentes entre Vilnius y la importante minoría polaca. El nuevo presidente checoslovaco Vaclav Havel, cuya temprana correspondencia con Landsbergis adquiría un sentido políticamente inequívoco,[304] se convirtió en uno de los puntales de la acción exterior lituana.

En el interior de la Unión Soviética, además de los casos ya aducidos, la solidaridad con los lituanos fue extraordinariamente variada y pudo constatarse, incluso, en áreas muy alejadas de la región báltica tales como el Cáucaso –donde los partidos políticos azerbaijanos se mostraron dispuestos a «contribuir al rescate»– o, incluso, en el lejano Uzbekistán donde el Birlik se mo-vilizó activamente.[305] Pero en todo caso es en la propia Rusia-centro esencial del poder soviético, sea cual sea la óptica que se adopte– donde pueden hallarse las repercusiones más decisivas. Nos hemos de referir a ellas con posterioridad y con mayor detenimiento ya que se hicieron especialmente ostensibles tras los graves acontecimientos de Vilnius y Riga en enero de 1991. Aún así no

pueden pasar desapercibidas –en lo que tienen de anticipación– las actitudes de Gavril Popov y de Anatoli Sobtchak, alcaldes respectivamente de Moscú y Leningrado. El primero de ellos anunció el 31 de mayo de 1990 su intención de restablecer relaciones comerciales directas con Lituania, lo que obviamente rompía el espíritu del boicot económico decretado por las autoridades de la URSS. El segundo, por su parte, iniciaba el 26 de junio del mismo año negociaciones política y económicas con Estonia. En este horizonte Boris Yeltsin, flamante presidente de la RSFSR, anunciaba su intención de concluir un tratado de cooperatión entre Rusia y los Estados bálticos.[306]

De una u otra forma un hecho aparece fuera de toda duda: la independencia lituana –y con ella la cuestión báltica en su conjunto– habían dejado de ser materia doméstica de la Unión Soviética para convertirse en un problema internacional y no precisamente menor. En ese sentido hay que considerar la carta que el presidente francés François Mitterrand y el canciller alemán Helmut Kohl dirigían el 26 de abril de 1990 a Vytautas Landsbergis en la que le expresaban su inquietud compartida por la evolución de Lituania, reconocían que el pueblo lituano «ha manifestado sin equívoco su voluntad de ejercer su derecho a la independencia»[307] y le expresaban su deseo –conscientes de la complejidad de la situación-

> de que se inicien con la mayor rapidez conversaciones entre las autoridades soviéticas y usted mismo a fin de que la crisis actual desemboque en una situación aceptable para todas las partes».

A este efecto Mitterrand y Kohl sugerían al presidente lituano

> para facilitar la apertura de las negociaciones, el suspender durante un tiempo el efecto de las decisiones adoptadas por vuestro Parlamento, las cuales no perderían nada de su valor ya que están basadas sobre un principio universalmente admitido: el principio de la autodeterminación de los pueblos.

La carta Mitterrand/Kohl representa la consagración de un extremo enunciado *supra:*el de la internacionalización de la cuestión lituana. En un análisis de urgencia Carrère d'Encausse observaba que

> Mitterrand y Khol han retomado por su cuenta y prácticamente en los mismos términos la posición que Gorbachov había adoptado estos últimos días, donde se pedía a los lituanos el poner entre paréntesis la práctica de la independencia. Pero también observo –señalaba– la habilidad del presidente Landsbergis que se ha felicitado inmediatamente de tal iniciativa. Se comprende. Al aceptar una mediación franco-alemana, ha hecho reconocer implícitamente al mundo entero que el problema lituano es de orden internacional y ya no interno. Para él se trata de una especie de reconocimiento por otras vías de esta independencia lituana reinstalada.[308]

En efecto, en su respuesta a Mitterrand y Kohl –que se efectuaba por cartas separadas, aunque con idéntico texto– Landsbergis señaló que

> Lituania tiene el mismo deseo. Con la búsqueda de un diálogo confirmamos que es posible la negociación sobre todas las cuestiones, con la excepción de la independencia del Estado de Lituania reestablecida el 11 de marzo de 1990. Confiando que Francia y la República Federal de Alemania, como otras democracias occidentales defiendan la democracia de Lituania, les rogamos transmitan al gobierno de la Unión Soviética nuestra disposición a discutir la idea de una suspensión temporal de aquellas consecuencias de los decretos adaptados por el Parlamento soberano de la república de Lituania que presenten el mayor obstáculo al gobierno de la Unión Soviética.[309]

Un análisis riguroso del intercambio de cartas entre Mitterrand/Kohl y Landsbergis no conduce, en todo caso, a conclusiones tan optimistas para la parte lituana como las expresadas por Carrère dTincausse. De la literalidad del texto franco-alemán no pueden colegirse, en modo alguno, su carácter mediador. El presidente francés y el canciller federal se limitaban a sugerir posiciones de prudencia y de distensión a los protagonistas –con quienes sin duda mantenían fluidos contactos–[310] pero sin hacer ningún tipo de ofertas de mediación. Es, por el contrario, la carta de respuesta de Landsbergis la que implícitamente las sugiere al expresar su esperanza de que las potencias de-mocráticas occidentales defiendan *(support)* la democracia en Lituania. De una u otra forma la aceptación por parte del presidente lituano de la moratoria indicada por la iniciativa Mitterrand/Kohl a los efectos de la

declaración de independencia, sí que contribuyó a internacionalizar definitivamente la cuestión.

Aislado de hecho de las potencias occidentales –que priorizaban claramente la estabilidad del escenario mundial y que no deseaban tampoco comprometer la continuidad política del propio Gorbachov, amenazada ya por el involucionismo de los ortodoxos– Landsbergis no estaba en condiciones de ignorar la invitación franco-alemana.

En cualquier caso el Parlamento lituano decidió –en una votación no precisamente unánime–[311]

> suspender durante el período oficial de las negociaciones entre los dos Estados, los actos legales y las decisiones que se derivan de la aplicación de las leyes de 11 de marzo de 1990.[312]

Sin embargo dicha decisión tampoco se correspondía con las expectativas soviéticas. El 23 de mayo –según la crónica del corresponsal en Moscú de la agencia lituana ELTA–, y durante el transcurso de una sesión regular del Soviet Supremo soviético, Gorbachov recibía en su despacho del Kremlin al representante del gobierno lituano en Moscú Egidius Bickauskas y le comunicaba su disposición a iniciar negociaciones con Lituania, con la sola condición de que el Acta de 11 de marzo fuese suspendida *(only on condition that the Act of ll March be suspended)*[313] La conversación entre Gorbachov y Bickauskas tenía lugar, según precisaba el corresponsal de ELTA, exactamente entre las 2.07 y las 2.50 p.m. «Gorbachov subrayó que el término era suspender, no revocar», *(the term was suspend, not torevoke)*. Gorbachov, en último extremo, consideraba inaceptable *(found unacceptable)*la resolución adoptada ayer (el 23 de marzo) por el Consejo Supremo de la República de Lituania de suspender las acciones y decisiones derivadas de la resolución sobre el acta de 11 de marzo que el propio Bickauskas le había entregado durante la entrevista.[314]

Pese a que a la vista de los hechos referidos –siempre a la luz de las fuentes lituanas– podría colegirse que el Kremlin objetivaba por primera vez sus propias posiciones, tal conclusión sería engañosa. Es cierto, sin embargo, que a partir de finales de mayo de 1990, coincidiendo en efecto con las precisiones ofrecidas por Gorbachov a

Bickaukas, se asiste a una cierta aceleración de los contactos bilaterales, e incluso multilaterales, lituano-soviéticos (o báltico-soviéticos) sumidos desde muchos meses antes en un profundo *impasse*.Entre los que se hicieron públicos puede constatarse la entrevista mantenida por los tres presidentes bálticos (Rüütel, Gorbunovs y Landsbergis) con Gorba chov y Riyzkhov, el 12 de junio, sin que el escueto comunicado de la agencia ELTA permita precisar los temas abordados. ELTA señalaba únicamente que el objeto de la reunión era intercambiar puntos de vista sobre las relaciones entre las nacionalidades, y que el encuentro se prolongó algo más de una hora.[315]

La citada entrevista significó un pórtico; a los contactos bilaterales lituanosoviéticos ulteriores del mes de junio dirigidos

> a especificar los términos y las precondiciones para la normalización de las relaciones económicas entre Lituania y la URSS en la perspectiva de la consolidación de la dignidad de Estado de la república de Lituania» *[on the consolidation of the statehood of the Republic of Lithuania)*.[316]

En tal contexto se realizaban el 13 de junio las entrevistas entre Kazimiera Prunskiené y Algirdas Brazauskas por el lado lituano, y Nikolai Ryzkhov y Anatoly Lukianov por el soviético. El 25 de junio, Vytautas Landsbergis viajaba a Moscú para entrevistarse al día siguiente con Mijail Gorbachov.[317] Una última reunión bilateral documentada tenía lugar el 27 de junio en Moscú. En ella se reunían de nuevo Landsbergis y Prunskiené con Gorbachov.

Como consecuencia de los contactos enumerados, y previsiblemente con aquiescencia de la cúpula del Kremlin, el gobierno lituano varió ostensiblemente su estrategia al invalidar su propio decreto de 23 de mayo de 1990 por el que se suspendían los actos legales y las decisiones derivadas del restablecimiento de la independencia.[318] El mismo dia, el Consejo Supremo lituano decidía –asumiendo una óptica más acorde con la expresada por Gorbachov– «una moratoria de 100 días sobre la Ley de Restablecimiento de un Estado Independiente de Lituania». En todo caso el Parlamento lituano se reservaba la posibilidad de prolongar o revocar la moratoria de manera unilateral. La moratoria, en último

extremo, quedaría automáticamente anulada por la eventual ruptura de las negociaciones.[319]

Durante el último semestre de 1990 se constataba en el escenario soviético una paradójica situación. De un lado, se asistía a una aparente desescalada del conflicto lituano-soviético, sin duda el más acuciante, desde el punto de vista de la opinión pública internacional, de todos los contenciosos nacionalitarios surgidos en el seno de la URSS. Tras la moratoria lituana se iniciaba un despliegue diplomático por ambas partes a fin de establecer el adecuado marco negociador. El 9 de julio el presidente Gorbachov estableció por parte soviética la composición de una amplia comisión negociadora de 22 miembros, encabezada por el primer ministro Nikolai Ivanovich Ryzkhov.[320] La metodología lituana fue más compleja. El 8 de agosto el Presidium del Consejo Supremo estructuro nueve grupos de expertos, procedentes del ejecutivó y el legislativo, en otras tantas materias: cuestiones jurídicas; económicas; de derechos civiles; referentes al estatus (en Lituania) de las fuerzas militares soviéticas; sobre el control de fronteras del Estado; de relaciones políticas y diplomáticas (bilaterales); de comunicaciones, transportes y energía; de cultura y de finanzas. 102 personas constituyeron el equipo lituano de expertos,[321] aunque la delegación política propiamente dicha estuvo integrada únicamente por ocho personas, a la cabeza de las cuales se encontraba el propio presidente Landsbergis.[322] En el decreto que regulaba la composición de la delegación se estipuló, además, que representantes estonios y letones podrían ser incluidos como observadores.

El 2 de octubre se reunían en Moscú las dos delegaciones en un encuentro que, si bien se consideraba por ambas partes como exploratorio y preliminar,[323] también se entendía –para utilizar el vocabulario de *Le Monde*– como un «inicio de diálogo oficial entre el Kremlin y Vilnius».[324]

Si se optara por una óptica de análisis restringida a una visión puramente diplomática de los hechos, habría que convenir en que con tales antecedentes se había alcanzado una cierta estabilidad y

un cierto progreso en la reconducción de las tormentosas relaciones soviético-lituanas; tras la declaración unilateral de independencia. Sin embargo desde una perspectiva más global de los procesos sociopolíticos internos de la Unión Soviética, las conclusiones serían sin duda más cautas. Se trataba, en último extremo, de procesos extraordinariamente complejos, que transcurren en niveles y planos muy distintos pero que, en definitiva, denotan un doble, o quizás un triple, fracaso de la política centrista encarnada por Mijail Gorbachov.

En tal sentido habrá que considerar, en primer lugar, la situación cada vez más crítica de la economía soviética que, aunque ya plenamente tangible en 1989, se agravó considerablemente a lo largo de 1990. El latente desajuste del sistema económico tradicional soviético, patente desde los últimos años de la era Breznev, acentuado ostensiblemente en los años posteriores, tenía en 1990 su punto de inflexión, tras la probada ineficacia de las primeras reformás parciales ensayadas por los equipos económicos de Gorbachov a partir de 1986. Desde 1989 se asistía a un claro deterioro económico. El sistema evolucionó desde la tradicional estagnación a la más estricta decadencia: patente crecimiento negativo del PNB y de la inversión bruta, y una variación igualmente negativa de los salarios reales. Los indicadores macroeconómicos constataban, al mismo tiempo, una elevada tasa de crecimiento de la masa monetaria, un aumento altamente preocupante del déficit presupuestario y, en fin, una brutal alza de los precios. Todo ello rompía los esquemas habituales de vida del ciudadano soviético e hizo emerger por primera vez en su horizonte cotidiano el espectro del paro y de una pauperización acelerada.[325]

La acelerada quiebra de los rígidos mecanismos de la economía planificada soviética, la aparición en las repúblicas federadas –y también, en ocasiones, en las repúblicas autónomas– de nuevas autoridades investidas de legitimidad popular, contribuyeron no poco a acentuar el caos de la economía de la Unión, donde no sólo proliferaron planes «de transición» muchas veces contra-dictorios, sino que los propios planes auspiciados por el Kremlin –el de los «500 días» de Chatalin– se debatían entre las directrices radicales de

los expertos y las consideraciones más moderadas de los responsables políticos.[326]

El acelerado colapso de la economía soviética, por otra parte, estimuló un fenómeno inédito en la URSS desde la consolidación del régimen soviético: la aparición de un fuerte movimiento huelguístico que afectó especialmente a producciones estratégicas del sector de la energía (petróleo, gas, carbón). Todos estos factores, y sin duda muchos más que no pueden especificarse aquí y ahora, están en la base de la caída de la producción industrial –atrapada entre la penuria energética y una tecnología frecuentemente obsoleta– y la acelerada paralización de las redes de transportes internos que incidieron gravemente en la distribución de productos agrícolas esenciales.[327] En último extremo, como ha comentado Crosnier, cuando en los inicios del invierno de l990 Gorbachov solicitaba ayuda alimentaria a los países occidentales, lo que resultaba realmente más grave no era tanto el grado de penuria existente en la URSS –que, en todo caso, no amenazó nunca una hambruna generalizada– sino el sentimiento de impotencia de un equipo dirigente respecto de una situación sobre la que había perdido el control.[328]

En ese contexto se asiste en Moscú, desde el verano de 1990, a un doble fenómeno político no tan contradictorio como podría parecer en una primera lectura. Por una parte, la aparición de una tendencia a la concentración de poder –es decir, a nuevas formas de centralización– tendentes a otorgar prerrogativas crecientes a Mijail Gorbachov, y que acentuaban el carácter presidencialista del régimen soviético.[329] Para ello Gorbachov «estaba condenado a apoyarse cada vez más sobre los dos únicos pilares que parecen obedecer todavía sus órdenes: el ejército y las fuerzas de seguridad».[330] En todo caso el líder soviético –que, otra paradoja más, arrostraba una considerable pérdida de prestigio en el interior de la Unión en el momento en que lo consolidaba en el exterior con la obtención del Premio Nobel de la Paz– intentó proseguir una vía teóricamente «centrista»: a su entender la Unión Soviética no podía pasar de un extremo a otro: «de un poder central fuerte y potente, a uno que se asemeja auna ameba»,[331] como expresó gráficamente el

propio Gorbachov en un discurso dirigido al Comité Central del PCUS.

Intentar mantenerse, sin embargo, en un teórico fiel de la balanza en el complejo mundo de la política soviética, se reveló día tras día como una estricta ilusión. De hecho Gorbachov se alejó cada vez más de su propio equipo reformista, fragmentado y dividido, que solamente un lustro atrás había acuñado los conocidos fundamentos del nuevo pensamiento. Si el alejamiento de personalidades relevantes como Chatalin o Petrakov representaron ya unos primeros indicios suficientemente indicativos, la inesperada dimisión pública de Chavardnazdé, realizada en circunstancias que pueden ser calificadas de dramáticas, implicó una inflexión política definitiva para la *perestroika*. El 20 de diciembre de 1990, ante el Congreso de los Diputados del Pueblo de la URSS, y en presencia del propio Gorbachov, Chevardnazdé anunciaba «la declaración más breve y penosa de [su] vida».

> Camaradas demócratas –declaró– os habéis dispersado… Los reformadores se han desperdigado. Una dictadura se prepara, yo lo declaro con toda responsabilidad. Nadie sabe qué será esta dictadura, qué dictador vendrá y qué régimen será instaurado. Dimito. Y que ello sea mi contribución personal o, si queréis, mi protesta contra la dictadura. Expreso mi profundo reconocimiento a Mijail Gorbachov. Soy su amigo, su compañero de ideas, he sostenido siempre y sostendré hasta el fin de mis días las ideas de la *perestroika*, de la renovación y de la transformación. Hemos llevado a cabo una obra inmensa en la arena internacional. Pero creo que dimitir es mi deber de hombre, de ciudadano y de comunista. No puedo aceptar las cosas que están pasando en nuestro país, ni las pruebas que esperan a nuestro pueblo. Pero creo que la dictadura no pasará, que el futuro pertenece a la democracia y a la libertad.[332]

El Congreso de los Diputados del Pueblo de la URSS escuchó «estupefacto» –éste es el calificativo escogido por el corresponsal de *Le Monde*– mientras que Gorbachov se declaraba «herido» por la intervención de su hasta entonces íntimo colaborador, que actuó «sin haber consultado al presidente» quién, su vez, revelaba también en aquel mismo instante que «tenía la intención de proponer su candidatura a la vicepresidencia». Gorbachov, en todo

caso, reconoció igualmente que la situación soviética exigía «medidas urgentes, inmediatas, a fin de reponer el orden, de reforzar la disciplina» aunque –aseguraba– «no se trata en ningún caso de una dictadura, sino de un poder fuerte. No hay que confundir estas dos nociones. En tanto que presidente –aseguró– no dispongo de información –y mis informaciones son muy vastas– que confirmen que alguien nos esté preparando una junta o una dictadura de este tipo».[333]

De una u otra forma, las presiones sobre el presidente soviético se acentuaban, y en un grado muy elevado. Coetáneamente a los hechos a los que acaba de hacerse referencia –que en todo caso revelan el tipo de tensiones patentes en el seno del PCUS– cuatro altos jefes militares (el jefe del Estado Mayor general Mijail Moiseev, el viceministro de Defensa general Valentin Varennikov, el jefe de las tropas del ministerio del Interior general Yuri Shatalin, y el presidente de la Unión de Veteranos mariscal Viktor Kulikov) pedían públicamente la proclamación del estado de excepción para combatir el separatisme «en las zonas más conflictivas del país». No es un hecho irrelevante que a ellos se sumase el Patriarca de la iglesia ortodoxa rusa Alexei II.[334]

Para la opinión pública occidental, que había sostenido largamente el depósito histórico del reformismo encarnado por Gorbachov, el «rey» comenzaba a mostrarse «desnudo», para utilizar el significativo título de un editorial de Le *Monde:*el presidente soviético se estaba convirtiendo en un «prisionero de los adversarios de esa misma *perestroika»*.[335]

* * *

El escenario que acaba de dibujarse tiene mucho que ver con la evolución de la crisis báltica, y de su expresión más aguda, la cuestión lituana. En torno a ella –y alrededor también de otros fenómenos nacionalitarios emergentes, especialmente en el área caucásica y en Ucrania que se analizan en otros capítulos–

cristalizaron diversos factores que están en la base de la reacción protagonizada por los núcleos más duros de la *nomenklatura* del PCUS y, también, de influyentes sectores de las fuerzas armadas soviéticas y, en definitiva, del poderoso *lobby* militar-industrial. La presencia del máximo representante de la iglesia ortodoxa rusa en tal plataforma muestra hasta qué punto las fuerzas sociológicas del nacionalismo ruso ancestral, podían colaborar políticamente con los restos del «socialismo realmente existente» para tratar de salvaguardar la geografía del poder: la del imperio también «realmente existente».

En esta perspectiva, el aparente grado de aproximación soviético-báltico –o, si se quiere, soviético-lituano– que podía constatarse teóricamente a finales del verano de 1990, no podía obedecer sino a una estrategia del Kremlin: la de ganar tiempo, tratando de dilatar la adopción de medidas de fuerza que, además de crispar todavía más la delicada situación interna, podía hipotecar completamente el ya declinante prestigio internacional del equipo gobernante.

Es por todo ello que no va a relacionarse aquí la larga peripecia –por otra parte abundantemente reflejada en el *survey* lituano tan generosamente citado *supra*– de los contactos preliminares tendentes a establecer las bases de una imposible negociación. En todo caso un documento soviético de singular contenido político –el «Memorial dirigido a los comunistas, al pueblo de Lituania»– del Politburó del CC del PCUS, fechado en Moscú el 15 de septiembre de 1990, trasluce el pensamiento real de la cúpula dirigente soviética.[336] En este caso la fecha del texto representa un dato básico, ya que antecede en 17 días a la primera reunión Ryzkhov/Landsbergis que, teóricamente, implicaba el pistoletazo inicial de las pre-negociaciones consideradas ya oficiales.

El memorial del Politburó convertía de hecho en papel mojado las expectativas negociadoras en curso, tan laboriosamente preparadas, al reafirmarse en la perspectiva tradicional soviética, es decir, que la única solución a contemplar para la remodelación de las relaciones nacionalitarias en la URSS deberían derivarse obligatoriamente del nuevo marco a crear en el futuro: el Tratado de la Unión. Más aún,

el Politburó apostaba sin la menor vacilación por el sector más beligerante –y al mismo tiempo el más conservador– del escenario político lituano: el representado por la irreductible minoría comunista ortodoxa y por los intereses de la población rusófona de Lituania. De hecho, el memorial del Politburó soviético no sólo se convirtió en un elemento paralizador de un proceso negociador solamente existente en las esferas de la ficción de las dilatadas reuniones preparatorias, sino que también se trocó en un factor legitimador de la –en expresión de Landsbergis– «quinta columna» prosoviética.[337]

En todo caso los últimos meses de 1990 transcurren en una atmósfera singular: en una dialéctica enmarcada en la falta de «progresos noticiables» en las negociaciones –como señalaba Landsbergis a Ryzkhov en un telegrama del 3 de diciembre–[338] y la aceleración de la estrategia de la tensión dibujada por la «quinta columna», es decir, por Edinstvo, el «frente internacionalista» que cristaliza la oposición prosoviética en Lituania: una activa plataforma con organizaciones homólogas establecida también en Estonia y Letonia, y cuyo centro neurálgico radicaba en Riga.

No vamos a pormenorizar aquí y ahora el *crescendo* patente de la estrategia de la tensión desarrollada por Edinstvo que se acentuó a partir de 1990. No se trata, en cualquier caso, de acciones espontáneas, como reveló poco tiempo después la diputada rusa Tatiana Frolova, sino planificada por sectores del PCUS y por oficiales del ejército soviético.[339] Pero sí será necesario subrayar que la aceleración de las tensiones internas –la agitación callejera desatada en Vilnius por los prosoviéticos– se produjo en un contexto internacional al mismo tiempo lejano y singular: el de la crisis de Kuwait. La crisis de Kuwait monopolizó de hecho la atención de la opinión pública mundial y de las cancillerías occidentales y encubrió considerablemente la extrema crispación de la política interior soviética, donde al enfrentamiento abierto entre conservadores y reformadores, entre nacionalistas periféricos y centralistas, hay que añadir la negativa del nuevo presidente ruso Boris Yeltsin a secundar el plan presupuestario soviético elaborado por el gabinete Gorbachov. A todo ello deberá igualmente añadirse el estallido de las

contradicciones internas en el seno del propio gobierno lituano que cristalizó en la dimisión de la primera ministra Kazimiera Prunskiené. Con el alejamiento de los centros de decisión lituanos de Prunskiené –a quien cierta prensa occidental había atribuido erróneamente un férreo perfil *thatcheriano*–[340] y de su primer vicepresidente Algirdas Brazauskas, la distancia política entre Vilnius y Moscú se acentuaba.

La cronología de los sucesos de Vilnius –y paralelamente de Riga– se inició con los intentos de Edinstvo de asaltar el edificio del Parlamento lituano, defendido por las fuerzas de orden público de la República, y ante el que se sucedieron violentos enfrentamientos entre nacionalistas y prosoviéticos. Dos días antes, el 7 de enero de 1991, el mariscal Iázov anunciaba el envío de paracaidistas soviéticos a la región, con el pretexto de hacer cumplir las leyes de reclutamiento a los numerosos desertores de origen báltico.[341]

En una atmósfera de extraordinaria tensión, en la que miles de ciudadanos –enarbolando banderas lituanas y entonando himnos patrióticos– custodiaron día y noche el edificio del Parlamento, Mijail Gorbachov dirigía un largo telegrama al –en el vocabulario del Kremlin– «Soviet Supremo de la RSS de Lituania» en el que denunciaba

> las flagrantes violaciones y desviaciones [lituanas] de la Constitución de la URSS y [de la Constitución] de la RSS de Lituania» que, a su juicio, conducían al «restablecimiento de un régimen y de un sistema burgués». «El Soviet Supremo de la República es responsable de ello –señalaba Gorbachov en un insólito lenguaje–, son responsables los que ignoran las leyes constitucionales, los decretos del Soviet Supremo de la URSS y del Congreso de los Diputados del Pueblo de la URSS y los decretos y llamamientos del Presidente de la URSS».

El inequívoco mensaje de Gorbachov concluía con un escasamente velado ultimátum:

> Propongo al Soviet Supremo de la República restablecer inmediata y completamente la validez de la Constitución de la URSS, y revocar las leyes anticonstitucionales anteriormente adoptadas.[342]

El 11 de enero, en una espectacular operación militar, tropas del ejército soviético y «boinas negras» del ministerio del Interior,

flanqueadas por carros de combate y vehículos acorazados, ocupaban al asalto la Casa de la Prensa de Vilnius y las dependencias de la Defensa lituana, con un saldo de tres heridos.

Al día siguiente los incidentes sangrientos proliferaron en la capital lituana. Mientras el Comité de Salvación Nacional pro-soviético anunciaba su disposición a hacerse cargo del poder en Lituania, tropas soviéticas y «boinas negras» bloqueaban las comunicaciones ferroviarias y el aeropuerto de Vilnius, se apoderaban al asalto de edificios de la Defensa y la policía lituanas y destruían diversos puestos fronterizos. En la madrugada del 13 de enero, columnas de blindados soviéticos tomaban la torres de la televisión de Vilnius, mientras tropas de élite disparaban contra la multitud. El saldo inicial, 13 muertos y centenares de heridos. El edificio del Parlamento, entendido por los lituanos como símbolo de su soberanía, se convirtió en una fortaleza protegida por alambradas y sacos terreros, y en el que los voluntarios civiles –desigualmente armados– se aprestaron a combatir. Desde el interior del edificio asediado proliferaron dramáticos llamamientos dirigidos «a los Estados del mundo»,[343] a «los Gobiernos del mundo»[344] y a «los pueblos de la Unión Soviética» ,[345] anunciando que «la URSS ha comenzado una guerra no declarada contra la República de Lituania. El pueblo inocente está agonizando».[346] Mientras tanto el ministro lituano de Asuntos Exteriores, Algirdas Saudargas, tras una fuga «rocambolesca» a través de Bielorrusia, conseguía alcanzar Polonia con la misión de formar, en caso de necesidad, un gobierno en el exilio.[347]

Escasos días más tarde unos hechos sorprendentemente similares se repetían en Riga. Tras unos incidentes preliminares que reproducen muy de cerca los acontecimientos de Vilnius, comandos OMON –las tropas especiales del KGB– atacaban el 20 de enero el edificio del ministerio del Interior de Letonia, con el balance de cuatro muertos y once heridos.

En un análisis de urgencia Carrère d'Encausse escribía que «este asalto [el soviético a Vilnius] es en principio una negación de todo lo que Gorbachov –el reformador– ha dicho después de cinco años».[348]

El juicio expresado por la sovietóloga francesa fue generosamente compartido por la práctica totalidad de los comentaristas occidentales. En tal sentido parece fuera de toda duda considerar que la violencia desatada en Vilnius y Riga por las tropas soviéticas modifico substancialmente la credibilidad prodemocrática del presidente soviético, en la medida en que la Unión Soviética había vuelto a aplicar –si bien de manera controlada– la metodología del terror, en el sentido utilizado por Furet.[349] No va a insistirse aquí en el análisis de la reacción unánime-mente reprobatoria que suscitó en las instituciones europeas (y también en las extraeuropeas) la intervención soviética en la región báltica.[350] En todo caso sobrepasaron el ámbito político para, por primera vez, incidir en el de las medidas económicas. En tal sentido el Parlamento Europeo no sólo condenaba «firmemente» la «agresión militar» soviética, sino que manifestaba su acuerdo con la declaración del Consejo Europeo, por el que la Comunidad «se reserva el derecho a reconsiderar el programa de ayuda financiera y técnica a la Unión Soviética»[351] que en sus primeros capítulos se evaluaba en 500 millones de ecus (600 millones de dólares)[352] Paralelamente Canadá anunciaba su voluntad de anular una nueva línea de créditos y de asistencia técnica a la URSS por un valor de 130 millones de dólares y de establecer una relación directa entre la ayuda canadiense y la continuidad de las reformas soviéticas.[353]

En el artículo anteriormente citado Carrère d'Encausse evocaba la resurrección del viejo escenario «que ha servido después de Lenin a todos los responsables de la URSS, sin excepción», para legitimar la política anexionista del Estado soviético, y que no era otro que la teoría de la «solidaridad de los trabajadores del primer Estado revolucionario del mundo». Carrère d'Encausse veía erigirse –en la región báltica, durante 1991 – similares mecanismos políticos a los que propiciaron la invasión de Finlandia en 1918, o la de Georgia en 1921.

> Todos los elementos del escenario –subrayaba la sovietóloga– están a la vista [ahora]: un régimen, considerado contra-revolucionario, que oprimía a los trabajadores; los «trabajadores» que se constituyen en grupos

> coherentes, después en comités provisionales de gobierno a los que es necesario ayudar; el Ejército Rojo por último que asume el deber de salvar a los trabajadores y de llevarles al poder, y la vinculación directa o no del país así socorrido a Rusia y más tarde a la URSS.[354]

Es cierto que numerosos de los elementos del escenario descrito por Carrère d'Encausse pueden detectarse con toda facilidad tanto en el memorial del Politburó de 15 de septiembre de 1990, como en el telegrama de Gorbachov al Parlamento y al Gobierno lituanos de 10 de enero de 1991. Como lo es igualmente el rol quintacolumnista protagonizado por colectivos como *Edinstvo* o *Interfront*. Sin embargo el escenario báltico de 1991 ofrece también substanciales variables a las evocadas por la politóloga francesa. El primero de ellos, el diferente contexto internacional que hacía imposible actuaciones como las consideradas. La URSS de 1991 era un Estado exangüe, con una economía paralizada, sin la moral prometeica que preveía –en torno a 1920– una inminente revolución mundial. No era tampoco la superpotencia capaz de garantizar por la fuerza de las armas su glacis de defensa como en Budapest o en Praga.

En todo caso la URSS de enero de 1991 era, sobre todo, un mundo en ebullición en el que los seis años de *perestroika* y *glasnost* –auspiciadas por el propio Gorbachov– habían hecho emerger unos procesos políticos, sociales y nacionales, sin duda todavía confusos y contradictorios, pero que en último extremo rechazaban el autoritarismo ancestral del régimen soviético que encarnaban los blindados de Vilnius. El enfrentamiento Yeltsin *versus* Gorbachov puede contemplarse sin duda a través de múltiples lecturas simultáneas –entre las que no hay que excluir obviamente una descarnada lucha por el poder– pero tuvo la virtud de distorsionar el viejo escenario al que se refería Carrère d'Encausse.

El espectacular llamamiento del presidente del Parlamento ruso exhortando a soldados igualmente rusos a no disparar sobre civiles lituanos –un llamamiento a la insubordinación, en definitiva– implicó una opción contra el régimen soviético y transformó, se quiera o no, los viejos escenarios. En este sentido se dirigía Yeltsin a los soldados rusos destacados en Lituania: «Al ejecutar las órdenes de tomar al

asalto las instalaciones civiles [lituanas]… os convertís en una arma entre las manos de las fuerzas negras de la reacción».[355] No parece posible encontrar precedentes de estas actitudes en los viejos escenarios finlandeses o georgianos, ni tampoco en los mucho más próximos de Budapest o Praga. La multitudinaria manifestación moscovita del 20 de enero de 1991 debe enmarcarse en el mismo contexto. Aquel día centenares de miles de ciudadanos rusos se lanzaron a las calles de la capital soviética para acusar a Gorbachov y al PCUS tanto de la represión en Lituania, como de llevar a cabo una política de carácter dictatorial. Frases como «la dictadura no pasará» eran coreadas «de forma impresionante» por la multitud, según testificaba la prensa occidental.[356]

La cuestión lituana –y por extensión la cuestión báltica dejaba de ser, si alguna vez lo había sido–, un contencioso bilateral entre cada una de las repúblicas y el Estado soviético, para convertirse, en la óptica de una parte significativa de los propios ciudadanos rusos, en un *test* sobre las posibilidades de democratización de la URSS. En ese sentido concernía al conjunto de la Unión y se erigía como un problema interior soviético de primer orden. Pero al mismo tiempo, y también por vez primera, la cuestión báltica se consagraba definitivamente –por voluntad expresa de la Federación Rusa– como una cuestión internacional.

El 13 de enero de 1991, a escasas horas de los sangrientos acontecimientos de Vilnius, y como consecuencia directa de ellos, los presidentes bálticos Gorbunovs, Landsbergis y Rüütel, y el presidente ruso Yeltsin, firmaban una Declaración conjunta en Tallinn que implicaba un giro copernicano en las relaciones entre las tres repúblicas bálticas y Rusia y, así mismo, en las relaciones entre todas ellas y el Estado soviético.[357] La declaración, constituida por ocho puntos redactados con la máxima concesión y claridad, partía de una primera y fundamental consideración: que «las partes reconocen mutuamente su soberanía nacional» .[358] De tal acuerdo se derivaban los restantes. «Los poderes de gobierno sobre los territorios de los Estados signatarios –afirmaba el punto segundo– no pueden ser ejercidos sino por los órganos elegidos según la ley. Las acciones de

estructuras paralelas, que pretendan la utilización de plenos poderes, son ilegales».«Las partes consideran –según el punto terceroinadmisible la utilización de fuerzas armadas en la solución de cualquier problema interno, con la excepción de las órdenes emanadas por los poderes nacionales legalmente elegidos». En ese sentido «Letonia, Lituania, la Federación Rusa y Estonia consideran inadmisible para sus ciudadanos el participar en acciones militares que atenten contra la soberanía nacional de las otras partes». Si tales supuestos se dieran «las partes expresan su disposición a ayudarse mutuamente en caso de amenazas a su soberanía». Al mismo tiempo condenaban con igual firmeza «la provocación de conflictos entre nacionalidades intentados con unas u otras finalidades políticas».

Por último las cuatro repúblicas confirmaban «su determinación a desarrollar sus relaciones sobre las bases de los principios del derecho internacional y sobre los acuerdos mutuos», e invitaban «a todos los Estados –tanto los pertenecientes a la URSS como a los del resto del mundo– a condenar con energía los actos de violencia armada contra la independencia[359] de los países bálticos y sus pacíficos habitantes, ya que tales actos representan una amenaza a la democracia y a la estabilidad de la URSS y de la comunidad internacional». «La declaración cuatripartita –finalizaba el texto del documento– se comunica a las Naciones Unidas, a otras organizaciones internacionales y a los parlamentos y gobiernos de todo el mundo».

Dando cumplimiento a la resolución final, los signatarios realizaban en la misma fecha un llamamiento al Secretario General de las Naciones Unidas, Javier Pérez de Cuéllar, en la que le urgían a «convocar inmediatamente una conferencia internacional bajo la égida de las Naciones Unidas para la solución del problema de los Estados bálticos», recomendando para el caso la aplicación de la Resolución 678 que el Consejo de Seguridad había establecido el 29 de noviembre de 1990 para el conflicto del golfo Pérsico.[360]

Confusión es el calificativo más adecuado para reflejar la política interna soviética en el breve pero no por ello menos intenso período

que transcurre entre mediados de enero y mediados de agosto de l991.Con una imagen fuertemente deteriorada en Occidente, rotas las relaciones con sus hombres de confianza, espectador de un doble poder emergente –el de la contradictoria recuperación de una «identitad nacional rusa» largamente oscurecida por la URSS–[361] Gorbachov apareció tanto en el interior como en el exterior como un rehén político de los sectores más ortodoxos de la *nomenklatura*.

En esta etapa las relaciones báltico-soviéticas tradujeron un significativo y contradictorio *impasse*. Los sangrientos sucesos de Vilnius y Riga, como consecuencia de los factores a los que anteriormente se ha hecho alusión, no condujeron a una ocupación militar completa ni de Letonia ni de Lituania, y tampoco pudieron doblegar a las nuevas instituciones republicanas. Los corresponsales extranjeros describieron la capital lituana –todavía en abril del mismo año– como una ciudad en calma, pero en la que el Parlamento permanecía convertido en un búnker.

> Zanjas anticarro, bloques de hormigón, alambradas, sacos terreros…El enorme edificio está en pie de guerra, protegido por imágenes piadosas pegadas a la nueva muralla de hormigón que rinden homenaje a los muertos de los trágicos acontecimientos de Enero.[362]

Así describen periodistas franceses el refugio parlamentario lituano en el que Landsbergis les señalaba.

> Muy cerca de aquí, junto al Parlamento, hay una guarnición soviética con tanques en su interior. Es por eso que hemos mantenido las barricadas y la protección alrededor del Parlamento. La amenazaes simple: pueden aniquilarnos en muy poco tiempo. No se puede excluir una intervención militar, o una ocupación etapa tras etapa: eso dependerá de su estrategia. Estas amenazas son reales y tenemos pruebas.[363]

En ese clima de estricta tregua –de armisticio– las dos partes en conflicto prosiguieron la aplicación de sus respectivas estrategias: las emanadas de dos lógicas distintas derivadas de órdenes jurídicos y políticos diferentes, y en los que cada uno por su lado trataba de legitimarse. Este es el sentido, por una parte, de los plebiscitos sobre la indep endencia organizados por las repúblicas bálticas en febrero y marzo de 1991, con un éxito fuera de toda duda, con un

voto favorable del 77% en Estonia y Letonia, y que en Lituania se cifró en el 90,47 % de los votos emitidos, con una abstención inferior al 17% ,[364] El Kremlin, como puede inferirse, no reconoció la validez de los plebiscitos. De manera opuesta el gobierno soviético, con las contradicciones internas que inmediatamente se relacionarán, organizó por su parte el referéndum del 17 de marzo por el que se propusoalos ciudadanos soviéticos aprobar «el mantenimiento de una Unión renovada». Las tres repúblicas bálticas, Moldavia, Georgia y Armenia no aceptaron organizar el escrutinio.

En ese contexto de lógicas jurídicas y políticas distintas, en una atmósfera en la que las zanjas antitanques y las alambradas de protección todavía eran muy visibles en Vilnius y en Riga, se reanudaban de nuevo las conversaciones previas a la negociación. Un decreto de Gorbachov remodeló la delegación soviética que, para la nueva ocasión, se compuso de ocho miembros presididos por el primer viceministro de la URSS Vitaly Doguzhiev.[365] Lituania, por su parte, se limitó a ampliar con cuatro nuevos nombramientos la anterior delegación –y entre los que se encontraba el nuevo primer ministro Gediminas Vagnorius–, de la que quedaba excluida la anterior primera ministra Kazimiera Prunskiené.[366]

El restablecimiento formal de comisiones bilaterales no debería, sin embargo, conducir a la conclusión de que este hecho, por sí mismo, representaba ni un cambio apreciable y ni siquiera unas diferentes perspectivas en las relaciones entre la URSS y Lituania. En ausencia de fuentes soviéticas, hasta ahora inaccesibles, la documentación lituana no refleja una realidad distinta de la existente con anterioridad a los acontecimientos de enero: un eterno juego dilatorio por parte soviética, basado en la fijación de reglas y procedimientos previos que, en ningún caso, implicaron avances perceptibles en ninguna de las cuestiones de fondo.

Más aún, paralelamente a las complejas cuestiones procedimentales que parecieron consumir la atención de las delegaciones oficiales, no es difícil constatar la persistencia de las viejas tensiones originadas por la continuidad de la aplicación de dos

lógicas de Estado permanentemente contrapuestas. En ese sentido Vitaly Doguzhiev denunciaba ante Landsbergis que

> el gobierno de la URSS y yo mismo, como jefe de la delegación de la URSS, está recibiendo numerosas quejas de empresas, corporaciones y organizaciones soviéticas *(all-union)*radicadas en Lituania, sobre violaciones de sus derechos e intereses por parte de organismos republicanos y locales [lituanos].[367]

Si el representante soviético reprobaba –siguiendo la lógica de la Unión– las hipotéticas transgresiones de la legalidad soviética por parte de las autoridades lituanas, el primer ministro Vagnorius, por su parte, ponía de relieve ante Gorbachov que el ejército soviético continuaba incrementando sus efectivos en territorio lituano, precisamente con unidades de la división de paracaidistas que habían participado en los recientes acontecimientos de Vilnius.[368] En todo caso el aumento de tropas soviéticas en territorio lituano coincidía con un nuevo agravamiento de la tensión en toda la región báltica. El 25 de mayo se produjeron graves incidentes en la frontera lituano-letona entre tropas especiales soviéticas –los OMON– y agentes aduaneros de las citadas repúblicas. Las autoridades letonas emitieron comunicados de protesta tanto ante el presidente Gorbachov, como ante el ministro del Interior Boris Pugo .[369] El primer ministro lituano Vagnorius expresó por su parte idénticos sentimientos al mismo Pugo y al mariscal Yázov (y significativamente también a Boris Yeltsin y a Ivan Silaev, presidente del IV Congreso de los Diputados del Pueblo de la RSFSR) por los actos «de barbarie» cometidos por efectivos del ejército soviético y por tropas del ministerio del Interior contra cinco puestos aduaneros lituanos, arrasados la noche del 22 al 23 de mayo.[370]

En definitiva, la reanudación de contactos bilaterales entre Lituania y la URSS tras los sangrientos incidentes de enero de 1991, no habían implicado acercamiento alguno entre las partes, cuyas posiciones de partida permanecían completamente inalterables. El Consejo Báltico, por su parte, homogeneizaba también la posición de las tres repúblicas –tantas veces divergente– ante «el uso de la

violencia como instrumento político», en clara referencia a la escalada de las acciones soviéticas que consideraban

> como una continuación de la agresión estalinista incompatible con las promesas de la URSS de no utilización de la fuerza y de buscar la reforma de acuerdo con los principios de un Estado democrático y de derecho.[371]

Si la parte báltica unificaba sus posiciones políticas en los términos expresados, en la soviética, por el contrario, pueden detectarse ópticas escasamente homogéneas. Tras el referéndum del 17 de marzo sobre el «mantenimiento de una Unión renovada», el viejo objetivo gorbachoviano de refundación de la URSS –es decir, de hacer operativo a corto plazo un nuevo Tratado de la Unión– se convirtió en pieza angular de la política interna del presidente soviético. La reunión de Novo-Ogarevo del 23 de abril –conocida así por el nombre de la *dacha* de Gorbachov– reunía en una cumbre a nueve presidentes de repúblicas federadas con el propio presidente de la URSS. La cita de los «9+1» daba origen a una declaración conjunta en la que Gorbachov, Yeltsin (Rusia), Fokin (Ucrania), Kebitch (Bielorrusia), Karimov (Uzbekistán), Nazarbaev (Kazakstán), Mutalibov (Azerbayán), Akaev (Kirguizia), Makhamov (Tayikistán) y Niazov (Turkmenistán), acordaran las «medidas urgentes para estabilizar la situación y superar la crisi s». Entre tales medidas –según la declaración publicada por *Izvestia*–[372] figuraba la «restauración del orden constitucional y el estricto respeto a la ley en vigor, hasta la firma del Tratado de la Unión y la adopción de una nueva Constitución de la URSS».

El primero de la multitud de problemas que giran en torno a la declaración de Novo-Ogarevo estriba en la notoria ausencia de seis de las quince repúblicas federadas (las tres bálticas, Moldavia, Georgia y Armenia): las seis que mantenían contenciosos abiertos con la URSS –con la legalidad de la URSS–y a quienes los «9+1» reconocían, por otra parte, su derecho «a decidir ellas mismas su adhesión al Tratado». En todo caso parece escasamente compatible conciliar –ni siquiera provisionalmente– la restauración de los principios legales y constitucionales soviéticos en aquel momento vigentes, con la resolución de las pugnas abiertas entre el Estado y

las seis repúblicas que, por otra parte, habían hecho público, y de manera notoria, su expreso rechazo al proyectado Tratado de la Unión.

Si el escenario jurídico soviético aparecía como difícilmente conciliable, en un nivel político la relación de fuerzas de un resquebrajado PCUS constituían ya una estricta evidencia. Aislado de los sectores reformadores que habían alimentado las ilusiones de la *perestroika*, Gorbachov trataba todavía de encontrar posiciones centristas que, en los inicios del verano de 1991, se cifraban tanto en la adopción del Tratado de la Unión como en la aprobación de una nueva Constitución soviética.

Para conocer la opinión que los proyectos gorbachovianos merecían a los más altos dignatarios de la *nomenklatura* bastará transcribir las confidencias los sentimientos indignados– que Anatoly Lukianov, presidente del Soviet Supremo de la URSS desde 1989, confiaba en julio de 1991 a Hélène Carrère d'Encausse en el transcurso de una audiencia, y que la sovietóloga francesa ha transcrito con toda literalidad:

> No toleraremos más tiempo este desorden –aseguró Lukianov– que nosotros podemos parar. No toleraremos ese Tratado que destruye la Unión, edificada a lo largo de los siglos por todos aquellos que han gobernado este país.[373]

Con estas amenazas nada implícitas, Lukianov estaba anunciando de hecho unos propósitos que se materializaron escasas semanas más tarde en el *putsch* moscovita de agosto. Un *putsch* en el que él mismo protagonizaba un destacado papel dirigente y que se erigía directamente contra la materialización del Tratado de la Unión, y contra los propósitos reformadores que debía encarnar una nueva Constitución soviética.

---

1 A. Leroy-Beaulieu: *L'Empire des tsars et les russes*. París, Robert Laffont, 1990, p. 83.

2 P. A. Goble: «The Baltics: Three States, Three Fates», *Current History*, 585 (1994), pp. 332-336.

3 Para una síntesis de la historia de los pueblos bálticos hasta el siglo XVIII y los inicios de la influencia rusa, véase H. COUTAGE-BÉGARIE: «La poussé russe vers la Baltique», *Hérodote*, 54-55 (1989).

4 Cf. J. DARSKI: «Les baltes trahis par l'histoire», *Géopolitique*, 33 (1991), p. 49 y ss.

5 C. GOUSSEF: «URSS. Wilno, Vilné, Vilnius, capital de Lituania», en A. BROSSAT, S. COMBE, J. Y. POTEL J.-CH. SZUREK: *En el Este, la memoria recuperada*. Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, IVEI, 1992, p. 474. Para una visión prácticamente exhaustiva de la Lituania judía véase H. MINCZELES: *Vilna, Wilno, Vilnius, la Jérusalem de Lituanie*. París, La Découverte, 1992.

6 E. J. HOBSBAWM: *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona, Crítica, 1991, p. 57.

7 J. KROSS: *El loco del zar*. Barcelona, Anagrama, 1992.

8 E. J. HOBSBAWM: «Riflessioni sul nazionalismo», en *I Rivoluzionari*. Turín, Einaudi, 1975, p. 356.

9 G. WEILL: *La Europa del siglo XIX y la idea de nacionalidad*. México, UTEHA, 1961, p. 268.

10 J. DARSKI: «Les baltes trahis…», p. 56.

11 Sobre la rusificación en los países bálticos y Polonia véase S. BENSIDOUN: *Alexandre III (1881-1894*). París, Sedes, 1990, pp. 188 y ss.

12 Y. PLASSERAUD: Les *États baltes*. París, Montchrestien, 1992, p. 25.

13 A. LEROY-BEAULIEU: *op. cit*., p. 1293.

14 P. LOROT: *Les pays baltes*. París, PUF, 1991, p. 19.

15 Y. PLASSERAUD: *Les pays baltes*. París, Groupement pour les Droits des Minorités (GPDM), 1990 p. 63.

16 *Ibid.*, p. 65.

17 J. DARSKI: «Les baltes trahis…», p. 50.

18 Cf. A. RUBULIS: *Baltic Literature. A Survey of Finnish, Estonian, Latvian and Lithuanian Literature*. Londres, University of Notre Dame Press, 1970, *passim*.

19 M. SUKSI: «Ondate baltiche? L'evoluzione constituzionale di Estonia, Lettonia e Lituania» *Cuadeini Constituzionali*, a. XII, 3 (1992), p. 493.

20 Véase A. SOLJENITSIN: *Agosto, 1914*. Barcelona, Barral, 1972.

21 H. CARRÈRE D'ENCAUSSE: *L'Empire éclaté…*, p. 11.

22 H. CARRÈRE D'ENCAUSSE: «Comunismo y nacionalismo», en AA.VV: *Comunistas y/o nacionalistas*. Barcelona, Anagrama, 1977, p. 27.

23 Cf. S. R. SCHRAM: «L'Union Soviétique et les États Baltes», en J. B. DUROSELLE: *Les frontières européennes de l'URSS*. París, Cahiers de la Fondation Nationale des Sciencies Politiques, 85, Armand Colin, 1957, p. 35.

24 Los citados autores han exhumado de los Archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores español, entre otros fondos documentales de singular interés, la *Mémoire relatif a la reconstitution de la Lhituanie Indépendante* transmitida por las autoridades lituanas al «mbajador de España en Washington (cf. A.

Fernández García y L. E. Togores: «Los nacionalismos bálticos: el doble asalto a la independencia», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, Madrid, Editorial Complutense, 15 (1993), p. 95.

25 F. Cambó: *Meditacions. Dietari (1936-1946*). Barcelona, Alpha, 1982, p. 640.

26 Véanse las notas 14, 15 y 16 del capítulo primero de este mismo estudio.

27 Y. Plasseraud: *Les pays baltes…, op. cit.*, p. 45.

28 P. Lorot: *Le réveil balte*. París, Hachette, 1991, p. 35.

29 M. Duverger: *Constitutions et documents polítiques*. París, PUF, 1960, pp. 462-464.

30 Citado por E. H. Carr: *Historia de la Rusia Soviética. La Revolución Bolchevique (1917-1923*) I, (*La conquista del poder*). Madrid, Alianza, 1972, p. 330.

31 J. Stalin: «La política del potere soviético nella questione nazionale in Russia», *Pravda*, 226 10 octubre 1922, en *Il marxismo e la questione nazionale e coloniale*. Turín, Einaudi 1974 p 154

32 Para el contenido de la ley véase R. Berton-Hogge: *L'URSS à la recherche de son avenir politique*. París, La Documentation Française, 1990. Véase igualmente M. B. García-Álvarez: «Reformas constitucionales y organización teritorial de la URSS», *Cuadernos del Este* 1 (1990), *passim* y C. Taibo: *Unión Soviética. La quiebra de un modelo*. Madrid, Los libros de la catarata, 1991, pp.82-83.

33 H. Carrère d'Encausse: *Le grand défi. Bolcheviks et nations (1917-1930*). París, Flammarion, 1987, p. 97.

34 *Ibid.,* 98.

35 J. Stalin: «La política del potere soviético…», p. 153.

36 S. R. Schram: «L'Union Soviétique et les Etats Baltes», *op. cit.*, p. 40.

37 Vilnius fue ocupada por las tropas polacas de Pilsudski en 1919. El propio mariscal, que había nacido en la ciudad, describía así su triunfo: «mi corazón estalló en fanfarrias de victoria… hice mi entrada solemne como vencedor en mi Wilno, donde precedido de un escuadrón que hacía resonar las herraduras de sus caballos, yo avanzaba a caballo por las calles de la ciudad» (cf. A. Jobert: *Histoire de la Pologne*. París, PUF, 1965, p. 99). Recuperada la ciudad por los soviéticos en junio de 1920, fue reintegrada fugazmente a Lituania por el acuerdo de paz lituano-ruso de 1920, y recuperada de nuevo *de facto* por los polacos tras el golpe de mano del general Zeligovski en octubre del mismo año. La ocupación polaca de Vilnius, que llevó en varias ocasiones a polacos y lituanos al borde de la guerra, implicó un largo conflicto diplomático que la Sociedad de Naciones no pudo resolver. De hecho su *statu quo* se mantuvo hasta el otoño de 1939 cuando, con los acuerdos germano-soviéticos como marco, la URSS devolvió la ciudad a Lituania a cambio de la autorización lituana de permitir el estacionamiento de tropas rusas en su territorio (véase el texto del Tratado, incluido su protocolo confidencial, en R. Yakemtchouk: «Les républiques baltes et la crise du fédéralismo soviétique»,

Studia Diplomática, Institut Royal des Relations Internationales, vol. XLIII, 4-5-6 (1990), pp. 343-345).

38 Hay que recordar la doble hostilidad de los rusos blancos, no sólo frente al comunismo, sino también frente a las reivindicaciones de las distintas nacionalidades del imperio. «Estonia no existe –afirmaba Yudenich–es un pedazo de tierra rusa… El gobierno estonio es una banda de criminales que ha tomado el poder y yo no entraré en conversaciones con ellos». En el mismo sentido Miliukov declaraba «Si la autonomía se acuerda al pueblo letón, también habrá que reconocerla a los samoyedos» (cf. S. R. SCHRAM: «L'Union Soviétique et les Etats Baltes», *op. cit.*, p. 40).

39 R. YAKEMTCHOUK: «Les républiques baltes…», op. *cit, p*. 29.

40 H. CARRÈRE D'ENCAUSSE: *Le grand défi, op. cit.*, p. 100.

41 S. R. SCHRAM: «L'Union Soviétique et les Etats Baltes», *op. cit.*, p. 48.

42 M. ZILE: *Letonia*. Moscú, Nóvosti, 1987, pp. 28 y 29.

43 P. GRISKEVICIUS: *Lituania*. Moscú, Nóvosti, 1987, p. 13.

44 R. KAERA: *Estonia*. Moscú, Nóvosti, 1987, p. 15.

45 Además de los tratados de paz firmados en 1920, y anteriormente citados, véanse igualmente los tratados de no agresión establecidos entre la URSS y Lituania (1926), la URSS y Letonia (1932) y la URSS y Estonia (1932). Los textos completos en R. YAKEMTCHOUK: «Les républiques baltes…», *op. cit.*, pp. 319- 324.

46 Cf. A. RONCHEY: «I russi al bivio tra Suslov e Tolstoj», *La Repubblica*, 27 noviembre 1990.

47 *Le Monde*, 11 mayo 1990.

48 ASSEMBLÉE DE L'UNION DE L'EUROPE OCCIDENTALE (AUEO): *Actes Officiels*. Luxemburgo, Session Extraordinaire, marzo 1990, p. 85.

49 Cf. ASSEMBLÉE PARLEMENTAIRE CONSEIL DE L'EUROPE (APCE): *Compte Rendue Officiel*. AS (1995) CR 2, Estrasburgo, 31 enero 1995, p. 10.

50 Entre la abundante bibliografia véase especialmenre E. NOLTE: *La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas*. Barcelona, Península 1971, y S. J. WOLF (ed.): *Il fascismo in Europa*. Bari, Laterza, 1973.

51 Ch. S. MAIER: *La refundación de la Europa burguesa*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1988, p. 23.

52 Cf. R. YAKEMTCHOUK: «Les repúbliques baltes…», p. 32.

53 *Ibid*.

54 *Ibid*.

55 V. BLASCO IBÁÑEZ: *Lo que será la República Española. Al País y al Ejército*. Valencia, Tip. La Gutemberg, sin año y sin paginación, aunque el texto original (clandestino) es de 1925 (cf. P. SMITH: *Vicente Blasco Ibáñez, an annotated bibliography*. Londres, Grant and Cutler, 1976, p. 28).

56 S. V. VARDIS: «The Rise of Authoritarian Rule in the Baltic States», en S. V. VARDIS y R. J. MISIUNAS (eds.): *The Baltic States in Peace and War (1917-*

1945). University Park, Londres, The Pennsylvania State UP, 1978, pp. 66 y ss.

57 M. SUKSI: «Ondate baltiche?…», *op.cit.*, p. 499.

58 E. NOLTE: *La crisis del sistema liberal…*, p. 258.

59 En el primer referéndum, se proponía la creación de un fuerte poder ejecutivo con capacidad para gobernar por decreto-ley; en el segundo, en cambio, el objetivo consistía–en la ambigüa fórmula de Suksi– en «un potere parlamentare di veto su tutta la legislazione decretata» (cf. M. SUKSI: *op. cit.*, p. 500).

60 Véase el resultado de los tres referèndums en M. SUKSI: *Ibid.*.

61 E. NOLTE: *La crisis del sistema liberal…*, p. 259.

62 *Ibid*.

63 Según Suksi la Constitución letona de 1922 «stava chiaramente a metà tra la sovranità delia nazione e la sovranità del popolo. Poiché, tuttavia, il Parlamento aveva i mezzi per affermare i propri poteri anche nei confronti delle competenze decisionali del popolo, la sovranità delia nazione è forse la caratterizzacione la piu appropriata» (M. SUKSI: op. cit p. 501).

64 E. NOLTE: *op. cit.*, p. 257. La semejanza entre los regímenes de Ulmanis y Pilsudski ha sido sugerida igualmente por SUKSI: *op. cit.*, p. 502.

65 M. SUKSI: *op. cit.*, p. 504.

66 R. YAKEMTCHOUK: Les républiques baltes…», p. 35.

67 S. R. SCHRAM: «L'Union Soviétique et les Etats baltes», p. 64.

68 Según la citada literatura, en Estonia «en los años 30, el país comenzó a deslizarse hacia el fascismo…» (R. KAERA: *Estonia*, p. 16); en Letonia «fue implantada una dictadura fascista que acabó con los restos de la democracia burguesa» (M. ZILE: *Letonia*, p. 29); en Lituania «se produjo un golpe de Estado fascista, a consecuencia del cual tomó el poder el dictador Antanas Smetona» (P. GRISKEVICIUS: *Lituania*, p. 14).

69 R. DE FELICE: *Le interpretazioni del fascismo*. Bari, Laterza, 1974, *passim*.

70 S. R. SCHRAM: *op. cit.*, p. 64.

71 S. R. SCHRAM: *op. cit.*, p. 67.

72 M. SUKSI: *op. cit.*, p. 506.

73 *Ibid*., p. 507.

74 S. R. SCHRAM: op. *cit*., p. 25.

75 J. LE CARRÉ: *El nou joc*. Barcelona, Eds. 62, 1995, p. 27.

76 F. FURET: *Le passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XX ème siècle*. París Robert Laffont/Calman Lévy, 1995.

77 S. R. SCHRAM: op. *cit*., p. 71.

78 Véase el texto del tratado en B. KASLAS: *La Lithuanie et la seconde guerre mondiale. Recueil des documents*. París, Maisonneuve et Larose, 1981, pp. 75-76.

79 E. ANDERSON: «The Baltic Entente: Phantom or Reality», en S. V. VARDYS y R. J. MISIUNAS (eds): *The Baltic States…*, p. 131.

30 Véase el texto de los tratados en R. YAKEMTCHOUK: «Les républiques baltes… pp 330-335.

31 M. AZCÁRATE: *Derrotas y esperanzas*. Barcelona, Tusquets, 1994,p. 197. S. CARRILLO: *Memorias* Barcelona, Planeta, 1993, p. 314, 5ª ed.

32 Para el punto de vista del PCI véase P. SPRIANO: *Storia del Partito Comunista Italiano*, III. Turín, Einaudi, 1978, pp. 309 y ss. La perspectiva del PCF en A. KRIEGEL: *Les communistes fiançais (1920-1970*). París, Seuil, pp. 121 y ss.

33 J. SEMPRÚN: *La escritura o la vida*. Barcelona, Tusquets, 1995, p. 322.

34 D. KIRBY: «Incorporation: The Molotov-Ribbentrop Pact», en G. SMITH (ed.): *The Baltic States*. *The National Self-determination of Estonia, Latvia and Lithuania*. Londres, MacMillan, 1994, p. 72.

35 El conocimiento de la existencia de los protocolos secretos se debe a la deposición, durante el proceso de Nuremberg, del diplomático alemán Ernst Von Weizsaecker. Los dos textos fueron publicados por vez primera por el periodista norteamericano Richard L. Stokes en el *Saint-Louis Post Dispatch* el 22 de mayo de 1946. *La Gazzette de Lausanne*, por su parte, los daba a conocer en Europa el 8 de agosto del mismo año (cf. B. KASLAS: *La Lithuanie…*, p. 95).

36 El texto del tratado y los protocolos secretos en B. KASLAS: *op. cit.*, pp. 92 y ss.

37 S. R. SCHRAM: *op.cit.*, p. 154.

38 Véanse los textos de los acuerdos, incluidos los protocolos confidenciales, en R. YAKEMTCHOUK «Les républiques baltes…», pp. 337-345.

39 Véanse los textos de los ultimátums soviéticos en R. YAKEMTCHOUK: *op. cit*. pp 346-351. Por lo que respecta a la invasión militar solamente poseemos datos sobre Letonia: el país fue ocupado por noventa mil soldados, a los que deben sumarse veinticinco mil procedentes de las bases rusas en territorio letón (cf.I. VIKSE: «La Letonie et les estructures de securité europeennes» en P. VAN HAM (ed.): *Les Etats Baltes: Securité et defensa aprés l'independance, Cahiers de Chaillot*, 19, junio 1995, p. 67).

90 Y. POLIAKOV, V. LELCHUK, A. PROTOPOPOV: *Historia de la sociedad soviética*. Moscú, Progreso, 1977, p. 325.

91 *Ibid*.

92 Citado por R. YAKEMTCHOUK: «Les républiques baltes…», p. 57.

93 La literatura política soviética ha reconocido, en ocasiones, la entrada de unidades militares soviéticas–por ejemplo en Letonia– y que «los trabajadores las saludaron con manifestaciones multitudinarias» (M. ZILE: *op. cit.*, p. 30). En otros casos «las masas trabajadoras dirigidas por los comunistas» organizaron la revolución «y el ejército lituano, compuesto en la mayoría por obreros y campesinos, se puso al lado del pueblo» (P. GRISKEVICIUS: *op. cit.*, 17). De una u otra forma según este tipo de interpretaciones, «los acontecimientos de 1940 en el Báltico fueron, en

esencia, la continuación de la Revolución de octubre de 1917» (R. KAERA: *op. cit*., p 17)

94 Y. POLIAKOV, V. LELCHUK, A. PROTOPOPOV: *op. cit*., p. 326.

95 N. KRUSCHEV: *Souvenirs*. Introducción, comentarios y notas de E. CRANCSHAW. París, Laffont, 1971, p. 152.

96 N. KRUSCHEV: *op. cit*., p. 153.

97 Véase el texto del plan y de las operaciones de liquidación en B. KASLAS: *La Lithuanie…*, pp. 126-129.

98 S. R. SCHRAM: *op. cit*., p. 158.

99 R. YAKEMTCHOUK: *op. cit*., p. 69.

00 D. KIRBY: «Incorporation: The Molotov-Ribbentrop Pact», en G. SMITH (ed.): *The Baltic States…*, p. 79.

01 Véase el texto completo de la orden nº0054 del comisario Guzavicius, en B. KASLAS: *La Lithuanie…*, p. 154-157.

02 A. SHTROMAS: «The Baltic States as Soviet Republics: Tensions and Contradictions», en G. SMITH (ed.): *The Baltic States…*, p. 86.

03 Cf. R. MISIUNAS y R. TAAGEPERA: *The Baltic States: The Years of Dependence (1940-1980*). Londres, Hurst, 1983, p. 41. Debe insistirse en el carácter indicativo de las cifras. Para Nahaylo y Swoboda para el mismo período los deportados/desaparecidos serían de 59.700 estonios, 34.250 lituanos y 30.500 letones (cf. B. NAHAYLO y V. SWOBODA: *Disunione sovietica*. Milán, Rizzoli, 1991, p. 119).

04 B. NAHAYLO y V. SWOBODA: *ibid*.

05 P. LOROT: *Les pays baltes*. París, PUF, 1991, p. 87.

06 Véase el discurso de Vytautas Landsbergis en Barcelona, durante la ceremonia de concesión del IX Premi Internacional Ramon Llull (cf. *Butlletí de la Fundació del Congrés de Cultura Catalana*, 15(1994), p. 11).

07 P. LOROT: *Les pays baltes*, p. 86.

08 Cf. B. NAHAYLO y V. SWOBODA: *Disunione…*, p. 115. Véase igualmente el testimonio de Kreve-Mickevicius en B. KASLAS: La *Lithuanie…*, pp. 170-179.

09 A. SHTROMAS: «The Baltic States as Soviet Republics…», p. 88.

10 Y. PLASSERAUD: *Les Etats Baltes…*, p. 63.

11 R. MISIUNAS, R. TAAGEPERA: *op. cit*., p. 64.

12 H. COUTEAU-BÉGARIE: «La poussée russe…», p. 69.

13 G. H. STEIN: *Histoire de la Wafen SS*. París, Stock, 1977 (citado por R. YAKEMTCHOUK: «Les républiques baltes…», p. 82).

14 Y. PLASSERAUD: *Les Etats Baltes*, 93.

15 *Ibid.* p. 33.

16 R. KIONKA: «Estonians», enG. SMITH (ed.): *The Nacionalities Question in the Soviet Union*. Londres/Nueva York, Longman, 1993, p. 44.

17 En la documentación compilada por Bronis Kaslas abundan los llamamientos dirigidos a partir de 1945 a la opinión pública occidental, efectuados por

colectivos lituanos (presos políticos, periodistas, escritores, grupos de mujeres, etc.). En todos ellos, las condiciones en que se desarrolló el trabajo forzoso bajo el dominio alemán es una referencia constante. Aún así resulta significativo el hecho de que en la carta de los obispos lituanos en el exilio dirigida «a los obispos del universo católico», se efectúe una comparación de las condiciones de vida del pueblo lituano bajo la sucesiva dominación rusa y alemana. Para los obispos tales condiciones durante el período alemán «no fueron tan crueles» como en el soviético (cf. B. KASLAS: *La Lithuanie…*, p. 206).

18 A. SHTROMAS: «The Baltic States as Soviet Republics…», p. 91.

19 R. YAKEMTCHOUK: «Les républiques baltes…», p. 117.

20 Por una enmienda al artículo 13 de la Constitución de 1936, de 25 de febrero de 1947, las Repúblicas Socialistas Soviéticas de Lituania, Letonia y Estonia, y la RSS Carelio-finlandesa, entraban a formar parte de la URSS. Una nueva enmienda a la Constitución, de 16 de julio de 1956, convertía a la RSS Carelio-finlandesa en República Autónoma de la RSFSR (véase D. COLAS: *Textes Constitutionnels Sóvietiques*. París, PUF, 1987, p. 68 y también, P. GELARD: *Les Institutions de l'URSS. Documents d'Études*. París, La Documentation Française, 1989, p. 27).

21 A. SOLJENITSIN: *Archipiélago Gulag (1918-1956*). Barcelona, Plaza Janés,1974, p. 89.

22 A. SOLJENITSIN: *ibid*.

23 R. MISIUNAS y R. TAAGEPERA: *op. cit.*, p. 82.

24 Cf. *Butlletí de la Fundació del Congrés de Cultura Catalana*, 15 (1994), pp. 12-14.

25 P. ZVIDRINS: «Changes of Ethnic Composition in the Baltic States», *Nacionalities Papers*, vol. 22, 2 (1994).

26 V. ZASLAVSKI: *Dopo l'Unione Sovietica. La perestroika e il problema dellenazionalità*. Bolonia, Il Mulino, 1991, p. 51.

27 A. SHTROMAS: «The Baltic States as Soviet Republics…», p. 93.

28 P. ZVIDRINS: «Changes of Ethnic Composition…», p. 366.

29 P. ZVIDRINS: *ibid*. Un conjunto de documentos relevantes sobre la demografía –y, en definitiva, sobre los cambios étnicos acontecidos en los Estados bálticos durante el último período dé anexión soviética– lo constituyen los Informes de los gobiernos de Estonia, Letonia y Lituania a la Conferencia Europea sobre la Población que, auspiciada por las Naciones Unidas y el Consejo de Europa, tuvo lugar en Ginebra del 23 al 26 de marzo de 1993: «Country Statement Submitted by the Government of the Republic of Estonia», en NACIONES UNIDAS-CONSEJO DE EUROPA: *European Popalation Conference / Conférence Européenne* sur *la Population* vol n. Estrasburgo / Nueva York, 1993, pp. 141-146. Igualmente «Country Statement Submitted by the Government of the Republic of Latvia», *op. cit*., pp. 221-226 y «Country Statement Submitted by the Government of Lithuania», *op. cit*. pp. 227-233.

30 Para el caso lituano que implica ciertas especificidades, como las importantes alteraciones territoriales que supusieron la devolución de la región de Vilnius por parte de la URSS en 1939 y el de Klaipeda (Memel) en 1945, véanse las estadísticas demográfico-étnicas reproducidas en el Informe Banks a la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa (T. BANKS: *Rapport sur la demande d'adhesion de la République de Lituanie au Conseil de l'Europe*. Estrasburgo, APCE, 2 de marzo 1993, doc. 6787, p. 19) basado en fuentes del ministerio de Asuntos Exteriores de Lituania y del Departamento de Minorías Nacionales del mismo país

31 P. ZVIDRINS: «Changes of Ethnic Composition…», p. 368. Las conclusiones del demógrafo letón no son, por otra parte, demasiado divergentes de las de los expertos soviéticos que trabajaron en años anteriores sobre las mismas fuentes (aunque el último censo sobre el que se ocuparon fue el de 1979). Véase en tal sentido, para todo el territorio de la Unión Soviética, el cuadro sobre la estructura nacional de las repúblicas de la URSS, en Y. V. BROMLÉI *et alii: Processus ethniques en URSS*. Moscú, Progrés, 1982, pp. 73-77.

32 P. LOROT: *Les pays baltes*. París, PUF, 1991, p. 91.

33 Véase la evolución detallada en P. ZVIDRINS: *op. cit.*, p. 371.

34 V. ZASLAVSKI: *Dopo l'Unione Sovietica…*, p. 52.

35 Véase la evolución detallada en P. ZVIDRINS: *op. cit.*, p. 371.

36 V. ZASLAVSKI: *ibid*.

37 J. KROSS: *La partida del profesor Martens*. Barcelona, Anagrama, 1995.

38 O. ESPERSEN: *Report on the application by Latvia for membership of the Council of Europe*. Estrasburgo, APCE, 6 octubre 1994, doc. 7169, anexo 7, p. 24.

39 G. STAMERS: *Latvia today*. Riga, Latvijas Arpolitikas Instituts, 1995, p. 14.

40 Cf. U. USACKIS: «The Demographic Situation in Latvia: a Statistical View», en *Humanities and Social Sciencies. Latvia*, 2 (7). Riga, University of Latvia, 1995, p. 4. Una densa explicación de la crisis demográfica letona en el contexto de la degradación económica y social de la Letonia postsoviética, en P. ZVIDRINS: «Demographic Situation and Policy in Latvia», ponencia presentada al Colloquy on the Demographic Prof ile of the Countries of Central and Easter Europe: Advantageor Obstacle toDevelopment? Riga, Consejo de Europa, 19-21 noviembre 1995,18 pp. (inédito).

41 G. SMITH, A. AASLAND y R. MOLE: «Statehood, Ethnic Relations and Citienship», en G. SMITH (ed.): *The Baltic States. The National Self- Deteimination of Estonia, Latvia and Lithuania*. Londres, Mac Millan, 1994, p. 188.

42 Cf. G. FERRARINI: *Rapport d'Information sur les élections en Lettonie (les 5 et 6 Juin 1993*). Estrasburgo, APCE, 10 septiembre 1993, doc. 6908/ *Addendum*, p. 3.

43 O. ESPERSEN: *Report on the application by Latvia…*, p. 6.

44 J. RADVANY: «Pays Baltes: le prix de l'indépendance», *Politique Internationale*, 48 (1990), p. 62.

45 Véase nota 49.

46 T. S. ELIOT: *Notas para la definición de la cultura*. Barcelona, Bruguera, 1984, p. 84.

47 *Pravda*, 11 julio 1990 (citado por YAKEMTCHOUK: «Les républiques baltes…», pp. 169-170).

48 O. ESPERSEN: *ibid*.

49 R. R. KIONKA: «La politique étrangère des Etats baltes», *Politique Étrangère*, 1 (1994), p. 87.

50 R. R. KIONKA: *op. cit*., p. 89.

51 *Ibid*.

52 Véase nota 96.

53 «Declaración emitida por el Consejo del Atlántico Norte tras su Reunión Ministerial en el Cuartel General de la OTAN, Bruselas, el 21 de agosto de 1991», *Revista de la OTAN* (ed. esp.) 4 agosto 1991, p. 8.

54 El modelo sueco ejerció, y no sólo desde su dimensión neutralista, una notable fascinación entre los sectores políticos no conservadores de los Estados bálticos especialmente con anterioridad a la independencia. Así lo declaraba expresamente Anatolijs Gorbunovs, cuyos objetivos no eran otros que «to turn Latvia into a social democràtic state akin Sweden» (cf. *Financial Times*, 5 mayo 1990).

55 A. OZOLINS: «Les realités de l'extension à l'Est: le cas des Etats Baltes», en I. GAMBLES (ed.): *Une paix durable en Europe Centrale?, Cahiers de Chaillot*, 20, octubre 1995. El Institut d'Études de Sécurité de la UEO, fundamentalmente a través de sus *Cahiers de Chaillot / Chaillot Papers*, ha publicado diversos trabajos que, de una u otra manera, se relacionan con la nueva situación geoestratégica en Europa Central y Oriental y con la política exterior rusa en la zona. Véase a este respecto, D. MAHNCKE: «Parameters of European Security», *Chaillot Papers*, 10, septiembre 1993; P. VAN HAM (ed.): «L'Ukraine, la Russie et la sécurité europeenne: incidences sur la politique occidentale», *Cahiers de Chaillot*, 13, febrero 1994.

56 Sobre la posición de los denominados «países de Visiegrad» véase J. I. POTEL: «L'Europe centrale à la recherche d'une nouvelle cohésion», *Le Monde Diplomatique*, 446, octubre 1992.

57 Véase M. KHAN: «Les Russes dans les ex-républiques soviètiques», *Le Courier des pays de l'Est*, 3 76, enero-febrero 1993, pp. 3-20. Para un contexto más amplio –en el que se integra al mismo tiempo la retirada de las tropas rusas, la protección de los derechos civiles de la población rusófona, la definitiva distribución territorial, la problemática de la región de Kaliningrad y el cambio de estatus internacional del área– véase igualmente V. BARANOVSKY: «Conflict development on the territory of the former Soviet Union», en *SIPRI Yearbook 1994*. Oxford, Oxford UP, pp. 170-203. Para un estudio del regreso a Rusia de poblaciones de origen ruso o rusófonas, tras la desaparición de la URSS, véase W. SLATER: «Le problème de l'inmigration en Russie», *Politique Etrangère*, 3 (1994), pp. 749-759. El gobierno de Lituania, por su parte, ha

publicado un Libro Blanco sobre las negociaciones con Rusia para la retirada de sus tropas: SUPREME COUNCIL OF THE REPUBLIC OF LITHUANIA: *Negotiations with the Russian Federation concerning the withdrawal of russian military forces from the territory of the Republic of Lithuania*. Vilnius, The Office of Public Affairs, 1992, 162 p.

58 Cf. G. MUNUERA: «La prévention des conflits en Europe: expériences recentes», *Cahiers de Chaillot*, 15, junio 1994.

59 G. MUNUERA: *op. cit.*, p. 28.

60 G. MUNUERA: *ibid*.

61 E. CALABUIG: «La Lettonie est-elle gouvernable?», *Le Monde Diplomatique*, 454, enero 1992 pp. 4-5.

62 Durante la primera legislatura de la Saeima postsoviética estuvieron presentes once fuerzas parlamentarias, hecho que implicaba un notable grado de fragmentación política. Con un Parlamento de 100 escaños, el primer gobierno democrático de Maris Gailis contaba únicamente con un apoyo estable de 41 diputados, procedentes de la coalición del partido Vía Letona (34 escaños) y de la Asociación Política de Economistas (7 escaños). Para lograr la mayoría necesaria en la Saeima fueron imprescindibles constantes apoyos puntuales de partidos menores o de diputados independientes (cf. «Political System and Parties», en G. STAMERS: *Latvia today, op. cit.*, pp. 26 y ss.).

63 Un observatorio de excepción para analizar la diversidad de las tensiones interétnicas en los Estados bálticos tras la segunda independencia ha sido el Consejo de Europa, la más antigua y seguramente la más prestigiosa de las organizaciones intergubernamentales del continente. El Consejo de Europa y a se había ocupado largamente de la trágica situación de las tres repúblicas durante el prolongado período de anexión soviética; cf. A. CUCÓ: «La qüestió bàltica i les seues repercusions a les institucions parlamentàries europees» en A. CUCÓ (coord.): *Nació i nacionalisme a l'Europa central i oriental. Afers*, 14 (1992). Tras la independencia, el proceso de adhesión de los tres Estados al Consejo –que, de hecho, implicaba habitualmente la homologación jurídica y política de los países ex comunistas con las democracias occidentales– fue, al mismo tiempo, complejo y no idéntico para los tres Estados, revelando claramente las diferencias internas existentes entre ellos, especialmente en lo que concierne a la situación de sus respectivas legislaciones sobre minorías nacionales. El caso lituano se resolvió, en principio, con facilidad ya que tanto el Informe BANKS (*Report on the application of the Republic of Lithuania for membership of the Council of Europe*. Estrasburgo, APCE, 2 marzo 1993, doc. 6787) como el Informe OEHRY (*Opinion on the application of the Republic of Lithuania for membership of the Council of Europe*. Estrasburgo, APCE, 13 abril 1993, doc. 6811), resultaron altamente favorables. Por lo que respecta al caso estonio, el Consejo de Europa consideró que la ley estonia de ciudadanía resolvía de manera aceptable la situación de las minorías eslavas.

Según dicha legislación, las personas residentes dos años en el país, a partir de 1990, podían –en determinadas condiciones– solicitar la nacionalidad estonia. Las condiciones esenciales eran –además del tiempo de residencia– acreditar un conocimiento básico de la lengua estonia (en torno a 1.500 palabras), jurar lealtad al Estado, y no haber pertenecido al KGB ni a un ejército extranjero. Los expertos del Consejo de Europa cifraron entre el 45% y el 65% la proporción de no-estonios dispuestos a solicitar la nacionalidad (cf. J. BRATINKA: *Report on the aplication of the Republic of Estonia for membership of the Council of Europe*. Estrasburgo, APCE, 15 abril 1993, doc. 6810. En el mismo sentido véase también R. BINDIG: *Opinion on the application of the Republic of Estonia for membership of the Council of Europe*. Estrasburgo, APCE, 5 mayo 1993, doc. 6824). Consecuencia de la opinión favorable de la Asamblea Parlamentaria (*Avis* nº 170) el Comité de Ministros del Consejo resolvió invitar conjuntamente a Estonia, Lituania y Eslovenia a convertirse en miembros (*Communication du Comité des Ministres. Résolutions invitant l'Estonie, la Lituanie et la Slovénie à devenir membres du Conseil de l'Europe*. Estrasburgo, APCE, 15 mayo 1993, doc. 6841). La citada Resolución fragmentaba la habitual trinidad báltica, homologaba a Eslovenia con Estonia y Lituania y, en fin, consideraba por el momento a Letonia como un caso aparte. Lo era, en efecto. Las fricciones –que ya han sido constatadas– entre los dos bloques nacionales, letones y no-letones, de la población de ta República se enervaron todavía más tras la independencia. En este contexto, el Consejo Supremo de Letonia –elegido en marzo de 1990, todavía en el marco de la legislación soviética restauraba la Constitución letona de 1922 y, mediante un decreto de 5 de octubre de 1991 restituía la nacionalidad letona a los ciudadanos que la hubieran detentado el 17 de junio dé 1940 –es decir, con anterioridad a la anexión– y a sus descendientes. Aunque tal disposición no significaba supeditar la concesión de la nacionalidad a criterios exclusivamente étnicos (ya que en 1940 más de 200.000 ciudadanos de la República no eran étnicamente letones) implico obviamente la marginalización política de un 34% de la población residente no letona En estas condiciones el Consejo de Europa congeló la adhesión de Letonia. Solamente a partir de finales de 1993, se elaboraron en Riga los primeros borradores del proyecto de ley que reglaba las condiciones de naturalización, finalmente ratificado por el Presidente de la República el 8 de agosto de 1994. Pese a su carácter-el texto era notablemente más restrictivo que la legislación homòloga de Estonia o Lituania– la aprobación de las nuevas disposiciones letonas iniciaban el desbloqueo de la adhesión al Consejo de Europa y permitían el perfeccionamiento de los acuerdos (véase al respecto la documentación siguiente: G. FERRARINI: *Addendum au Rapport d'Activité du Bureau de l'Assemblée et de la commision Pérmanente. Rapport d'Information sur les élections en Lettonie (5 et 6 Juin 1993*). Estrasburgo,

APCE, 10 septiembre 1993, doc. 6908, *Addendum*; O. ESPERSEN: *Report on the application by Latvia for membership of the Council of Europe*. Estrasburgo, APCE, 6 octubre 1994, doc. 7169; L. TOSHEV: *Avis sur la demande d'adhésion de la Lettonie au Conseil de l'Europe*. Estrasburgo APCE 24 octubre 1994, doc. 7190; F. VOGEL: *Avis sur la démande d'adhésion de la Lettonie au Conseil de l'Europe*. Estrasburgo, APCE, 8 noviembre 1994, doc. 7193. Véanse igualmente los comentarios de R. R. KIONKA sobre la «falta de definición clara de la Saeima letona», en «La politique étrangère des Etats baltes», *Politique Étrangère*, 1 (1994), p. 93). Tan complejo y azaroso proceso finalizaba el 31 de enero de 1995 con la aprobación por parte de la Asamblea Parlamentaria de la adhesión de la República de Letonia al Consejo de Europa, tras un agitado debate en el que el líder del Partido Democrático Liberal Vladimir Jirinovski –representante del extremismo neonacionalista ruso–amenazaba violentamente a los delegados letones y cuestionaba ostensiblemente la propia independencia del país (cf. *Compte Rendue Officiel*. Estrasburgo AS (1995) CR 2, 31 enero 1995, pp. 10 y ss.).

54 Francia mantenía un cierto grado de ambigüedad al respecto. Su gobierno no respondió a la encuesta *ad hoc* formulada por el relator del Consejo de Europa, Van Den Berg (cf. *Rapport sur la situation despeuples baltes*. Estrasburgo, APCE, 14 diciembre 1986, doc. 5667). Años más tarde el ministro francés de Asuntos exteriores, Roland Dumas, en un comunicado publicado el 12 de marzo de 1990, afirmaba que «la France n'a jamais reconnu l'annexion de la Lituanie en 1940 et que la reconaissance de 1921 pour la Lettonie et l'Estonie, de 1922 pour la Lituanie, vaut toujours. La personnalité juridique des Etats baltes a survécu à l'annexion, méme s'ils ont été privés de l'exercice de leur souveraineté et qu'aucun acte nouveau de reconnaissance n'est par conséquent nécessaire». En todo caso el comunicado precisaba que una «proclamation unilatérale ne suffit pas, il faudrait que soient rétablies pour les autorités de Vilnius les conditions d'exercice de leur souveraineté» (cf. R. KHERAD: «La reconnaissance internationale des Estats Baltes», *Revue Générale de Droit International Public*, 4 (1992), pp. 862-863).

55 Todavía en 1994, en el marco del Consejo de Europa, el ex presidente lituano Vytautas Landsbergis y otros miembros de la Asamblea Parlamentaria reclamaban a la Federación Rusa la retitución de tales bienes a los Estados bálticos (cf. *Motion for a Resolution on real estáte belonging to the Baltic Republics still acuppied in some european countries, presented by Mr. Landsbergis and others*. Estrasburgo, APCE, 6 septiembre 1994, doc. 7119).

56 Un abundante dossier documental al respecto en B. KASLAS: *La Lithuanie…, passim*.

57 Cf. R. YAKEMTCHOUK: «Les républiques baltes…», p. 366.

58 A. SHTROMAS: «The Baltic States as a Soviet Republics…», p. 99.

59 A. SHTROMAS: *op. cit.*, p. 96.

70 R. YAKEMTCHOUK: «Les républiques baltes…», p. 123.
71 El texto completo en B. KASLAS: *op. cit.*, p. 253.
72 VON LOWSOV: *Report on the situation in the Baltic States on the twentieth anniversary of their forcible incorporation into the Soviet Union*. Estrasburgo, APCE, 23 agosto 1960, doc. 1173.
73 *Programme du Parti Communiste de l'Union Soviétique adopté par le XXII Congrés de PCUS le 31 Octobre 1961*. Moscú, Éditions en langues étrangères, 1961, pp. 19-20.
74 A. SHTROMAS: *op. cit.*, p. 105.
75 A. BENNIGSEN: «L'URSS: le poid de l'Islam», *Politique Internationale*, 27 (1985), p. 15.
76 A. KUNG: «Le durcissement de la résistance nationaliste en Estonie», *Le Monde Diplomatique* diciembre, 1980.
77 B. NAHAYLO y V. SWOBODA: *Disunione…*, p. 206.
78 R. YAKEMTCHOUK: «Les républiques baltes…», p. 132.
79 Véase el texto del Acta Final de Helsinki, en OID: *La Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa*. Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1978, pp. 65 y ss.
80 Entre la abundante bibiografía sobre la doctrina de las Naciones Unidas con respecto a la autodeterminación véase S. CALOGEROPOULOS-SERATIS: *Le droit des peuples à disposer d'eux-mémes*. Bruselas, Emile Bruylant, 1973 y L. C. BUCHHEIT: *Secession. The Legitimacy of Self-Determination*. New Haven/Londres, Yale UP, 1978.
81 B. NAHAYLO y V. SWOBODA: *Disunione…*, p. 243.
82 Boris Kaslas, en su libro ampliamente citado, publica una valiosa aportación documental sobre el grupo lituano para la vigilancia de la aplicación del Acta Final de Helsinki. En este sentido cabe destacar el manifiesto fundacional del propio grupo (25 noviembre 1975); la declaración de Tomas Venclova, miembro del grupo, ante la Comisión sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos (24 febrero 1977); la declaración del grupo sobre la situación de la Iglesia católica y otras religiones en Lituania (10 abril 1977), y la declaración de Eitanas Finkelsteinas, miembro del grupo (30 abril 1977) (cf. B. KASLAS: *La Lithuanie…*, pp. 279-290).
83 Uno de los representantes de la citada generación es el estonio Enn Tarto, que tenía 49 años en 1988. En dichos años el Parlamento Europeo aprobaba una resolución en la que se establecía que Tarto –uno de los firmantes de la declaración del «grupo báltico de Moscú»en 1979– había sido detenido en 1983 «tras haber protestado contra la política soviética en relación con la construción de un nuevo puerto comercial en Tallinn». La protesta –considera la resolución-«se refería especialmente a la gran afluencia de trabajadores rusos destinados a este proyecto, que intensificaría aún más la rusificación de Estonia, que ha estado en curso durante muchos años». Por dicha causa

Tarto había sido condenado a 10 años de prisión y 5 años de confinamiento «por propaganda antisoviética e incitación a la revuelta». El Parlamento Europeo instaba a las autoridades soviéticas la libertad del detenido (cf. PARLAMENTO EUROPEO (PE): *Resolución sobre la prolongada reclusión en un campo de trabajo del estoniano de 49 años Enn Tarto*, doc. B 2-739/88, *Diario Oficial de las Comunidades Europeas* (DOCE) nº C 262/117, 10 octubre 1988).

34 Véase el texto completo del documento, conocido como «Declaración del grupo báltico de Moscú», en B. KASLAS: *La Lithuanie…*, pp. 307-310.

35 B. NAHAYLO y V. SWOBODA: *Disunione…*, p. 243.

36 Cf. B. KASLAS: *La Lithuanie…*, pp. 310-311.

37 B. NAHAYLO y V. SWOBODA: *Disunione…*, p. 261.

38 M. LEWIN: «Avec ou sans M. Gorbatxev», *Le Monde Diplomatique*, 435, junio 1990.

39 M. S. GORBACHOV: *La Perestroïka, vues neuves sur notre pays et le monde*. París, Flammarion, 1987, p. 29.

90 Cf. *El País*, 4 julio 1990.

91 Véanse al respecto las observaciones de I. DEUTSCHER: *Las raíces de la burocracia*. Barcelona, Anagrama, 1970.

92 Cf. M. LEWIN: *La grande mutation soviétique*. París, La Découverte, 1989.

93 É. CHEVARDNAZDÉ: *L'avenir s'écrit liberté*. París, Odile Jacob, 1991, p. 9.

94 É. CHEVARDNAZDÉ: *op. cit.*, p. 14.

95 A. IAKOVLEV: *Ce que nous voulons faire de l'Union Soviétique*. París, Seuil,1991, 61

96 *Ibid.*, p. 60.

97 *Ibid.*, p. 62.

98 *Ibid.*, p. 60.

99 A. IAKOVLEV: *op. cit.*, p. 61.

00 É. CHEVARDNAZDÉ: *L'avenir…*, p. 15.

01 *Ibid*.

02 M. LEWIN: «Avec ou sans M. Gorbatxev», *art. cit*.

03 F. FURET: *La passé d'une illussion. Essai sur l'idée communiste au XXème siècle*. París, Robert Laffont / Calman Lévy, 1995, p. 569.

04 M. LESAGE: *La crise du fédéralisme soviétique*. París, La Documentation Française, 1990, p. 14.

05 M. GORBACHOV: *Discours et articles choisis*. Moscú, Progrès, 1987, p. 422.

06 Existe una versión castellana del texto: «Proyecto de Tratado de la Unión», Introducción y traducción de M. B. GARCÍA ÁLVAREZ, *Foro Exterior*, 1, enero-junio 1991, pp. 121-127.

07 Cf. R. BERTON-HOGGE: *La lutte pour le pouvoir en URSS*, París, La Documentation Française, 1991, p. 93.

08 M. TATU: «Épilogue», en AAW: *Après Gorbatxev*. París, La Table Ronde, 1991, p. 335.

09 H. SMITH: *Désunion soviétique*. París, Belfond, 1990, p. 360.

10 A. KHAZANOV: The collapse of the Soviet Union: nationalism during Perestroika and afterwards», *Nationalities Papers*, vol. 22, 1 (1994), p. 161.

11 No es difícil encontrar ciertas contradicciones respecto a las fechas reales de la fundación de los Frentes Populares bálticos. Aquí se cita, en todo caso, la de apertura de sus respectivos congresos fundacionales. Ciertos autores, en cambio, consideran otros factores como el de la actuación política real de tales grupos, a veces anterior a su establecimiento *de jure* . En este sentido Graham Smith considera los meses de abril, mayo y octubre como momento del nacimiento de los Frentes en Estonia, Letonia y lituania (cf. G. SMITH: «The Resurgence of Nationalism», en G. SMITH (ed.): *The Baltic States…*, p. 130).

12 R. YAKEMTCHOUK: «Les républiques baltes…», p. 164.

13 *Ibid*., p. 160.

14 El texto, aprobado por 254 votos contra 7, disponía «Las leyes y otros actos actos normativos de la URSS no entran en vigor en el territorio de la RSS de Estonia sino tras su registro según el procedimiento establecido por el Presidium del Soviet Supremo de la RSS de Estonia. El Soviet Supremo de la RSS de Estonia tiene el derecho de suspender o de establecer límites a la aplicación de un acto legislativo o de otro acto normativo de la URSS si este acto afecta a la soberanía de Estonia o regla problemas que, según la Constitución de la RSS de Estonia, dependen de la competencia de la RSS de Estonia, o en las que la especificidad de la República no se haya tenido en cuenta» (cf. P. LOROT: *Les pays baltes*. París, PUF, 1991, p. 98).

15 M. LESAGE: *La crise du fédéralisme…*, pp. 26 y ss.

16 *Pravda*, 20 noviembre 1988 (citado por LESAGE: *op. cit*., p. 27).

17 A. IAKOVLEV: *Ce que nous voulons faire…*, p. 68.

18 Véase el texto completo del Decreto del Presidium del Soviet Supremo de la URSS en R. YAKEMT-CHOUK: «Les républiques baltes…», pp. 361-362.

19 M. LESAGE: *La crise du fédéralisme…*, p. 28.

20 L. MLETCHINE: «Le front populaire: pourquoi et contre qui?» *Temps Nouveaux*, Moscú, 43,1988 (cit. porCh. URJEWICZ: *La crise des nacionalités en URSS*. París, La Documentation Française, 1989, p. 34).

21 Cf. L. MLETCHINE: *ibid*.

22 La ley, que consta de un preámbulo y 33 artículos, se publicó en *Sovietskaia Estonia* el 23 de mayo de 1989. Aquí se cita por la traducción francesa del original ruso en la versión de Dominique de Lapparent. Véase su texto completo en *Le Courrier des Pays de l'Est*, 341, junio-julio 1989, pp. 14-21.

23 *Ibid*.

24 Cf. «Fundamentos de la Autonomía Económica de la RSS de Estonia», Ley de 18 de mayo de 1989, *Le Courrier des Pays de l'Est*, 341, p. 19.

25 Cf. PE: *Resolución sobre las relaciones políticas de la Comunidad Europea con la Unión Soviética*.Bruselas, doc. A 2-155 /88, DOCE nº C 262 /133, 10 octubre 1988.

26 «Razviajem onzly nedoverïa», *Ogoniok*, 24, junio 1989 (trad. francesa «Dénouns les noeds de la méfiance», en M. H. MANDRILLON: *Environnement et politique en URSS*. París, La Documentation Française, 1989, pp. 26-28).

27 *Ibid*.

28 J. BAÑERES y M. LEPRÉTRE: *Lituània dels inicis a la tercera independència*. Barcelona, El Llamp, 1990, p. 87.

29 R. YAKEMTCHOUK: «Les républiques baltes…», p. 175.

30 Cf. *URSS: Anuario'91*. Moscú, Nóvosti, 1991, pp. 258-259.

31 B. NAHAYLO y V. SWOBODA: *Disunione…*, p. 391.

32 A. E. SENN: «Hacia la independencia lituana: Algirdas Brazauskas y el PCL», *Problemas Internacionales*, marzo-abril 1990,vol. XXXIX, p.21 *(Problemas Internacionales* es la traducción al español de la revista bimestral norteamericana *Problems of Communism* publicada por la US Information Agency).

33 H. CARRÈRE D'ENCAUSSE: *La gloire des nations ou la fin de l'Empire soviétique*. París, Fayard, 1990, p. 208.

34 R. YAKEMTCHOUK: «Les républiques baltes…», p. 176.

35 J. BAÑERES y M. LEPRÉTE: *Lituania…*, p. 80.

36 *Sovietskaia Litva*, 12 marzo 1990 (citado por C. GOUSSEF: «Le nationalisme liyuanien face aux minorités ethniques», *Le Monde Diplomatique*, 434, mayo 1990). Para una profundización de esa identificación, véase la intervención de Vytautas Landsbergis en la Conferencia Interparlamentaria auspiciada por el Consejo de Europa y el Senado francés, en *Citoyens, démocratie répresentative et construction de l'Europe (16-18 Septembre 1993). Compte Rendu*. París, Sénat, Palais de Luxemburg, (1993), pp. 19-23.

37 Véase nota 74.

38 En las elecciones de 1990 al Parlamento lituano el *Sajudis* alcanzó un espectacular éxito: 92 de un total de 141 escaños y, en consecuencia, Landsbergis fue nombrado presidente del Consejo Supremo de la República (véanse los resultados electorales en C. FLORES JUBERIAS: «1990: Los primeros pasos hacia la democracia en la antigua Unión Soviética y en la Europa del Este», *Revista de Derecho Político*, 38 (1994), p. 225). En 1992, el Partido Laborista Democrático se alzaba con la victoria con 73 de los 141 escaños del Parlamento (cf. M. POÇAS SANTOS y M. THOFT: *Rapport d'Information sur les élections et le Référendum en Lituanie, 25 octobre et 15 novembre 1992*. Estrasburgo, APCE, 20 enero 1993, doc. 6724, addendum II).

39 A. E. SENN: «Hacia la democracia lituana…» p. 22.

40 Véase el texto de la Constitución (Ley Fundamental) de la URSS de 1977 en D. COLAS: *Textes constitutionnels soviètiques*. París, PUF, 1987.

41 Cf. H. Carrère d'Encausse: «L'URSS éclatée», en AAVV: *Après Gorbatxev*. París, La Table Ronde, 1990, p. 129.

42 Cf. P. Lorot: *Les pays baltes*. París, PUF, 1991, p. 99.

43 Para una visión de conjunto del proceso en la Europa del Este véase François Fejtó: *La fin des démocraties populaires. Les chemins du post-communisme*. París, Seuil, 1991 Para el modelo polaco, B. Kaminski: *The Collapse of State Socialism: the Case of Poland*, princeton, princeton UP, 1991

44 A. E. Senn: «Hacia la independencia lituana…», p. 24.

45 Nahaylo y Swoboda: *Disunione…*, p. 397.

46 H. Smith: *Désunion soviétique…*, p. 368.

47 A. M. Makachov (general): *Intervención ante el congreso constitutivo del Partido Comunista de Rusia*, en *Sovietskaya Rossiia*, Moscú, 21 junio 1990 (traducción francesa en Jacques Sapir *L'armée soviétique et la perestroika*. París, La Documentation Française, 1990, p. 40)

48 A. Iakovlev: *Ce que nous voulons faire…*, p. 128.

49 Cf. *Le Monde*, 11 mayo 1990.

50 Véase A. Cucó: «La qüestió bàltica…» y, también «Socialistas y socialdemócratas ante los nacionalismos de la Europa actual», en J. G. Beramendi, R. Maíz y X. M. Núñez (eds.): *Nationalism in Europe. Past and Present*, II. Santiago, Universidade de Santiago Compostela, 1994.El Parlamento Europeo es probablemente la instancia internacional que se ocupó con mayor asiduidad de la cuestión báltica. En su resolución de 1987 *Sobre la necesidad de respetar los derechos humanos en los Estados Bálticos* consideraba que el «48 aniversario del pacto entre Hitler y Stalin no ha pasado desapercibido en los países bálticos, pues en dicha fecha se han manifestado a millares en favor del derecho de autodeterminación de sus pueblos los estonios en Tallinn, los letones en Riga y los lituanos en Vilnius». Entre otras conclusiones el Parlamento Europeo «pide a las autoridades soviéticas que se respeten los derechos humanos y el derecho de autodeterminación en los Estados Bálticos» (PE: DOCE, C 305 / 119, Bruselas 15 octubre 1987). Un año más tarde, en junio de 1988, en su *Resolución sóbrelas manifestaciones masivas en los Estados bálticos*, apelaba «a los gobernantes de la Unión Soviética para que reconozcan las exigencias de una administración económica y cultural propia, para que termine la rusificación y para que se reinstauren sus lenguas nacionales como lenguas estatales, correspondiendo a la voluntad de los pueblos bálticos», y recordaba, además, que «ahora incluso los partidos comunistas que gobiernan los Estados bálticos formulan estas exigencias». En consecuencia, pedía «a los ministros de Asuntos Exteriores reunidos en el marco de la CPE que apoyen las exigencias de los pueblos bálticos y contribuyan a encontrar de forma pacífica una solución para el futuro […] teniendo en cuenta los intereses legítimos de todos los participantes» (PE: DOCE, C 235 /106, Bruselas, 12 septiembre 1988). En resoluciones posteriores, el Parlamento señalaba así

mismo que «acoge con satisfacción el reconocimiento por parte de las autoridades de la Unión Soviética de la existencia de un protocolo secreto adjunto al Pacto Molotov-Von Ribbentrop de 23 de agosto de 1939, por el que se concedían «esferas de influencia» a la Unión Soviética y a Alemania», al mismo tiempo que «manifiesta la satisfacción por la conmemoración por parte de la población de los países del báltico del 50 aniversario del Pacto Molotov / Ribbentrop, ocasión en la que un millón de personas ma-nifestaron su oposición al acuerdo secreto» (PE: DOCE. C 256 7112, Bruselas, 9 octubre 1989) y, en fin, dirigía «un llamamiento a los dirigentes de la URSS, 50 años después del atropello de los derechos de los pueblos, tras el pacto entre Hitler y Stalin, para que contribuyan a lograr una solución democrática para los Estados bálticos, reconocida por los Estados miembros de la Comunidad Europea» (PE, DOCE, C 47 / 129, Bruselas, 19 enero 1989).

51 Véase el texto completo de la *Declaración del Comité Central del PCUS sobre la situación de las Repúblicas Socialistas Soviéticas Bálticas. Moscú, 26 agosto 1989*, en R. YAKEMTCHOUK: «Les républiques baltes…», pp. 368-372.

52 A. E. SENN: «Hacia la independencia lituana…» p. 24.

53 B. NAHAYLO y V. SWOBODA: *Disunione…*, p. 403.

54 *The New York Times*, 6 septiembre 1989, (citado por A. E. SENN: *ibid.)*.

55 De los 1.038 delegados, 81,3 % eran lituanos, 10,2 % rusos, 2,6 polacos, 2 % bielorrusos y 3,7 % pertenecían a otras nacionalidades de la unión soviética. la revista *Tiesa*, órgano del PCL, ofreció numerosos datos sobre el origen y las circunstancias sociales de los delegados (cf. A. E. SENN: «Hacia la independencia lituana…», p. 25).

56 Cf. R. YAKEMTCHOUK: «Les républiques baltes…», p. 186.

57 A. E. SENN: «Hacia la independencia lituana…», p. 25.

58 *Ibid*.

59 La resolución a favor de la independencia recibió 855 votos. 160 delegados apoyaron la creación de un partido autónomo dentro de un PCUS renovado. Hubo 12 abstenciones y 6 votos nulos (cf. A. E. SENN: «Hacia la independencia lituana…», *ibid*.)

60 *Ibid*.

61 R. YAKEMTCHOUK: «Les républiques baltes…..., p. 187.

62 Cf. *Resolution du CC du PCUS* sur *les décisions du 20 ème Congrés du Parti Communiste de Lituanie, Moscou, 7 Février 1990*, en *Documents d'Actualité Internationale*. París, 7, Ministère des Affaires Etrangères, 7 marzo 1990.

63 *ibid*.

64 Y. PLASSERAUD y S. POURCHIER: «Les pays baltes, en fin l'indépendance!», *Esprit*, 175 (1991), p. 33.

65 *Tiesa*, 27 diciembre 1989, (citado por SENN: «Hacia la independencia lituana…», p. 26).

66 Cf. *El País*, 27 diciembre 1989.

57 C.FLORES JUBERÍAS: «1990. los primeros pasos hacia la democracia…», *Revista de Derecho Político*, nº 38 (1994), pp. 219 y ss.

58 Nos referimos aquí a la denominada declaración «9+1» publicada por *Izvestia*, 24 abril 1991, (Cf. R. BERTON-HOGGE: *La lutte pour le pouvoir en URSS*. París, La Documentation Française, 1991, p. 93).

59 H. CARRÈRE D'ENCAUSSE: *La gloire des nations…*, p. 272.

70 R. YAKEMTCHOUK: «Les républiques baltes…», p. 192.

71 Cf. C. FLORES JUBERÍAS: «1990: los primeros pasos…», p. 225.

72 Cf. *Law on Citienship*, en Consejo Supremo de la República de Lituania: *Selected Anthology of Institutional, Economic and Financial Legislation*. Vilnius, 1991, p. 60.

73 Cf. *Law on Minorities*, en *Selected Anthology…*, pp. 68-69.

74 Cf. C. FLORES JUBERÍAS: «1990: los primeros pasos…», pp. 226-227.

75 R. YAKEMTCHOUK: «Les républiques baltes…», p. 268.

76 *Loe. cit*., p. 270.

77 G. STAMERS: *Latvia today*. Riga, Latvijas Arpolitikas Instituts, 1995, p. 24.

78 Véase el texto completo de la «Declaración del SS de la RSS de Letonia sobre la restauración de la independencia de la República de Letonia», en P. LOROT: *Le réveil balte*. Hachette, 1991, pp. 166-169.

79 Boris Pugo puede ser considerado un *latavitchi* arquetípico. Hijo de un comunista letón emigrado a la URSS tras la Primera Guerra Mundial y posteriormente muerto en los enfrentamientos políticos letones de los años treinta, dirigente del PC de Letonia y del KGB en Riga, adquirió el grado de coronel-general en el ejército soviético y fue promovido por los comunistas ortodoxos a ministro del Interior de la URSS en diciembre de 1990. Uno de los cerebros del *putsch* moscovita de agosto de 1991, se suicidó ante su fracaso (cf. La révolution russe». *Collection Libération*, París, nº 2, septiembre 1991, p. 4).

30 Cf. R. YAKEMTCHOUK: «Les républiques baltes…», p. 277.

31 M. LESAGE: *La crise du fédéralisme…*, p. 61.

32 Supremo Consejo de la República de Lituania: *The Road of Negotiations with the USSR*. Vilnius, State Publishing Centre, Vilnius, 1991, 2ª edición revisada), p. 70.

33 Cf. A. E. SENN: «Hacia la independencia lituana…», p. 28.

34 Se trata del antiguo ministro de Asuntos Exteriores lituano Juozas Urbsys, personaje clave en los agitados años de 1939-1940, largos años deportado en condiciones muy penosas. Dirigió una carta al Soviet Supremo lituano, leída en la cámara el 8 de marzo de 1990. En ella, el anciano exministro se mostraba muy crítico respecto de una precipitada declaración de independencia, ya que pensaba que «esta declaración puede convertirse en una palabra vana». Aconsejó un gobierno de coalición entre nacionalistas y comunistas renovadores, no excluir de la administración lituana a los

expertos, y establecer lazos de amistad con «el pueblo ruso» ya que «aunque es cierto que la URSS existe, el pueblo ruso es una fuerza decisiva». En todo caso conviene resaltar estos últimos extremos del texto de Urbsys, ante la actitud posterior de Yeltsin y de ciertas autoridades de la RSFSR. (El documento completo en R. YAKEMTCHOUK: «Les républiques baltes…», pp. 376-377.)

35 Véase al respecto un significativo retrato de la personalidad de Landsbergis, en H. SMITH: *Désunion soviétique…*, pp. 358 y ss. El autor de estas páginas, por su parte, puede añadir –como fruto de su conocimiento directo de Landsbergis durante algunos años de convivencia en el Consejo de Europa– dos rasgos suplementarios, aunque no precisamente menores: su alto grado de conservadurismo ideológico y, también, una cierta versatilidad en la fijación de sus ideas políticas personales. Máximo líder de opinión del bloque conservador europeo que se opuso en Estrasburgo a la entrada de Rusia al Consejo de Europa (25 enero 1996), Landsbergis –que pudo constatar *de visu* el escaso éxito de tal postura–, se abstuvo en la votación nominal pública del Pleno de la Cámara.

36 Véase el texto completo en Y. PLASSERAUD: *Les pays baltes*. París, GPDM, 1990, p. 116.

37 Cf. *The Road of Negotiations…*, p. 71.

38 Existen, al menos, dos ediciones de *The Road of Negotiations with the USSR*, ambas publicadas por el Consejo Supremo de la República de Lituania. La primera (Vilnius, 1990) además de una cronología de los hechos, recoge un total de 77 documentos fechados entre el 11 de marzo de 1990 y el 2 de octubre del mismo año. La segunda (Vilnius, 1991) que se anuncia como volumen primero –lo que en principio augura una voluntad de continuidad por parte de los editores– de una segunda edición revisada, incluye, además de la correspondiente cronología puesta al día, un total de 199 docuentos. El último lleva fecha de 31 de mayo de 1991. Aquí citamos siempre por esta segunda edición.

39 El resultado de la votación fue de 1.463 votos a favor, 94 en contra y 128 abstenciones (cf. H. CARRÈRE D'ENCAUSSE: *La gloire des nations…*, p. 274).

90 El texto completo en *The Road of Negotiations…*, pp. 72-73.

91 «Carta de Vytautas Landsbergis a Mijail Gorbachov», en *The Road of Negotiations…*, p. 74.

92 M. LESAGE: *La crise du fédéralisme…*, p. 63.

93 R. YAKEMTCHOUK: «Les républiques baltes…», p. 227.

94 *Ibid*.

95 «Carta de Kazimiera Prunskiené a Nikolai Ryzkhov», en *The Road of Negotiations…* p. 82.

96 No es posible recoger aquí la multitud de documentos lituanos en los que se realizan continuos llamamientos a las autoridades soviéticas para establecer negociaciones o conversaciones. Solamente a título de ejemplo se citan la

carta de V. Landbergis a M. S. Gorbachov del 12 de marzo de 1990 (*The Road of Negotiations*…, p. 71), la carta de V. Landbergis a Anatoly Lukianov (presidente del SS de la URSS) el 21 de marzo (*The Road of Negotiations…*, pp. 75-77), la carta de K. Prunskiené a N. Ryzkhov de 29 de marzo *(The Road of Negotiations…*, pp. 79-80) entre otros muchos.

97 Véase la Nota *(High Governmental Note)* De Prunskiené a Yázov (2 abril 1990), en *The Road of Negotiations…*, pp. 87-88.

98 «Telegrama de M. Gorbachov y N. Ryzkhov al Consejo Supremo y al Consejo de Ministros de la República de Lituania», en *The Road of Negotiations…*, pp. 61-62.

99 Véase al respecto los documentos siguientes: «Decreto del Consejo Supremo de la República de Lituania sobre la extensión de relaciones entre la República de Lituania y la URSS» (18 abril 1990); «Telegrama del Consejo Supremo de la República de Lituania a M. Gorbachov y N. Ryzkhov»(18 abril 1990); «Carta del Presidium del Consejo Supremo de la República de Lituania a Mijail Gorbachov» (20 abril 1990), en *The Road of Negotiations…*, pp. 100-103.

00 A. Ronchey: «I russi al bivio tra Suslov e Tolstoj», *La Repubblica, 27* noviembre 1990.

01 Cf. «Declaración del Consejo de los Estados Bálticos» (27 septiembre 1990), en *The Road of Negotiations…*, p. 138.

02 Cf. R. Yakemtchouk: «Les républiques baltes…», p. 245.

03 H. Carrère d'Encuasse: *La gloire des nations…*, p. 288. La normalización de las relaciones políticas polaco-lituanas, históricamente muy complejas, no puede considerarse, en ningún caso, un dato de menor cuantía sino como un factor de gran relevancia en la estabilidad de la región. La nueva actitud polaca, generosamente superadora de las herencias del pasado, se expresó muy claramente en la voz de uno de sus intelectuales más destacados, el Premio Nobel Czeslaw Milosz quien, con ocasión de los sangrientos acontecimientos de Vilnius de enero de 1991, instaba a la Europa unida a defender a los pueblos bálticos y a no participar en lo que el escritor polaco denominaba «la gran mentira»: «un medio de hacer saber a Gorbachov, a sus militares y al KGB que cometen un error al apoyarse sobre sus hábitos totalitarios, cuando el mundo ha cambiado» (Czeslaw Milosz: «Le Grande Mensonge», *Le Monde*, 23 enero 1991).

04 Véase la «Carta de Vaclav Havel a Vytautas Landsbergis» (29 de marzo 1990) y la respuesta de Landsbergis (31 marzo 1990), en *The Road of Negotiations…*, pp. 79 y 81.

05 H. Carrère d'Encausse: *Ibid*.

06 *Ibid*.

07 Nuestra versión de la carta Mitterrand / Kohl está basada en el texto francés transcrito por Yakemtchouk de la publicación oficial del Quai d'Orsay *Documents d'Actualité Internationale* (15 de junio 1990, p. 226), y en el texto

inglés publicado por el Parlamento lituano *(The Road of Negotiations…*, p. 104). Ambas versiones son idénticas excepto en un punto que aquí se destaca. En el lugar donde se referencia la nota 307, el texto francés reza textualmente «…son droit à la *souveraineté»*, mientras que el inglés afirma textualmente «the right to *independence»*.

08 Cf. *Figaro Magazine*, 5 mayo 1990.

09 «Carta de Vytautas Landsbergis a François Mitterrand» y» Carta de Vytautas Landsebergis a Helmut Kohl» (2 mayo 1990), en *The Road of Negotiations…*, pp. 105-106.

10 La declaración del portavoz del Quay d'Orsay afirmaba claramente los «contactos permanentes» de los servicios diplomáticos (franco-alemanes) con las autoridades de vilnius (cf. «Declaración del portavoz del Quai d'Orsay», 27 abril 1990, en *The Road of Negotiations…*, p. 104). Cabe inferir que dichos contactos se realizaban de manera simultánea con la parte soviética.

11 Según *El País* (20 junio 1990) el resultado de la votación arrojó 69 votos a favor, 35 en contra y dos abstenciones. Para Yakemtchouk, que no cita fuentes, los votos a favor fueron 74, con 15 votos en contra y diez abstenciones (cf. R. YAKEMTCHOUK: «Les républiques baltes…», p. 282).

12 Véase el texto completo del Consejo Supremo en *The Road of Negotiations…*, p. 113.

13 Cf. *The Road of Negotiations…*, p. 115-116.

14 Véase el texto completo del Consejo Supremo lituano (23 mayo 1990), en *The Road of Negotiations…*, p. 113.

15 Véase la nota difundida por la agencia ELTA en *The Road of Negotiations…* , p. 121.

16 Cf. *The Road of Negotiations…*, p. 123.

17 *Ibid*., p. 124.

18 «Decreto del Consejo Supremo de la República de Lituania», en *The Road of Negotiations…*, p. 128.

19 «Declaración del Consejo Supremo de la República de Lituania» (29 junio 1990), en *The Road of Negotiations…*, pp. 127-128.

20 «Decreto del Presidente de la URSS sobre la formación de la Delegación de la URSS para las negociaciones con la Delegación de la RSS de Lituania» (9 julio 1990), en *The road of Negotiations…*, pp. 131-132.

21 «Decreto del Consejo Supremo de la República de Lituania sobre el grupo de expertos para la preparación política, jurídica y diplomática para las negociaciones con la urss» (8 agosto 1990), en *The Road of Negotiations…*, pp. 143-146.

22 «Decreto del Consejo Supremo de la República de Lituania sobre la aprobación de miembros de la Delegación de Estado de la República de Lituania» (21 agosto 1990), en *The Road of Negotiations…*, p. 150.

23 En el «comunicado conjunto» hecho público por las dos delegaciones se especificó claramente, entre otras precisiones y previsiones, que durante la reunión –de cuatro horas de duración–se habían intercambiado puntos de vista sobre «aspectos logisticos y cuestiones de procedimiento para las futuras negociaciones» (Véase el texto completo del comunicado conjunto lituano-soviético en *The Road of Negotiations…*, p. 159).

24 *Le Monde*, 4 octubre 1990.

25 P. LOROT: *Histoire de la Perestroïka*. París, PUF, 1993, pp. 56 y ss.

26 Cf. M. A. CROSNIER: «1990: un pays au bord du gouffre», en F. BARRY y M. LESAGE: *URSS: la dislocation dupouvoir*. París, Les Études de la Documentation Française, 1991, pp. 129 y ss. Véase igualmente M. A. CROSNIER: «Le programme Chataline de transition vers le marché en URSS», *Le Courrier des Pays de l'Est*, 353 (1990), *passim*.

27 Cf. A. GIROUX: «Transformation et distribution des produits agrícoles en URSS: la désagregation», *Le Courrier des Pays de l'Est*, 355 (1990).

28 Cf. M. A. CROSNIER: «1990: un pays au bord du gouffre»…, p. 138.

29 Véase al respecto el significativo análisis del editorial de *Le Monde:* «Nouveaux pouvoirs pour M. Gorbatxev», *Le Monde, 6* diciembre 1990.

30 *Ibid*.

31 *La Repubblica*, 13 diciembre 1990.

32 *Le Monde*, 22 diciembre 1990

33 *Ibid*.

34 *La Vanguardia, 20* diciembre 1990.

35 Cf. «Le roi nu», *Le Monde, 22* diciembre 1990. Tal sensación generalizada se fue acentuando con una cierta aceleración, tanto a corto como a medio plazo (si es que pueden utilizarse tales términos en el vertiginoso escenario soviético de 1990-1991) y por razones de carácter muy diverso. Algunas de orden moral, como la decidida posición anti gorbachoviana adoptada por la viuda de Sajarov, Elena Bonner (cf. *El País*, 28 diciembre 1990), y otras de origen estrictamente político, tales como la cascada de nombramientos para puestos clave del gobierno soviético. Lukianov, para la presidencia del Soviet Supremo, Yanáev, para la vicepresidencia de la URSS, Pugo y Grómov para la dirección del ministerio del Interior, Kriutchkov para el KGB, Pávlov para la jefatura del gobierno, etc. (véase una detallada cronología en F. BARRY y M. LESAGE: *URSS. La dislocation du pouvoir*. París, Les Études de la Documentation Française, 1991). Todo ello confirmaba el carácter premonitorio del editorial de *Le Monde* citado en esta misma nota. En todo caso, la completa dispersión del equipo reformador de la *perestroika* culminaba con la dimisión de Alexandr lakovlev, el 16 de agosto de 1991, es decir, pocas horas antes del *putsch* del 19. lakovlev con su dimisión deseaba «prevenir a la sociedad de que un grupúsculo estaliniano influyente se ha formado en el seno del núcleo dirigente del Partido» y «prepara una

revancha social, un golpe de Estado y una toma del poder en el seno del Partido» (cf. P. LOROT: *Histoire de la Perestroïka*. Patís, PUF, 1993, p. 92).

36 Politburó del CC del PCUS: «Memorial a los comunistas, al pueblo de Lituania» (15 septiembre 1990), en *The Road of Negotiations…*, pp. 156-157.

37 La expresión «quinta columna», referida al partido comunista prosoviético, fue utilizada por Landsbergis en la entrevista concedida a A. Genestar y C. M. Vadrot para el periódico francés *Le Journal du Dimanche*, el 21 de abril de 1991.

38 «Telegrama de V. Landsbergis a N. Ryzkhov» (3 diciembre 1990), en *The Road of Negotiations…*, p. 191.

39 Cf. P. LOROT: *Histoire de la Perestroïka*, p. 94.

40 El diario *Le Figaro* (10 de mayo 1990) titulaba «Kazimiera Prunskiené, la "Thatcher lituanienne"», el perfil de la primera ministra. Por su parte Prunskiené, en entrevista concedida a *El País* (13 enero 1991) expresaba sus diferencias con Landsbergis, tanto en la estrategia negociadora como en la evaluación de los factores internos de la política soviética.

41 Según el general soviético Visotkis existían en Lituania 13.105 casos de deserción contra 1.457 incorporaciones efectivas al ejército (Cf. *Le Monde*, 11 enero 1991).

42 «Telegrama del Presidente de la URSS Mijail Gorbachov al Soviet Supremo de la RSS de Lituania»(10 enero 1991), en *The Road of Negotiations…*, p. 205.

43 «Llamamiento del Consejo Supremo de la República de Lituania a los Gobiernos del Mundo»(11 enero 1991), en *The Road of Negotiations…*, p. 209.

44 «Llamamiento del Consejo Supremo de la República de Lituania a los Gobiernos del Mundo»(11 enero 1991), en *The Road of Negotiations…*, 210.

45 «Llamamiento del Consejo Supremo de la República de Lituania a los Pueblos de la Unión Soviética» (13 enero 1991), en *The Road of Negotiations…*, p. 210.

46 Véase nota 343.

47 *Le Monde*, 15 enero 1991.

48 H. CARRÈRE D'ENCAUSSE: «Gorbatxev a Choisi l'empire contre la démocratisation», *Le Figaro*, 14 enero 1991.

49 Cf. F. FURET: *Le passé d'une illusion…*, p. 569.

50 Cf. A. CUCÓ: «La qüestió bàltica…», Afers, 14, 1992, *passim* y «Socialistas y socialdemócratas…», *Nationalism in Europe. Past and Present*, 1994, *passim*, citados *supra*

51 PE: *Resolución sobre la situación sobre los Países Bálticos*. Bruselas, DOCE, C 48 / 65 25 febrero 1991.

52 *Financial Times*, 23 enero 1991.

53 *Ibid*.

54 H. CARRÈRE D'ENCAUSSE: «Gorbatxev a choisi l'empire…», *art. cit*.

55 Cf. Le Figaro, 15 enero 1991.

56 Cf. El *País*, 21 enero 1991.

57 «Declaración» (13 enero 1991), en *The Road of Negotiations…*, pp. 212-213.

58 La transcripción en inglés de la fuente lituana afirma textualmente. «Each Party recognise the estáte soverignity of the other Parties» (cf. *The Road of Negotiations…*, p.212), mientras que una versión francesa publicada casi simultáneamente traducía literalmente: «les parties reconnaissent mutuellement leur souveraineté nationale» (cf. *Courrier International*, 13,31 enero-6 febrero 1991, p. 11). El texto publicado por el citado semanario francés procedía del periódico moscovita *Devoloï Mir*.

59 «Independence» en la fuente lituana citada en la nota anterior, «autonomie» en la versión francesa de *Courrier International*.

60 «Llamamiento al Secretario General de Naciones Unidas, Su Excelencia Javier Pérez de Cuéllar», en *The Road of Negotiations*…, p. 211. La Resolución 678 del Consejo de Seguridad de la ONU exigía «que el Iraq cumpla la Resolución 660 (1990)» y autorizaba a los Estados miembros a que «utilicen todos los medios necesarios para hacer valer y llevar a la práctica la Resolución 660 (1990) y todas las Resoluciones pertinentes que la siguieron» (cf. OID: *Conflicto del Golfo Pérsico. Invasión Iraquí de Kuwait. Acontecimientos, Textos y Documentos*. Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1991, p. 104. Por su parte la Resolución 660 (1990) de 2 de agosto: «1. Condena la invasión de Kuwait. 2. Exige que el Iraq retire de inmediato todas sus fuerzas a las posiciones en que se encontraban el 1 de agosto. 3. Exhorta al Iraq y a Kuwait a que inicien de inmediato negociaciones intensivas para resolver sus diferencias…» *(op. cit*., p. 85).

61 Véase el dossier documental compilado por Charles URJEWICZ: *Les Russes à la recherche d'une identité nationale*. París, La Documentation Française, 1993.

62 A. GENESTAR y C. A. VADROT: «Le concerto lituanien de Landsbergis.», *Le Journal du Dimanche*, 21 abril 1991.

63 *Ibid*.

64 Véanse los resultados del plebiscito lituano en *The Road of Negotiations…*, pp. 248-250. Para los resultados en Estonia y Letonia, P. LOROT: *Histoire de la Perestroïka…*, p. 96.

65 «Decreto del Presidente de la URSS» (1 febrero 1991), en *The Road of Negotiations…* p. 242.

66 «Decreto del Consejo Supremo de la República de Lituania» (5 febrero 1991), en *The Road of Negotiations…*, p. 243.

67 «Telegrama de Vitaly Doguzhiev a Vytautas Landsbergis»(30 marzo 1991), en *The Road of Negotiations…*, 284-285.

68 «Telegrama de Gidiminas Vagnorius a Mijail Gorbachov y Dmitry Yázov» (22 mayo 1991), *en The Road of Negotiations…*, p. 305.

69 Cf. *Izvestia*, 25mayo 1991 (citado por R.BERTON-HOGGE: La lutte pour *le pouvoir en URSS*. París, La Documentations Française, 1991, p. 96).

70 «Telegrama de Gediminas Vagnorius a Boris Pugo, Dmitry Yázov, Boris Yeltsin y Iván Silaev»(23 mayo 1991), en *The Road of Negotiations…*, pp. 306- 307.

71 «Declaración del Consejo de los Estados bálticos sobre las acciones de la URSS contra los Estados bálticos y sus pueblos» (30 mayo 1991), en *The Road of Negotiations…*, pp. 310-311.

72 Cf. *Izvestia*, 24 abril 1991 (citado por R. BERTON-HOGGE: *La lutte pom le pouvoir…*, p. 93).

73 H. CARRÈRE D'ENCAUSSE: *Victorieuse Russie*. París, Fayard, 1992, p. 173.

CAPÍTULO III

EL MUNDO MUSULMÁN Y SUS FRONTERAS: NOTAS SOBRE ASIA CENTRAL Y EL CÁUCASO

Los intentos gorbachovianos de poner en práctica los principios básicos del «nuevo pensamiento», especialmente los referentes a la «transparencia» (*glasnost*), tienen mucho que ver con la oleada de tensiones y problemas nacionalitarios que agitaron visiblemente los cuatro puntos cardinales de la Unión Soviética especialmente a partir de 1987 y 1988. La política de la *perestroika,* con toda seguridad, no sólo no los había creado de la nada, sino que –tal y como ha podido constatarse en páginas anteriores– la cuestión de las nacionalidades había estado de una u otra manera presente desde la misma fundación de la Unión. Las distintas metodologías ensayadas por el Kremlin para solventar el problema –desde la de la estricta brutalidad aplicada por Stalin a la quimérica tesis de la «fusión de las naciones» intentada con posterioridad– se revelaron como un fracaso histórico que pronto gravitó sobre los intentos reformadores del nuevo equipo dirigente soviético. En 1989 el profesor Maskhud Dzhunusov, un sociólogo de la Academia de Ciencias de la URSS; señalaba que no solamente era completamente absurdo atribuir a *la perestroika* la génesis de los conflictos étnicos, sino que en

> todo caso resultaba absolutamente necesario el hallar las verdaderas raíces (históricas) del problema.[1] Sin embargo parece evidente que en ese mismo momento, en 1989, la búsqueda de las raíces de un pasado sustraido a muchas generaciones de ciudadanos de la Unión Soviética, se estaba ya realizando con una turbulencia inusitada y en una dirección inequívoca en extensas áreas nacionales de la URSS. La recuperación de la memoria histórica contribuyó notablemente, en tal sentido, al profundo resquebrajamiento de las estructuras políticas tradicionales del partido y del Estado.

Como ha señalado Sergio Romano el comunismo soviético no entrañaba solamente una fe quasi religiosa en el Estado sino que era «anche e sopratutto "nazionalità"».[2] Cuando, durante la etapa de la *perestroika* se inició aceleradamente la crisis del partido –y con ella una quiebra de los hasta entonces indiscutibles valores del Estado–, fue posible afirmar que, en definitiva, el comunismo ya no era el «destino común» del conjunto de pueblos que habitaban el universo soviético. El fracaso del reformismo gorbachoviano hizo ver, en la arriesgada imagen de Romano, que «el emperador estaba desnudo» y a sacar las correspondientes consecuencias.

> Los primeros en proclamar que el emperador estaba desnudo –escribe el diplomático e historiador italiano–… fueron los bálticos, seguidos por los armenios, por los georgianos, por los moldavos, por los ucranianos. Si el comunismo no era su «nacionalidad» común, cada uno de ellos no podía sino recuperar la propia y reivindicarla sin el miedo de incurrir en el pecado de «leso socialismo».[3]

Desde un punto de vista no demasiado discordante el sociólogo ruso Victor Zaslavsky ha puesto igualmente de relieve que, al mismo tiempo que se producía el colapso del poder centralizador durante la *perestroika,* la nacionalidad se convirtió en el más potente factor de movilización social e incluso –citando al filósofo soviético Grigorij Pomerants– en un principio fundamental de organización política. En ese sentido en algunas nacionalidades se quiso hacer ver un cierto solapamiento entre la resurrección del «alma nacional» y determinadas formaciones políticas,[4] en alusión escasamente velada

al *Sajudis* lituano. Sin embargo, como es sabido, la variedad de modelos en los movimientos nacionalitarios de la URSS ha sido muy amplia y, en ese sentido, el escenario báltico o el georgiano –caracterizados en mayor o menor grado por una notable supervivencia de la memoria histórica– poco tienen que ver con los acontecimientos del Asia Central soviética. En todo caso, como ha señalado el propio Zaslavsky,[5] las consecuencias de los errores estratégicos de *la perestroika* fue el haber profundizado en las dos fracturas esenciales que tradicionalmente atravesaban el universo multiétnico soviético. Por una parte, la que separaba el bloque báltico de las repúblicas eslavas y, por otra, el conflicto que ha enfrentado al mismo tiempo a diversas repúblicas federadas del Cáucaso y del Asia Central no solo con el poder central, sino también con grupos étnicos limítrofes o internos: con aquellas minorías nacionales políticamente potenciadas por la arbitraria división territorial estaliniana impulsada durante los años veinte. A todo ello habrá sin duda que añadir las consecuencias de las deportaciones colectivas de pueblos musulmanes caucásicos a Asia Central durante la denominada Gran Guerra Patria, aunque tales deportaciones se habían iniciado ya de hecho en 1937 con los primeros éxodos de poblaciones checheno-inguches.[6] Todos estos rasgos conferirán a los movimientos nacionalitarios del Cáucaso y de Asia Central un carácter que ha sido calificado de «heterofóbico» :[7] en él reside su mayor singularidad.

La fecha del 17 de diciembre de 1986 ha podido considerarse como una fecha simbólica del inicio abierto de los desórdenes antirrusos en la etapa de la *perestroika.* Aquel día una revuelta de gran amplitud y violencia estallaba en las calles de Alma-Ata, la capital del Kazajstán. Miles de manifestantes, gritando consignas inequívocamente antirrusas, expresaban su repudio ante una medida decidida por el Kremlin y que a su entender vulneraba una ley no escrita, aunque tradicionalmente observada: que la jerarquía que regía la estructura del PCUS en las repúblicas federadas debía ser encabezada por un comunista autóctono. En aquella ocasión la regla consuetudinaria se había ostensiblemente quebrado y, por primera vez, el jefe del partido comunista kazako, Din Muhammed Kunaev, era substituido por un ruso, Guennadi Kolbin, políticamente muy vinculado a Mijail

Gorbachov. El hecho desbordó una primera lectura –que no era otra que la necesidad del nuevo equipo de disponer en las nacionalidades de equipos renovadores frente a los ortodoxos breznevianos-y se convirtió en la chispa circunstancial que encendía rencores étnicos largamente almacenados. Los graves acontecimientos de Alma-Ata –dos días de desórdenes, más de treinta muertos y doscientos heridos– permiten, en todo caso, distinguir al menos tres niveles de enfrentamientos. El que opuso, en primer lugar, a rusos y kazakos[8] pero también el que enfrentaba a musulmanes y ateos, y el que, en último extremo, significaba la novedad más notoria: la pugna abierta entre comunistas kazakos y comunistas rusos. En tal sentido Chantal Lemercier-Quelquejai se ha pronunciado por el carácter no espontáneo de la revuelta que, por el contrario, había sido cuidadosamente preparada y dirigida por las élites comunistas locales, tanto del komsomol como del partido, es decir, por aquellos elementos de los estratos privilegiados del sistema destinados, en principio, por el PCUS a constituir la reserva de la cohesión y de la unidad de la Unión Soviética.[9]

La primera constatación que se impone tras los acontecimientos de Alma-Ata es considerar el grado de la reacción oficial. Pese a que a que la evaluación de las medidas coercitivas aplicadas por las autoridades soviéticas fue enormemente dispar-las informaciones que se desprenden de los *samizdats* y de otras fuentes clandestinas hablaron de una represión masiva que incluía ejecuciones, numerosas detenciones y destierros, utilización masiva de tropas especiales del KGB y de los paracaidistas-[10] todo parece indicar, en cambio, una reacción mucho más moderada que la previsible en épocas anteriores.

No puede afirmarse, sin embargo, que los signos premonitorios de la revuelta de Alma-Ata implicase algún tipo de cambio con respecto a la política de las nacionalidades por parte de la dirección del PCUS. Continuaron en vigor los tradicionales clichés que afirmaban que la cuestión de las nacionalidades estaba definitivamente resuelta en la URSS y, tras el Pleno del Comité Central del PCUS, del 27 de enero de 1987, se relanzaron las campañas de «reeducación internacionalista», eufemismo que designaba el fenómeno de la rusificación y que nunca había sido abandonado en realidad. Es decir, se reincidía en las

prácticas habituales –tan poco eficaces, por otra parte– y que no eran otras que la insistencia en el patriotismo ruso como base esencial del patriotismo soviético; en el uso creciente y contante del ruso en los distintos niveles de la administración, de la enseñanza y en la burocracia del partido; en el rechazo de los patronímicos autóctonos –reputados de «clericales» – privilegiando bien los nombres rusos, bien los «internacionales» (Octobrina, Togliatti, Jaurès, Karlmarx…) y, en fin, rechazando por completo tanto la cultura como las tradiciones musulmanas.

El historiador israelí Yaakov Ro'i se ha preguntado, a partir de los primeros signos de alteración del *statu quo* ideológico y político en el Asia Central soviética, si resultaba o no posible considerar el nacionalismo en la región como un fenómeno capaz de designar de manera común el sentimiento nacional de uzbekos, turkmenos, tadyikos o kirguises o si, por el contrario, se debían considerar separadamente los fenómenos nacionales de cada grupo étnico. En otras palabras, Ro'i se interrogaba sobre el carácter preponderante entre el conjunto de factores que caracterizan el nacionalismo en el Asia Central soviética y entre los cuales cabría enumerar no sólo los valores propios del islamismo o de otras tradiciones culturales e históricas, sino también si el sistema de valores vigente en la región era religioso o secular, nacional, subnacional (tribal o clánico) o supranacional (panturco).[11]

La debilidad política, pero también la confusión ideológica, parecen caracterizar los diversos movimientos identitarios en el Asia Central soviética. Solamente en muy contados casos puede considerarse la existencia de estructuras organizativas suficientemente estables e ideológicamente coherentes, incluso en el caso del Birlik uzbeko, el más desarrollado de todos ellos durante los primeros años de la *perestroika,* y al que ya se ha hecho referencia en capítulos anteriores. En él los sentimientos proto-nacionalistas y/o nativistas aparecían ligados de manera prácticamente indisociable con formas de islamismo no sólo de carácter religioso sino también cultural, como el intento de adopción del alfabeto árabe y el abandono del cirílico, impuesto decididamente por los rusos especialmente desde la época de Stalin.

Resulta también evidente el fracaso en la región de ideologías de pretensiones globalizadoras como el panislamismo o el panturquismo. El panturquismo se ha revelado como un sueño expansionista, imposible de materializar, de sectores de la derecha y de la extrema derecha turcas.[12] Ni las condiciones de la política turca de finales de siglo –que se caracteriza por la multiplicidad de desgarramientos internos y por las contradicciones de su acción exterior– ni la variedad de escenarios de las repúblicas de Asia Central, han permitido su desarrollo excepto en lo que concierne parcialmente a Azerbaiján donde, en todo caso, sí que resulta patente la afinidad de carácter lingüístico y cultural, pese a las diferencias religiosas (mayoría sunnita en la república de Turquía, mayoría chiíta en Azerbaiján). Es cierto que, como ha advertido Ro'i, también en Uzbekistán pueden observarse signos de carácter panturquista, quien se ha referido, entre otros extremos, a las declaraciones de Akhmad Azam, el virtual número dos del Birlik, según las cuales Stalin había dividido «the single Turkic people» (es decir, el antiguo territorio del Turkestán), aunque como explicaba el historiador israelí, tal afirmación también podría ser interpretada como un ejemplo de la tendencia uzbeka al hegemonismo regional.[13]

Aunque es bien cierto que el Islam forma parte integrante de la identidad cultural de los pueblos del Asia Central soviética, también lo es que los *apparatchiks* comunistas, tanto durante los últimos años de la existencia del régimen soviético como incluso tras la desaparición de la URSS, no han dejado de controlar tanto los procesos políticos como las diversas insurrecciones armadas –siempre de signo inequívocamente fundamentalista islámico– iniciados en sus respectivos territorios. Como ha comentado Olivier Roy en ellos no se han operado, en grado alguno, –como ha acontecido en el resto de las grandes áreas territoriales y culturales del mundo soviético– ningún tipo de reconversión ideológica ni política.«lis veulent –ha escrito Roy– maintenir le règne du parti unique et du KGB et pratiquent allègrement la langue de bois».[14]

Por otra parte la organización política, y en su caso militar, de las fuerzas afines al islamismo no han podido preservar su unidad fundamental y se han ido adaptando a los espacios reales de poder,

es decir, a los límites de las fronteras diseñadas por los soviéticos desde la época de Stalin. Es éste un fenómeno relevante, aunque no único. Debe recordarse al respecto de qué manera el movimiento nacional kurdo ha debido adaptarse históricamente a las realidades de la estructura de poder de los distintos Estados-nación en los que el reparto colonial fragmentó al pueblo kurdo tras la Primera Guerra Mundial.[15] En realidad no se produjo solamente una fragmentación, sino una auténtica «regionalización» de la problemática nacional kurda que, como ha puesto de relieve Hamit Bozarslan,[16] ha constreñido la dinámica de cada porción del movimiento nacional kurdo (en Turquía, en Iraq o en Irán) llegando incluso a contraponerlos entre sí.

Por lo que concierne al Asia Central, el Partido del Renacimiento Islámico –de connotaciones integristas-pretendió en 1990, por su parte, un alcance territorial «soviético» y se opuso, en tal sentido, al previsible estallido de la comunidad musulmana del Asia Central en entidades nacionales. Sin embargo, aunque llegó a convertirse en el referente de la oposición en Tadyikistán y a alcanzar una cierta implantación en zonas de Uzbekistán, su influencia en las tres restantes repúblicas –Kazajstán, Turkmenistán y Kirguizia– se reveló como prácticamente nula. Posteriormente, tras la inesperada implosión de la URSS a finales de 1991, el Partido del Renacimiento Islámico sufrió un proceso de «regionalización a la kurda», y su organización se escindió entre un PRI tadyiko y otro uzbeko aunque –y éste es un rasgo sintomático que es necesario destacar– sus estructuras siempre reflejaron una composición fundamentalmente étnica. En tal sentido, como ha constatado Olivier Roy, el PRI tadyiko nunca llegó a englobar a la fuerte minoría nacional uzbeka que permaneció fiel al partido comunista y, posteriormente a la desaparición de la URSS, a su *apparatchik* descomunistizado.[17]

En síntesis, las revueltas antirrusas –que se iniciaban un tanto paradójicamente en Asia Central– no supusieron intentos de alcanzar formas de soberanía nacional ni, aún menos, constituyeron reivindicaciones masivas de independencia política, como aconteció en otras áreas nacionales de la URSS. Contrariamente a las prospectivas enunciadas por conocidos soviétólogos como Carrère d'Encausse o

Bennigsen, las repúblicas musulmanas de Asia Central se mantuvieron en una actitud escasamente rupturista con la Unión Soviética y, sin lugar a dudas, fueron las más favorables a buscar un nuevo equilibrio federal, tal y como postulaba Gorbachov.[18] De hecho permanecieron dispuestas a apoyar un nuevo Tratado de la Unión hasta el fallido golpe de Estado de agosto de 1991, momento en que se vieron arrastradas por la vorágine centrífuga.

En todo caso es necesario conectar los extremos enunciados con la conformación de la *intelligentsia* local –cuya emergencia había sido estimulada y financiada por el Estado-y que, por su parte, encontró enormes dificultades en hallar un punto común de acción, ni en el conjunto global del territorio ni en cualquiera de cada una de las diferentes repúblicas y prefirió, en cambio, man-tener su cohesión en tanto que *nomenklatura* comunista o postcomunista.

Un rasgo fundamental a destacar –y en el que debe insistirse– es el del nacionalismo «heterofóbico» [19] con carácter horizontal –que no excluye un, por otra parte elemental, sentimiento antirruso– que se ha traducido en un periódico estallido de violentos conflictos interétnicos: sangrientos *pogroms* desencadenados por las diversas poblaciones autóctonas contra las diferentes minorías de cada territorio. La cronología de tales sucesos es compleja, no siempre bien conocida, y afectó de hecho a casi todo el vasto territorio del Asia Central soviética. En 1986, de forma prácticamente coetánea a los sucesos de Alma-Ata, se iniciaron también violentos alborotos en la capital de Tadyikistán, Duchambé. Durante el mismo año, algaradas con una motivación similar acontecieron igualmente en Frunce, en Kirguizia. En ambos acontecimientos, ha señalado Carrère d'Encausse, sus rasgos fueron similares. En el primer caso, una muchedumbre de tadyikos agredió a todos aquellos que por su aspecto podían parecer extranjeros. También el segundo caso, que adoptó una morfología de «revuelta de estudiantes», aparecía como una versión matizada del odio «al otro».[20]

Etiologías similares proliferaron también –tras un breve período de calma, después de la represión de los sucesos de Alma-Ata– en Tachkent, la capital uzbeka, durante los años 1988 y 1989; en Ajabad, la capital turkmena y posteriormente, también en territorio turkmeno,

en la ciudad petrolera de Nebit Dag, igualmente en 1989. En este último caso, los destinatarios de la violencia eran los refugiados caucasianos, la mayoría de origen armenio, que en su mayoría habían sido trasladados al Turkmenistán como consecuencia de los recientes *pogroms* de Bakú. El odio heterofóbico comenzó a ser habitual en los territorios asiáticos de la URSS, aunque sus expresiones más extremadas se produjeron algo más tarde en un breve lapso de tiempo: en el valle de Fergana, en Uzbekistán, durante los meses de mayo y junio de 1989; inmediatamente después en la ciudad de Novy Uzen, en Kazajstán; en Kirgizia, en enero de 1990, y en febrero de aquel mismo año de nuevo en Duchambé, en el Tadyikistán.

A pesar de la lejanía geográfica de tales conflictos, existen ciertas notas comunes entre todos ellos. Carrère d'Encausse ha analizado, en primer lugar, las explicaciones ofrecidas por las propias autoridades soviéticas que pretendieron reducir las causas de los choques interétnicos a fenómenos tales como el consumo de drogas y alcohol: a un vandalismo propio de gamberros manipulados.[21] ¿Por quién y contra qué? Según las explicaciones oficiosas tendieron a atribuir a influencias exteriores tanto por lo que respecta a los impulsos ideológicos como a los suministros de las numerosas armas utilizadas en las diferentes revueltas. Según las citadas interpretaciones tales influencias provendrían de Turquía en los conflictos del Cáucaso, especialmente por lo que respecta a los sucesos georgianos; del Irán fundamentalista, en el caso azerbaijano; de procedencia e influencia afgana –con un telón de fondo desestabilizador norteamericano– en el resto de las repúblicas de Asia Central. De una u otra forma, el extremismo islámico constituía en cada uno de los casos, un factor constante de desequilibrio.

Se desconocieron, sin embargo, cualquier otro tipo de posibles causas entre las que cabe señalar, en primer lugar, la artificialidad de las fronteras en el mundo musulmán soviético, su caprichoso diseño –fruto de la estrategia de división estalinana– mediante la cual en el espectro nacional de cada una de las repúblicas se hallaba indefectiblemente, junto a la etnia autóctona, no sólo una numerosa población de origen europeo (ruso o ucraniano), sino también distintos grupos nacionales minoritarios sin reconocimiento jurídico de

status de minoría. El caso más extremo lo representa sin duda Tadyikistán que entre sus cinco millones de habitantes contaba con una población de, al menos, un millón de uzbekos.[22] Tales hechos constituyen un notable marco referencial que, junto al nativismo local, permite una óptica más ajustada para explicar los violentos estallidos interétnicos en el Asia Central soviética.

Tampoco pueden minusvalorarse otro conjunto de factores que igualmente conciernen a la estructura étnica de la población. La inmigración rusa, tradicional en toda la región, alcanzó durante la década 1979-1989 un cierto punto de inflexión. En tales años la presencia rusa retrocedió –como consecuencia tanto de la presión demográfica musulmana como por la dificultad creciente de la convivencia entre eslavos y autóctonos– en tres de las cinco repúblicas centroasiáticas (Uzbekistán, Tadyikistán y Turkmenistán).[23] En todo caso conviene subrayar el muy escaso contacto entre las etnias autoctónas y los inmigrantes rusos. Según Michèle Khan las repúblicas de Asia Central arro-jan el menor número de matrimonios mixtos de toda la Unión Soviética, siendo prácticamente despreciable el porcentaje de residentes rusos conocedores de las lenguas locales.[24] Esta tajante dicotomía es, sin duda, un factor nada despreciable en el fuerte contenido antirruso que se constata en la mayoría de sus sucesos «heterofóbicos» a los que se viene haciendo referencia.

Sin embargo la violencia interétnica no se cebó, con máximo rigor, con los inmigrados de origen ruso sino con poblaciones alógenas minoritarias y, especialmente, con las procedentes de las deportaciones masivas perpetradas por Stalin en el transcurso de la denominada «Gran Guerra Patria». Aunque con anterioridad se ha aludido ya a estos «pueblos castigados», resulta necesario ofrecer ahora ciertas precisiones. En primer lugar constatar que determinadas minorías de origen occidental –como los denominados «alemanes del Volga» — apenas fueron inquietados durante los conflictos interétnicos, pese a que constituían un efectivo demográfico notable: más de un millón de personas en 1989, concentradas fundamentalmente en la república de Kazajstán. Durante los alborotos acontecidos en la citada república los integrantes de la minoría

alemana apenas fueron molestados, aunque pese a todo iniciaron un lento retorno al país de sus antepasados.

Conviene notar, por el contrario, que la gran mayoría de los conflictos interétnicos acontecidos en los territorios de Asia Central tuvieron como protagonistas a musulmanes que contravenían de esa manera el precepto según el cual todo musulmán debe considerarse amigo y hermano de otro musul-mán. Tal regla fue, sin embargo, sistemáticamente vulnerada y, en primer lugar, durante los sucesos del valle de la Fergana en la primavera de 1990: un *pogrom* contra la minoría de los turcos mesketos (en realidad georgianos al mismo tiempo islamizados y turquizados) deportados por Stalin al Uzbekistán durante la Segunda Guerra Mundial. El destino de los deportados mesketos –un bolsón étnico que ha sido evaluado en unas sesenta mil personas-[25] fue singularmente trágico. Rechazados violentamente en Uzbekistán vieron, al mismo tiempo, desvanecerse sus esperanzas de retornar de nuevo a sus lugares de origen en Georgia, al rechazar las autoridades de la república sus expectativas de regreso, por considerar que su presencia complicaría todavía más el conflictivo laberinto étnico georgiano. Otros colectivos caucasianos en cambio –los inguches, los chechenos, los kabardino-balcares o los karatchais– que también habían sido deportados por Stalin a Uzbekistán, en condiciones muy similares a los mesketos, pudieron beneficiarse de una «rehabilitación» durante el deshielo kruscheviano.

Aunque la heterofobia practicada durante la *perestroika* en la Unión Soviética aparece esencialmente como un fenómeno intermusulmán –como en los casos de los pueblos caucásicos anteriormente citados, casi todos ellos de origen turco– ello no excluye tampoco la ejercida en otro contexto como el de la ancestral pugna entre armenios y azerbaijanos que produjeron los *pogroms* antiarmenios de Sungait o de Bakú y que implicaron un modelo muy distinto al de los anteriormente expuestos. Los armenios evacuados por las autoridades soviéticas a diversas repúblicas centroasiáticas para garantizar su supervivencia, fueron sistemáticamente vejados y agredidos en sus lugares de acogida por las poblaciones locales, en un peculiar rasgo de solidaridad intermusulmana.

Con la excepción de los enfrentamientos uzbeko-tadyikos, a los que inmediatamente se aludirá, no han sido en cambio usuales los choques entre poblaciones de las distintas repúblicas musulmanas de la URSS. Por el contrario los frecuentes conflictos entre uzbekos y tadyikos responden a una doble dimensión basada no solo en la arbitrariedad de las fronteras estalinianas y en las consecuencias que de ella se han derivado, sino también en las profundas diferencias lingüístico-culturales existentes entre ambos grupos étnicos. Mientras los uzbekos son turcófonos –como la gran mayoría de los pueblos musulmanes del Asia Central soviética– los tadyikos constituyen un grupo cultural y lingüístico iranófono, aunque contrariamente a la mayoría de los iraníes –chiítas desde el punto de vista religioso– pertenecen a la rama sunnita. Un situación por lo tanto inversa a la de Azerbaiján, donde los azerbaijanos –turcófonos– son chiítas, mientras que las poblaciones vecinas de la república turca, muy próximas lingüistica y culturalmente, son sunnitas.

La no homogeneidad étnica entre uzbekos y tadyikos ha engendrado numerosos conflictos entre ambas repúblicas. En Tadyikistán, según el censo soviético de 1989, de los 5.089.592 habitantes de la república, 3.168.193 eran tadyikos y 1.197.000 uzbekos,[26] considerados por los tadyikos –detentadores de una cultura históricamente muy prestigiosa– como un colectivo inferior que no puede aspirar sino a la integración o a la emigración. Una perspectiva escasamente compartida en el vecino Uzbekistán, donde una minoría de un millón escaso de tadyikos debe convivir con una mayoría uzbeka de catorce millones que pretende, por otra parte, erigirse en el núcleo dirigente de toda la región. Su elevado ritmo de crecimiento demográfico, y también su dinamismo político, ha permitido acuñar la existencia de un «imperialismo uzbeko» cuyo primer objetivo serían las vecinas poblaciones tadyikas. En todo caso, además del intrincado paisaje étnico del valle de Fergana, al que se ha hecho alusión repetidamente, que no es sino una consecuencia más del envenenado trazado de fronteras estaliniano, las cuestiones de Bujara y Samarcanda constituyen un problema irresoluble. Centros tradicionales de la vida económica, cultural y religiosa de la región, Bujara y Samarcanda son ciudades mayoritariamente tadyikas,

aunque enclavadas en territorio uzbeko. Constituyen, y probablemente constituirán durante un horizonte temporal imprevisible, dos auténticas manzanas de la discordia en un escenario de complejidad poco habitual.

Es sobre este entramado de poblaciones desplazadas, de migraciones forzadas, de fronteras inestables, de superposiciones étnicas, donde se ha fraguado la especifidad de los conflictos interétnicos del Asia Central soviética, y no sobre las burdas explicaciones que las autoridades de Moscú ofrecían tras los primeros incidentes de Alma-Ata en 1986. Una especificidad que no sería tampoco inteligible, por otra parte, sin el sombrío telón de fondo del subdesarrollo, del crecimiento demográfico galopante, del colonialismo del monocultivo, del perpetuo control político por parte de las *nomenklaturas* comunista y post comunista, de un cierto universo de la desesperación. En él han ido surgiendo ciertas formas de identidad nacional –uzbeka, kazaka, tadyika, etc.– que responden básicamente a los espacios territoriales de poder diseñados durante la época soviética, pero no unos movimientos nacionalistas equiparables a los que, en otras áreas de la URSS, pretendieron como objetivo prioritario la consecución de la soberanía nacional. En todo caso dicho objetivo fue perseguido solamente por la *intelligentsia* urbana, muy minoritaria.

En tal sentido, la desaparición jurídica y política de la URSS, en diciembre de 1991, ha de considerarse como un hecho exógeno a la dinámica histórica de los pueblos musulmanes del Asia Central soviética. La ruptura de la Unión no implicó, por otra parte, transformaciones políticas substanciales en el *status* preexistente, sino una relativa continuidad de las *nomenklaturas* tradicionales en el poder. Sin embargo tal hecho no ha impedido fuertes tensiones en las distintas repúblicas que condujeron en algún caso singular, como en 1992 en el Tadyikistán, a una guerra civil total que solo puede interpretarse como una lucha interna por el poder, protagonizada por los diferentes clanes autóctonos, y que no responde ni a un enfrentamiento entre grupos étnicos ni a una pugna entre comunistas e integristas islámicos.

En todo caso la característica esencial de los citados enfrentamientos fue el de su extremada violencia. Según fuentes del Consejo de Cooperatión del Atlántico Norte (COCONA)[27] el conflicto civil de Tadyikistán de 1992, controlado al cabo de pocos meses por el presidente Imanali Rakhmanov –considerado como un comunista ortodoxo–, implicó una cifra de muertos oscilante entre los treinta y los cincuenta mil, y un volumen de desplazados superior al medio millón de personas, cifras que pueden ser consideradas como muy elevadas dada la demografía global del país. En un acuerdo tácito con las potencias occidentales la Federación Rusa ha mantenido en la república no menos de veinte mil soldados para sostener el gobierno de Rakhmanov y para controlar el tránsito de armas, combatientes y drogas procedentes de la frontera afgana, santuario básico de los integristas islámicos, con grandes posibilidades de desestabilización del país.

Si las repúblicas musulmanas de Asia Central tienen en común –más allá de la diversidad étnica, de la presencia clánica y de la general heterofobiaun cierto universo de certidumbres religioso-culturales, nada de ello es constatable en el abigarrado mundo caucásico, reino de la diversidad, de la contradicción y del enfrentamiento constante. La región, en efecto, ha reunido históricamente todos los ingredientes adecuados para convertirse en un área de agitación y ebullición permanentes. Posee todos los requisitos para ello, comenzando por las condiciones geográficas. El Cáucaso ha sido al mismo tiempo, como expresó Stéphane Yérasimos,[28] tanto un lugar de paso como un lugar de refugio. Lugar de paso en un doble sentido: en dirección norte sur, costeando el mar Caspio y penetrando en Oriente, hacia Persia y la India; de este a oeste, por el valle de Araxes, permitiendo comunicar fácilmente Tabriz con Erzerum, Persia con Anatolia. Lugar, por lo tanto, también de fricciones, donde se produjeron enfrentamientos atávicos entre persas y turcos, y en el que se sumaría a partir del siglo XVIII la tercera gran fuerza en presencia: la del imperio zarista ruso.

Pero el Cáucaso es también, por lo intrincado de sus montañas, un lugar de refugio que ha acogido a un sinnúmero de pueblos de los más diversos orígenes, en muchos casos restos de antiguas invasiones

–desde los escitas a los kalmukos– que, en diferentes épocas, han atravesado de este a oeste las inmensas estepas, todo ello sin olvidar fenómenos mucho más contemporáneos, como el asiento relativamente reciente en la región de los armenios que escapaban bien de las innumerables guerras ruso-turcas, bien de las más próximas masacres a que fueron sometidos por los otomanos.[29] El territorio adopta en su conjunto no sólo una compleja configuración geográfica, sino también una abigarrada composición étnica de la que aquí sólo se tratará someramente.

En el extremo norte de la región se halla la estepa, situada entre el Don y el Volga, la tierra de los tártaros Nogai y de los kalmukos, pueblos de asentamiento relativamente reciente e islamizados a partir del siglo XVII. Al pie del Gran Cáucaso, próximos al mar Negro, se encuentran los abjacios, los cherqueses (o circasianos) y los adjarios, pueblos todos ellos islamizados. Siguiendo la vertiente norte del Cáucaso se encuentra un conjunto de pueblos turcos o turquizados, entre los que se enumeran los karatchais, los balkares, los kabardos, los chechenos y los inguches. Vecino al mar Caspio se extiende un territorio todavía más insólito, si cabe, desde el punto de vista étnico: el Daguestán. Con una extensión de unos cincuenta mil kilómetros cuadrados y una población que en 1989 se cifraba en un millón setecientos mil habitantes,[30] el Daguestán alberga un abigarrado mosaico de cincuenta etnias entre las que, en todo caso, se destacan por su relativa importancia demográfica los ávaros y los dargwa en el norte, los laks en el centro y los lezguios en el sur. Por último al sur del Gran Cáucaso se encuentra una composición étnica relativamente más simplificada, integrada por los tres grandes grupos nacionales predominantes: georgianos, armenios y azerbayanos.

La elaboración del censo soviético de 1979 arrojó, según Pierre Thorez,[31] la siguiente composición de las principales nacionalidades del Cáucaso, en miles de habitantes:

	Total URSS	*Total república*
Grupo caucásico Georgianos	3.570	3.43
Abjacios	91	8

Adjarios	108	9
Kabardos	322	30
Cherqueses	46	3
Chechenos	756	61
Inguches	187	13
Montañeses Daguestán	1.657	1.26
Avaros	482	41
Darguinianos	287	24
Lesguis	383	18
Laks	100	8
Grapo turco		
Azerbaijanos	5.477	4.70
Balkares	66	6
Karatchais	131	10
Kumiks	228	D 20
Nogais	60	D 2
Indoeuiopeos		
Armenios	4.151	2.72
Ossetios	542	N 299/S 6
Eslavos residentes en el Cáucaso: 8.295 D =Daguestán / N =Ossetia del Norte / S =Ossetia del Sur		

Un territorio geográfica y nacionalmente tan complejo debía originar así mismo una historia igualmente compleja y abigarrada. No podremos evocarla, aquí y ahora, sino en unos rasgos meramente indicativos: los que permitan la comprensión de la dinámica nacional contemporánea. Es por ello que debe puntualizarse en primer lugar que la presencia rusa en la región es relativamente reciente y no se remonta más allá de finales del siglo XVIII. No podemos considerarla estable sino a partir del sometimiento del caudillo checheno Shamil a las tropas del zar Alejandro II en 1859. La frontera rusoturca, fuente de innumerables conflictos armados entre ambos imperios, no

adquiere un cierto grado de estabilidad hasta el Tratado de Berlín de 1878. Sin embargo, la implantación rusa en el Cáucaso produjo un importante movimiento migratorio a uno y otro lado de la frontera ruso-turca, cuyas consecuencias durante los años posteriores serían incalculables. Musulmanes del norte del Cáucaso se instalaron en Turquía –lo que supuso una drástica reducción demográfica de pueblos como los abjacios o los adjarios en la república de Georgia–, mientras que, en sentido inverso, importantes contingentes armenios que habitaban en Turquía se dirigieron hacia territorio ruso. Como consecuencia del último éxodo,en ciudades caucásicas como Tbilisi o Bakú se robusteció la presencia de una importante burguesía armenia. En el ámbito rural los refugiados armenios consolidaron su presencia en el territorio de Karabaj y, con menos intensidad, en comarcas fronterizas entre Georgia y la Armenia rusa como Loti o Zanzegur. Tales cruces de población, sin embargo, no impidieron que conflictos y masacres se sucedieran a ambos lados de la frontera durante los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX. Entre 1894 y 1896 se produjeron los grandes *pogroms* antiarmenios en el imperio otomano con más de 300.000 víctimas. Entre 1905 y 1907, la denominada guerra armenio-tártara enfrentó, en territorio zarista, a armenios y azerbaijanos. El prolongado enfrentamiento étnico entre unos y otros tuvo, como señalaremos posteriormente, una larga y porfiada duración.[32]

La anexión de Georgia por el imperio zarista ruso –anunciada por Alejandro I el 12 de septiembre de 1801– no se consumó en la realidad sino tras más de sesenta años de difícil conquista: los que separan el anuncio imperial citado de la ocupación de los últimos reductos del territorio de Abjacia en 1864.[33] A medida que se desarrollaba en Georgia el control político y cultural ruso, surgió en el país un movimiento a la vez de resistencia y de renacimiento nacional, protagonizado fundamentalmente por *la intelligentsia* georgiana educada en las universidades del imperio. Fracasados los intentos de conspiración política que pretendían reconquistar la independencia (Complot de los Patriotas, 1832), el movimiento político se transformó en un movimiento cultural en el que las preocupaciones sociales se unían a las nacionales. Símbolo de este clima de cultura y resistencia

nacional –de oposición a la acelerada campaña de rusificación impuesta por las autoridades zaristas– es el poeta georgiano Ilya Tchavtchavazdé. Era el inicio de una trayectoria secular georgiana cada vez más consciente que Georgia no podría liberarse del yugo autocrático ruso sin que, al mismo tiempo, se produjeran cambios sociales profundos en la propia Rusia. Tales son las ideas que animan la fundación de grupos intelectuales radicales como Méore Dassi (el Segundo Círculo) en que Tserelli o Nicoladzé lucharon al mismo tiempo contra la autocracia zarista y contra la aristocracia georgiana.[34]

La reacción política subsiguiente –que deriva de la acentuada represión política, nacional y social engendrada durante el reinado de Alejandro III– tuvo un doble significado. Por una parte impulsó un reagrupamiento de las fuerzas políticas nacionales georgianas en torno a objetivos «limitados pero esenciales»,[35] tales como el luchar por la supervivencia de la lengua del país, amenazada por una brutal campaña rusificadora iniciada en 1890. Por otro lado puede constarse al mismo tiempo un crecimiento de la radicalización política en Georgia traducida en una sólida implantación del marxismo. En 1892 se fundó Messamé Dassi (el Tercer Círculo), cuyo líder emblemático fue Noé Jordania, futuro presidente de la Georgia independiente. Influido por las ideas de la socialdemocracia alemana y rusa, por Kautsky y por Plejánov, el Tercer Círculo significó, por una parte, una continuidad de la democracia radical y nacionalitaria de su antecesor el Méore Dassi –y tal continuidad se revela, por ejemplo, en el mantenimiento del semanario *Kvali,* común a ambos grupos-pero, también, por la prioridad otorgada al internacionalismo proletario en detrimento de un ideario puramente nacionalista. Este factor les hizo, a los ojos de las autoridades zaristas, menos peligrosos que los independentistas puros. Sin embargo tal hecho no fue óbice para que su sector mayoritario socialdemócrata desempeñase un papel capital en la breve e intensa experiencia de Georgia como Estado independiente. Un rol completamente diferente al ejercido por el sector minoritario probolchevique de Makharadzé –del que llegó a formar parte el joven Stalin– que apostó por las tesis unitaristas durante el agitado período de la Revolución de Octubre.

Durante la etapa revolucionaria –y con el telón de fondo de la invasión turca del Cáucaso– se instituyó, superando las evidentes diversidades étnicas de la región, un Comité Especial Transcaucasiano (Ozakom) de breve duración y muy pronto reemplazado por un Comisariado de Transcaucasia bajo la presidencia de un menchevique georgiano (E. Gueguetchkori) y en el que también se integraban representantes de las principales fuerzas políticas armenias (Dachnaks) y azerbaijanas (Mussavat), junto a representantes de los socialistas revolucionarios y de los social-federalistas.[36] El principal objetivo de la Federación Transcaucásica –ya que éste y no otro es el significado político del Comisariado– fue el de la resistencia ante el ataque turco que, vulnerando los acuerdos pactados con Rusia en Brest-Litovsk –mediante el que los turcos se habían apropiado de los territorios georgianos de Kars, Ardahan y Batum– se generalizaba en todo el Cáucaso. La breve experiencia de la Federación Transcaucásica se consumó con la resistencia desigual de las tres repúblicas federadas y en especial por la «ambigüedad de la política azerbaijana» y de sus minorías especialmente turcófilas (los tártaros).[37] Todo ello está en la base del estallido de un experimento político –el transcaucásico– posteriormente proseguido por la Unión Soviética, desde su fundación hasta la Constitución de 1936. En todo caso, la inviabilidad del primer experimento transcaucásico comportó la inmediata proclamación, casi simultánea, de las tres repúblicas: Georgia, el 26 de mayo de 1918, y Armenia y Azerbaiján durante los dos días subsiguientes.

En todo caso las trayectorias de las tres experiencias fueron de orden muy distinto, como distinto era el contexto en el que hubieron de desarrollarse. Caben pocas dudas sobre la extrema debilidad del Azerbaiján independiente. En primer lugar, como ya se ha sugerido, por el escaso arraigo de una voluntad nacional unívoca, marcada –en último extremo– por las profundas afinidades de todo orden existentes entre turcos y azerbaijanos. Pero también, en segundo lugar, por factores de primera magnitud tales como la fuerte presencia –desde el inicio de la Revolución– de los bolcheviques en territorio azerbaijano, que se concretó en su prolongado control de la ciudad de Bakú,[38] que se mantuvo hasta julio de 1918. Y en último extremo

también –aunque éste no es el menor de los factores– por la absoluta necesidad que para la supervivencia del naciente Estado bolchevique adquirió el petróleo azerbaijano, tal y como expuso en 1920 el propio Stalin en un importante artículo de *Pravda*[39] Todo ello condujo, desde el punto de vista ruso, a priorizar la recuperación de Azerbaiján, una vez alejado el peligro del ejército blanco de Denikin. El asalto final de los bolcheviques a Bakú tenía lugar en la primavera de 1920 en medio de un clima que, a juicio de los observadores occidentales, se caracterizó por una fuerte represión.[40]

Mucho más compleja aparece la cuestión armenia, donde la joven e inestable república nacía en un clima de caos, aislamiento y generalizada penuria.[41] Los gobiernos armenios apoyaron la continuidad del nuevo Estado –amenazado siempre por el enemigo ancestral turco, pero también por el nuevo poder bolchevique, y donde tampoco faltaron fricciones con la vecina Georgia-en el seno de una Entente que pronto se confirmó como irreal. El peligro turco gravitó siempre sobre la frágil república desde su mismo nacimiento. El Tratado de Batum entre armenios y otomanos (4 de junio de 1918) se convirtió en un auténtico *diktat* turco que reducía el territorio nacional a once mil kilómetros cuadrados en torno a Erevan. Aunque convertido pronto en estricto papel mojado, el Tratado de Batum –por sus limitaciones– se transformó en un auténtico caballo de batalla de las reivindicaciones territoriales armenias que aún pudieron, aunque de manera efímera, usufructuar el último y agónico período otomano para ocupar transitoriamente algunos de los territorios reivindicados como suelo nacional armenio como Kars o Najitchevan. Otros intentos de expansión armenia, como el de la ocupación de Nagorni-Karabaj, se saldaron con un estrepitoso fracaso.

La consolidación en Turquía del régimen nacionalista de Kemal Ataturk implicó un giro de noventa grados en las relaciones entre turcos y armenios. Pretextando que tras la constitución de la república de Armenia el gobierno de Erevan tenía como objetivo eliminar a la población tártara establecida en el país, o bien forzarla a la emigración, las tropas de Ataturk pasaron a la ofensiva. Más aislada que nunca –ya que Georgia se declaraba neutral en el conflicto, mientras que los aliados franco-británicos adoptaban una actitud

expectante– Armenia hubo de batirse en retirada: el ejército del general Nazarbékian abandonaba, tras sucesivas derrotas, la fortaleza de Kars y la de Ale-xandropol (Gümrü para los turcos) en noviembre de 1920. En esta situación la República de Armenia se encontraba literalmente al borde del colapso.

En un contexto como el descrito debe hacerse referencia a un último factor, el bolchevique, que traduce en primer lugar la acción de los propios bolcheviques armenios, organizados en el Comité Armenio del Partido Comunista Panruso (Armenkom). Para los comunistas armenios, como ha observado Afanasyan, sólo el poder soviético podía asegurar la existencia de un Estado armenio estrechamente vinculado con Rusia.[42] Tal planteamiento no era, por otra parte, demasiado diferente del punto de vista de los comunistas georgianos, que se convirtieron, como posteriormente veremos, en un auténtico caballo de Troya para la actuación del Ejército Rojo. En todo caso, por lo que concierne a Armenia, ante la amenaza del ancestral enemigo turco, el gobierno de coalición de Simon Vratsian se encontró, en la significativa expresión de Ter-Minassian, entre el martillo kemalista y el yunque soviético.[43] La proclamación en noviembre de 1920 de una República Socialista Armenia por parte del Comité Revolucionario de Bolcheviques Armenios (*Herkom*), y su apelación a la intervención del XI Cuerpo de Ejército ruso, fue considerada, en buena parte, como una acción antiturca y no encontró resistencias especiales por parte de la población autóctona. Se consumaba así la instauración de una República Socialista Soviética Armenia, teóricamente independiente, gobernada por un Comité Militar Revolucionario integrado por cinco comunistas y dos *dachnaks* de izquierda. Del mismo modo se consumaba también la renuncia a la reivindicación –al sueño largamente acariciado– de una Gran Armenia unificada. El posterior acuerdo de Alexandropol, auspiciado por bolcheviques y turcos, de fijación de límites territoriales, redujo la extensión de la República a 27.000 kilómetros cuadrados, prácticamente equivalentes a la Armenia soviética posterior. El acuerdo citado implicó, de igual manera, el inicio de una acelerada sovietización y de una parcial desagregación interna. Entre 1923 y 1924 el Kavburó caucasiano decidía convertir Nagomi-Karabaj en región autónoma y Najitchevan en república autónoma de

Azerbaiján. Ambas, aunque singularmente la primera, se convirtieron en cuestiones políticas esenciales para el futuro de Armenia.

Pese a la relativa semejanza de los modelos georgiano y armenio durante el período revolucionario, el rasgo más destacado de la política nacional georgiana reside en el vigor social que mantuvo la socialdemocracia autóctona surgida del *Messamé Dassi* largamente liderado por Noé Jordania. Para el citado grupo tanto la burguesía local –en buena parte de origen armenio– como la aristocracia georgiana –fuertemente vinculada al zarismo– constituían elementos negativos para las libertades nacionales, políticas y sociales de Georgia. Es por ello que, como ha señalado Ronald G. Sunny, las luchas nacionales y sociales en Georgia tendieron a fundirse en una sola bajo una dirección marxista.[44] Desde la perspectiva de Jordania el nacionalismo en estado puro debía ser superado y, en consecuencia, el marco de relaciones de la socialdemocracia georgiana se dirigió básicamente hacia sus homólogos rusos y, a partir de 1903, hacia las fracción menchevique. Con una base social considerablemente amplia, la socialdemocracia georgiana pudo encuadrar en sus filas no sólo al proletariado industrial de Tbilisi o Batumi, sino también a importantes sectores del campesinado, un hecho éste con escasos parangones en la geografía política de la Rusia zarista. Con la relativa liberalización del régimen a partir de 1905, obtuvieron resonantes resultados electorales en los comicios para las Dumas (1906-1912) y, del mismo modo, se aseguraron una participación mayoritaria tanto en los Soviets como en los Consejos rurales. En las elecciones de noviembre de 1917 para la Asamblea Constituyente de Georgia se convirtieron de nuevo en partido mayoritario, y su líder Noé Jordania se convirtió en el primer presidente de la República.

La incipiente consolidación de la joven república georgiana –amenazada por diversos peligros y, en primer lugar, por el peligro turco– tuvo mucho que ver con el despliegue diplomático georgiano dirigido, en primer lugar, a conseguir apoyos alemanes. La intervención alemana cerca de sus aliados turcos posibilitó el acuerdo de paz de Batum –al que ya se hizo anterior mención-por el que, a cambio de un alto el fuego con Turquía, Georgia cedía posiciones

fronterizas a los turcos y permitía el estacionamiento en su territorio de tropas germanas con la teórica misión de garantizar el cumplimiento de los acuerdos. Tras el final de la guerra, y conjurado el peligro turco, tropas británicas sustituyeron transitoriamente a los efectivos alemanes estacionados en Georgia. Sin embargo, se debieron superar nuevas amenazas provenientes del norte, frenando el avance del Ejército Blanco de Denikin detenido, efectivamente, no sólo por la resistencia armada georgiana sino también por la intermediación británica. La desaparición de Denikin del escenario georgiano, y una vez ocupado su espacio por el Ejército Rojo, abría directamente el contencioso de la república de Georgia con los bolcheviques.

Por lo que respecta a Georgia, y también en lo que concierne al conjunto del Cáucaso, la estrategia soviética fue doble. La fundación del Buró Caucasiano (Kavburó) marcó las líneas de la acción bolchevique que no eran otras que la unificación política y económica del territorio. Dirigido por una cúpula georgiana, a cuyo frente se encontraba Ordjonikidzé, y vinculado directamente con Stalin, el Kavburó combinó la actuación interna de los pequeños núcleos bolcheviques georgianos con la presión diplomática ejercida ante Georgia y, como *ultima ratio*, con la fuerza militar representada por el XI Cuerpo del Ejército Rojo. De las distintas etapas de su estrategia, de sus prioridades, se han dado anteriormente algunas muestras: la urgencia rusa por recuperar los decisivos yacimientos petrolíferos azerbaijanos que subyacen en la ofensiva contra Bakú (abril de 1920) y la suerte de la cuestión armenia, mucho más ligada a las relaciones bilaterales ruso-turcas.

En este período de reconquista rusa del Cáucaso la Georgia social demócrata consiguió no solo mantener su independencia, sino incluso beneficiarse de una aparente neutralidad rusa. En mayo de 1920 la Rusia soviética reconoció diplomáticamente a Georgia y renunció a cualquier ingerencia en sus asuntos internos. Al mismo tiempo las autoridades georgianas reconocían como legales las organizaciones comunistas.[45] La difícil situación internacional de Rusia, la simpatía que el gobierno georgiano despertaba en el socialismo occidental y el arraigo del sentimiento nacional georgiano son las razones que, en la

interpretación de Carrère d'Encausse, hicieron posible un transitorio período de paz entre rusos y georgianos.[46] El convencimiento por parte del Kavburó –una vez modificado parcialmente el cuadro que acaba de enunciarse– de la no intervención de los aliados occidentales (pese al reconocimiento *de jure* de la república de Georgia por parte de veintidós Estados) propició un absoluto giro en el escenario político y militar de la región. El 16 de febrero de 1921, pretextando una insurrección «obrera y campesina», las tropas rusas cruzaban la frontera georgiana al tiempo que en el interior del país se creaba un Comité Revolucionario (Revkom). En cualquier caso una estrategia del todo concordante con la utilizada por el Kavburó en Armenia. Tres días después Tbilisi caía en manos del Ejército Rojo.

Como en el caso de Azerbaiján y Armenia, la sovietización de Georgia fue inmediata, aunque tanto el fuerte arraigo de un sentimiento nacional georgiano como la notable implantación del menchevismo añadieron considerables dificultades a los ocupantes –entre ellos los viejos comunistas georgianos Mdivani y Makharazdé– llegados a Tbilisi con las tropas rusas. Sin embargo la brutalidad de la represión, la estrategia del Kavburó de integrar el territorio georgiano en una República Soviética Transcaucásica, las directrices estalinianas en torno a la denominada «autonomización» de las repúblicas, enfrentaron a Stalin y a su poderoso equipo de colaboradores no sólo con los dirigentes comunistas locales sino, incluso, con el propio Lenin quien exigió «más suavidad, más precaución y más predisposición a hacer concesiones a la pequeña burguesía, a la *intelligentsia* y, particularmente, al campesinado »,[47]

La crisis política georgiana se convirtió, de esa manera, en un hecho mucho más profundo que un fenómeno territorialmente localizado, y se tradujo en una chirriante fricción entre Uliánov y su Comisario para las nacionalidades especialmente constatable con los proyectos estalinianos de «autonomización», que no eran sino el propósito de establecer una estructura centralizada y nacionalmente férrea en el nuevo Estado surgido de la revolución y de la guerra civil.[48] Aunque Stalin debió hacer formalmente un paso atrás en su primitivo esbozo de configuración del Estado soviético, caben pocas dudas que las ideas esenciales del proyecto «autonomizador» latían todavía en el

remozado plan de constitución de la URSS que se concretó en 1922. La grave enfermedad de Lenin, que le imposibilitó para intervenir eficazmente en la dirección de los asuntos de Estado no impidió a Uliánov dejar constancia de su preocupación ante las noticias que le llegaban sobre la situación en las repúblicas periféricas y, en primer lugar, sobre la crisis georgiana. En tal sentido Lenin no excluyó la posible revisión de las estructuras estatales recién creadas en un nuevo Congreso de los Soviets, por las que se mantendría la unión de las repúblicas socialistas soviéticas sólo en los aspectos militar y diplomático, restableciendo en todo lo demás la autonomía completa de los distintos Comisariados del pueblo.[49] El texto de Lenin estaba animado, en último extremo, por el deseo de no entorpecer los próximos avances revolucionarios en territorios donde el nacionalismo constituía un factor relevante.

> Sería un oportunismo imperdonable –pensaba Lenin– si en vistas de esta acción del Oriente, y al principio de su despertar, quebrantásemos nuestro prestigio en él, aunque sólo fuese con la más pequeña aspereza e injusticia respecto a nuestras propias nacionalidades no rusas […] con actitudes imperialistas hacia las nacionalidades oprimidas.[50]

A la concepción clásica de Lenin de la revolución a escala mundial se iba a contraponer, sin embargo, otra versión de dimensión continental que más tarde los historiadores popularizaron con el significativo título de «el socialismo en un solo país».

No intentaremos, aquí y ahora, resumir la historia de las tres nacionalidades mayoritarias del Cáucaso durante el largo período cronológico que transcurre desde su reincorporación al mundo soviético durante los años veinte, hasta su despertar nacional durante la *perestroika.* A los rasgos generales de la política soviética sobre las nacionalidades cabría señalar, por lo que al Cáucaso respecta, ciertas decisiones específicas adoptadas por el Kremlin –la desagregación de Nagorni-Karabaj del territorio de la RSS de Armenia; la política punitiva contra un amplio conjunto de pueblos musulmanes durante la «Gran Guerra Patria» – que han condicionado de manera notoria el devenir de toda la región. Junto a las consecuencias de tales decisiones deben destacarse así mismo otros dos rasgos que configuran el escenario caucásico durante las etapas post estalinianas.

De una parte, las características de los procesos socioeconómicos –una industrialización desordenada, improvisada y en muchos sentidos caótica– que han transformado en poco tiempo unas sociedades tradicionalmente agrarias en sociedades urbanas e industriales, aunque los aspectos negativos de dicho proceso no han dejado de incidir, como se señalará con posterioridad, en los nuevos planteamientos nacionalitarios. Por la otra, el resultado de las políticas nacionalitarias aplicadas en la región condujeron a potenciar –con las cautelas que también se señalarán– una cohesión creciente de las tres nacionalidades mayoritarias en detrimento de los grupos nacionalmente minoritarios.

En cualquier caso el fenómeno que aquí quiere destacarse es doble. En primer lugar que, en vísperas de la *perestroika,* las repúblicas federadas –y en especial Azerbaiján y Armenia, ya que Georgia constituye un modelo singular– eran étnicamente mucho más homogéneas que antes del inicio de la experiencia soviética. Durante el siglo XIX Erevan fue una ciudad de mayoría musulmana y, por su parte, Tbilisi y Bakú eran ciudades en gran medida rusas y armenias. En los inicios de la etapa de la *perestroika,* por el contrario, las tres –sin ser, por supuesto, ciudades homogéneas, sobre todo Bakú, donde siempre sobrevivió un importante núcleo armenio– eran en todos los sentidos, incluso en el aspecto étnico, las capitales de sus respectivas repúblicas nacionales.

Sensu contrario la larga serie de minorías étnicas radicadas en las repúblicas federadas sufrieron, por parte de las denominadas en el vocabulario soviético «nacionalidades titulares», claros procesos de marginación. Entre este amplio conjunto de minorías nacionales discriminadas puede citarse en Azerbaiján a los grupos armenios de Bakú y de Nagorni-Karabaj, pero también a los georgianos (inguilos), a los judíos, a los talish, tats y udinos. En Georgia –la república étnicamente más compleja– a los abjacios, adjarios, ossetios, armenios, judíos y griegos. En Armenia a los azerbaijanos y a los kurdos.

> El descontento de los pueblos transcaucásicos –ha escrito Ronald G. Sunny– tanto con el socialismo soviético tal y como lo conocían como con sus propios gobiernos locales, estalló en el inviemo de 1988 y originó los

primeros brotes masivos de nacionalismo popular en la URSS después de casi setenta años de silencio.[51]

El conflicto de Nagorni-Karabaj responde a la mayoría de las características que acaban de enunciarse. Conflicto irredentista desencadenado abiertamente en 1988, aunque larvado durante decenios, aparece a la vez como un movimiento patriótico –o etnoecologista– que en sus inicios apareció teñido de una coloración pro *perestroikista* y cuya característica más visible radica en el enfrentamiento interétnico, sustentado en una aguda memoria histórica. Es precisamente el relieve de este último rasgo, el que ha permitido a la historiadora de origen armenio Taline Ter-Minassian una «dramatización» de los primeros acontecimientos sucedidos en Armenia durante la *perestroika,* y que guardan relación estrecha con los pasajes más relevantes de la historia contemporánea del pueblo armenio. Los dos personajes centrales de dicha dramatización eran los propios rusos –en su papel de protectores tradicionales del pueblo armenio– mientras que los azerbaijanos no representaban sino una estricta continuidad del ancestral «verdugo turco».

Es en ese sentido que podían establecerse apretadas analogías históricas. Las primeras manifestaciones irredentistas aparecían salpicadas de retratos de Gorbachov, y el propio movimiento enmarcado en la corriente de la *perestroika*: de manera similar a como se habían producido las «súplicas al Zar» durante la primera fase de la Revolución de 1905. Del mismo modo las masacres antiarmenias de Sumgait fueron contempladas igualmente como una analogía de la guerra armenio-tártara de 1905. La radicalización del movimiento –que alumbró todo un proceso de liberación nacional, las características del cual se han de examinar posteriormente– implicó de la misma manera la resurrección de los símbolos que caracterizaron la efímera república independiente de Armenia entre 1918 y 1920, entre ellos la bandera tricolor (roja, azul y naranja) e, incluso, la iconografía de los gobiernos *dachnak* de la época.[52]

En este contexto se desarrolló el Comité Karabaj, auténtico poder paralelo en Armenia que, en un principio, se constituyó solamente en apoyo de la reivindicación irredentista del territorio del mismo nombre. Surgido de núcleos inequívocamente intelectuales, el Comité

no era tampoco ajeno a las corrientes reformistas de los comunistas armenios. Su rápida evolución, sin embargo, comportó la elaboración de unos principios ideológicos mucho más amplios y generales que traducían un fuerte impulso político, a la vez democrático y nacionalitario, que constituyó la base del posterior programa del Frente Popular armenio que se examinará ulteriormente.

La cronología de 1988 es prolija en acontecimientos que conciernen a la cuestión armenia siempre relacionados, de una manera u otra, con los sucesos de Nagorni-Karabaj. Si en febrero de aquel año se produjo la primera gran manifestación nacionalista armenia reivindicando la incorporación al territorio de la república del territorio de Karabaj, escasos días más tarde tenían lugar los incidentes de Sumgait –un auténtico *pogrom* contra los armeniosque se saldó con numerosos muertos. A partir de tales acontecimientos los enfrentamientos interétnicos armenio-azerbaijanos conocieron una imparable escalada que desembocó en un choque frontal entre ambas comunidades, cuyo detalle pormenorizado escapa al propósito de estas páginas. Las consecuencias de los catastróficos movimientos sísmicos que sacudieron Armenia en diciembre del mismo año –y que se cerraron con un balance aproximado de más de medio millón de damnificados– provocaron un caos económico y modificaron, incluso, el contexto demográfico armenio. En los primeros días de 1989, en fin, el Soviet Supremo de la URSS decidió-en una actuación de arbitraje– sustraer *de facto* la región autónoma de Nagorni Karabaj a la autoridad de la República de Azerbaiján. A tal efecto se constituía una dirección especial administradora presidida por Arkadi Volski, miembro del CC del PCUS.

A todos estos acontecimientos se refería S. G. Aroutiounian, diputado por Erevan y primer secretario del CC del Partido Comunista de Armenia, en un discurso pronunciado ante el I Congreso de los Diputados del Pueblo de Armenia, y que dibuja con fuertes trazos las preocupaciones armenias de aquellos días.

> En Armenia –afirmaba– el problema del Alto Karabaj se ha convertido en una obsesión nacional que afecta profundamente el corazón de las gentes; incluso el seismo no lo ha eclipsado. La creación de una Dirección especial [para la administración del territorio] es un compromiso dictado por la situación. Sin embargo la Dirección ha heredado los defectos jurídicos de la

> autonomía regional; no se ha convertido en el órgano capaz de sustraer la región a la tutela directa de Bakú […] Nuestro Congreso tiene el poder de decidir la proposición de referéndums y podría organizar uno en el Alto Karabaj. ¡Que la población de esta región exprese libremente su voluntad y decida ella misma su futuro!

La intervención del representante armenio, sin embargo, no se detuvo en los aspectos enunciados, sino que se convirtió en una reflexión sobre los aspectos más punzantes de la problemática nacional armenia.

> Cada pueblo –afirmó– tiene sus heridas, las del presente pero también las del pasado: el genocidio perpetrado en Armenia occidental en 1915 es la llaga abierta del pueblo armenio. Expresando las aspiraciones de su pueblo, el Soviet Supremo de Armenia ha votado una ley condenando el genocidio y pedido al Soviet Supremo de la URSS hacer otro tanto. Nos dirigimos al nuevo Soviet Supremo y le solicitamos una contestación inmediata. ¡El genocidio, crimen monstruoso contra la humanidad debe ser condenado![53]

La historia armenia, una memoria colectiva especialmente sensible y aguzada, se proyectaba –siguiendo el discurso de Aroutiounian– sobre los problemas del presente: el problema de Nagorni-Karabaj y sus consecuencias interétnicas, que no eran otra cosa que la traslación a la actualidad del propio y trágico pasado del pueblo armenio.

Si bien la cuestión de Nagorni-Karabaj –de Artsaj, si se sigue la toponimia armenia– se había iniciado como es sabido en 1923, siguiendo los criterios estalinianos de congraciarse con el conjunto del mundo musulmán soviético.[54] El largo transcurrir de los años no había en absoluto logrado cauterizar las viejas heridas y coadyuvar a una mejor convivencia interétnica. Las reivindicaciones armenias sobre el territorio, basadas en su indudable superioridad numérica sobre la minoría azerbaijana, y que se cifraban en un 80% en los años de *la perestroika,* invocaban también la memoria histórica: el hecho de que en el territorio, durante la década de los años veinte, la supremacía demográfica armenia había estado cifrada en un 95 %. Se había producido, en consecuencia una regresión en el perfil étnico de la región, favorecido por los superiores índices islámicos de natalidad, extremo que ya sido comentado en páginas anteriores. El precedente de Najitchevan –un enclave azerbaijano situado desde 1924 en

territorio armenio– resultaba a la vez concluyente y amenazante desde el punto de vista armenio. En 1914 los armenios suponían aproximadamente la mitad de su población, pero durante los años ochenta apenas alcanzaban ya un 1 % de su demografía.[55]

Si para los armenios Nagorni-Karabak ha mantenido siempre un significado nacional especialmente emotivo y simbólico los azerbaijanos, por su parte, también consideraban el territorio como «tierra sagrada» y como «cuna» de su cultura, aunque con argumentaciones que habitualmente tienen mucho de míticas y legendarias. Por lo que respecta a la época moderna utilizaban, en todo caso, argumentos de mayor calado basados en que la supremacía demográfica armenia se debió fundamentalmente a factores exógenos, subrayando especialmente que la emigración armenia proveniente de Irán y, sobre todo, de Turquía, se había instalado a lo largo del siglo xix en el enclave como consecuencia de la política de protección de los zares, deseosos de favorecer una zona tampón en un área de predominio musulmán, próxima a las fronteras turca e iraní.[56]

Con tales premisas la convivencia igualitaria de ambas comunidades –que tan duros enfrentamientos habían protagonizado en el pasado– se saldó con un estrepitoso fracaso que sólo el rígido corsé del autoritarismo soviético pudo a duras penas contener. Desde una óptica armenia era bien explícito el descontento, como puso de relieve el escritor Vardgues Petrosian en 1980 al primer secretario del Partido Comunista azerbaijano G. Aliev (aunque su contenido no fue hecho público hasta 1988). En aquella ocasión Petrosian explicitó cómo

> el volumen de inversiones por habitante en esta región autónoma [Nagorni-Karabaj] era la mitad que en Azerbaiján y que incluso las migajas eran repartidas muy lentamente; no existía prácticamente industria de la construcción y de aquí el retraso sobre el plan económico y social con respecto a otras regiones de la república. Con mucha inquietud explicó las groseras violaciones de los derechos constitucionales de la población armenia. Mostró cómo su orgullo nacional había sido herido: los jóvenes armenios no tenían el derecho de aprender su historia; la importación de libros y de manuales en armenio eran convenientemente reducidos; los habitantes del Alto-Karabaj no tenían la posibilidad de seguir los programas de la televisión armenia en razón, por supuesto, de las dificultades técnicas provocadas por las altas montañas [tras los acontecimientos (inter-étnicos)

> el «problema técnico» ha sido resuelto en dos semanas exactamente]; el Alto-Karabaj contaba con más de 1.500 monumentos históricos [armenios] en su territorio y ni tan sólo uno había sido restaurado en el transcurso de estos años […]. La situación no era mejor en Bakú, donde residían más de 200.000 armenios: el viejo teatro, la escuela normal armenia estaban cerrados; [no existía] ningún centro de cultura nacional [armenia]; de las setenta y cinco escuelas armenias que existían en Bakú antes de la guerra, no quedaba ni una sola.[57]

La larga lista precedente contenía un buen número de los hechos que la población armenia exhibía como argumentos en la disputa por el Alto Karabaj: empobrecimiento sistemático del territorio que forzaba a la emigración a la mayoría armenia, «heridas nacionales » no cerradas sino, por el contrario, reverdecidas por la política de la administración azerbaijana respecto a los armenios, tanto con respecto a los de Nagorni-Karabaj como a los de Bakú. En tal contexto los enfrentamientos en la ciudad azerbaijana de Sumgait en febrero de 1988, donde se producía el primer *pogrom* contra la minoría armenia, marcó una etapa de difícil retorno en las relaciones entre las dos comunidades y cuyas consecuencias en todos los órdenes fueron múltiples. Desde el punto de vista político el gobierno soviético se encontró ante una grave crisis nacionalitaria –la primera, si hacemos abstracción de los sucesos de Alma-Ata y anterior a la cristalización definitiva de la oposición báltica-para la que no contaba ni con antecedentes, ni con experiencia, ni con instrumentos constitucionales para solventar un problema que enfrentaba directa y abiertamente a dos repúblicas de la URSS.

La decisión del Kremlin de poner bajo su administración directa el territorio disputado durante un año y medio (desde julio de 1988 a noviembre de 1989) no sirvió, en absoluto, para apaciguar los ánimos de ninguna de las partes. Al contrario: tanto en Armenia como en Azerbaiján la movilización en torno al respectivo hecho nacional no hizo sino potenciarse y, en el caso de Armenia, a convertirse en franca afirmación nacionalista. Se formaron Frentes Nacionales en ambas repúblicas: en Bakú el Frente Popular Azerbaijano (Azarbayán Khalg Jabhasi) y en Erevan el Movimiento Nacional Armenio (Haiots Hamazgain Sharzum) cuyo origen arranca del antiguo Comité Karabaj.

Su grado de maduración política y sus repercusiones en el acontecer de las dos repúblicas fueron, sin embargo, muy diferentes.

El Frente Popular Azerbaijano (FAP), dirigido por Neimat Panakhov,

> se hallaba dividido social y políticamente entre quienes se planteaban los múltiples problemas a los que se enfrentaba la sociedad azerbaijana y los que querían centrarse en el problema de Karabaj.[58]

Contrariamente a los armenios, para quienes el problema de Karabaj era una cuestión de democracia y autodeterminación, los azerbaijanos avanzaron escasamente en la democratización general de su república, pese a que algunos sectores del FAP se opusieron al mantenimiento de las tradicionales estructuras del poder comunista. Las diferencias entre los planteamientos –y el arraigo político– de ambos movimientos se reflejó claramente en el resultado de las elecciones legislativas de 1990. Mientras que en Azerbaiján los comunistas vencían con facilidad –y su líder Aiaz Mutalibov se convertía en Presidente del Soviet Supremo de la República– en Armenia se producía una victoria del Movimiento Nacional de Armenia. Levon Ter-Petrossian, antiguo líder del Comité Karabaj, se convertía en el máximo dirigente del país.

Diversos son los factores que pueden contribuir a explicar tales diferencias. Por lo que respecta a Azerbaiján, su escasa madurez política le relaciona con un contexto muy similar al vigente en las repúblicas soviéticas de Asia Central. En Bakú predominaron actitudes prepolíticas, como un profundo nativismo anclado en actitudes antiarmenias, pero no una ideología nacionalista coherente, capaz de aunar amplias voluntades populares y de superar las contradicciones esenciales de un territorio dividido, por una parte, entre las orientaciones islamistas, las afinidades lingüísticas y culturales con Turquía y el chiísmo que les acercaba, por último, al Azerbaiján iraní.[59] Todo ello está sin duda en la base de la larga permanencia de comunistas y ex-comunistas en el poder. Este hecho, sin embargo, no ha excluido una paradójica inestabilidad política. En menos de cuatro años Azerbaiján conoció tres presidentes electos. Mutalibov hubo de dimitir, tras dos años de mandato, presionado por los reveses sufridos en el conflicto abierto de Nagorni-Karabaj. Su sucesor, Abulfaz Eltcibey, candidato del Frente Popular, fue elegido con más del 60%

de los votos, pero no pudo mantenerse más de un año en el poder. La república entró, de ese modo, en una virtual guerra civil solamente resuelta en octubre de 1993 con la elección, con el 90% de los sufragios, de G. Aliev, antiguo primer secretario del PC de Azerbaiján durante la época de Breznev.[60]

Muy distinto es el caso armenio. La memoria histórica de un pasado singularmente trágico –que abarcaba no sólo el genocidio a manos de los turcos, sino también la pérdida de las tres cuartas partes del territorio histórico armenio– fue un constante motor de su acción. Los distintos enfrentamientos con los azerbaijanos a lo largo de todo el siglo XX –que se habían iniciado con la guerra tártaro-armenia de 1905, proseguido con las massacres de armenios en Bakú en 1918, y culminado con la adscripción del Artsaj a la autoridad azerbaijana– permanecieron muy presentes en la memoria histórica armenia. El irredentismo de Karabaj, y la nueva explosión de violencia con los enemigos ancestrales durante los años ochenta –y que implicaron la existencia de una masa de refugiados y desplazados armenios cifrada en más de 200.000 personas– potenciaron la afirmación de un Movimiento Nacional Armenio que, con un programa político renovado y una dirección coherente, alcanzó una resonante victoria electoral en las elecciones legislativas de 1990.[61]

El programa del Movimiento Nacional Armenio (MNA), elaborado en el otoño de 1988, partió de las raíces y de la experiencia política del Comité Karabaj del que fue al mismo tiempo prolongación y ampliación. En todo caso un primer rasgo a destacar en su ideario reside en el carácter no secesionista del MNA y su aceptación del marco estatal soviético. En tal sentido se señalaba expresamente que

> la coyuntura histórica actual hace de Armenia un miembro de una federación de pueblos instaurada como una unión voluntaria de repúblicas soberanas fundada sobre el principio de autodeterminación de las naciones. La autoridad central de la Unión se basa, tanto en la política interior como en su política extranjera, en la expresión y la defensa de los derechos de todas las repúblicas y de todas las nacionalidades de un Estado plurinacional.[62]

Pero aunque nacido del Comité Karabaj –y aún teniendo como objetivo prioritario la reunificación del Artsaj con Armenia– el MNA

«ha integrado con toda naturalidad los problemas principales ligados al destino del pueblo armenio, incluso aquellos que no aparecen en principio ligados directamente a la cuestión de Karabaj». Cada uno de tales problemas «está íntimamente ligado –puntualiza el texto del programa– a la supervivencia de nuestro pueblo». Algunos de ellos existían antes de las jornadas de febrero de 1988 «y cuando el movimiento ha remontado el vuelo y se ha intensificado, se han imbricado de manera natural en el movimiento Karabaj».[63]

El preámbulo del Programa del MNA señalaba, por último, que

> la extensión del movimiento, la integración de nuevas cuestiones, y la voluntad de contribución activa de un número cada vez más grande de individuos, nos ha convencido de la necesidad de dar al movimiento una nueva estructura organizativa más clara. A estos efectos el Comité Karabaj se ha determinado a constituir un Movimiento Nacional Armenio manteniendo sin embargo la designación inicial de Movimiento Karabaj y ello hasta la reincorporación del Artsaj a Armenia.[64]

¿ Cuáles eran las cuestiones que el MNA consideraba en 1988 como «cuestiones vitales» para el pueblo armenio? La primera de ellas, sin duda, el

> ampliar la soberanía de nuestra República, realizando las medidas indispensables que a continuación se enumeran: garantizar, por una gestión sana, la autofinanciación y la autonomía económica de la República; restaurar la unidad de las fuerzas nacionales armenias; establecer, apoyándose en el artículo 80 de la Constitución de la URSS,[65] relaciones diplomáticas e intercambio de embajadas entre la República Armenia y los países con una fuerte comunidad armenia en la diáspora.[66]

Como se ha señalado con anterioridad el Programa del MNA no constituía un proyecto secesionista. Su aceptación, sin embargo, del marco estatal soviético, venía acompañado de la exigencia de la aplicación, hasta sus últimos extremos, tanto de la legalidad constitucional de la URSS –que, cabe recordar, pudo permitir la existencia de representación diplomática de Ucrania o Bielorrusia ante las Naciones Unidas– como de la propia legalidad de la república federada. El tal sentido el MNA expresaba su decisión de

> contribuir al robustecimiento y a la profundización de la democracia en nuestro país, sabiendo que sólo las condiciones democráticas pueden

> permitir el resolver verdaderamente los problemas a los que se enfrenta el MNA.

Las referencias, en el programa del MNA, al «robustecimiento y a la profundización de la democracia» (*raffermissement et à l'approfondissement de la démocratie*) nos remiten, sin embargo, a dos escenarios distintos. En primer lugar a convertir en operativos diversos preceptos del constitucionalismo soviético –como el anteriormente citado de la representación diplomática de las repúblicas federadas– pero también a la necesidad, desde la perspectiva de la abrumadora mayoría étnica armenia en Nagorni-Karabaj, de aplicar procedimientos democráticos como única vía para resolver el largo conflicto con Azerbaiján. Ambos escenarios, por otra parte, confluían ya que –según la legalidad soviética– competía a la URSS tanto la determinación de las fronteras del Estado, como la ratificación de las modificaciones de las fronteras entre las repúblicas federadas.[67]

El resto de los puntos del programa del MNA remitía a reivindicaciones de carácter lingüístico-cultural, a exigencias ecológicas (etnoecológicas) y, por último, a demandas directamente ligadas con la memoria histórica, que constituyeron en todo momento punto neurálgico esencial del nacionalismo armenio. En tal sentido, y por lo que respecta al primer apartado, el programa del MNA no hacía sino reivindicar la aplicación completa de la legalidad vigente –en este caso de la legalidad de la propia república de Armenia– postulando «aplicar rigurosamente el artículo 72 de la Constitución [de la República] relativo a la lengua oficial de la República». Con este objetivo se pro-ponía «votar leyes en favor de la defensa de la lengua armenia». Al mismo tiempo, y de manera complementaria, se señalaba que

> todos los niños de la República Armenia en todas las escuelas reciban su educación en armenio, y la adopción de medidas en favor del uso de la lengua armenia por los armenios que residan fuera de la República.[68]

Como ya ha sido señalado con anterioridad, las reivindicaciones etnoecológicas constituyen un factor relevante dentro de diversos

movimientos nacionalistas surgidos en la Unión Soviética durante la *perestroika.* Para el MNA representó una importante prioridad

> emprender un combate sin tregua por la protección de la naturaleza y contra la contaminación sabiendo que la gravedad de la situación ecológica amenaza no solamente a la juventud actual, sino que amenaza también la salud física y mental de las futuras generaciones. Luchar prioritariamente contra las centrales nucleares y por la clausura del complejo químico Niarit.[69]

La última parte del programa del MNA representaba una sublimación de la más reciente historia armenia. Si todo nacionalismo implica habitualmente una reflexión apasionada sobre la propia historia, las singulares características de la trayectoria contemporánea del pueblo armenio –amenazado de extinción en distintas ocasiones a lo largo del último siglo– propició un conjunto de reflexiones sobre el próximo pasado nacional que desembocaba en una asunción de la propia historia. Se trata, en realidad, de un heterogéneo conjunto de reflexiones, algunas de ellas estrictamente simbólicas, que incluye aspectos tales como «hacer reconocer por los Soviets Supremos de Armenia y de la URSS el genocidio armenio y exigir que sea reconocido por las Naciones Unidas» (punto 6) o «reevaluar políticamente los movimientos nacionalistas armenios del pasado siglo y sus actores» (punto 9). Otros apartados, en cambio, aunque se anclaban también en una perspectiva histórica, traslucían reivindicaciones irredentistas no especificadas, basadas en

> la pertenencia histórica a Armenia de ciertos territorios probada por documentos intemacionales, sabiendo que la obtención de esta reivindicación no es posible sino por medio de una política nacional basada en los principios ideológicos de nuestro movimiento (punto 8).

A los apartados anteriores deben sumarse, en todo caso, otros que consagraban el 24 de abril como «Jornada dedicada a las víctimas del genocidio», o la declaración del 28 de mayo como Fiesta Nacional «de la restauración del Estado armenio». Un Programa, en definitiva, de sistemática asunción de la historia nacional que, por otra parte, no excluía la lucha «por el restablecimiento de los nombres históricos de las ciudades y pueblos de la República de Armenia». En dicho programa el MNA –que, por otra parte, declaraba su aspiración a

englobar «a todos los armenios» – garantizaba no la libertad religiosa sino, significativamente, «el libre funcionamiento de las iglesias armenias» y el restablecimiento de «las fiestas y tradiciones nacionales religiosas». El factor de una iglesia nacional aparecía –junto con la potenciación de la lengua y el redescubrimiento de la propia historia– como elemento esencial del nuevo despliegue del nacionalismo armenio.

Las elecciones legislativas de agosto de 1990 supusieron, como ya se ha afirmado con anterioridad, un decisivo espaldarazo político para el MNA que logró un considerable triunfo en aquellos comicios. Su candidato, Levon Ter-Petrossian, obtuvo la presidencia del Soviet Supremo de la República. Sin embargo la consecuencia general de dicho proceso electoral en numerosas repúblicas soviéticas implicó –pese a la consolidación de candidaturas *nomenklaturistas,* singularmente en las repúblicas musulmanas– una radicalización en los diferentes movimientos nacionalistas que puede simbolizarse en la declaración unilateral de independencia de Lituania. En todo caso el proceso de radicalización de los nacionalismos de las denominadas «repúblicas ex-teriores» contribuyó también –como ha recordado García Álvarez– a debilitar las estructuras estatales existentes en la Federación Rusa

> y es que si prácticamente todas las repúblicas de la Unión tenían instituciones políticas propias, Rusia, sin embargo, carecía de ellas al haber sido substituidas de hecho por las estmcturas centrales de la URSS.[70]

La creación de una presidencia rusa distinta a la presidencia federal implicó un ostensible debilitamiento de ésta última. A los dos problemas ya endémicos de la *perestroika* –el marasmo económico y la crisis de las nacionalidades– se añadió, a partir del verano de 1990, el fenómeno Yeltsin.[71]

La aludida radicalización nacionalista adquirió un singular relieve no sólo en el área báltica, sino también en el Cáucaso. Armenia, y también Georgia, rechazaron –juntamente con las tres repúblicas bálticas y con Moldavia– participar en las conversaciones de la *dacha* presidencial de Novo-Ogarevo que desembocaron en la denominada Declaración «9+1». En la citada Declaración se analizó –en la versión

ofrecida por el diario *Izvestia*-[72] «las medidas de urgencia para estabilizar la situación y superar la crisis». Los signatarios – los presidentes de nueve repúblicas federadas, entre ellos Yeltsin, y el propio Gorbachov– deseaban favorecer «la restauración del orden constitucional y el estricto respeto a las leyes en vigor, hasta la firma del Tratado de la Unión y la adopción de una nueva Constitución en la URSS».

Los preacuerdos de Novo-Ogarevo respondían a la perentoria necesidad del Kremlin de encontrar una nueva fórmula que viniese a reglar el desmochado edificio del federalismo soviético. Algunos influyentes dirigentes de la *perestroika* eran especialmente conscientes de la urgencia de la redacción de un nuevo Tratado de la Unión incluso –como ponía de relieve el propio Alexandr lakovlev en noviembre de 1990– aunque «nadie puede todavía definir el contenido ni trazar su perfil ».[73] Un primer borrador del texto fue distribuido, sin embargo, el 23 de noviembre de aquel mismo año tanto al Soviet Supremo de la URSS como a los de las repúblicas.[74] En él había desaparecido cualquier referencia al «socialismo» e incluso la expresión «Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas» fue reemplazada por la «Unión de Repúblicas Soviéticas Soberanas».

Los firmantes de la Declaración «9+1» reconocieron, por otra parte, «el derecho de Letonia, Lituania, Estonia, Moldavia, Georgia y Armenia a decidir ellas mismas su adhesión al Tratado». Se trataba, en último extremo, de un reconocimiento tardío –ya que al menos dos de las citadas repúblicas habían proclamado unilateralmente su independencia– de la quiebra del federalismo soviético,[75] quiebra considerablemente agravada por el reconocimiento del presidente ruso Yeltsin de la soberanía de las tres repúblicas bálticas.[76]

En todo caso el reconocimiento del derecho de las «repúblicas exteriores» a su propia soberanía, que de una u otra forma expresaba la Declaración «9+1», había sido precedida por las consideraciones de Soljenitsin, quizás el más caracterizado representante del pensamiento tradicionalista ruso, quien no excluyó el derecho que asistía a las repúblicas a separarse «totalmente» e «irrevocablemente » de la URSS. El autor de *Archipiélago Gulag* reconocía tal derecho a las tres repúblicas bálticas, a las tres transcaucásicas, a las cuatro de

Asia Central, a Moldavia e, incluso, al Kazajstán del que, sin embargo, realizaba especiales consideraciones originadas, con toda probabilidad, por el singular y masivo fenómeno de la presencia rusa en toda el área septentrional de la extensa república kazaka. Soljenitsin postuló, por otra parte, por el fortalecimiento del «núcleo eslavo» de la Unión –rusos bielorrusos y ucranianos-: «juntos –escribía– hemos sufrido la época soviética, juntos nos hemos precipitado en este abismo, y juntos saldremos [de él]».[77] Paradójicamente desde este «núcleo eslavo» de la URSS, desde sus centros neurálgicos de poder –usufructuados por una *nomenklatura* ex comunista-, se propiciaba la denominada Declaración de Minsk, el 8 de diciembre de 1991, por la que Rusia, Bielorrusia y Ucrania, «como estados fundadores de la URSS y firmantes del Tratado de la Unión de 1922», declaraban que

> la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, como sujeto de derecho internacional y como realidad geopolítica, ha dejado de existir, y anunciaban la fundación de una Comunidad de Estados Independientes (CEI).[78]

Tras la victoria del MNA en las elecciones legislativas de 1990 Armenia cambió ostensiblemente su trayectoria política y declaró no estar dispuesta a participar ni en el referéndum sobre el mantenimiento del Tratado de la Unión, ni en las teóricamente decisivas conversaciones de Novo-Ogarevo, aunque no proclamó unilateralmente su independencia hasta el 23 de septiembre de 1991, es decir, un mes después del frustrado golpe de Estado moscovita de agosto de aquel mismo año. La intensificación de los combates en Nagorni-Karabaj, patentes a partir del otoño de 1991, y que iban a convertirse muy pronto en guerra abierta entre armenios y azerbaijanos, no sólo propiciaron el llamamiento armenio a la mediación internacional –a través de la CSCE y de la ONU– y a la de los Estados vecinos –Irán y Turquía– sino también una nueva aproximación armenia a la cobertura defensiva rusa. Es en este contexto en el que Armenia, pese a sus primeros éxitos militares en el conflicto armado con Azerbaiján, se adhería a la CEI (Acuerdos de Alma-Ata de diciembre de 1991) y firmaba el Pacto de Seguridad Colectivo de la CEI el 15 de mayo de 1992.

Los mismos procesos electorales de 1990 produjeron en Azerbaiján muy distintos resultados e implicaron un triunfo electoral de los antiguos comunistas. Aiaz Mutalibov fue proclamado presidente del Parlamento. Azerbaiján, siguiendo el modelo habitual de las demás repúblicas musulmanas de la URSS, se mostró partidario de renovar el Tratado de la Unión y, en todo caso, la proclamación de la independencia no fue sino una consecuencia del frustrado golpe de Estado de Moscú y del vertiginoso proceso soviético de implosión, precipitado por la virtual prohibición del PCUS. Turquía fue, sintomáticamente, la primera potencia que reconocía la independencia azerbaijana. Los acontecimientos azerbaijanos posteriores, sin embargo, guardan notorias similitudes con el marco armenio anteriormente esbozado. Azerbaiján también se adhirió, como Armenia, a los precipitados Acuerdos de Alma-Ata, sin duda con el deseo de garantizarse –ante los éxitos militares armenios– de una eventual tutela por parte del ejército ruso. La firma de un Tratado de cooperatión ruso-turco –diez días posterior a la entrada de Armenia en el sistema colectivo de seguridad de la CEI– regió un marco de seguridad colectivo en el Cáucaso especialmente entre Moscú-Erevan-Bakú y Ankara que, por otra parte, tampoco implicó ni la pacificación interna en Armenia y en Azerbaiján ni, la garantía de una estabilidad geopolítica en el conjunto del área. En todo caso la política rusa no ha dejado de impulsar, con evidentes éxitos parciales, el retorno de la región a su tradicional esfera de influencia.[79]

El caso georgiano reviste sin duda unas características singulares por su especial complejidad, incluso en un contexto como el caucásico que –desde el punto de vista étnico, religioso y nacional– es notoriamente el más abigarrado de todo el escenario soviético. No va a insistirse de nuevo, aquí y ahora, sobre los antecedentes históricos que implicaron el difícil encaje de Georgia primero en el imperio zarista y, posteriormente, en la Unión Soviética. En todo caso convendrá subrayar ciertos factores que aceleraron la inestabilidad crónica del encaje de los georgianos en la URSS –puesta de relieve de manera muy temprana en la sublevación antirrusa de agosto de 1924-, inestabilidad acentuada por la remodelación interna de la república auspiciada por Stalin, y que creó fuertes tensiones entre la

población nacionalmente mayoritaria (georgiana), las etnias autónomas menores (fundamentalmente abjacios, ossetios y adjarios) y otros grupos étnicos aún más minoritarios.

Con la creación en 1921 de la República Autónoma de Abjacia –y el hecho podría hacerse extensivo también a los casos ossetio y adjario– para los georgianos el territorio autónomo se convirtió en un instrumento político en manos de Moscú y en un «intolerable enclave en territorio georgiano». Desde esta óptica Georgia era para los nacionalistas georgianos una nación demasiado pequeña y amenazada –por los rusos– para convertirse en una república federal constituida por «un conglomerado de voluntades e identidades contrarias»[80] Una perspectiva ésta –no será necesario subrayarlo– diametralmente opuesta tanto a la de los abjacios como a la de los propios rusos.[81]

En todo caso la situación del conjunto del territorio georgiano constituye un ejemplo altamente representativo de confrontación de interpretaciones del denominado «derecho histórico de los pueblos» –si seguimos la terminología de Arkadij Popov– y según el cual «el pueblo que se instala antes que otro en un determinado territorio, a diferencia de los demás pueblos extranjeros llegados posteriormente, goza también del derecho histórico sobre el territorio», aunque, como el mismo Popov subraya, «tales argumentos raramente convencen a aquéllos a los que van dirigidos».[82]

En el caso georgiano no parece aventurado afirmar que la religión ha ejercido un notable rol catalizador de los conflictos interétnicos (aunque una expresión como la anterior no sea en todos los casos la más rigurosa). Tierra de frontera entre dos mundos, el ortodoxo y el islámico, el territorio georgiano ha sido escenario de conflictos ancestrales, en los límites entre Europa y Asia, de civilizaciones opuestas y ásperamente enfrentadas. Conviene advertir, sin embargo, del alto grado de versatilidad que ha caracterizado históricamente las relaciones entre los pueblos de la región y en el que resulta paradigmático el caso abjacio, un pueblo ubicado en la citada área desde los tiempos clásicos, época en la que fueron citados por el filósofo griego Arrionos –discípulo de Epicteto– y por Plinio el Joven. Sometidos y cristianizados por Justiniano, adquieren una cierta

entidad política hacia el siglo x: los cronistas musulmanes coetáneos hicieron numerosas referencias a un reino de Abjacia. Fueron finalmente islamizados en el siglo XIV.[83] A lo largo del XIX, en el contexto de los enfrentamientos ruso-turcos, los abjacios emigraron masivamente a Turquía, con excepción de determinadas tribus origen directo de los abjacios actuales. Pertenecientes, desde el punto de vista lingüístico, al grupo de lenguas caucasianas del norte *[abaskokerketes],* con numerosas analogías con el actual euskera, comenzaron a utilizar el alfabeto cirílico desde finales del siglo XIX.

Los ossetios, por su parte, constituyen un grupo étnico integrado por unas seiscientas mil personas, hablantes de una lengua indoeuropea emparentada con el persa, y se hallan divididos tanto desde el punto de vista religioso como desde el político y administrativo. Aunque, como escribe Carrère d'Encausse,[84] su máximo objetivo nacional ha sido la reunificación en una república autónoma rusa, no consiguieron alcanzar nunca tal meta ni durante la época zarista ni durante la soviética, y han permanecido divididos en una república autónoma, en el norte, integrada en la Federación Rusa y, en el sur, en una región autónoma de la República de Georgia. Tampoco desde el punto de vista religioso existe homogeneidad en este pueblo en el que «todo es contradictorio»:[85] son básicamente musulmanes en Ossetia del Norte y mayoritariamente cristianos en Ossetia del Sur. Las relaciones de los ossetios con rusos y georgianos han sido igualmente disímiles. Mientras que con Rusia han resultado tradicionalmente pacíficas y fluidas, con Georgia en cambio se han manifestado como sumamente conflictivas, especialmente en épocas de expansión del nacionalismo georgiano para el que, tanto abjacios como ossetios, no significan sino fuerzas antigeorgianas utilizadas por Moscú.

El contexto anteriormente esbozado, en todo caso, se agudizó notoriamente durante la segunda mitad de la etapa de *la perestroika.* Unas precisiones cronológicas resultarán útiles para enmarcar las tensiones –y el grado de tensiones– nacionales que sacudieron el territorio de la república de Georgia, tanto en sus vertientes inter étnicas como en el contencioso bilateral georgiano-soviético.

El 18 de marzo de 1988 el Frente Popular de Abjacia adoptaba una declaración de secesión respecto de Georgia. En octubre del mismo año se producían importantes enfrentamientos en el sur de la república entre georgianos y miembros de la minoría azerbaijana. El 9 de abril de 1989, en Tbilisi, tenían lugar violentas manifestaciones de los nacionalistas georgianos que se saldaron con una sangrienta represión por parte del ejército soviético. A lo largo del verano del mismo año culminaba una escalada de conflictos inter étnicos en el territorio de la república de Georgia:

> por una parte se asiste a los primeros enfrentamientos armados entre efectivos militares georgianos y abjacios; en segundo lugar, se producen las peticiones de reunificación política entre Ossetia del Norte y Ossetia del Sur, en el marco de una República Autónoma de la Federación Rusa,– por último tiene lugar el primer Congreso de pueblos montañeses del Cáucaso, uno de cuyos objetivos es el de constituir una Confederación.[86]

En este complejo contexto debe enmarcarse el desarrollo del nacionalismo georgiano contemporáneo, cuyos antecedentes históricos tras la Segunda Guerra Mundial, arrancan de la gran manifestación de Tbilisi, en marzo de 1956, y que había sido prohibida por las autoridades soviéticas. En aquella manifestación se lanzaron consignas patrióticas y se reclamó el derecho a la autodeterminación de la nación georgiana. El 9 de marzo el ejército soviético lanzaba sus blindados contra los manifestantes con un balance final de más de 500 muertos y millares de heridos.[87] Aunque las autoridades soviéticas atribuyeron el origen de los disturbios a «los estalinianos», con un claro propósito de descrédito, los nacionalistas georgianos reivindicaron su protagonismo en dichos acontecimientos.[88]

Pese a que sucesos parangonables no son absolutamente excepcionales en la historia del nacionalismo georgiano posterior, la resistencia antisoviética durante la larga etapa brezneviana se encarnó especialmente en la *intelligentsia* autóctona, especialmente a partir de 1976, fecha de la fundación del «Grupo georgiano para la aplicación de los acuerdos de Helsinki», que dio un nuevo impulso a la oposición interior. Su meta era doble: la de defender, por una parte, los Derechos Humanos en Georgia y, por la otra, impulsar el pleno reconocimiento por parte de las autoridades soviéticas de la identidad

cultural y nacional de Georgia. Se ha hecho ya referencia en páginas anteriores del alcance del Informe Djaparizdé –realizado durante el VIII Congreso de la Unión de Escritores de Georgia en abril de 1976– y que constituyó una resonante protesta ante los intentos de rusificación de la Universidad de Tbilisi iniciados por el Kremlin. Las repercusiones del informe Djaparizdé fueron constatables: 365 intelectuales georgianos firmaron una carta de protesta –una carta abierta en favor de su cultura nacional– y la remitieron tanto al primer secretario de los comunistas georgianos, Edvard Chevardnazdé, como al propio Breznev,[89] lo que sin duda constituye un hecho insólito en la vida soviética de los años setenta.

Los intentos de revisión de la Constitución de la RSS de Georgia en 1978 tuvieron todavía mayor repercusión pública. Entre otros cambios constitucionales, las autoridades georgianas propusieron suprimir el artículo 137 de la Constitución de la república –que proclamaba la lengua georgiana como «lengua oficial del Estado» – y substituir dicha redacción por otra en la que simplemente se indicaba que los georgianos «podían utilizar» su lengua juntamente con «las lenguas de otras nacionalidades de la Unión Soviética».[90] Las previsiones constitucionales, obviamente restrictivas para el *status* de la lengua nacional, implicaron una fuerte movilización nacionalista y entre veinte y treinta mil personas se congregaron en las calles de Tbilisi coreando consignas antisoviéticas. Solamente la habilidad de Chevardnazdé evitó –con la promesa de anular los preceptos lingüísticos de la reforma constitucional– un choque frontal entre los manifestantes y el ejército soviético, similar al trágico enfrentamiento de 1956. La prudente y hábil actuación de Chevardnazdé consolidó su ascendente carrera política que le conduciría en los años siguientes a ocupar puestos clave en el equipo de Gorbachov y a presidir, posteriormente, la república independiente de Georgia.

Un último dato a considerar, antes de examinar las características esenciales del nacionalismo georgiano durante la etapa de la *perestroika* es el de la constatación del apoyo soviético a reivindicaciones de las nacionalidades minoritarias de la RSS de Georgia –abjacias primero, posteriormente ossetias– como estrategia encaminada a contrapesar el creciente impulso del nacionalismo

georgiano. Ya en mayo de 1978 se produjeron manifestaciones en Abjacia –obviamente toleradas por las autoridades soviéticas-que reclamaban la integratión de aquella república autónoma en el seno de la Federación Rusa. Aunque posteriormente el Kremlin retiró tácticamente el apoyo a las reivindicaciones abjacias –que de hecho hubieran constituido un peligroso precedente de modificación de las fronteras internas de la URSS– la iniciativa soviética iba a tener con posterioridad amplias repercusiones.

La acreditada tradición de resistencia del nacionalismo georgiano tuvo una consecuente eclosión durante la *perestroika*. En los inicios de la nueva etapa política soviética, la profunda remodelación del ejecutivo georgiano realizada por Djumbev Patiachvili –sucesor de Chevardnazdé al frente de los comunistas de Georgia, tras el nombramiento de este último como ministro soviético de Asuntos Exteriores– fue enérgicamente denunciada como contraria a la identidad nacional de Georgia, por Zviad Gamsajurdia y por Merac Rostava, prestigiosos líderes nacionalistas. Todavía sin unas estructuras políticas sólidas, el movimiento nacional georgiano concentró sus acciones contra los proyectos del túnel ferroviario que, a través de las montañas caucásicas, debía mejorar substancialmente las comunicaciones entre Georgia y Rusia. A los argumentos que se hicieron públicos –elevado coste de los trabajos, problemas ecológicos, inestabilidad geológica de la zona en una región muy sensible a los movimientos sísmicos– se unía otra no siempre confesada: el temor a un aumento de la inmigración y de la «colonización» rusa. De una u otra forma todas estas motivaciones se recogerían más tarde, como inmediatamente hemos de ver, en el programa del Frente Popular Georgiano.

Sin embargo, en los comienzos de la *perestroika,* el movimiento nacionalista georgiano se hallaba fuertemente dividido en dos tendencias básicas: los que postulaban por una independencia inmediata y los que, al menos por el momento, solamente reclamaban una mayor autonomía en el seno de la Unión. Los graves sucesos de Tbilisi de abril de 1989 contribuyeron todavía más a tensar los ánimos, ya suficientemente enervados por la reciente declaración de secesión de Abjacia proclamada por el Frente Popular abjacio. Una

manifestación pacífica de protesta, organizada por los nacionalistas georgianos, fue disuelta con especial brutalidad por el ejército soviético al mando del general Rodiónov, con un elevado saldo de muertos y heridos.

Los acontecimientos de Tbilisi, que fueron calificados por fuentes del Kremlin como «una puñalada por la espalda a la *perestroika*»,[91] implicaron una nueva remodelación del gobierno de la república –que supervisó el propio Chevardnazdé– a cuyo frente se instaló Givi Gumbarizdé, hombre de absoluta confianza del ministro de Asuntos Exteriores soviético. Su objetivo político fundamental era colaborar con el nacionalismo reformista, frenando la expansión del nacionalismo radical. El discurso del nuevo primer secretario de los comunistas georgianos ante el I Congreso de Diputados del Pueblo de Georgia –en junio de 1989– reflejó muy explícitamente las intenciones políticas del nuevo «hombre fuerte» de Georgia. En su discurso Gumbarizdé asumió buena parte de la memoria histórica georgiana tradicionalmente asumida por el nacionalismo, utilizó un lenguaje político del que no se excluía la utilización de vocablos tales como «soberanía», reivindicó la legitimidad del Tratado entre Rusia y Georgia en 1920 –desvirtuado, a su juicio, por las prácticas políticas del estalinismo– y reivindicó, como consecuencia del programa de la *perestroika,* unas nuevas relaciones entre Georgia y la Unión.

En tal sentido, señalaba Gumbarizdé,

> hemos comenzado, quizás con un cierto retraso, a dotarnos de una nueva concepción de la autonomía económica regional que nos permitirá el explotar más racionalmente los recursos naturales locales. El proyecto de Constitución georgiana que elaboramos debe armonizar nuestras relaciones con Moscú, hacerlas compatibles con una soberanía política y económica auténtica ….[92] Quiero subrayar –afirmó igualmente Gumbarizdé– que nuestra república tiene todas las posibilidades de resolver –en la conciliación y el respeto mutuo– todos los problemas interétnicos y ante todo los que atormentan al pueblo abjacio, con el que el pueblo georgiano está íntimamente ligado por relaciones fraternales seculares. Pero hay todavía otros problemas que preocupan a los jóvenes y al conjunto de la población de Georgia y que deben ser resueltos rápidamente. Debemos encontrar soluciones que no conduzcan a la sociedad a un callejón sin salida y no impidan el progreso de nuestra causa común. Si queremos que la *perestroika* avance, es necesario que construyamos una teoría

> fundamentalmente nueva sobre la cuestión nacional. La energía nacional es un enorme potencial que debemos saber administrar. Tenemos necesidad de consolidar nuestras fuerzas sobre las bases del pluralismo auténtico, de los intereses políticos, económicos y nacionales, de tal manera que la inteligencia colectiva –tanto en el partido como en los soviets– triunfe de la mediocridad o del conservadurismo…[93]

No resulta fácil encontrar en las propuestas nacionalitarias emanadas de la *perestroika* textos de la flexibilidad y de la capacidad política integradora de las que se derivan del discurso de Gumbarizdé –y sin duda de su mentor Chevarnadzé– y que, por otra parte, contrastan con otras reacciones coetáneas del equipo gorbachoviano ante cuestiones nacionalitarias de otras áreas soviéticas. Las propuestas de Gumbarizdé tuvieron, sin embargo, una efectividad políticamente muy limitada. El *imbroglio* georgiano resultaba excesivamente complejo como para permitir posiciones pactadas. A pesar de todo algunas posiciones dentro del nacionalismo georgiano, que cabría calificar como de no absolutamente rupturistas, coincidieron de manera coetánea –casi día por día– con las grandes líneas políticas que había expuesto Gumbarizdé. Es el caso del Frente Popular, fundado en Tbilisi en junio de 1989 a iniciativa de grupos intelectuales que deseaban crear una fuerza pluralista capaz de aportar elementos de reflexión a un escenario político tan bloqueado como el georgiano. Presidido por N. Notazdé, un universitario de prestigio, llegó a ejercer –con sus 50.000 miembros-[94] una notable influencia civil frenada, en todo caso, por la diversidad ideológica de su propia composición.

Aunque el Frente Popular Georgiano (FPG) –que se autodefinió como un movimiento sociopolítico de masas que trabajaba en favor de una sociedad libre y democrática– se declaró en el preámbulo de su programa partidario «de la independencia política, económica y cultural de Georgia», una lectura atenta del mismo hace palpable su reconocimiento de un marco confederal con el resto de las repúblicas de la Unión. En tal sentido resulta explícito el punto 1.5 del programa que reclama la revisión del tratado fundacional de la URSS de 1922, para adecuarlo al principio «del reconocimiento de los derechos soberanos de las repúblicas federadas». Al mismo tiempo que exigía

la redacción de una nueva Constitución de Georgia «que exprese los intereses del pueblo georgiano y de todas las poblaciones que residen en el territorio de Georgia», insistía en reservar para los poderes federales solamente las competencias de defensa y de política extranjera (punto 1.6)».[95]

Diversos apartados del programa del FPG reflejaban igualmente sus concepciones en el ámbito de los derechos individuales y políticos y que derivaban de su aceptación explícita de las convenciones internacionales sobre los Derechos Humanos, y especialmente de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre de 1948. En ellos se postulaba por una separación real de poderes, por la necesidad de reglar democráticamente los derechos de reunión, manifestación y huelga, así como los derechos sindicales y, en fin, otros aspectos inherentes al funcionamiento de un Estado de derecho.

El programa del FPG recogía también, por otra parte, los principios generales que debían regir en el funcionamiento del orden económico de la república, y que no eran otros que los de una economía mixta que reconociese «la diversidad de las formas de propiedad», en un contexto en el que resultaba también palmario que debía ser la propia Georgia quien determinase su política en materia de finanzas públicas –el texto señala cómo la creación de un Banco de Georgia representaba una prioridad para el país– de salarios, de seguridad social y de comercio exterior, entre otras medidas.

Una serie de secciones en torno a problemas ecológicos, demográficos, culturales y religiosos –a los que inmediatamente nos referiremos– cierran el programa del FPG. Pese a su aparente heterogeneidad constituyen un bloque ideológico relativamente homogéneo y en realidad dibuja las líneas fundamentales de la política nacional «interna» de la república de Georgia, condicionada, sin duda, por su abigarrada composición étnica.[96]

Cabe destacar, en primer lugar, el punto 3.5 del programa por el que el FPG postulaba por la desnuclearización no sólo del territorio de la República sino del conjunto de Transcaucasia, en consonancia con los puntos de vista «etnoecologistas» preponderantes en los programas homologables redactados por grupos o coaliciones nacionalistas en las más diversas áreas de la URSS y que respondían –

como ya se indicó– a un impulso común en la gran mayoría de tales movimientos nacionalistas durante la *perestroika.*

Junto a este aspecto un tanto genérico en los movimientos nacionalistas aparecidos en la URSS, debe señalarse otro –el de la cuestión lingüística– que también lo es aunque quizás sólo parcialmente. Como puede inferirse de páginas anteriores, la lucha por la plena oficialidad de la lengua constituyó uno de los *leit-motiv* esenciales del nacionalismo georgiano. Con esta premisa, y también ante la heterogeneidad nacional y lingüística de la república, la afirmación de la oficialidad de la lengua aparece como un punto crucial en el programa del FPG. En tal sentido se afirmaba que «el georgiano debe ser la lengua oficial de todas las administraciones [de la República]. Todo ciudadano de Georgia deberá tener el derecho y la posibilidad real de utilizar su lengua en todo el territorio de la República». El programa admitía, sin embargo, que «en la república autónoma de Abjacia, la lengua abjacia debe tener igualmente el estatuto de lengua oficial, paralelamente al georgiano» [97] No existe en el texto del programa ninguna otra medida parangonable dedicada a garantizar los derechos lingüísticos de las restantes –y, por otra parte, numerosas-minorías étnicas de la república, ni siquiera de aquéllas –como es el caso de los ossetios– que gozaban del rango jurídico de región autónoma. Para tales grupos minoritarios, el programa del FPG solamente realizaba una abstracta declaración de intenciones sobre la necesidad de establecer relaciones amistosas con «las etnias que residen en territorio de Georgia», para favorecer el desarrollo de sus respectivas culturas. Habrá que convenir que para los nacionalistas georgianos el caso abjacio, por su importancia política, constituía de hecho una clara singularidad.

Junto a las posiciones lingüísticas, la política demográfica y territorial –destinada, como mínimo, a mantener el equilibrio de las diversas nacionalidades de la república– constituye otra de las prioridades nacionales del programa del FPG. El recelo constante ante una intensificación de la colonización eslava constituyó, especialmente en la década de los ochenta, una de las causas de la movilización del nacionalismo georgiano. Por todo ello el FPG mantenía que «la política de inmigración debe ser prerrogativa exclusiva del gobierno

georgiano», al tiempo que se urgía la elaboración de una política territorial que tomase en consideración los intereses nacionales georgianos a fin de mejorar la situación «etnodemográfica» [98] de la república.

Tal postulado hacía referencia –según Urjewicz-[99] al llamado «abandono territorial» (*laxisme foncière*) ejercido en ocasiones con anterioridad por las autoridades georgianas, especialmente en las regiones pobladas por minorías azerbaijanas (Marmeuli y Boluissi) y en las que, a juicio del FPG, se había permitido la venta ilegal de tierras a azerbaijanos favoreciendo lo que se consideró una «inmigración clandestina» que podía contribuir a alterar el equilibrio demográfico de la república. Sin embargo apenas pueden constatarse fricciones interétnicas entre azerbaijanos y georgianos, pese a la existencia de comarcas de la Georgia histórica (Sainguilo) en el territorio de la república de Azerbaiján. Los nacionalistas georgianos no adoptaron, en ningún caso, actitudes de carácter irredentista hacia estas zonas, limitándose durante los años ochenta[100] a reclamar para la población georgiana en Azerbaiján medidas protectoras que de alguna manera reconocieran su condición de minoría étnica. Es ese tratamiento el que proponía en 1989 el programa del FPG.[101]

Conviene resaltar, por último, la relevancia otorgada a la Iglesia ortodoxa georgiana en el programa del FPG y que responde al papel tradicional de «iglesia nacional» ejercido ancestralmente por dicha confesión religiosa en una región fronteriza en la que la intrincada vecindad con el Islam representó una perpetua fuente histórica de tensiones. A este rol tradicional de «iglesia nacional» debe sumarse el indudable activismo de su primado, el katólicos Ilya. Desde los años setenta formó parte de la leyenda nacionalista georgiana junto a Zviad Gamsajurdia –primer presidente de la nueva Georgia independienteo al historiador M. Samkharazdé, recluido durante largos períodos en sanatorios psiquiátricos soviéticos. Con tales antecedentes, el programa del FPG no solo subrayaba taxativamente el lugar destacado que la iglesia autocéfala debía desempeñar en la vida del país, sino que enumeraba minuciosamente sus futuras actividades: «organizar el catecismo, introducir en los programas escolares cursos facultativos de instrucción religiosa y, en los

programas de enseñanza superior, cursos de historia de las religiones que serán facultativos para la enseñanza científica y obligatorios para la enseñanza de las ciencias humanas». Pese a que el programa del FPG se reafirmaba también «en la política tradicional de tolerancia hacia todas las confesiones [religiosas] y hacia el ateísmo»,[102] no parece aventurado colegir el destacado peso específico de la iglesia ortodoxa georgiana en el seno de la ebullición nacional de la república durante los decisivos años del final de la *perestroika.*

El estallido de diversos conflictos interétnicos –en algún caso con una violencia extrema– prácticamente en todo el territorio de la república a partir del verano de 1989,[103] polarizó de tal modo la vida interna georgiana que hizo inviables los esfuerzos dialogantes de Givi Gumbaridzé, encaminados a asegurar la partipación de Georgia en la negociación de un nuevo Tratado de la Unión, una opción que los sectores moderados del FPG no habían excluido.

El conflicto abjacio-georgiano adoptó una especial virulencia. La posición georgiana de congelar el iniciado proceso de secesión de Abjacia –iniciado formalmente en marzo de 1989– y de aumentar su control real sobre Sujumi abriendo una universidad georgiana en la capital abjacia, derivó en un enfrentamiento armado que en poco tiempo se había convertido en una guerra abierta en la que sólo es posible explicar la resistencia abjacia por la ayuda no sólo de voluntarios daguestanos, sino por la asistencia logística del ejército ruso. Hasta finales de 1993 no fue posible la firma del protocolo de acuerdo de Ginebra.[104] Sin alcanzar las características de guerra abierta también se desarrollaron, de forma paralela, importantes contenciosos entre Georgia y la región autónoma de Ossetia del Sur que exigió su reunificación con Ossetia del Norte, república autónoma de la Federación Rusa. Sólo la intervención de tropas soviéticas de interposición pudo evitar, *in extremis,* que el conflicto siguiese los caminos de la guerra abjacia. En orden decreciente de conflictividad deben citarse igualmente las tensiones larvadas de Georgia con otras minorías, tanto en el sur de la república –con las poblaciones armenias de Akhaltsikhe y Akaltkalaki– como en el este con la minoría azerbaijana.

Tal acumulación de conflictos internos abiertos radicalizó ostensiblemente el nacionalismo georgiano, e hizo inviables los proyectados acuerdos con Moscú. La radicalización alcanzaba un punto álgido durante las elecciones al Soviet Supremo de la república, en octubre de 1990, que significaron un éxito abrumador para la «Mesa redonda por una Georgia libre», coalición anticomunista e independentista liderada por Zviad Gamsajurdia, designado presidente del Soviet Supremo de Georgia por una votación igualmente abrumadora (232 votos contra 5).[105] Muy poco tiempo después, y siguiendo los caminos lituanos, el partido comunista de Georgia se declaraba independiente del PCUS y la república proclamaba unilateralmente su independencia. Su rumbo hacia la segregación apareció como irreversible.

---

1 *Nacionalities and Perestroika. The October Revolution and Perestroika. A dialogue between Maskhud Dzhunusov, a scholar, and Frida Markova, a journalist*. Moscú, Nóvosti Press Agency Publishing House, 1989, p. 6.

2 S. ROMANO: *Disegno della Storia d'Europa dal 1789 al 1989. Trionfo, morte e resurrezione degli Stati nazionali*. Milán, Longanesi, 1992, p. 227.

3 *Ibid.*, p. 228.

4 V. ZASLAVSKI: *Dopo l'Unione Soviética. La perestroika e il problema delle nazionalità*. Bolonia, II Mulino, 1991, p. 49.

5 V. ZASLAVSKI: *op. cit.*, p. 50.

6 B. NAHAYLO y V. SWOBODA: *Disunione soviética*. Milán, Rizzoli, 1991, p. 128.

7 V. ZASLAVSKI: *ibid*.

8 A este respecto debe tenerse en cuenta la patente bipolaridad nacional del Kazakstán donde todavia en 1959 la población rusa alcanzaba el 42,7 % de la población, frente al 30 % de los autóctonos. Dichas proporciones habían sido corregidas en 1989 gracias al elevado índice de natalidad de la población nativa (37,8 % para la población rusa frente al 39,7 % de la kazaka). Debe notarse igualmente que sólo el 0,9% de la población rusa hablaba el idioma autóctono, según el censo soviético de 1989, cf. M. KHAN: «Les russes dans les ex-républiques soviètiques», *Le Courrier des pays de l'Est*, 376 (1993).

9 Ch. LEMERCIER-QUELQUEJAI: «Le monde musulmán soviétique d'Asie Centrale aprés Alma-Ata», *Cahiers du Monde Russe et Soviétique*, XXXII (1) (1991), p. 117.

10 *Ibid*.

11 J. ROI: «The development of nationalism in Central Asia», *Cahiers du Monde Russe et Soviétique*, XXXII (1) (1991), p. 126.

12 Cf. É. COPEAUX: «Le rêve du Loup Gris. Les aspirations turques en Asie Centrale», *Hérodote*, 64 (1992), pp. 183-193.

13 J. Roi: «The development of nationalism…», p. 132.
14 O. Roy: «Societés musulmanes et régimes néo-soviétiques», *Les Cahiers de l'Orient*, 30 (1993), p. 124.
15 Sobre el movimiento nacional kurdo véanse, entre otros, los análisis de Ch. Kutschera: *Le mouvement national kurde*. París, Flammarion, 1979 y M. Galletti: *Ikurdinella Storia*. Chieti, Vecchio Faggio Editore, 1990. Desde el punto de vista de los Derechos Humanos, véase igualmente *Documentation of the International Conference on Human Rights in Kurdistan*. Bremen, Iniciative for Human Rights in Kurdistan, 1989.
16 H. Bozarslan: *La question kurde*. París, La Documentation Française, 1993, *passim*.
17 O. Roy: «Societés musulmanes…», p. 125. Para una profundización del nacionalismo tadyiko véase T. Rakowska-Harunstone: *Russia and nationalism in Central Asia: the case of Tadzhikistan*. Baltimore (Md.), John Hopkins University, 1970.
18 Cf. R. Kaiser: *The Geography of Nationalism in Russia and the USSR*. Princeton, Princeton UP, 1994, p. 335.
19 Z. Bauman: *Modernity and the Holocaust*. Ithaca, Cornell University Press, 1989, p. 64.
20 H. Carrère d'Encausse: *La gloire des nations ou la fin de l'Empire soviétique*. París Fayard p. 174.
21 H. Carrère d'Encausse: *op. cit.*, pp.182-199.
22 O. Roy: «Frontières et ethnies en Asie Centrale», *Hérodote*, 64 (1992), p. 170.
23 H. Carrère d'Encausse: *ibid*.
24 Según fuentes rusas el porcentaje de rusos conocedores de la lengua nacional de la república donde residían era en 1989 el siguiente: 4,5% en Uzbekistán, 0,9% en Kazajstán, 1,2% en Kirguizia, 3,5% en Tadyikistán y 2,5% en Turkmenistán (en M. Khan: «Les russes dans les exrépubliques…», p. 10).
25 Las cifras respecto al volumen de la población turcomesketa ofrecen sensibles variaciones. Mientras H. Carrère d'Encausse (*La gloire des nations…*, p. 185) los evalúa en 60.000, R. Caratini (*Dictionaire des nationalités…*, p. 143) aventura la cifra de 200.000.
26 H. Carrère d'Encausse: *La gloire des nations…*, p. 188.
27 Cf. Sir R. Johnston: *Lessons diawn fiom the Yugoslav conflict*. París, AUEO, 9 noviembre 1993, doc. 1395.
28 S. Yérasimos: «Caucase, la grande mèlée (1914-1921)», *Hérodote*, 54-55 (1989).
29 Al menos a partir de los últimos años ochenta se asiste a una considerable ofensiva ideológica turca que trata de exculpar ciertas páginas de su historia contemporánea habitualmente consideradas como «negras», y especialmente las referentes a la cuestión armenia. Tal ofensiva ideológica se ha realizado a través de muy distintos medios, que comprenden desde la exhumación de ciertos archivos –o de una parte de esos archivos– a la publicación de una amplia publicística propagandística por medio de editoras paraoficiales. En el primer caso se ha anunciado la aparición de quince volúmenes de

documentación, a doble columna en turco y en inglés, de los cuales el autor ha podido consultar, en el momento de redactar estas páginas, los dos primeros: *Osmanlí Arsivi. Yildiz Tasnifi. Ermeni Meselesi. Talori Olaylari/Ottoman Archives, Yildiz Colection. The Armenian Question. Talori Incidents*. Estanbul, The Historical Research Foundation, Istanbul Research Foundation, 1989, 371 pp. y, también, *Osmanlí Arsivi. Yildiz Tasnifi. Ermeni Meselesi. Talori Olaylarindan Soura Sinyasi Belismeler/ Ottoman Archives. Yildiz Collection. The Armenian Question. Political Developements after the Talori Incidents*. Estanbul, The Historical Research Foundation, Istanbul Research Foundation, 1989, 441 p. La tónica general, sin embargo, no ha consistido en la publicación de grandes series documentales como las anteriormente citadas, sino en la edición de opúsculos y panfletos que, referidos a temas muy diversos, apoyan reivindicaciones turcas actuales, o contenciosos históricos que se anclan en demandas nacionales turcas también actuales. Para ofrecer un panorama significativo citamos aquí los siguientes: R. KORKMAZ: *The armenian question in general and the armenian atrocity in Çildir as narrated by living eye witnesses*. Ankara, Kök Series of social and strategical Researches, 1993, 27 p.; *The myth of massacre*. Ankara, Anadolu Press Union, 1987, 54 p.; *The tragedy of Nagorno Karabakh*. Ankara, Azerbaijan Kültür Demegi, 1993, 16 p.; H. MEMISOGLU: *The education of the tures in Bulgaria*. Ankara, Safaak Matbaasi, 1992, 45 p.; H. MEMISOGLU: *Pages of the history of Pomaks tures*. Ankara, Safaak Matbaasi, 1991, 63 p.; *Human Rigths and Documents on the minority in the western Thrace*. Ankara, Association of Westem Thracians, 1987, 128 p.; The Turkish Dossier: *The western thrace turks issue in turkishgreek relations*. Estanbul, International Affairs Agency, 1992, 111 p.; *PKK reality*. Kayseri, Erciyes University Publications, 1992, 69 p.

30 Cf. R. CARATINI: *Dictionaire des nacionalités et des minorités en URSS*. París, Larousse, 1990, p. 63.

31 P. THOREZ: «Nacionalités et frontières dans le Caucase», en M. ROUX (ed.): *Nations, État et Territoire en* Europe *de l'Est et en URSS*. París, L'Harmattan, 1992, p. 214.

32 Cf. R. G. HOVANISIAN: «La question arménienne (1878-1923), en AAVV: *Le crime de silence. Le génocide des armeniens*. Prefacio de P. VIDAL-NAQUET. París, Flammarion, 1984, pp. 27-65. Véase igualmente C. J. WALKER: *Armenia: the survival of a nation*. Londres, Crom Helm, 1980.

33 Para un estudio pormenorizado de la conquista rusa véase Ch. URJEWICZ: «La Géorgie a la croisée de chemins: archaïsmes et modernité», *Hétodote*, 54-55 (1989), p. 209 y ss.

34 S. y N. GOUGOUCHVILI y D. y O. ZOURABICHVILI: *La Géorgie*. París, PUF, 1983, p. 66.

35 *Ibid*.

36 Para un estudio de conjunto de la República Transcaucásica véase S. AFANASYAN: *L'Armenie*, *l'Azerbaïdjan et la Géorgie de l'indépendance à l'instauration du pouvoir soviétique (1917-1923)*. París, L'Harmattan, 1981.

37 S. y N. GOUGOUCHVILI y D. O. ZOURABICHVILI: *op. cit.*, p. 72.

38 R. G. Suny: *The Bakú Commune*. Princeton, Princeton UP, 1972, *passim*.
39 J. V. Stalin: «La política del potere soviético nella questione nazionale in Russia», *Pravda*, 226, 10 octubre 1922, en J. V. Stalin: *Il marxismo e la questione nazionale e coloniale*. Turín, Einaudi, 1974, pp. 151-162.
40 El corresponsal de *Le Journal de Genève*, Jean Marin, se refería en 1920 a la dureza de las represalias que caracterizaron la ocupación de Azerbaiján por los bolcheviques («qui multiplient leurs actes d'oppression sauvage et sans pitié») (en *La Géorgie…*, p. 75).
41 A. Ter-Minassian: *La République d'Armenie*. Bruselas, Complexe, 1989, pp. 117 y ss.
42 S. Afanasyan: op. *cit.*, p. 245.
43 A. Ter-Minassian: *op. cit.*, p. 226.
44 R. G. Suny: «La revancha del pasado: socialismo y conflicto étnico en Transcaucasia», *Debats*, 40, junio 1992, p. 98. Véase igualmente del mismo autor, *The making of the modern georgian nation*. Londres, Tauris, 1989.
45 S. y N. Gougouchvili y D. y N. Zourabichvili: *La Géorgie…*, p. 14.
46 H. Carrère d'Encausse: *Le grand défi. Bolcheviks et Nations (1917-1930)*. París, Flammarion, 1987, p. 117.
47 Cf. I. Deustcher: *Stalin. Una biografia política*. Barcelona, Edició de Materials, 1967, pp. 259 y ss.
48 Para el proyecto estaliniano denominado de «autonomización» y las posteriores observaciones de Lenin, así como para el conjunto de la crisis georgiana, véase M. Lewin: *El último combate de Lenin*. Barcelona, Lumen, 1967, pp. 64 y ss.
49 F. Claudín: *La crisis del movimiento comunista*. París, Ruedo Ibérico, 1970, p. 209.
50 *Ibid*.
51 R. G. Suny: «La revancha del pasado…», p. 95.
52 T. Ter-Minassian: «Les développements du drame en Arménie», *Hérodote*, 54-55 (1989), p. 236.
53 S. G. Aroutiounian: «Discurso ante el I Congreso de los Diputados del Pueblo [de Armenia]», *Izvestia*, 2 junio 1989 (trad. francesa en Ch. Urjewicz: *La crise des nacionalités en URSS*. París, La Documentation Française, 1989, p. 12).
54 Cf. *Le Nouvel Observateur*, 1.317, 1-7 febrero 1990, p. 7.
55 Ter-Minassian: «Les développements du drame…», p. 247.
56 A. Kirou y M. Mardoukhaiev: «Le Haut-Karabagh, vue du côté Azerbaïdjan», *Hérodote*, 54-55 (1989), pp. 260 y ss.
57 I. Belianov y N. Ordinian: «Ouroki Karabakha »[Las lecciones de Karabaj], *Don* 11, noviembre 1988 (trad. francesa Ch. Urjewicz: *La crise des nationalités…*, p. 15).
58 R. G. Suny: «La revancha del pasado…», p. 105.
59 Cf. H. Perrin: «Identités culturelles et politique en Azerbaïdjan», *Les Cahiers de l'Orient*, 30 (1993), pp. 141 y ss., y P. Karam:» Caucase: le nouvel enjeu régional et international», *Les Cahiers de l'Orient*, 30 (1993), pp. 151 y ss.

50 Cf. C. Mouradian: *Le Caucase des indépendances: la nouvelle donne*. París, La Documentations Française, 1993, p. 14.

51 Para una cronología de los acontecimientos en el conflicto armenioazerbaijano véase el dossier especial de *Le Monde* : «L'URSS, de la Perestroika a l'après-communisme», octubre, 1991. Véase igualmente el análisis de los diputados del Consejo de Europa M. Phul y J. Solé Tura: *Rapport sur le conflit du Haut Karabakh*. Estrasburgo, APCE, 17 octubre 1944, doc. 7182 y la posterior Recomendación 125 (1994) del propio Consejo de Europa.

52 *Programme du Comité d'Arménie du Mouvement du Karabakh* (Erevan, 19 agosto 1988), en *Gamk* (diario armenio), París, 12 octubre 1988 (en Ch. Urjewicz: *La crise des nationalités…*, p. 16).

53 *Programme du Comité d'Arménie…*, p. 17.

54 *Ibid*.

55 El artículo 80 de la Constitución (Ley Fundamental) de la URSS de 1977 – adoptada en la VII Sesión Extraordinaria del Soviet Supremo de la URSS, 9ª legislaturaafirmaba textualmente que «la república federada tiene el derecho de entrar en relaciones con los Estados extranjeros, de concluir Tratados con ellos y de intercambiar representantes diplomáticos y consulares, de participar en las actividades de las organizaciones internacionales» (cf. D. Colás: *Textes Constitutionnels Soviètiques*. París, PUF, 1987, p. 91).

56 *Programme du Comité d'Arménie…*, p. 17.

57 Véase el artículo 73.3 de la Constitución soviética de 1977 (en D. Colás: *Textes Constitutionnels Sóviétiques…*, p. 89).

58 *Programme du Comité d'Arménie…*, p. 17.

59 *Ibid*.

70 M. B. García-Álvarez: «Rusia: del Estado "socialista" al Estado social», *Sistema*, 118-119 (1994), p. 127. Véase igualmente del mismo autor, *Las reformas jurídico-políticas en la URSS (1988-1991)*. Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1991.

71 Cf. J. Gueit: «La "contre-révolution" institutionnelle», en M. A. Crosnier, J. Gueit y A. de Tinguy: *Les années Gorbatxev. L'URSS de 1985 à 1991*. París, La Documentation Française, 1993, p. 83. Sobre la figura de Yeltsin véase igualmente V. Tretiakov: «Borís Eltsine, un exnomenklaturiste élu Président au suffrage universel», en F. Barry y M. Lesage: *URSS, la dislocation du pouvoir*. París, La Documentation Française, 1991.

72 El texto en *Izvestia* (24 abril 1991), en R. Berton-Hogge: *La lutte pour le pouvoir en URSS*. París, La Documentation Française, 1991, p. 93.

73 A. Iakovlev: *Ce que nous voulons faire de l'Union Soviétique*. París, Seuil, 1991, p. 68.

74 Existe versión castellana del texto: «Proyecto de Tratado de la Unión », Introducción y traducción de M. B. García Alvarez, Foro *Exterior*, 1, enerojunio 1991, pp. 121-127.

75 Véanse entre otros estudios, H. Carrère d'Encausse: «Le fédéralisme soviétique en question», *Le Débat*, 56 (1989), M. Lesage: *La crise du fédéralisme soviétique*. París, La Documentation Française, 1990 y G. Leason: «The Federal Formula and the Collapse of the USSR», *Publius. The Journal of Federalism*, 22, Dentón (Texas), University of North Texas, 1992.

76 El texto del reconocimiento mutuo de soberanía entre Rusia y los países bálticos en: Consejo Supremo de la República de Lituania: *The Road of Negotiations with the USSR*. Vilnius, 2ª edición revisada, State Publishing Centre, 1991, pp. 212-213. Existe igualmente una versión francesa, procedente del periódico moscovita *Devoloï Mir*, en *Courrier International*, 13, enerofebrero 1991, p. 11. En la nota 358 del capítulo «Las marcas bálticas» de este mismo estudio se hizo una llamada de atención sobre ciertas disfunciones de las versiones inglesa y francesa del texto. Ni los protagonistas bálticos ni el propio Yeltsin han ofrecido precisiones al respecto (cf. B. Yeltsin: *Sur le fil du rasoir. Mémoires*. París, Albin Michel, 1994).

77 A. Soljenitsin: *Come riconstruire la nostra Russia: considerazioni possibili*. Milán, Rizzoli, 1990, p. 22.

78 Véase el texto completo del documento fundacional de la Comunidad de Estados Independientes (CEI) en A. Cucó (coord.): *Nació i nacionalisme a l'Europa central i oriental. Afers*, 14 (1992), pp. 455-459.

79 Véase al respecto, S. Yérasimos: «Caucase: le retour de la Russie», *Politique Etrangère*, 1 (1994), pp. 61-86.

80 H. Carrère d'Encausse: *La gloire des nations…*, p. 136.

81 Conviene precisar, a efectos clarificadores, las proporciones demográficas de georgianos y abjacios. Según Carrère d'Encausse –que cita como fuente el censo soviético de 1989– los georgianos constituían, en el conjunto de la URSS, una población de 3.983.000 personas y los abjacios 102.923. En la República de Georgia habitaban en las mismas fechas 3.789.385 georgianos y 93.275 abjacios. Los abjacios, por último, eran igualmente minoritarios en su propia república autónoma (90.213 frente a 242.304 georgianos (cf. H. Carrère d'Encausse: *La gloire des nations…*, p. 135). En todo caso véanse igualmente las cifras de la publicación moscovita *Vestnik Statistik* que se reproducen en la nota 96 de este mismo capítulo.

82 A. Popov: «L'ideologia nacionalista e i conflitti interetnici», *Relazioni Internazionali*, Instituto per gli studi di Politica Internazionali, septiembre 1993, p. 56. Véase igualmente Ch. Urjewicz:«Les conflits ethnics: essai de typologie , en R. Berton-Hogge y M. A. Crosnier: *Ex-URSS: les États du divorce*. París, La Documentation Française, 1993, pp. 9-24.

83 R. Caratini: *Dictionnaire des nationalités…*, pp. 18-19.

84 H. Carrère d'Encausse: *La gloire des nations…*, p. 165.

85 *Ibid.*

86 Para inserir los acontecimientos georgianos en un ámbito territorial más amplio véase C. Mouradian: *Le Caucase des indépendances: la nouvelle donne*. París,

La Documentation Française, 1993.

87 H. BOGDAN: *Histoire des peuples de l'ex-URSS*. París, Perrin, 1993, p. 285.

88 Ch. URJEWICZ: *La crise des nationalités…*, p. 20, nota 1.

89 Véase el texto completo en E. KOGAN y Ch. URJEWICZ: *Les nationalismes en Union Soviétique*. París, La Documentation Française, 1983, pp. 20-23.

90 H. BOGDAN: *Histoire des peuples…*, p. 338.

91 *Le Monde*, 15 abril 1989.

92 G. G. GUMBARIZDÉ: «Discurso ante el I Congreso de Diputados del Pueblo [de Georgia]», en *Zaiia Vostoka* (Tbilisi, 9 junio 1989), trad. francesa en Ch. URJEWICZ: *La crise des nationalités…*, pp. 20-21.

93 *Ibid*.

94 Según Ch. URJEWICZ: *La crise des nationalités…*, p. 21, nota 1.

95 *Programme du Front Populaire Géorgien*. Tbilisi, 1989 (trad. francesa en Ch. URJEWICZ: *La crise des nationalités…*, p. 21.

96 Según fuentes rusas (*Vestnik Statiski*, 2, 1980), reproducidas por E. KOGAN y Ch. URJEWICZ (*Les nationalismes en Union Soviétique*, p. 20) la estructura nacional de la RSS de Georgia en 1979 era la siguiente:

	miles	%
Población de la RSS de Georgia	4.993	10
Georgianos	3.433	68′
Ossetios	160	3′
Abjacios	85	1
Armenios	448	9′
Rusos	372	7′
Azerbaijanos	256	5′
Griegos	95	1′
Ucranianos	45	0′
Judíos	28	0′
Kurdos	26	0′
Diversos	45	0′

97 *Programme du Front Populaire Géorgien…*, p. 21.

98 *Ibid*.

99 *Ibid*.

00 Véase el documento «Reivindicaciones dirigidas por el pueblo georgiano a L. I. Breznev… y a E. A. Chevardnazdé…», *Forum*, 1 (1982) (en E. KOGAN y Ch. URJEWICZ: *Les nationalismes en Union Soviétique*. París, La Documentation Française, 1983, pp. 20-23).

)1 Cf. URJEWICZ: *La crise des nationalités…*, p. 22.
)2 *Programme du Front Populaire Géorgien…*, p. 23.
)3 Para una cronología detallada véase C. MOURADIAN: *Le Caucase des indépendances. La nouvelle donne*. París, La Documentación Française, 1993.
)4 *Protocole d'Acord de Genève: Signature entre les parties abkhaze et géorgienne d'un Protocole d'Acord (Genève, 1-12-1993)*, en Documents *d'Actualité Internationale*, París, Ministèredes Affaires Etrangères, 4, 15 febrero 1994, p. 90.
)5 H. BOGDAN: *Histoire despeuples…*, p. 385.

CAPÍTULO IV

UCRANIA: UNA DISPUTA NACIONAL ESLAVA

Profundas diferencias separan la problemática nacionalitaria de las repúblicas centroasiáticas o caucásicas del caso ucraniano que se examinará a continuación. En el primer supuesto nos hallábamos ante unos pueblos de características nacionales y étnicas muy distantes de los de la potencia dominante, cuya incorporación al imperio zarista se realizó –en la mayoría de las ocasiones *manu militari* –en períodos históricos relativamente próximos, a veces muy cerca del siglo XX. El caso ucraniano, en muchos sentidos, es bien distinto. Rusos y ucranianos comparten unas referencias eslavas comunes, en las que Ucrania ha representado el rol fronterizo propio de su nombre, y en el que, según diversas interpretaciones, se compartieron –o se pudieron compartir– unos orígenes históricos en plena osmosis. Según tales interpretaciones un proto-Estado ruso («Rus», en el sentido nacional y antropológico al que se refiere Hobsbawm),[1] que comprendía igualmente a rusos, bielorrusos y ucranianos, tomó forma política en el principado de Kíev –la capital histórica de Ucrania– hacia el año 882 de nuestra era.

La creación de esta «Rusia de Kíev», que en sus dos fases se prolongó prácticamente durante casi cinco siglos, ha sido motivo de apasionadas discusiones y polémicas entre las escuelas historiográf icas ucraniana y rusa que, como suele acontecer en debates académicos de estas características, han tratado de fundamentar en el pasado medieval los orígenes nacionales de sus respectivos pueblos. Para los historiadores ucranianos no existe conexión entre el principado de Kíev –que sería una creación ucranio-rutena– y el principado moscovita de Vladimir, mientras que, por el contrario, los historiadores rusos han defendido el origen común de las «tres Rusias», salidas de un mismo tronco.[2] Obviamente no va a entrarse, aquí y ahora, en los términos de tal discusión.

Parece constatable, en todo caso, que a finales del siglo XIV –una vez afirmada la reconstrucción de un Estado ruso en torno a Moscú– fue patente, en los aspectos culturales y lingüísticos, el particularismo creciente de las «tres Rusias». En el norte, desde Novgorod a los Urales, se establecía el territorio original ruso. En el oeste, ocupando las regiones del Pripet y la cuenca del Duina occidental, el territorio bieolorruso, feudo lituano durante largos siglos. En el sur, en Ucrania, se fue formando un espacio señoreado primero por polacos y lituanos que, a partir del siglo xvi -y especialmente en lo que concierne a las regiones orientales-, se convirtió en campo incierto de acción de la cosaquería y de sus instituciones políticas (el Sich de Zaporozia y el Hetmanato) que, a juicio de Frank Sisyn, han actuado, para el movimiento nacional ucraniano contemporáneo, como foco de autoidentificación nacional.[3]

En 1648 el *hetman* Bogdan Khemelnicki encabezó una nueva revuelta antipolaca que la historiografía ucraniana no ha dudado en calificar de «guerra ucraniana de liberación». A partir de tal momento se produjo un giro copernicano en la historia ucraniana, que no es otro que la tutela por parte del zar del territorio controlado por la cosaquería, y su posterior integración en el imperio

ruso, hecho que comportó determinados elementos de autonomía para los cosacos, pero no para Ucrania como entidad nacional.[4] La anexión de Ucrania por Rusia fue un hecho consumado a partir del siglo XVIII, como igualmente lo fue su desmembramiento en dos zonas, a partir del último re-parto de Polonia. Una gran parte de la Ucrania dominada tradicionalmente por Polonia se integraba también en Rusia, mientras que Galitzia se ubicó durante muchas décadas en el imperio austriaco. La prolongada división del país en dos zonas acentuó la dicotomía entre las dos Ucranias –la oriental y la occidental– hecho de una larga trascendencia para la Ucrania contemporánea.

Aunque la integración de la Ucrania oriental en el imperio ruso ha sido en ocasiones presentada como fluida, y que la lengua rusa se introdujo como lengua oficial sin excesivos problemas –dado el escaso cultivo literario del ucraniano, en la época muy débilmente normativizado-, se conoce, desde 1720, la existencia de *ukasses* zaristas prohibiendo el uso culto del ucraniano, excepto para usos religiosos. Durante largo tiempo la tesis oficial rusa sobre la lengua ucraniana consistió en, o bien negar simplemente su existencia, obien considerarla como un *sourjyk*, una mezcla bárbara e inclasificable de ruso y de polaco. El nombre del país (*Okraïna*) fue largamente obstaculizado por las autoridades zaristas que trataron de imponer vanameñte el de Pequena Rusia (*Malorossía*). En pleno despertar nacional ucraniano, en 1863, el ministro del Interior ruso Valev, en una circular que reforzaba la censura lingüística, ponía de relieve cómo

> no ha existido jamás la lengua pequeño-rusa, no existe y no puede existir. La lengua empleada por el pueblo bajo no es otra cosa que el ruso corrompido por la influencia polaca. Los pequeños-rusos entienden tan bien el ruso como los grandes-rusos, y el ruso les resulta más accesible que esta lengua inventada por algunos pequeños-rusos, la llamada lengua ucraniana.[5]

En todo caso tales cuestiones no eran ni inocentes ni gratuitas: sobre ellas se desplegaba un nacionalismo de Estado que, en el caso

ruso, tampoco dudó en utilizar métodos de asimilación escasamente sutiles.

Para el jacobinismo occidental todo ello ha carecido siempre de importancia. En 1891 un observador –por otra parte tan ilustrado y sagaz como Anatole Leroy-Bealieu– afirmaba con rotundidad:

> poco importa que el idioma del pequeño-ruso merezca el título de lengua en lugar del nombre de dialecto –así es en el caso de nuestro provenzal-; poco importa incluso que el pueblo malorruso o ucraniano tenga derecho a ser considerado como una nación o una nacionalidad distinta, esta cuestión, vivamente discutida tanto por los eruditos como por los patriotas ucrainófilos, es de aquéllas sobre las que no nos podríamos permitir el resolver, a la luz de consideraciones de etnología o de lingüística, ya que en nuestra opinión la nacionalidad no reside ni en la raza ni en la lengua, sino en la conciencia popular. Lo que no ofrece duda es que, de cara a Occidente, el pequeño-ruso es tan ruso como el gran-ruso».[6]

En todo caso, las consideraciones que explicitaba Leroy-Beaulieu para Ucrania y Rusia no eran ajenas a las que coetáneamen te dirigía Fustel de Coulanges a Mommsen tras la integración de Alsacia en el Reich alemán.[7] La diferencia, en último extremo, residía en los distintos contextos históricos y políticos. Mientras que para Fustel de Coulanges la justificación de una Alsacià francesa residia en una fundamentación democrática –derivada, en definitiva, de la identificación alsaciana con los derechos y libertades emanados de la Revolución francesa– Leroy-Bealieu, en cambio, hacía abstracción del hecho de que la vinculación de Ucrania con el imperio ruso se sostenía, en buena parte, en la represión y en el despotismo.

Con respecto a la cuestión religiosa, en un primer momento-básicamente durante el siglo XVIII– la situación de los católicos uniatas (reintegrados a la obediencia de Roma en el Concilio de Brest-Litovsk, en 1596, y que conservaron tanto el rito oriental como la utilización de su lengua en la liturgia)[8] se presentó como relativamente aceptable: respetados como minoría, sus cultos no fueron obstaculizados, aunque las presiones de la iglesia ortodoxa rusa –que nunca renunció a su reincorporación– se mantuvieron siempre vivas. El despliegue del nacionalismo autocrático ruso, tras

el fracaso de la revolución decabrista, varió substancialmente la situación. No sólo se produjo un recrudecimiento de la represión en sus aspectos lingüístico-culturales, sino que también los uniatas vieron limitado el libre ejercicio de sus actividades: se les prohibió realizar tareas proselitistas y, en el caso de matrimonios mixtos, los niños debían ser bautizados en la fe ortodoxa.

El despertar nacional ucraniano, en todo caso, se inició a comienzos del siglo XIX con unas características no muy diferentes a las de otros movimientos nacionalistas de Europa Central: siguiendo rasgos esenciales venidos de Occidente: la influencia política de la Revolución francesa, el pensamiento de Herder y, en fin, la cosmovisión propia del movimiento romántico. La división del territorio entre dos entidades políticas como el imperio zarista y el austriaco marcaron con fuerza singular la evolución histórica disímil de Ucrania occidental y de Ucrania oriental.

Los rasgos esenciales del primer nacionalismo ucraniano tampoco se separan en exceso de los habituales en los «renacimientos» nacionales coetáneos, y no son otros que el descubrimiento de valores nacionales como la lengua y la historia propias. En torno a la Universidad de Járkov primero, y de Kíev después, se concentraron influyentes círculos intelectuales que, a par tir de los años treinta, contribuyeron decisivamente al citado «despertar nacional».[9] En ellos destacó el filólogo Oleksander Potebnia, un artífice destacado de la unificación y la normativización de las hablas ucranianas y de su elevación al rango literario de lengua nacional. También debe considerarse la significación de Taras Chevtchenko (1814-1861), escritor, poeta y político, sin duda una de las personalidades más influyentes de la Ucrania moderna. Chevtchenko contribuyó a la fundación, en 1846, de la sociedad secreta Cofradía de Cirilo y Metodio, el primer grupo opositor organizado y clandestino, que unía en sus planteamientos políticos la lucha por la justicia social, la democracia política y los derechos nacionales ucranianos. Aunque su símbolo fue el propio Chevtchenko –condenado posteriormente por el zarismo a diez años de trabajos forzados, con la expresa prohibición de escribir y pintarsu cerebro fue el historiador Nikolai

Kostomárov, uno de los grandes impulsores del paneslavismo ucraniano, espacio político confederado en el que se debería incardinar la futura Ucrania libre.

> En la futura Confederación eslava –escribía Kostomárov-, en la que creemos y exigimos fervorosamente, nuestra Rusia meridional (es decir, el espacio donde el pueblo habla nuestra lengua ucraniana) deberá representar un conjunto independiente, una unidad que estará fundada no sobre una centralización perniciosa y mortal, sino sobre un conocimiento claro de la igualdad y de sus propios intereses.[10]

En Ucrania occidental el despertar de la cultura nacional se vinculó, durante los primeros años del siglo xix, a la iglesia greco-católica, única institución ucraniana reconocida por el Estado para impartir enseñanza superior. Sin embargo a partir de mediados de la centuria, el centro de la cultura ucraniana en la Galitzia se desplazó a la Universidad de Lvov (Lviv, en ucraniano), donde las jóvenes generaciones universitarias conocieron un clima mucho más propicio para el arraigo de los tres movimientos políticos e intelectuales del momento. la democracia, el liberalismo y el romanticismo.

Sin embargo la evolución política de Ucrania occidental adquirió unas características singulares, como consecuencia de la compleja composición étnica de la región en la que convivían –prácticamente a partes iguales– una población polaca y otra ucraniana, a la que en todo caso debe añadirse una importante minoría judía, equivalente al diez por ciento de la población total de la región.

Galitzia se constituyó, en definitiva, como una región binacional, o trinacional –si se considera la creciente aglutinación de la minoría judía, especialmente vertebrada tras la fundación posterior del Bund-, refugio al mismo tiempo de nacionalistas polacos y ucranianos quienes, por otra parte, se disputaron el control político del territorio. En tal sentido durante la revolución de 1848, los polacos constituyeron un Comité Nacional para solicitar la autonomía-una autonomia *polaca-al* emperador austriaco. Los ucranianos, por su parte, respondieron con la creación de un Consejo Nacional (Rorda), cuyo manifiesto fundacional expresa con claridad el nivel de sus reivindicaciones nacionales.

> Nosotros, los rutenos de Galitzia –señalaba el documento–[11] que pertenecemos al gran pueblo ruteno que habla una sola lengua y cuenta con 15 millones de individuos.[12] [...] Este pueblo en otros tiempos fue independiente e igual a los más grandes pueblos de Europa. Tenía su literatura, sus propios soberanos, en resumen vivía como un pueblo rico y fuerte. Las desgracias, las diversas catástrofes políticas han querido que este pueblo se desmembrase, perdiese su independencia, sus soberanos, y cayese bajo la dominación extranjera. ¡Levantaos, hermanos! Despertad de vuestro largo sueño porque llega la hora. Unámonos para volver a crear nuestro pueblo y asegurar las libertades que obtengamos. Seremos una nación. Queremos: 1º conservar nuestra religión. Es necesario que los sacerdotes de rito griego tengan el mismo derecho que los de rito latino; 2º desarrollar nuestro sentimiento nacional, perfeccionar nuestra lengua, introducirla en las escuelas primarias, la enseñanza secundaria y la enseñanza superior, y también en la administración,– 3º buscar por las vías constitucionales el mejorar nuestra suerte.

El documento finalizaba expresando que «conservaremos fielmente los lazos de unión con nuestro emperador y rey constitucional Fernando I».

La situación del movimiento nacionalista ucraniano durante la segunda mitad del siglo xix refleja, por otra parte, las especiales –y divergentes– circunstancias que rigieron en las dos zonas de su dividido territorio. Las grandes dificultades derivadas del rígido control político, cultural y nacional ejercido por el zar en la Ucrania oriental –y al que inmediatamente hemos de referirnos– contribuyeron a que, contrariamente, Galitzia se erigiese en bastión tanto de la cultura nacional ucraniana, como de las incipientes organizaciones políticas nacionalistas. En tal sentido, ha comentado Arkady Joukovsky, Galitzia se convertía en el Piamonte de Ucrania.[13] Pero, *sensu contrario*, Galitzia se convertia también en la manzana de la discordia entre ucranianos y polacos, a propósito de las fronteras–del límite de las fronteras– que deberían delimitar eventualmente un nuevo Estado polaco reunificado. En ese sentido Ladislas Mickiewicz, hijo del gran poeta polaco Adam Mickiewicz, afirmaba, «No se concibe mejor Polonia sin Ucrania que Italia sin Nápoles o Francia sin el país de la Loire».[14]

Si el enfrentamiento con el nacionalismo polaco constituyó un dato esencial para los ucranianos,[15] su otro referente básico lo constituye, sin duda, su encrespada relación con el zarismo. Aunque ciertas tesis rusas de decenios anteriores –la lengua ucraniana no existe: no es más que ruso corrompido por la influencia polaca e invento de unos cuantos pequeños-rusos– permanecieron inalterables desde un punto de vista oficial, ello no impidió una represión constante contra el creciente despliegue nacional-cultural ucraniano. En 1863 fueron disueltas las *hromady*, asociaciones culturales ucrainófilas acusadas de propiciar el separatismo. Numerosos intelectuales conocieron el exilio, entre ellos el historiador Mykaílo Drahománov, pese a haber postulado en sus escritos la permanencia de lazos federales entre Ucrania y Rusia. En 1876 el zar Alejandro II, inquieto por el creciente auge de la cultura ucraniana, promulgó el denominado *ukasse* de Ems por el que se prohibía no sólo la impresión de textos en ucraniano, sino también su importación (de la vecina Galitzia austriaca). El decreto textualmente señalaba:

> 1º Queda prohibida la introducción en el Imperio sin una autorización expresa de la Dirección de Prensa, de los libros y folletos, sean los que fueren, editados en lengua pequeño-rusa... 2º Están prohibidas la edición e impresión en el Imperio de obras originales en esta misma lengua, salvo *a*) las obras históricas; *b)* las obras de pura literatura, con la condición que la ortografía de los originales sea conservada enteramente y que en las producciones literarias no se ocasione ningún perjuicio a la ortografía rusa. La autorización para imprimir este tipo de obras sólo será acordada por la decisión de los directores de prensa. 3º Se prohiben las declaraciones en lengua pequeñorusa, así como la impresión de textos en esa lengua acompañando las notas de música».[16]

Pese a las férreas condiciones represoras impuestas por el zarismo, el movimiento nacional ucraniano adquirió un fuerte impulso desde el último tercio del siglo XIX. Pese a que ciertos observadores occidentales, como es el caso de Leroy-Beaulieu, consideraban que « el ucraniofilismo y los poetas malorrusos no son mucho más peligrosos para Rusia que el renacimiento de una literatura provenzal para la unidad francesa» y que los más maximalistas de los ucranianos «no van más allá de sueños

federalistas»,[17] lo cierto es que por primera vez se asiste a una implantación cada vez más consolidada de grupos políticos de diversa significación que tenían en común la causa nacional ucraniana. Algunos de ellos eran de centroizquierda, como el Partido Demócrata Ucraniano o el Partido Radical. Los más influyentes, sin embargo, se alinearon en el espectro político de la izquierda, como el Partido Obrero Social Demócrata Ucraniano, fundado en 1905, y cuyos orígenes provenían de la antigua Unión (Spilka) Social Demócrata Ucrania.

Tanto la derrota zarista en Manchuria como los acontecimientos de 1905 supusieron un fuerte impulso tanto para el nacionalismo ucraniano, como para sus homólogos finlandés o polaco. El debilitamiento del zarismo condujo a un cierto estallido cultural. Como consecuencia de la suavización de las tradicionales prohibiciones contra el ucraniano aumentó el uso público y culto de la lengua, proliferaron las instituciones culturales autóctonas y se multiplicaron los periódicos en ucraniano (pasaron de 2 a 18 en 1906). Con el inicio de la apertura política y la constitución de la Duma del Estado, 47 diputados ucranianos formaron, durante la segunda legislatura,un grupo par-lamentario propio, cuyos objetivos declarados consistieron en conseguir un régimen autónomo para Ucrania.[18] Se trató, sin embargo de un corto paréntesis . La última etapa del zarismo, como es sabido, se caracterizó por un nuevo endurecimiento y por la continuación de las tendencias represoras que, en el caso ucraniano, trataron de cortar el cordón umbilical que unía la Ucrania oriental con la Galitzia ucraniana. Moscú acusó formalmente a Viena de fomentar el nacionalismo ucraniano en Kíev y Lviv. La momentánea ocupación de Galitzia por el ejército zarista en 1914 condujo a una represión generalizada contra la que vanamente protestaron los propios liberales rusos.[19]

Como en otras nacionalidades del imperio la Revolución de Febrero implicó, en un principio, la proliferación de una notable multiplicidad de organismos políticos opositores de ámbito nacionalitario de eficiencia, en algunos casos, más que dudosa. En este clima de confusión se constituyó en Kíev, en marzo de 1917, un

Consejo Central ucraniano –la Rada-, una plataforma presidida por el historiador Hrusevskij, que agrupó a radical-demócratas, socialdemócratas e independientes, y cuyo objetivo en los primeros momentos no era la secesión, sino la obtención del reconocimiento de los derechos nacionales ucranianos a través de un Estatuto autonómico. Pese a la moderación de sus objetivos, la Rada –cuya autoridad durante los primeros meses de 1917 tendió a consolidarse– no consiguió en ningún momento estabilizar sus relaciones con los organismos gubernamentales moscovitas. A sus peticiones autonomistas iniciales solamente recibió respuestas inciertas y restrictivas. En ese sentido, el gobierno provisional de Kerenski respondió a las iniciativas de la Rada con un cierto reconocimiento autonómico administrativo, pero no político, limitado por otra parte a las regiones agrarias de Ucrania, y excluyendo a las industriales (el Donbass, Krivoi Rog, los territorios próxim os al mar Negro), es decir, a aquellas regiones consideradas económicamente vitales y en las que, por otra parte, se concentraban las minorías rusófonas.

Las fricciones entre la Rada y los gobiernos de Moscú –el gobierno provisional de Kerenski primero, el bolchevique posteriormente– tuvieron como consecuencia el incremento y también la radicalización de las reivindicaciones nacionalistas. En una clara respuesta a los propósitos contenidos en la Declaración de los Pueblos de Rusia de noviembre de 1917[20]-en realidad el primer texto proto-constitucional promulgado por los bolcheviques-, la Rada proclamaba la República Popular de Ucrania, que todavía se consideró ligada a Rusia por lazos federales. En etapas posteriores, y en el confuso escenario en el que fundían la guerra civil de un lado y la guerra mundial del otro, se sucedieron el cúmulo de acontecimientos cuya importancia y trascendencia pueden considerarse decisivas en las relaciones contemporáneas entre rusos y ucranianos.

Cabe subrayar en tal sentido la proclamación por la Rada, en enero de 1918, de una República Democrática Ucraniana que se autodefinía como un «Estado del pueblo ucraniano, soberano, libre e

independiente».[21] Era una respuesta a la actitud del gobierno bolchevique que, a juicio de la propia Rada,

> envía a nuestro territorio sus tropas»[...]. Nosotros, el Consejo central ucraniano, lo hemos hecho todo para evitar esta guerra, pero el gobierno de Petersburgo no ha querido escucharnos y continúa la sangrienta lucha contra nuestro pueblo y nuestra República.[22]

Constantemente amenazada por el Ejército Rojo, la república ucraniana firmaba, por separado, en Brest-Litovsk (9 de febrero de 1918), un tratado de paz con las potencias centrales que preveía, entre otros apartados, el reconocimiento mutuo y el establecimiento de relaciones diplomáticas y comerciales. Tres días más tarde el gobierno ucraniano solicitaba ayuda militar al gobierno alemán. La entrada de tropas germanas en territorio ucraniano iba a tener múltiples consecuencias, la primera de las cuales afectó a las mismas relaciones entre el Reich y la nueva república, cuyas autoridades acusaron al *feldmarschall* Von Eichhorn de comportarse como en un protectorado. La rápida degeneración de las relaciones germano-ucranianas propiciaron sin duda, escasos meses más tarde, el golpe de estado del general cosaco Skoropadsky. Con él se inauguraba un régimen fugaz –el *hetmanato*-que debe ser considerado, si el anacronismo fuese admisible, como un gobierno *quisling* al servicio no sólo de las autoridades militares alemanas, sino también de la más pura reacción social y política. Caracterizado por los rasgos más acentuados de una férrea dictadura, el *hetmanato* acometió, en primer lugar, la tarea de anular la legislación reformista de la Rada, especialmente en los aspectos relacionados con la incipiente reforma agraria y volviendo, en definitiva, a la situación vigente en la época zarista.

La derrota militar alemana implicó el fin del *hetmanato*. Entre 1919 y 1920 Ucrania se convirtió en un confuso campo de batalla,[23] en el que se entrecruzaban los protagonistas más diversos: el Directorio ucraniano –una reconstrucción de la primera Rada– presidido por Petliura, las tropas blancas de Denikin, el Ejército Rojo, los contingente militares occidentales, los guerrilleros libertarios de Makhno. No deberían tampoco quedar al margen de tan abigarrado

escenario las peculiares relaciones entre ucranianos y polacos, y el mismo fragmentado mosaico político de Ucrania. No va a tratarse aquí de todo ello con minuciosidad, aunque tampoco pueden eludirse las derivaciones esenciales de tan conflictiva etapa. En ella se produjo, en primer lugar, una fractura histórica entre rusos y ucranianos –o, si se quiere, entre la *intelligentsia* ucraniana y los bolcheviques rusos– originada fundamentalmente tanto por la firma de la paz separada entre Ucrania y las potencias centrales, como por el Tratado de Varsòvia (1920) establecido entre la Polonia de Pilsudski y la Ucrania de Symon Petliura. Dicha fractura contribuye a explicar las posiciones adoptadas por minorías nacionalistas ucranianas durante la Segunda Guerra Mundial y de las que se tratarã posteriormente. Por otro lado, las consecuencias del agitado período que concluye en 1921, consagró un reparto del territorio ucraniano que, aún dejando bajo administración soviética la parte substancial, atribuyó a Rumania zonas de poblamiento ucraniano (fundamentalmente en Bukovina), a Checoslovaquia la Transcarpatia (o Rutenia subcarpática), y a Polonia la Galitzia ucraniana y otros territorios menores.

A finales de 1920 Ucrania –con las matizaciones antedichas– se había convertido en territorio soviético. Hay que atribuir el hecho prácticamente en exclusiva a los éxitos militares del Ejército Rojo durante una guerra especialmente compleja y sangrienta, durante la cual, por otra parte, el papel representado por los comunistas ucranianos no aparece como especialmente relevante. En efecto, fundado muy tardíamente –en abril de 1918– el partido comunista de Ucrania se caracterizó durante sus primeros años por dos rasgos esenciales: por su debilidad numérica, en primer lugar, y también por su heterogénea composición nacional. En julio de 1918 contaba con 4.464 miembros; en marzo de 1919 con 16.363; en marzo de 1920 con 25.247, y en noviembre de 1920 con 31.065 miembros. Por otra parte, tanto por la composición nacional del partido como por el rol preponderante que protagonizaron en su dirección, los comunistas rusos ejercieron un papel fundamental. Las cifras oficiales soviéticas señalan que en 1922 de los 51.236 miembros del PC ucraniano, 27.490 (es decir, el 53,6 %) eran rusos, 11.920 (el

23,3%) eran ucranianos, y 6.981 (el 13,6 %) judíos. En la composición de su Comité Central, según Yakemtchouk, de sus once miembros solamente tres (Manuilski, Tchoubar y Zatonski) pueden ser considerados ucranianos.[24]

Con tales características en su composición nacional y en su dirección, fueron vanas las tentativas de algunos comunistas autóctonos, como Mykola Skrypnyk, de conseguir que el partido comunista ucraniano fuese admitido como «sección ucraniana» del Komintern, es decir, en un plano de relativa igualdad jurídica con el partido bolchevique ruso. Otros dirigentes autóctonos, como Vassil Chakrai, pasaron a posiciones disidentes tratando de potenciar la existencia de un partido comunista nacional de Ucrania.[25]

En todo caso la cuestión nacional ucraniana durante el período de entreguerras debe ser contemplada a través de parámetres singulares. Uno de ellos lo constituye la rígida política nacionalitaria soviética que se tradujo en el férreo control de las instituciones públicas ejercido por el PCUS. La sovietización de Ucrania se enfrentó no sólo a los factores a los que se ha aludido anteriormente –la debilidad del partido durante los primeros años de vida de la URSS y su escasa consistencia desde el punto de vista nacional-, sino también a la hostilidad de amplios sectores campesinos. Es en esta atmósfera en la que se produce también la decisión del Kremlin de trasladar la capital de Ucrania de Kíev a Járkov, una ciudad enclavada en el este industrial de la república, donde los inmigrantes rusófonos constituían una parte notable –aunque difícilmente cuantificable– del conjunto de la población. Como constató *a posteriori* el propio Kruschev

> la organización [del PCUS] en Kíev no estaba considerada como una avanzada del Partido particularmente segura. La región, de hecho, era un refugio notorio de nacionalistas y merecía bien su reputación. El proletariado local era débil e inestable.[26]

Coetáneamente, y en complejo marco nacionalitario de la joven Unión Soviética, el XII Congreso del Partido Comunista (bolchevique) Ruso ofreció –una vez consolidadas las estructuras institucionales y partidarias– ciertas concesiones a las organizaciones comunistas de

las nacionalidades en orden a su «autonomización» o «indigenización» (*korenizatsiia*).[27] Tales principios implicaron, por lo que a Ucrania respecta, y aunque de manera coyuntural, tanto el movimiento denominado de ucranización, como la asunción de ciertos postulados tradicionalmente sostenidos por el nacionalismo ucraniano, como la reclamación irredentista de los territorios ucranianos cedidos a otras potencias tras la Primera Guerra Mundial. Henry Bogdan ha recordado cómo la idea de una «gran Ucrania» fue largamente evocada durante el V Congreso del Komintern en 1924, y donde se solicitó a los partidos comunistas de Polonia, Checoslovaquia y Rumania el lanzar «la consigna de la separación de las tierras ucranianas de Polonia, de Checoslovaquia y de Rumania, a fin de unirlas a la Ucrania soviética y a través de ella a la URSS ».[28] Tales propósitos, muy en consonancia con las concepciones estalinianas que, de una u otra forma, siempre alentaron la reconstrucción territorial del imperio de los Romanov,[29] se utilizaron también para establecer unas nuevas relaciones con la *intelligentsia* nacionalista ucraniana.

Mayor trascendencia implicó, sin embargo el tipo de ucranización defendida en 1926 por el propio primer secretario de los comunistas ucranianos Lazar Kaganovich. «Nosotros, comunistas –afirmó Kaganovich– estamos por la ucranización, porque la ucranización es un medio fundamental de la construcción del socialismo».[30] De alguna manera las palabras de Kaganovich respondían a las resoluciones del citado XII Congreso del partido en el que, pese a la reafirmación de tesis tradicionales del bolchevismo –necesidad de la centralización, control de la vida económica y política en el conjunto del territorio de la Unión– también se había sugerido la necesidad de terminar con el síndrome de «nación dominante» con el que se comportaba la numerosa burocracia rusa. Sin embargo las tesis «ucranizadoras» obedecían también a circunstancias mucho más autóctonas, como la necesidad de consolidar el comunismo en Ucrania lo que, en todo caso, aconsejaba realizar una cierta política de masas y en la que no podía obviarse, por ejemplo, el uso oficial de la lengua ucraniana en las campañas de alfabetización. En esta

perspectiva se imponía unas nuevas relaciones de colaboración tanto con comunistas ucranianos como Mykola Skrypnyk, como con antiguos militantes *borotbistas* (miembros del antiguo Partido Social-Revolucionario ucraniano) *oukapistas* (miembros del antiguo Partido Comunista Ucraniano, UKP), reunificados con los bolcheviques en los primeros años veinte. Todos ellos tenían en común las ideas y el sentimiento nacional ucraniano.

Gracias a esta conjunción de factores se creó un nuevo clima cultural en Ucrania, en el que tanto las infraestructuras de la enseñanza y de la administración, como el propio aparato del partido comenzaron a ser ucranizados. Bajo la influencia de tales cambios numerosos intelectuales regresaron de la emigración, entre ellos el prestigioso historiador Mykhailo Hrusevskij, que había presidido la Rada en 1917.

El precisar que la ucranización tenía sus límites fue una tarea que asumió el propio Stalin a través de un texto definitorio: su carta de 1926 dirigida al primer secretario de los comunistas ucranianos Lazar Kaganovich.[31] El escrito de Stalin no parecía pretender, en principio, una condena de la ucranización, e incluso determinados párrafos del texto suponen un reconocimiento de sus supuestos básicos. En tal sentido escribía Stalin

> es cierto que en Ucrania ha comenzado y se desarrolla un movimiento por la cultura ucraniana y por la vida social ucraniana. Es cierto que es absolutamente imposible abandonar este movimiento en las manos de elementos extraños a nosotros. Es cierto que una buena parte de los comunistas en Ucrania no comprende el sentido y el alcance de este movimiento y por ello no toma medidas para dirigirlo. Es cierto que se necesita propiciar un giro en los cuadros de nuestros funcionarios del partido y de los soviets, todavía imbuidos de un espñri tu de ironña y escepticismo respecto a la cultura ucraniana y a la vida social ucraniana. Es cierto que es necesario escoger y formar cuidadosamente los cuadros entre las personas capaces de dirigir el nuevo movimiento en Ucrania. Todo es cierto.

Sin embargo Stalin, tras tan explícitos reconocimientos, advertña que no se podña confundir

> la ucranización de nuestros aparatos de partido y soviético con la ucranización del proletariado. Se puede y se debe ucranizar, con un cierto ritmo, nuestros aparatos de partido, de Estado y otros, que sirven a la población. Pero no se puede ucranizar desde arriba al proletariado. No se puede *forzar* a las masas obreras rusas a renunciar a la lengua y la cultura rusas y a reconocer como propia la lengua y la cultura ucranianas. Todo ello contraviene el principio del libre desarrollo de las nacionalidades. No sería una libertad nacional, sino una forma de opresión nacional. No hay duda que el proletariado ucraniano deba trasformarse en su conjunto, de la misma forma que Ucrania se desarrollará industrialmente, de la misma manera que los campesinos ucranianos de los pueblecitos periféricos afluirán a la industria. No hay duda que el proletariado ucraniano en su conjunto se ucranizará, así como en conjunto ha cambiado, por ejemplo, el proletariado letón y el húngaro, que en un tiempo tuvo carácter germánico y posteriormente comenzó a letonizarse o a magiarizarse. Pero éste es un proceso prolongado, elemental, natural. Buscar el substituir este proceso con la ucranización forzada del proletariado desde arriba significa hacer una política utópica y dañina, que puede desencadenar en los estratos no ucranianos del proletariado en Ucrania un chovinismo antiucraniano.

La larga cita de Stalin que acaba de reproducirse es altamente significativa y requiere escasos comentarios adicionales. El líder bolchevique, sin condenar teóricamente una cierta ucranización de los cuadros del partido y de la administración, ni excluir a largo plazo un proceso parangonable en las bases obreras y campesinas autóctonas, rechazaba –en nombre de la «libertad nacional»– una ucranización *forzada* del proletariado ruso residente en la república que, por otra parte, a juicio de Yakemtchouk, nadie se había propuesto por el momento.[32] Por el contrario, la política estaliniana durante los años siguientes consistió en incrementar la pujanza de la minoría rusa en las distintas repúblicas soviéticas, en el marco de la industrialización planificada por los planes quinquenales. Por lo que respecta a Ucrania, la población autóctona que en 1926 representaba el 80,6 de la demografía global del país, descendió en 1939 al 73,5 %, mientras que por el contrario la población rusa que en 1926 representaba sólo el 9,2 % de la población de Ucrania, aumentaba en 1939 al 12,9 % de los habitantes de la república.[33]

Stalin advertía igualmente sobre «el lado oscuro» de este movimiento que

> dada la debilidad de los principales cuadros comunistas en Ucrania, este movimiento, guiado en todo y por todo por intelectuales no comunistas,[34] puede asumir localmente el carácter de una lucha para extrañar la cultura ucraniana y la vida cultural ucraniana de la cultura y de la vida social soviética general, [y adoptar] el carácter de una lucha contra «Moscú» en general, contra los rusos en general, contra la cultura rusa y su más alta representación: el leninismo.

Las consecuencias de las reflexiones estalinianas no tardaron en hacerse presentes, aunque lo hicieron con una cierta lentitud. Pocos meses después de la publicación de las advertencias de Stalin, el comisario ucraniano de Educación Oleksander Chumskyi –uno de los máximos impulsores de la ucranización– era relevado de su cargo y expulsado del partido por « desviacionismo nacionalista »(denominado « chumkismo »). Era el anuncio del cambio de signo de la política soviética en Ucrania.

Dicho cambio de signo puede definirse por dos fenómenos de signo distinto, pero que afectaron profundamente la vida ucraniana desde los últimos años veinte. Por un lado el notable viraje introducido por el Kremlin en el denominado proceso de ucranización. Por el otro el inicio coetáneo de la campaña de kulakización y de colectivizaciones forzadas que, aún siendo un asunto que afectó al conjunto de la sociedad soviética, alcanzó en Ucrania sus más trágicas cotas. Aunque no existen razones para buscar una conexión entre ambos hechos algunos autores, como es el caso de Nahaylo y Swoboda, han argumentado que para Stalin la cuestión campesina constituía la base sociológica de la cuestión nacional y, en tal sentido, los campesinos ucranianos podían constituir el núcleo esencial de las reivindicaciones nacionales en Ucrania.[35]

De una u otra forma la represión contra el nacionalismo ucraniano y, en general, contra la cultura nacional ucraniana se recrudeció especialmente a partir de 1928. Miles de personas fueron detenidas en Ucrania y Bielorrusia acusadas de pertenecer a organizaciones

clandestinas que, sospechosamen-te, tenían idéntico nombre en ambas repúblicas («Unión por la liberación de Ucrania» / «Unión por la liberación de Bielorrusia»; «Centro Nacional Ucraniano» / «Centro Nacional Bielorruso»), lo que ha hecho suponer que se trataba de organizaciones ficticias, fruto solamente de la interesada imaginación del NKVD.[36]

No corresponde estudiar aquí las características –por otra parte suficientemente conocidas–[37] ni de la kulakización ni de la colectivización forzosa. Constituyen una de las páginas más sombrías de la historia europea del siglo XX. En su contexto –en el contexto del terror originado– se enmarca la ofensiva antiucraniana aludida y, también, la drástica depuración de los comunistas ucranianos. Aunque el proceso de ucranización no se anuló oficialmente –por un decreto del CC del partido ucraniano– hasta 1933, su paralización real fue muy anterior. Con el fin de la ucranización –y de la desaparición física de la generación que la había auspiciado– se inició una rusificación muy intensa de la vida del país. Mykola Skrypnyk, una de las personalidades más vigorosas del comunismo ucraniano, se suicidó en 1933 tras ser acusado de «desviacionismo nacionalista» y tras negarse a efectuar la correspondiente autocrítica. No fue el único. Otras figuras representativas como Mykola Khvyliouvyi siguieron el mismo camino, o fueron fusilados –como el denominado « Grupo de los 28 »– en 1934. Las grandes purgas, por otro lado, se abatieron sobre el conjunto del partido. En 1938 sólo quedaban 305.527 afiliados de los 468.793 de 1933.[38] De los 102 miembros del Comité Central ucraniano solamente tres pudieron tomar parte en el XIV Congreso del PCUS en junio de 1938.[39] Las purgas afectaron incluso a quienes por orden de Stalin las habían desencadenado. Pável Postychev –secretario general del PC ucraniano entre 1933 y 1937 y autor de la primera fase de la purga– fue acusado de trotskista y fusilado. Su sucesor en el cargo, Stanislas Kossior, fue igualmente fusilado en 1939. La llegada a Kíev –de nuevo capital de Ucrania desde 1934– de Nikita Kruschev, como máximo responsable del partido, en enero de 1938, representó al mismo tiempo la culminación de las purgas y la instauración de un

«nuevo trato» basado en la rusificación y en la forzada subordinación de la cultura ucraniana a la rusa. El Instituto de Historia, de la Academia de Ciencias de Ucrania, recibió el encargo de establecer una «línea correcta» que pusiera de relieve los fraternales lazos siempre existentes entre los pueblos ruso y ucraniano. Una Comisión de lingüistas, por su parte, debería depurar la lengua ucraniana de la contaminación «nacionalista-burguesa».[40] Sin duda sus trabajos estuvieron en la base de la posterior adopción de una nueva ortografía del ucraniano –inspirada en la ortografía rusa– que se probó el 8 de mayo de 1945, por un decreto del Soviet Supremo de la RSS de Ucrania.[41]

La dureza de la represión estalinista trasladó la dinámica nacional ucraniana –como había acontecido durante el zarismo– al mundo de la emigración y a los territorios ucranianos exteriores a la URSS. Entre el variado caleidoscopio de grupos políticos en el exilio debe destacarse la fundación, en 1929, de la Organización de Nacionalistas Ucranianos (OUN) que más de una década después, en 1940, se escindió en dos sectores dirigidos respectivamente por el coronel Andrei Melnyk (los *melnikystas*) y por Stepan Bandera (los *banderistas*).

La firma del pacto germano-soviético de agosto de 1939, como ha sido puesto de relieve en capítulos anteriores, estableció la delimitación de nuevas esferas de influencia para las potencias signatarias.[42] En todo caso –dejando al margen la problemática tanto báltica como moldava ya aludidas– cabria precisar que tanto Ucrania como Bielorrusia conocieron una ampliación substancial de sus fronteras occidentales. El incremento territorial bielorruso puede cifrarse en 95.000 kilómetros cuadrados, mientras que el ucraniano representaba más de 80.000. Paradójicamente el viejo sueño nacionalista de la unidad de la «gran Ucrania» (*sabornist*) se hacía realidad, en circunstancias impensables para sus autores, bajo la égida y los procedimientos de Stalin.

Si en 1918 se había producido, como se señaló en páginas precedentes, una primera fractura histórica en las relaciones entre rusos y ucranianos, la «operación Barbarroja» –con la que Hitler

iniciaba su campaña soviética– consumaría la segunda. Las tropas alemanas, en su avance fulgurante, tomaban la ciudad ucraniana de Lviv el 22 de septiembre de 1941, y Kíev dos días después. Con ellas entraban también dos regimientos, el «Nachtigall» y el «Roland», integrados por ucranianos de la OUN de Bandera. Con ellos igualmente llegaban a Ucrania cuadros civiles de la OUN, reclutados en Ucrania occidental y en el mundo de la emigración, dispuestos –utilizando textualmente los términos del manifiesto banderista de 1940– a destruir « de una vez por todas esta prisión de pueblos que es el imperio [ruso-bolchevique]» y construir en su lugar un «orden nuevo».[43] El programa de la OUN traducía, sobre todo, una ideología a la vez antisoviética y antirrusa

> luchamos –declaraban– por la liberación del pueblo ucraniano y de todos los otros pueblos oprimidos de Rusia, luchamos contra el imperialismo ruso, sea el que sea, en particular contra el bolchevismo, que representa la opresión nacional, política, religiosa, cultural, social y económica más extrema.

–aunque de su lectura no se infiere necesariamente una opción doctrinal nazi.

Los propósitos de la OUN, en todo caso, no eran el convertirse en una organización *quisling*. Cuando en junio de 1941 proclamaron unilateralmente el Estado ucraniano y un gobierno provisional, la reacción alemana no se hizo esperar, y gran número de nacionalistas ucranianos fueron detenidos –entre ellos el propio Stepan Bandera, internado en un campo de concentración hasta 1944. La actuación de los *melnikystas* resultó muy similar. Su proclamación en Kíev –en octubre de 1941– de un Consejo Nacional Ucraniano fue seguido de una represión drástica por parte de las autoridades militares alemanas. Por otra parte, las especiales características de brutalidad y terror que caracterizó la ocupación nazi de Ucrania –una represión especialmente sanguinaria, un anti semitismo genocida, y una masiva deportación de trabajadores ucranianos (*ostarbeiter*) hacia Alemania– contribuyen también a explicar los drásticos cambios acontecidos en el nacionalismo ucraniano en un período especialmente controvertido y turbulento de su historia.[44] De todo

ello un hecho aparece, de una forma u otra, como incontrovertible: el cambio radical de actitud de sus organizaciones armadas. Tanto banderistas como melnikystas –así como los guerrilleros del Sicht de Polesia al mando de Taras Borovets, llamado Bulba– se reorganizaron en un Ejército Insurreccional Ucraniano (UPA) que actuó al mismo tiempo –lo que constituye probablemente un caso sin precedentestanto contra las tropas soviéticas como contra la Wehrmacht, sin contar sin ningún tipo de apoyo extemo. Los partisanos de Bandera llegaron, incluso, a prolongar sus acciones en territorio ucraniano después de la finalización de la guerra.

El propio Nikita Kruschev, investido tras el fin del conflicto como la primera autoridad soviética en Ucrania, reconocía que

> en honor a la verdad hay que decir que cuando Bandera comprendió que los hitlerianos no iban a cumplir la promesa de apadrinar una Ucrania independiente, volvió sus unidades contra ellos. En la segunda mitad de la guerra combatió a la vez contra los alemanes y contra nosotros. Más tarde, después de la guerra, perdimos miles de hombres en el duro combate que se libró entre nacionalistas ucranianos y fuerzas del poder soviético.[45]

A juicio de Kowalewski la memoria de esta resistencia nacional se transmitió en Ucrania de generación en generación y no resultó ajena al espíritu que, con el tiempo, animó a la Unión Ucraniana de Helsinki.[46] Viejos combatientes de la UPA y jóvenes disidentes pudieron todavía intercambiar sus experiencias en cualquier isla del interminable *archipiélago Gulag*.

La posguerra en la Unión Soviética alcanza un arco cronológico relativamente amplio que suele hacerse coincidir con la muerte de Stalin (1953), aunque otro criterio podría alargar brevemente el período a la aparición –en 1954 ó 1955-de los primeros *samizdats [samvydav* en ucraniano), por lo que reflejan de cambio de mentalidad en determinados estratos de la población soviética.

En lo que concierne a Ucrania tal período puede definirse por ciertos rasgos, algunos de los cuales adquirieron con los años un particular relieve. Junto a la citada reunificación del país, paradójicamente auspiciada por el estalinismo, Ucrania entró a

formar parte –juntamente con Rusia y Bielorrusia– como miembro de pleno derecho de las Naciones Unidas desde 1945 y, en tal sentido, se homologaba plenamente como Estado soberano ante la comunidad internacional, en una nueva y desconcertante paradoja de la política soviética sobre la que no ofrecen ningún tipo de explicación los escritos de los diplomáticos soviéticos de la època.[47] Ambos fenómenos tuvieron una notoria trascendencia en el posterior proceso de independencia que cerró definitivamente la etapa de la *perestroika*. Resulta necesario aludir, por último, a un tercer hecho no menos sorprendente: la transferencia, en 1954, del territorio de Crimea a la RSS de Ucrania, a «petición conjunta» de los Presidiums de los Soviets Supremos de la Federación Rusa y de Ucrania, y que concedió por unanimidad el Presidium del Soviet Supremo de la URSS presidido por el mariscal Vorochilov. La citada, y no menos paradójica decisión, se convirtió, como es sabido, en una nueva manzana de la discordia entre rusos y ucranianos al desaparecer jurídica y políticamente la URSS en 1991.[48]

La reunificación bajo administración soviética de los distintos territorios ucranianos comportó la aplicación de severas medidas represivas contra las diferentes minorías nacionales de la república y que implicaron la expulsión de los polacos o la deportación a Sibèria de húngaros y alemanes.[49] Sin embargo la represión que conoció la población ucraniana no fue generalizada –con la excepción de aquellas zonas en las que se desarrolló la actividad guerrillera de la UPA– sino habitualmente selectiva. Se abatió básicamente sobre la *intelligentsia* nacionalista, y sobre la Iglesia uniata, constreñida a una aproximación forzada a la iglesia ortodoxa rusa. En todo caso Stalin no aplicó a Ucrania los mismos parámetros que a las nacionalidades caucásicas o a los alemanes del Volga, quizás porque –como recordaba sarcásticamente el propio Kruschev en 1956 en su histórico Informe al XX Congreso del PCUS-

> los ucranianos sólo evitaron la misma suerte a causa de su gran número; no habría habido bastante sitio para deportarlos a todos. De otra forma no lo habría dejado [Stalin] de hacer.[50]

Los largos años que transcurren desde la muerte de Stalin hasta *la. perestroika* constituyeron un período de graves dificultades para la supervivencia de la identidad nacional ucraniana. Las distintas etapas de la administración y de los distintos gobiernos soviéticos tuvieron un fiel reflejo en la administración y los gobiernos ucranianos, siguiendo las pautas habituales del sistema político de la URSS. En ese sentido la actuación de los líderes comunistas ucranianos –Kyrytchenko (el primer ucraniano llamado a ejercer la máxima autoridad política en su propio país), Chelest, Chetcherbitski, Ivatchko– no son sino un reflejo más o menos mecánico de sus homólogos moscovitas y de sus orientaciones nacionalitarias. No se analizarán aquí con detalle. Pero, en todo caso, para profundizar en el conocimiento de la problemática nacional ucraniana debe prestarse atención a un fenómeno relevante que no es otro que la evolución de la composición demográfica y nacional del país, y de algunas de sus derivaciones, que de una u otra forma estaban ya en la base de la controvertida campaña de ucranización de los años veinte, y en los criterios que a tal efecto había expresado en 1926 Stalin en su carta a Kaganovich.

El examen de los censos soviéticos de 1959,1970 y 1979 es, en ese sentido, singularmente concluyente. La población nacionalmente ucraniana en su propia república se hallaba, a lo largo de los años expresados, en un etapa de regresión. En 1959, constituía el 76,8 % de la población total de la república; en 1970, el 74,9%, y en 1979, el 73,6%. Para el mismo período el ascenso de la minoría rusa resultaba inverso: el 16,9 %, el 19,4 % y el 21,1 %, para los mismos años.[51]

En todo caso Roland Breton ha señalado el carácter desigual de la distribución nacional de la población en el territorio ucraniano que, como ya se ha sugerido anteriormente, ofrece numerosos contrastes e incluso varía de un *oblast* a otro, aunque la emigración rusa, creciente tras la guerra mundial no ha hecho sino agudizar el fenómeno histórico de la «dos Ucranias». El territorio que Bretón califica como «el corazón étnico del país» –es decir, las comarcas donde la población nacionalmente ucraniana representa un

porcentaje no inferior al 90 %– continúa ubicado en el noroeste. en las regiones que se encuentran desde Kíev a las fronteras con Polonia y Bielorrusia y que se han considerado tradicionalmente como el «Piamonte ucraniano». Su reverso, el extremo oriental –el Donbass– donde la población nacionalmente ucraniana apenas roza con dificultad la mayoría.[52]

Sin embargo la cuestión lingüística en Ucrania no puede en absoluto reducirse a la existencia de minorías lingüísticas rusófonas, ni tampoco para ella puede adoptarse la perspectiva de otras áreas nacionales de la Unión Soviética –el Asia Central o el Cáucaso– donde la pròpia disimilitud del ruso con las lenguas autóctonas ha constituido una barrera difícil de sobrepasar, tanto para rusos como para no rusos. En Ucrania, en cambio, la similitud de ambas lenguas en contacto –y en contacto desigual– ha implicado consecuencias muy distintas. Con datos de 1979 –los utilizados por Breton– se puede afirmar que con el 89% de ucraniófonos y el 6% de ucranizantes (es decir, de no ucranianos poseedores del ucraniano como segunda lengua), el 95% de la población de la república hablaba ucraniano, lo que constituye una tasa muy elevada de conservación de la lengua. Pero también es cierto que si al 11 % de rusófonos se añade el 52% de rusizantes, el resultado es un 63% del total de la población hablando ruso.

> En ciertos contextos, urbanos por ejemplo –comenta significativamente Breton–, donde el ruso predomina, y donde los no ucranianos, no obligados a la reciprocidad (*non contiaints á la reciprocité*), no utilizan el ucraniano, ello implica un bilingüismo de los ucranianos, no solamente muy extendido sino profundamente desequilibrado, es decir sin contrapartida respecto a los otros, rechazando la práctica de la lengua materna de sus usos [normales] para reducirla a los domésticos. Lo que es inquietante para el futuro de la lengua.[53]

La situación diglósica tan claramente descrita por Breton se convirtió en argumento del nacionalismo ucraniano. Yurij Badzio, nacionalista militante detenido en 1979 y condenado a diversas penas de prisión y destierro, es el autor de *Estado de sitio o una nación en peligro*[54] un texto que, junto a *Nacionalismo o rusificación?* de Ivan Dzyuba, constituye uno de los alegatos más

representativos del pensamiento del nacionalismo ucraniano durante la etapa de Breznev.[55] En su libro Bazdio exponía sus puntos de vista sobre cuestiones tan esenciales como las relaciones históricas entre rusos y ucranianos, sobre la teoría de la «fusión de las naciones» o el alcance real de la soberanía ucraniana. Su conclusión no era otra que la pérdida de la «autoridad política» –su conversión, de hecho, en una «marca rusa»– era el origen de «la rusificación del aparato político y de los responsables culturales».

> En Ucrania occidental –señalaba Bazdio– la situación [de la lengua y la cultura ucranianas] parece mejor, gracias a la presión espontánea de la población; por el contrario en Ucrania oriental, los habitantes de las ciudades vuelven a hablar ruso, que ha suplantado al ucraniano en todas las instituciones con la excepción, quizás, de ciertos medios específicos, como los editores de Arte o el de la Unión de Escritores. Una persona hablando ucraniano, o un ucraniano consciente de serlo, tiene la impresión de ser un emigrado en las ciudades de Ucrania oriental. En tales condiciones la población rural ucraniana que se instala en las ciudades de Ucrania oriental se rusifica, desarrollando un complejo de inferioridad nacional, incluso un sentimiento de hostilidad con respecto a su lengua, a su cultura y frecuentemente incluso a su etnia. A los chovinistas les gusta replicar a los patriotas ucranianos. »pero qué os impide hablar en ucraniano? Como si el problema se situase únicamente a nivel de la lengua y de una prohibición jurídica. Además, desde el punto de vista jurídico, los funcionarios del Estado y del Partido, tienen la responsabilidad directa de la situación de las lenguas nacionales en las instituciones políticas de la república. Se proclama la igualdad de los derechos de las naciones, pero »se puede hablar de igualdad cuando, en las ciudades de Ucrania oriental, un ucraniano no puede hablar en su lengua materna fuera del círculo familiar, porque no solamente se lo impiden factores psicológicos, sino también el desconocimiento general del ucraniano por los funcionarios?.[56]

El extenso texto de Yuriy Badzio constituye, en primer lugar, una paradigmática descripción de una situación diglósica largamente estimulada en Ucrania por el Estado y el Partido –es decir, por los poderes «realmente existentes»-, pero también la acentuación de unas grietas en el cuerpo social de la nación –la cuestión de las «dos « Ucranias »–[57] que constituyeron una de las mayores preocupaciones del nacionalismo ucraniano posterior. En todo caso,

para Badzio, la cuestión esencial era esencialmente política y residía en el «absolutismo ideológico y todopoderoso del Partido [del PCUS]» que «no admite ningún poder político superior», lo que conduce a «una dominación total de las fuerzas políticas rusas y [a] la transformación de las repúblicas no rusas de la federación en provincias políticas rusas». En ese marco la tesis de la «fusión de las naciones» no podía ser contemplada sino como «una forma de exterminación ideológica de las naciones no rusas de la URSS». La democratización de la vida política y, en definitiva, la democratización de la propia sociedad soviética, resultaba impensable sin una profunda revisión de las relaciones entre los distintos pueblos soviéticos.

> Muchos ucranianos entre los que me encuentro –escribía Badzio– estiman que una vida nacional libre y digna es imposible para el pueblo ucraniano en el marco de una unión política estatal con Rusia[...] las tradiciones imperialistas están muy arraigadas en Rusia, especialmente la que consiste en considerar a Ucrania como un hermano menor legítimo, es decir, como una propiedad histórica.

La tarea de unir tales conceptos –«democratización» por un lado, «libertad nacional» por el otro– fue tarea fundamental de una nueva oposición ucraniana que emerge fundamentalmente a partir de los últimos años sesenta, con unas características inéditas y con unos líderes de muy distinto talante del habitual en el nacionalismo histórico ucraniano. Entre los dirigentes de la nueva generación, por otra parte relativamente numerosos –Tchomovyl, Pliustch, Dziuba-, destaca la figura un tanto legendaria de Levko Lukianenko, que había sido condenado a muerte a finales de los sesenta acusado de la fundación del grupo clandestino Unión Ucraniana Obrera y Campesina (Ukraïnska Robitnytcho-Selanska Spilka), y cuya sentencia había sido conmutada por quince años de trabajos forzados.

Como ya ha sido puesto de relieve en páginas anteriores, la adopción, en agosto de 1975, del Acta Final de Helsinki[58] implicó para el conjunto de la oposición en la Unión Soviética una referencia esencial, tanto en lo que concierne a las libertades fundamentales y

a los Derechos Humanos como por lo que respecta a la igualdad de los derechos de los pueblos y a su derecho a disponer de sí mismos. El 13 de mayo de 1976 el escritor ruso Yuri Orlov anunciaba la creación de un «grupo de vigilancia para la aplicación de los acuerdos de Helsinki», cuya repercusión en la política interior soviética ha sido altamente relevante, y por el eco internacional que implicó la persecución de algunos de sus miembros más relevantes (Chtcharanski, Guinzburg, el propio Orlov y, sobretodo, el conocido físico ruso Andrei Sajarov).[59] Su actuación fue inmediatamente secundada en distintas repúblicas por comités homólogos cuya meta, en todo caso, era doble: defender los supuestos rubricados en Helsinki, pero también impulsar las reivindicaciones nacionalitarias de las repúblicas.

El «Grupo Ucraniano por la Defensa de los Acuerdos de Helsinki» –más escuetamente el Grupo Ucraniano de Helsinki, UHS– se creó formalmente el 12 de mayo de 1976 (es decir, un día antes que su equivalente ruso), a iniciativa de Levko Lukianenko, que acababa de cumplir su larga condena en el Gulag.[60] Aunque sus integrantes fueron en principio muy reducidos, la alta calificación de algunos de sus miembros –entre los que se encontraban, además de Lukianenko, el general Piotr Grigorenko o el cibernético Léonid Pliutch– le otorgaron pronto una especial notoriedad tanto dentro como fuera del territorio soviético. En diciembre de 1976 el UHS publicaba su programa, centrado especialmente en la defensa de los Derechos Humanos, en la reivindicación de una democracia polatica radical, y en una nueva concepción de los derechos nacionales de las repúblicas soviéticas. UHS se proponía, en primer lugar, «activar las masas populäres en todos los terrenos para impulsar los mecanismos de participación popular en el ej ercicio del poder del Estado y en el control real del aparato estatal». Se trataba de una opción claramente rupturista:

> Para democratizar verdaderamente la sociedad soviética no serán suficientes los cambios limitados. Es necesario romper el régimen estatal existente [...]. La UHS apela a transferir el poder real de la República de las manos del partido comunista a las de soviets de delegados del pueblo democráticamente elegidos. Todos los partidos, uniones, asociaciones

> informales e incluso simples grupos de iniciativa de los ciudadanos tienen el derecho de presentar sus candidatos a la Asamblea.[61]

No resultaban menos concluyentes las tesis de la UHS por lo que respecta a las cuestiones nacionales. Partían del carácter no reformable de la Constitución soviética –que debía ser abolida– y propugnaban una nueva estructura nacionalitaria de la URSS sobre bases innovadoras. Su declaración de principios expresó, en todo caso, un deseo de convivencia de las distintas nacionalidades soviéticas «en el marco de una confederación de Estados independientes». La transición hacia una confederación de tales características debería venir precedida por la formación de una federación de repúblicas soberanas. Tales postulados, sin embargo, pese a ser incluidos en la declaración de principios de la UHS no resultaron unánimes. Un sector del grupo –del que formaba parte su fundador, Levko Lukianenko– adoptó siempre una posición inequívocamente independentista.[62]

La UHS no eludió tampoco el pronunciarse sobre cuestiones especialmente delicadas para la política interior ucraniana. Con respecto a los derechos de las minorías nacionales –es decir, sobre la minoría rusa– defendió criterios muy cercanos a las viejas doctrinas austromarxistas: autonomía territorial en caso de poblaciones homogéneas, o autonomía cultural en caso de poblaciones dispersas. Lukianenko, sin embargo, matizó considerablemente su óptica personal:

> Un cierto número [de rusos] son comunistas y forman parte de la mafia del partido, Otros son simplemente trabajadores, que no son enemigos de los intereses ucranianos. Tengo la impresión –afirmó– que están tan interesados como nosotros en la creación de un Estado independiente ucraniano. Es un interrogante saber si habrá o no un Estado democrático en Rusia, mientras que la Ucrania independiente será evidentemente democrática. En consecuencia estos rusos vivirán en un Estado democrático.[63]

La UHS se posicionó, al mismo tiempo, en favor de la autonomía de Crimea y sobre la situación de la población tártara que había sido deportada por Stalin, abogando por su derecho a retornar a sus

lugares de origen. En esta actitud la actuación de uno de sus miembros, el general Grigorenko, uno de los fundadores del grupo, había señalado unos precedentes insólitos. Por defender la vuelta de los tártaros a Crimea Grigorenko fue internado durante cinco años en una clínica psiquiátrica. Privado posteriormente de la nacionalidad soviética, el general falleció en el exilio en 1983. En 1992 Grigorenko fue rehabilitado por una comisión de expertos que declararon por unanimidad que el inculpado en ningún momento de su vida había padecido enfermedades mentales.[64]

Estas y otras actitudes equiparables dotaron al Grupo Ucraniano de Helsinki de una elevada autoridad moral tanto en el interior como en el exterior del país, aunque sin duda a cambio de un alto precio: siete entre los diez fundadores del grupo fueron detenidos y encarcelados. El propio Lukianenko debió arrostrar una nueva doble condena de diez años en un campo de régimen especial y cinco años de deportación. Sin embargo los procesos demostraron que la situación interna del régimen soviético en la época de Breznev distaba mucho de la del Moscú de 1938.[65] El presidente del UHS Rudenko –antiguo oficial del ejército y gran mutilado de guerra– se encaraba en 1977 ante sus jueces preguntando:

> ¿Quién es el verdadero criminal aquí? El criminal es quien intenta sustraer al hombre su derecho natural: pensar sin trabas y expresar libremente y sin trabas sus ideas. Es precisamente aquí donde reside el derecho sagrado de cada cual a ser un hombre.[66]

Pese a dificultades tan considerables la labor resistente del Grupo Ucraniano de Helsinki prosiguió a través de la infiltración en sociedades como la Asociación Histórica, la Asociación Pedagógica, la Asociación de la Lengua Ucraniana y, posteriormente, en distintas plataformas favorables a la *perestroika*. A finales de la década de los ochenta Lukianenko estimaba que habían circulado, especialmente en Ucrania occidental, y también en Kíev, entre cincuenta mil y setenta mil ejemplares de la declaración de principios del grupo, aunque reconocía que todo ello se había realizado con «un material muy rudimentário », y que no se tenía la capacidad « de responder a la demanda con los medios adecuados».[67]

La represión a la que fue sometido el Grupo Ucraniano de Helsinki constituye una prolongada constante[68] hasta bien avanzada la etapa de la *perestroika*. Más aún: la propia política gorbachoviana introdujo en Ucrania muy escasas variables con respecto a la política establecida durante la etapa de Breznev. El máximo dirigente de los comunistas ucranianos, Volodymir Chtcherbyski –que había sido nombrado para su cargo en 1972, y conservado su puesto durante los mandatos de Breznev, Andròpov y Chernenko– no fue substituido por Gorbachov hasta octubre de 1989: un caso poco común de longevidad política. Encarnación del perfecto *apparatchic*, Chtcherbyski realizó durante su largo virreinato una constante tarea de rusificación, procedió a desarticular eficazmente los numerosos grupos de oposición, y mantuvo férreamente en el poder al denominado grupo (brezneviano) de Dniepropetrovsk, incluso cuatro años después de iniciada la *perestroika*. El hecho de que todavía en 1989 los antiguos breznevianos detentasen el poder real en Ucrania –frente a la metodología habitual del relevo practicada por Gorbachov, aún a costa de acontecimientos tan graves como los de 1986 en Alma-Ata– sugerían a Lukianenko «una explicación muy seria, muy grave», que en gran parte ha resultado premonitoria. A juicio del disidente ucraniano

> la dirección gorbachoviana, aunque haya iniciado un movimiento renovador, no desea en absoluto la destrucción del imperio. Se puede imaginar –declaraba Lukianenko– que la dirección gorbachoviana pueda considerar lo peor sobre los países bálticos, sobre el Cáucaso, pero no se puede imaginar la existencia del imperio sin Ucrania. La independència de Ucrania querría decir el fin del imperio.[69]

Lukianenko no tenía inconveniente en reconocer que en Ucrania, aunque la conciencia nacional había aumentado sensiblemente en los últimos tiempos, no representaba todavía más que unas «formas rudimentarias de voluntad de independencia». Aún así, el PCUS era muy consciente del peligro: «Es por ello –concluía– que Gorbachov guarda la organización de Chtcherbiyski, por prudencia».[70]

Lukianenko, y con él una parte considerable del nacionalismo ucraniano, partía en realidad de una doble tesis: la desconfianza en

el alcance global del reformismo impulsado por el equipo moscovita de Gorbachov y, en segundo lugar, la convicción de que la única posibilidad de transformación democrática de la Unión pasaba precisamente por su ruptura. Con tales supuestos no veían contradicciones en el mantenimiento de una cohabitación entre las viejas estructuras del partido –supervivencia flagrante del mundo brezneviano– y el impulso del «nuevo pensamiento» de la *perestroika*. «El rasgo característico –puntualizaba– del aparato de ocupación de Chtcherbyski sobre Ucrania es la lealtad con respecto al centro. La meta de las reformas gorbachovianas es relanzar la economía; por ese lado Chtcherbyski no pone ningún problema, no lo obstaculiza. Por el contrario, del lado del desarrollo cultural, de la lengua, de toda la vida cultural ucraniana, Chtcherbyski no desea en absoluto su reconstrucción. El propio Gorbachov tampoco tiene demasiada necesidad. Si Gorbachov consiguiese hacer salir al país de la crisis económica, no habría ninguna democratización...»[71]

Sin embargo la larga etapa de Chtcherbyski al frente de los comunistas ucranianos llegaba a su fin, y probablemente sólo se prolongó por las dificultades que encontraba el Kremlin en hallar un relevo adecuado. De hecho su sucesor, Volodymir Ivachtko, no era tampoco ajeno al omnipresente clan de Dnipropetrovsk aunque, pese a sus orígenes políticos, se adaptó mucho mejor a las nuevas consignas moscovitas. La relativa renovación del PC de Ucrania está profundamente vinculada a un conjunto de factores muy diversos que deben relacionarse con el fuerte crecimiento experimentado por el nacionalismo ucraniano en la segunda mitad de los años ochenta. Las consecuencias, en todos los órdenes, de la catástrofe nuclear de Chernobyl, el relanzamiento público de las tensiones religiosas, la aparición del movimiento popular ucraniano (Rhuk), son factores que están en la base de la adaptación de una parte substancial del *apparatchic* ucraniano a las nuevas condiciones políticas.

No va a insistirse aquí de nuevo sobre las múltiples consecuencias que, en todos los órdenes, implicó en Ucrania la catástrofe nuclear de Chernobyl. Desde el punto de vista político propició, en primer lugar, una depuración de las anquilosadas estructuras de los

comunistas de Ucrania y situó en una posición insostenible al propio Chtcherbyski. Desde una perspectiva nacional ucraniana relanzó el combate por una dimensión «etnoecológica» que incluyó fórmulas sobre «la ecología de la lengua, de la cultura y de la naturaleza». Con tales consignas escritores como Hontchar, Cherbat y Oliink se implicaron en campañas populares que obtuvieron una notable respuesta en la sociedad ucraniana.[72]

Del 8 al 10 de septiembre de 1989 tuvo lugar en Kíev el Congreso constituyente del Ruhk, siglas que corresponden al Movimiento Popular de Ucrania por la Reforma (por la *perestroika*), que al año siguiente pasó simplemente a denominarse Movimiento Popular de Ucrania. Había sido auspiciado tanto por la Sociedad de la Lengua Ucraniana como por el Grupo Ucraniano de Helsinki, y nacía con el designio de la democratización y de la soberanía de la república. Presidido por el escritor Ivan Dratch, el Ruhk consiguió en poco tiempo la cifra de trescientos mil afiliados. Su órgano oficial, el diario *Naroda Gazeta*, dispuso de una red de más de cuarenta periódicos locales y comarcales.[73] Dotado de una notable influencia política, especialmente en Ucrania occidental, el Ruhk fue el principal inductor de las grandes manifestaciones de masas que tuvieron lugar durante el verano de 1989, como la de Kíev del 23 de agosto del mismo año en la que con ocasión del aniversario del pacto germano-soviético muchos miles de manifestantes enarbolaron por primera vez, desde los años cuarenta, los colores amarillo y azul de la Ucrania independiente. Tales manifestaciones multitudinarias tuvieron una larga continuidad en la concentración de Lviv del 17 de septiembre, donde más de cien mil personas reclamaron el reconocimiento oficial de la iglesia uniata y ex-presaron igualmente su hostilidad hacia la iglesia ortodoxa rusa, «còmplice de la rusificación».[74] Sin embargo, la mayor acción de masas impulsada por el Ruhk fue la cadena humana entre Kíev, Lviv y Ivano-Frankivsks que unió el 21 de enero de 1990, con ocasión del aniversario de la independencia de Ucrania (22 enero de 1918) a más de tres millones de personas.[75]

Sin embargo, y pese a su espectacular despliegue cívicopolítico inicial, la influencia del Ruhk fue temporalmente limitada. Pese a que en las primeras elecciones celebradas en Ucrania bajo la égida de las reformas gorbachovianas en marzo de 1990 –y a las que se hará posterior referencia– obtuvo resultados esperanzadores, especialmente en las regiones de Kíev, Temopol y Ivano-Frankivske, el Ruhk no pudo salvaguardar su unidad orgánica. En abril y en mayo de 1990, respectivamente, se fundaban el Partido Republicano Ucraniano –impulsado por disidentes históricos como Vlatchislav Chornobyl y Levko Lukianenko– y el Partido Democrático de Ucrania a cuyo frente figuraba el propio presidente del Ruhk Ivan Dratch. Era un signo inequívoco de la atomización política del nacionalismo ucraniano.

La cuestión religiosa adquiría, paralelamente, amplias repercusiones nacionales. La iglesia católico-griega, los uniatas, había experimentado, como se puso de manifiesto en páginas anteriores, fuertes presiones por parte de Stalin para fundirse con la ortodoxa rusa, en el nuevo contexto que presidió las relaciones entre la jerarquía ortodoxa rusa y el Kremlin a partir de la « Gran Guerra Patria». Tales presiones desembocaron, tras la muerte del metropolitano greco-católico Andrei Cheptyskyi, en una abierta persecución. Su sucesor Yosyf Slipyi, y numerosos obispos uniatas, fueron encarcelados y posteriormente deportados a Sibèria. Las autoridades soviéticas forzaron paralelamente, con el concurso de clérigos greco-católicos colaboracionistas, la celebración de un Sínodo en Lviy (1946) mediante el cual la iglesia uniata se subsumía en la ortodoxa rusa. Tales medidas, por otro lado, se vieron acompañadas a lo largo de varias décadas por una sistemática persecución de aquellos uniatas que no se habían plegado a la situación descrita.[76]

La interdicción y la marginación del catolicismo uniata por parte de las autoridades soviéticas constituyó un elemento más de fricción entre rusos y ucranianos, especialmente patente en Ucrania occidental. El pleito no entró en nuevas vías hasta noviembre de 1989, cuando el Kremlin legalizó la situación de la iglesia greco-

latina. La cuestión debió ser evocada en la entrevista vaticana del siguiente 1 de diciembre entre Juan Pablo II y Mijail Gorbachov. En agosto de 1990 el edificio de la catedral de San Jorge de Lviv, un templo de carácter altamente simbólico para los uniatas, se entregaba finalmente a la iglesia greco-católica ucraniana.

En un contexto de fuertes tensiones nacionales y de agitación nacionalista tenían lugar las elecciones al Soviet Supremo de la república en marzo de 1990. El Ruhk debió abordar las en circunstancias especialmente difíciles ya que su legalización se produjo solamente a mes y medio de la celebración de los comicios. Por razones diametralmente diferentes tampoco las expectativas favorecían a los comunistas, que las afrontaron en medio de una aguda crisis política, en el que las deserciones se producían en cascada. Solamente a lo largo de 1990 dos millones de afiliados abandonaron el partido comunista ucraniano.[77] Pese a ello, y de forma inesperada, los comunistas consiguieron unos resultados favorables: una cómoda mayoría de 239 escaños, frente a los 130 del Bloque Democrático, coalición nacionalista de la que el Ruhk era la columna vertebral.[78]

En todo caso el resultado de las primeras elecciones legislativas ucranianas permite considerar que, pese al generalizado proceso de desintegración del PCUS, su organización ucraniana –regida por la férrea mano del breznevita Chtcherbyski– conservaba sobre todo en Ucrania oriental, y en especial en los *oblasts* industriales, donde la población rusóf ona era singularmente numerosa, una fuerte influencia. A este primer factor deberá añadirse un segundo no menos importante: el acelerado proceso de ucranización del partido, mutación que puede simbolizarse en la evolución del «número dos» de la organización, Léonid Kravtchuk. Las consecuencias políticas de una tal muta-ción resultaron capitales en la resolución de la crisis soviética de agosto de 1991. Kravtchuk, un *nomenklaturista* procedente de la región de Rovtno, responsable de la *Agitprop* durante largos años, pertenece a una generación comunista que –tras haber ejercido largamente el poder en el PCUS– inició a finales de los años ochenta una operación ideológica substitutoria: la de

cambiar el marxismo-leninismo oficial en declive por el nacionalismo en ascenso. Si en repúblicas periféricas de la URSS dicha mutación permitió el mantenimiento en el poder de las *nomenklaturas* tradicionales del PCUS, en el caso ucraniano –por las razones que en su momento evocara Lukianenko– las consecuencias fueron de una absoluta trascendencia.

De una u otra forma, el resultado de las elecciones de marzo de 1990 implicó en Ucrania un notorio cambio de la atmósfera política, y ello desde unas ópticas muy diversas. La dinámica nacionalista, de alto valor simbólico –recuperación de los colores nacionales de la Ucrania independiente– se convirtió de alguna manera en irreversible. Los cambios políticos, decididos finalmente por el Kremlin, habían apartado –desde hacía unos meses– a buena parte de la vieja guardia brezneviana, considerada como un elemento esencial de rusificación. El nuevo primer secretario de los comunistas ucranianos Volodymir Ivashko, un hombre de la total confianza de Gorbachov, intentó controlar de nuevo los resortes del poder, siguiendo el modelo del propio Gorbachov en Moscú. En tanto que primer secretario del partido postuló su candidatura a la presidencia del Soviet Supremo de la República para el que fue elegido tras una azarosa votación (278 votos a favor contra 52, de un total de 452 escaños). Los diputados del Bloque Democrático abandonaron airadamente el hemiciclo como protesta ante la acumulación de funciones. Sin embargo su mandato al frente tanto del PC como del Soviet Supremo ucraniano resultó extremadamente breve, ya que fue propuesto por Gorbachov como Secretario General adjunto del CC del PCUS, frente a la candidatura encabezada por Egon Ligachov, cabeza visible de los comunistas ortodoxos.[79]

El 16 de julio de 1990, cuatro días después de la elección de Ivashko como virtual «número dos» del PCUS, el Soviet Supremo de Ucrania proclamaba en un breve documento la Declaración de Soberanía[80] por la que Ucrania se erigía en un «Estado nacional soberano». En el citado documento se eludía, por otra parte, cualquier tipo de mención formal a su adscripción a la URSS. Según el texto de la declaración, Ucrania se consideraba propietaria de su

propio suelo, de su espacio aéreo y de sus recursos naturales. Podía igualmente crear su propia moneda, dotarse de un ejército propio, y establecer relaciones diplomáticas con otros Estados sin ningún tipo de limitaciones. Anunciaba, en fin, sus intenciones de convertirse en un Estado neutral, exento de armamentos nucleares y sin compromisos con ningún bloque

> its intention to become in the future permanently a neutral nation, which would not joint any military blocks and would preserve three anti-nuclears principies: not to produce, not to proliferate, and not to use nucleary weapons.[81]

La declaración de soberanía de Ucrania fue aprobada, por otra parte, sin excesivas resistencias políticas, en el seno de un Soviet Supremo de confortable mayoría comunista (por 365 votos a favor, 4 en contra y 26 abstenciones). El resultado de la votación remite en consecuencia a un acuerdo esencial del poderoso grupo parlamentario comunista –llamado también el «bloque de los 239» y posteriormente, según fuentes occidentales, «el partido del poder»-[82] sin duda plenamente inmerso en el proceso de substitución ideológica al que anteriormente se ha hecho referencia. Una semana más tarde Léonid Kravtchuk, antiguo «número dos» del PC de Ucrania, era elegido presidente del Soviet Supremo por 239 votos de los 315 emitidos, en una votación de nuevo boicoteada por el Ruhk, muchos de cuyos miembros habían sido represaliados en otro tiempo por Kravtchuk.

Desde el momento de la aprobación de la declaración de soberanía de Ucrania –es decir, en el año que transcurre de julio de 1990 a agosto de 1991, momento en que se produce la virtual desaparición de la URSS– el Soviet Supremo de la república desarrolló una intensa actividad legislativa encaminada fundamentalmente a subrayar la autonomía económica ucraniana con respecto a la URSS, a iniciar el proceso de desestatalización de la economía y a establecer las bases de una economía de mercado,[83] a transferir a la República la propiedad de las empresas y organizaciones industriales y mineras de la URSS situadas en territorio ucraniano, a abordar la desnuclearización de Ucrania y, en

fin, a remodelar aspectos substanciales de su propia organización territorial interna, con la restauración de la república autónoma de Crimea.[84] Tan espectacular proceso, sin embargo, avanzó sin que significativamente implicase enfrentamientos frontales con las autoridades de Moscú y que contrastan vivamente con la violencia engendrada por el modelo báltico.

Se consumaba de este modo un proceso político que desembocaba de forma concluyente hacia la total independencia de la república y al inicio de una aproximación respecto a los parámetros sociales occidentales.[85] Tal proceso hubiera sido sin duda inimaginable sin la acelerada descomposición del sistema soviético, y sin el rotundo viraje de consagrados *nomenklaturistas* como Léonid Kravtchouk en Ucrania, pero también como Borís Yeltsin en Rusia, cuyas trayectorias políticas guardan tan estrechos paralelismos.

« ¿En qué momento situar la muerte de la URSS? ¿En qué momento el Estado ruso toma asiento en el concierto de los Estados-nación?». Hélène Carrère d'Encausse, la autora de tan aceradas preguntas, convenía en el probable desacuerdo de los historiadores, y sugería la no coincidencia entre la cronología oficial y la real. En todo caso sugería la necesidad de retener indisolublemente unidas –para la muerte y el nacimiento citados– dos fechas del verano de 1991: el 12 de junio,« día de la gloria cívica de Borís Yeltsin», y el 19 de agosto, «día dominado de un extremo a otro por su fuerte personalidad».[86]

El «día de gloria» yeltsiniano al que hacía referencia la politóloga francesa no era otro que el de su elección como presidente de la Federación Rusa con unos más que brillantes resultados electorales: el 60% de los votos en la primera vuelta, y con una participación popular muy nutrida. El tándem gorbachoviano Ryzkhov-Grómov había sido literalmente aniquilado.[87] Sin embargo tal« día de gloria» no era sino el resultado de una laboriosa ascensión política en la que Yeltsin –a diferencia de Kravtchuk– había mostrado desde 1987 tanto su faz opositora al equipo de la *perestroika*,[88] como su capacidad para consolidar importantes espacios de poder, entre ellos el de la

presidencia del Soviet Supremo de la RSFSR, ganada en apretada votación al candidato oficial Vlásov[89] en mayo de 1990. Desde su plataforma rusa realizó una tarea política que tiene mucho que ver con los procesos de desagregación de la URSS. Escasos días después de su elección como presidente, el I Congreso de los Diputados del Pueblo de Rusia, por abrumadora mayoría,[90] proclamaba una Declaración de Soberanía de Rusia por la que la legislación de la República prevalecía ante la soviética y se garantizaba el derecho del pueblo ruso a poseer las riquezas nacionales de la Federación. La URSS se convertía aceleradamente en una superestructura cada vez más vacía de contenidos.

En este contexto creciente de disenso entre Rusia y la URSS, Yeltsin había ya utilizado la plataforma de la RSFSR para afirmar su autoridad en dos documentos fundamentales y premonitorios: el Tratado entre Rusia y la RSS de Ucrania (19 de noviembre de 1990)[91] y la Declaración sobre la cuestión báltica firmada conjuntamente con sus homólogos de las tres repúblicas.[92] Tanto el reconocimiento por parte de Rusia de la soberanía de Estonia, Letonia y Lituania –y la subsiguiente apelación al Secretario General de la ONU para la convocatoria de una Conferencia internacional *ad hoc*– como el reconocimiento mutuo en tanto que Estados soberanos de Ucrania y Rusia, tienen mucho que ver con la pregunta de Carrère d'Encausse («¿en qué momento situar la muerte de la URSS?») que se citaba en líneas anteriores. Está también en estrecha relación con la Observatión que, en 1989, realizara Levko Lukianenko: la independencia de Ucrania querría decir el fin del imperio.[93]

A diferencia de Yeltsin o de Kravtchuk, no toda la *nomenklatura* del PCUS se encontró en disposición de efectuar un proceso de substitución ideológica –comunismo por nacionalismo– para garantizar la continuidad de las estructuras de poder. Las indignadas palabras que el presidente del Soviet Supremo de la URSS, Anatoli Lukianov, pronunciara ante Hélène Carrère d'Encausse negándose a sostener políticamente el Tratado de la Unión auspiciado por Gorbachov, representan el reverso de esta particular moneda. «No

toleraremos –enfatizaba Lukianov– ese Tratado que destruye la Unión, edificada a lo largo de los siglos por todos aquellos que gobernaron este país».[94] Los denodados esfuerzos de Mijail Gorbachov para remodelar las estructuras soviéticas –y entre ellas la estructura nacional: una cuestión no precisamente menor– estaban condenados al fracaso. Los unos –Lukianov y sus camaradas golpistas– se negaban a cualquier tipo de cambios. Otros *nomenklatuistas* notorios también habían escogido su particular salida de seguridad, su *uscita di sicurezza*. Cobraban así nuevo sentido las premonitorias palabras de Silone, escritas con muchas décadas de antelación: « "La lotta finale" ho detto un giorno a Togliatti, "será tra i comunisti e gli ex comunisti"».[95]

---

1 E. J. HOBSBAWN: *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona, Crítica, 1991, p. 59.
2 A. JOUKOVSKY: *Histoire de l'Ukraine*. París, Dauphin, 1993, p. 27.
3 F. SISYN: «El resurgimiento de la nación ucraniana y la mitología cosaca», *Debats*, 40 (1992) pp 112-119.
4 Véase la « Carta otorgada por el Zar Alexis Mijailovich al Hetmán Bohdan Khmelnicki y a todo el ejército zaporogue por el mantenimiento de sus derechos y libertades», en R. PORTAL: *Russes et ukrainiens*. París, Flammarion, 1970, pp. 92-94.
5 R. PORTAL: *Russes et ukrainiens…*, p. 48.
6 A. LEROY-BEAULIEU: *L'Empire des tsars et les russes*. París, Robert Laffont, 1990, p. 92.
7 Cf. A. CUCÓ: *El valor de la nació. Notes i escrits*. Valencia, Alfons el Magnànim / IVEI, 1995 p. 29.
8 H. BOGDAN: *Histoire des peuples de l'ex-URSS*. París, Perrin, 1993, p. 96.
9 A. JOUKOVSKI: *op. cit*., pp. 58 y ss.
10 R. PORTAL: *Russes et ukrainiens…*, p. 96.
11 R. PORTAL: *Les nationalités slaves de 1871 á l939*. París, Centre de Documentation Universitaire, Université de La Sorbonne, s. f., p. 110.
12 Se trata de una referencia al conjunto de las dos Ucranias. Según Portal, Ucrania occidental contaba a comienzos del siglo XX con menos de tres millones y medio de habitantes (cf. R. PORTAL: *Les nationalités…*, p. 108).
13 A. JOUKOVSKI: *op. cit*, p. 63.
14 Cf. R. PORTAL: *Les nationalités…*, p. 114.
15 A propósito del enfrenamiento entre rusos y polacos–y entre ucranianos y polacos-por una futura delimitación de fronteras, Herzen, por ejemplo, se

inclinaba por los criterios etnográficos: la lengua, la religión, la manera de vivir. En ese sentido, se preguntaba Herzen, sino era mejor en todo caso, preguntar su propia opinión a los interesados, y en especial a los ucranianos, aunque quizás los ucranianos prefirieran la independencia. En ese caso, comentaba Herzen, habría que reconocer una Ucrania libre e independiente (cf. B. GORIELY: «LTJnion Soviétique et la Pologne», en J. B. DUROSELLE (ed.): *Les frontières européennes de l'URSS*. París, Cahiers de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 85, Armand Colin, 1957, p. 207.

16 Cf. R. PORTAL: *Les nationalités…*, p. 115.

17 A. LEROY-BEAULIEU: *L'Empire des tsars…*, p. 93.

18 A. JOUKOVSKY: *op. cit.*, p. 65.

19 Cf. M. FERRO: «La politique des nationalités du gouvemement provisoire (février-octobre 1917)", *Cahiers du Monde Russe et Soviétique*, II (2), (1961), pp. 131-165.

20 Sobre la «Declaración de los Derechos de los Pueblos de Rusia», véase E. H. CARR: *La Revolución bolchevique (1917-1923), 1. La conquista y organización del poder*. Madrid, Alianza, 1972, p. 281. Véase igualmente el texto de la «Declaración de los Derechos del Pueblo Trabajador y Explotado», de enero de 1918, en M. DUVERGER: *Constitutions et Documents politiques*. París, PUF, 1957, pp. 462-464.

21 Véase el documento (IV Proclamación del Consejo Nacional Ucraniano) en R. PORTAL: *Russes et ukrainiens…*, pp. 106-107.

22 *Ibid*. Para un estudio de Ucrania y el contexto de sus relaciones internacionales véase R. YAKEMTCHOUK: *L'Ukraine endroit international*. Lovaina, Centre d'Étude Ukrainien en Belgique, 1954.

23 Véase una cronología del período en A. JOUKOVSKI: op. *cit.*, pp. 206 y ss. El mismo autor apuntaba que el período 1918-1938 «a été cependant peu étudiée, et sans objectivité. Lliistoriographie soviétique a, de son coté, falsifié les donnés històriques: quant aux historiens de l'émigration… sont dépourvues de l'appareil critique nécessaire sur le plan scientifique» (A. JOUKOVSKI: op. *cit.*, p. 98).

24 R. YAKEMTCHOUK: *L'ndependance de l'Ukraine*. Bruselas, Institut Royale des Relations Internationales, 1993, p. 33.

25 Z. KOVALEWSKI: «LTJkraine: réveil d'un peuple, reprise d'une mémoire», *Hérodote*, 54-55, (1989), p. 105.

26 N. KRUSHEV: *Souvenirs*. París, Laffont, 1971, p. 51.

27 A. JOUKOVSKI: *op. cit.*, p. 101.

28 H. BOGDAN: *op. cit.*, p. 208.

29 Cf. J. V. STALIN: «La política del potere soviético nella questione nazionale in Russia», *Pravda*, 10octubre 1920, en J. V. STALIN: *il marxismo ela questione nazionale ecoloniale*. Turín, Einaudi, 1974, pp. 151 yss.

30 R. PORTAL: *Russes et ukrainiens*, p. 79.

31 « Dalla lettera al compagno Kaganovic e ad altri membri del Comitato Centrale del Partito comunista (bolcevico) ucraino», en J. V. STALIN: *il marxismo e la questione nazionale…*, pp. 319-321.

32 R. YAKEMTCHOUK: *L independance de l'Ukraine…*, p. 35.

33 Cf. R. CARATINI: *Dictionaire des nationalités et des minorités en URSS*. París, Larousse, 1990, p. 246.

34 Aunque Stalin señalaba textualmente –según la versión italiana- que el movimiento de la ucranización estaba «guidato in tutto e per tutto da intellectuali non comunisti», debía reconocer escasas líneas depués: «Volevo solo diré che da tali difetti non sono esenti neppure certi comunisti ucraini", hecho que contradice la primera afirmación (cf. STALIN: *Il marxismo e la questione nazionale*…, p. 320).

35 Los autores citan al respecto la edición rusa de las *Obras* de Stalin en inglés (*Works*, Moscú, 1952-1955, VII, p. 71) a la que no hemos podido acceder (cf. B. NAHAYLO y V. SWOBODA: *Disunione Soviética*. Milán, Rizzoli, 1991, p. 93). Sobre el distinto arraigo de la conciencia nacional en las distintas clases sociales ucranianas, véase B. KRAWCHENKO: *Social change and national consciouness in twentieth century: Ukrayne*. Nueva York, St. Martin Press, 1985.

36 Cf. A. JOUKOVSKY: *op. cit*., p. 103 y B. NAHAYLO y V. SWOBODA: *op. cit*, p. 93.

37 Véase sobre todo B. NAHAYLO y V. SWOBODA: *op. cit.*, pp. 93 y ss. y la abundante bibliografía citada.

38 Cf. A. JOUKOVSKY: *op. cit*, p. 104.

39 Cf. B. NAHAYLO y V. SWOBODA: *op. cit*., p. 103.

40 R. YAKEMTCHOUK: *L'independance de l'Ukraine*…, p. 45.

41 A. JOUKOVSKY: *op. cit*., p. 226.

42. Véase el texto del pacto germano-soviético en B. KASLAS: *La Lithuanie et la seconde guerre mondiale. Recueil des documents*. París, Maissoneuve et Larosse, 1981, pp. 92-96. Para un estudio de conjunto de los problemas de la frontera occidental soviética, J. B. DUROSELLE (ed.): *Les frontièies européennes de l'URSS…, passim*.

43 Véase el texto del Manifiesto de la OUN en F.ARZALIER: *autonomistes et indépendentistes au XXème siècle*. París, La Découverte, 1990, pp. 194-195.

44 Cf.J. A. ARMSTRONG: *Ukranian Nationalism* (1939-1945). Nueva York, Columbia UP, *I955,passim*.

45 N. S. KRUSCHEV: *Souvenirs*…, pp. 144-145. Tanto Bandera como su lugarteniente Lev Rebet serían espectacularmente asesinados a finales de los años cincuenta por el agente del KGB Stashynsky, que fue condecorado con posterioridad en la URSS (cf. R. YAKEMTCHOUK: *L'independance de l'Ukraine*…, pp. 92-93.

46 Z. KOWALEWSKI: «L'Ucraine: réveil d'un peuple…», p. 121.

47 A. GROMIKO: *Memorias*. Madrid, Ed. El Pa00ED;s / Aguilar, 1989.

48 Un excelente análisis de conjunto de la cuestión de Crimea en R. YAKEMTCHOUK: *L'Independance de l'Ukraine…, passim*.

49 H. BOGDAN: *Histoire des peuples…*, pp. 271 y ss.

50 Véase el texto del Informe Kruschev al XX Congreso del PCUS (1956), en I. DEUTSCHER: *Stalin*. *Una biografia política*. Barcelona, Edició de Materials, 1967, pp. 665-725.

51 R. BRETON: «L'Ukraine, sixième grand d'Europe? Analyse de sa estructure ethno-linguistique», *Hérodote*, 58-59, (1990), pp. 213-214. Las cifras y los porcentajes transcritos por Bretón resultan muy similares a los ofrecidos por las fuentes soviéticas (cf. J. I. BROMLÉI et *alii: Procesus etniques en URSS*. Moscú, Éditions du Progrés, 1982, p. 73).

52 R. BRETON: *op. cit.*, p. 218.

53 *Ibid*.

54 Y. BADZIO: *État de siège ou une nation en péril*. París / Nueva York, PIUF, 1982.

55 I. DZYUBA: *Internationalism or russification?*. Londres, 2ª ed. Weindenfeld and Nicolson, 1970.

56 Y. BADZIO: *Ibid*.

57 «Deux Ukraines? Entretien avec Michel Kajman», *Hérodote*, 58-59, (1990), pp. 233-239.

58 Véase el texto del Acta Final de Helsinki en Oficina de Información Diplomática: *La Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa*. Madrid,Ministerio de Asuntos Exteriores, 1978, pp. 65 y ss.

59 Un excelente texto sobre la significación ideológica del físico Andrei SAJAROV es su propia obra *La liberté intellectuelle en URSS et la coexistence*. París, Gallimard, 1969.

60 En 1988 el Parlamento Europeo hizo pública una resolución en la que se declaraba «consternado ante la continua persecución que sufre Levko Lukianenko, abogado ucraniano, quien, después de haber estado encarcelado de 1961 a 1976, fue detenido de nuevo en 1977 y condenado a 15 años de cárcel, de los cuales cinco en condiciones especialmente duras y que ahora, gravemente enfermo, se encuentra confinado». La razón de su persecución consistía en «haber fundado, junto con otros abogados, un grupo para la aplicación de las disposiciones del Acta de Helsinki, relativa a los Derechos Humanos, por parte de los gobiernos de la Unión Soviética y Ucrania ». El Parlamento Europeo, solicitaba su «liberación inmediata» (Cf. PE: *Resolución sobre la persecución de Levko Lukianenko*. Bruselas, doc. B-2 502 / 88, DOCE, nº C 235 /105,12 septiembre 1988). Para la vida en el Gulag (siglas en ruso de la Dirección General de Campos de Concentración) resulta imprescindible A. SOLJENITSIN: *Un día de la vida de Iván Denisovich*. Barcelona, Herder, 1963, y *Archipiélago Gulag*. Barcelona, Plaza Janés, 1974.

61 Z. KOWALEWSKI: «LUkraine: réveil d'un peuple…», p. 122.

62 *Ibid*.

53 «Entretien sur la situation en Ukraine avec Léonid Plioutch et Levko Lukianenko.» *Hérodote* 54- 55 (1989), p. 96.
54 Cf. R. YAKEMTCHOUK: *L'independance de l'Ukraine…*, p. 103.
55 Véase P. BROUÉ: *LOS* procesos de Moscú. Barcelona, Anagrama, 1969. Véase al mismo tiempo la patética carta personal de Bujarin a Stalin, exhumada de los archivos secretos soviéticos tras la desaparición de la URSS, y publicada íntegra en *El País*, 28 febrero 1993.
56 R. YAKEMTCHOUK: *L'independance de l'Ukraine…*, p. 103.
57 «Entretien sur la situation en Ukraine…», p. 92.
58 Cf. A. JOUKOVSKI: *op. cit*, p. 141 y ss.
59 «Entretien sur la situation en Ukraine…», pp. 92-93.
70 *Ibid*.
71 *Ibid*.
72 Cf. Z. KOWALEWSKI: «L'Ukraine: réveil d'un peuple…», p. 117.
73 Cf. M. KHAN: «LTJkraine face à la désunion», *Le Courrier des pays de l'Est*, 358 (1991), p. 29.
74 H. BOGDAN: *Histoire des peuples…*, p. 338.
75 A. JOUKOVSKI: *op. cit.*, p. 156.
76 A. JOUKOVSKI: *op. cit*, p. 134.
77 Michel LESAGE: «Le PCUS: de la réforme à la destruction», en F. BARRY y M. LESAGE (ed.): *URSS: la dislocation du pouvoir*. París, Les Études de la Documentation Française, 1991, p. 51.
78 Entre los 130 diputados del Bloque Democrático, sesenta y cinco eran militantes del *Ruhk*, que obtuvo igualmente numerosa representación en los soviets locales, especialmente en Ucrania occidental (cf. M. KHAN: «LTJkraine face à…», p. 29).
79 R. YAKEMTCHOUK: *L'independance de l'Ukraine…*, passim.
30 Véase el texto completo del documento en R. YAKEMTCHOUK: op. *cit*., pp. 340-344.
31 *Ibid*.
32 AUEO: *Note d'Information Generale sur l'Ukraine*. París, A / UEO /DG (93) 31, 25 noviembre 1993, p. 2.
33 La primera ley ucraniana en tal sentido es el «Proyecto de concepción y programa de la transición de Ucrania a la economía de mercado» publicada en *Pravda Ucrainyel* 16 de noviembre de 1990 (cf. M. A. CROSNIER: «Actualité Juridique», *Le Courrier des pays de l'Est*, 358 (1991), p. 74). Similares disposiciones legales en la RSFSR fueron bastante más tardías. De hecho no se inician hasta 1991 con la Ley sobre la actividad inversora en la RSFSR (de 26 de junio) y la Ley sobre la privatización de empresas estatales y municipales en la Federación de Rusia (del 2 de julio) (cf. CORTES GENERALES DE ESPAÑA: ..Rusia. Leyes de transición a la economía de mercado», *Boletín de Legislación Extranjera*, 141-142, julio-agosto 1992).

34 Véase la enumeración y descripción de las treinta disposiciones legales ucranianas más significativas, en M. A. CROSNIER: *art. cit.*, pp. 70-81.

35 Sobre la proclamación de la independencia ucraniana y su contexto véase R. YAKEMTCHOUK: *L'independance de l'Ukraine…,pp*. 137 y ss. Sobre los proyectos y los debates constitucionales subsiguientes véase K. H. HOHOL: «The draft Constitution of Ukraine: an overwiew», *Review of Constitutional Studies / Revue d'études constitutionelles*, vol. 1, 2 (1994), pp. 247-297.

36 H. CARRÈRE D'ENCAUSSE: *Victorieuse Russie*. París, Fayard, 1992, p. 159.

37 *Ibid*., p. 169.

38 Véanse los comentarios de V.TRETIAKOV: «Fenomen BorisaEltsina» («El fenómeno de Borís Yeltsin»), en *Moskovskie Nóvosti*, Moscú, 16, 16 abril 1989 (trad. francesa en R. BERTON-HOGGE: *La réforme politique en URSS*. París, La Documentation Française, 1989, pp. 34-35).

39 El resultado de la votación arrojó 535 votos para Yeltsin y 467 para Vlásov (cf. R. BERTON-HOCGE: L'*URSS à la recherche de son avenir politique*. París, La Documentation Française, 1990, p. 51.

40 El resultado de la votación fue, significativamente, muy distinto al de la elección de presidente del Soviet Supremo. Solamente 13 votos (y nueve abstenciones) se opusieron a los 907 que se inclinaban por la Declaración de Soberanía de Rusia (cf. R. BERTON-HOGGE: *L'URSS à la recherche…* , p. 51). El proceso de substitución ideológica en Rusia se realizaba de forma acelerada.

41 Véase el texto completo en R. YAKEMTCHOUK: *L'independance de l'Ukiaine…*, pp. 345-348.

42 El texto completo de la Declaración ruso-báltica en: Consejo Supremo de la República de Lituania: *The Road of Negotiations with the USSR*. Vilnius, 2ª ed. revisada, State Publishing Center 1991, pp. 212-213.

43 Véase nota 69.

44 H. CARRÈRE D'ENCAUSSE: *Victorieuse Russie…*, p. 173.

45 Ignazio SILONE: *Uscita di sicurezza*. Milán, Longanesi, 1971, p. 116.

CONCLUSIONES

A diferencia de las grandes potencias occidentales, que a partir del siglo xvi fundaron sus establecimientos coloniales en alejados y discontinuos territorios ultramarinos, la expansión comercial, militar y colonial rusa, iniciada de forma coetánea, condujo a la formación, a través de un dilatado y complejo proceso, de un vastísimo imperio contiguo que ha abarcado una parte muy considerable del planeta: desde el mar Báltico a las tierras de Alaska, vendidas a los Estados Unidos en 1867.

«Quien deja de crecer, comienza a pudrirse» fue una consigna atribuida al príncipe Bezborodko, consejero de Catalina II, que podría sintetizar con un alto grado de plasticidad el secular afán del expansionismo ruso. Una tal voluntad de crecimiento territorial comportaba, sin embargo, no pocos claroscuros. Saint-Simon los evocaba –como ha recordado recientemente Adam Schaff– ante el decabrista Mijail Lunin, exilado en París tras la fracasada revolución de 1825:

> Desde los tiempos de Pedro el Grande ampliáis cada vez más vuestras fronteras, pero os vais a perder en ese espacio que no puede ser indiferente. Roma también se deshi-zo como consecuencia de sus triunfos.

Ese enorme conglomerado territorial y étnico, que ha llegado a englobar más de la sexta parte de la superficie del mundo y a trescientos pueblos y nacionalidades

diferentes (Caratini), no se mantuvo, sin embargo, desde un punto de vista nacionalitario, con una concepción coherente hasta épocas relativamente tardías y, de hecho, hasta el último tercio del siglo XIX, cuando aparece una cierta planificación de la rusificación (*obrusenie*). Hasta esos años el zar –«autócrata de todas las Rusias»– yuxtapuso –para mantener la integridad del imperio– sistemas de autoridad muy diferentes sobre los pueblos alógenos (*inorodtsy*) que oscilaron entre el reconocimiento de un cierto grado controlado de autonomía (como en el caso del gran ducado de Finlandia) y la simple administración directa.

Es obvio, por otra parte, que tan complejo conjunto político, social, étnico y cultural ha tenido una primera connotación histórica: la de su inestable precariedad. Generalmente identificado como una «prisión de pueblos» (Marx), las grandes crisis del zarismo implicaron siempre, en mayor o menor medida, la puesta en cuestión del propio edificio del Estado. En ese sentido la primera de ellas, la de 1905, representó una aceleración altamente significativa de las reivindicaciones nacionales especialmente en muchos territorios del oeste y el noroeste del imperio –Polonia, Ucrania, los tres países bálticos, Finlandia–, de la misma manera que el tradicional enfrentamiento ruso-turco ha sido también esencial para comprender la escalada discontinua, los dientes de sierra, de tensiones nacionalitarias y de violencias interétnicas fraguadas en el laberinto caucásico.

La Revolución de Octubre y la guerra civil subsiguiente representan –entre otros muchos problemas– una cierta culminación del proceso desintegrador del Estado ruso, autocrático y multiétnico. El hundimiento de las viejas estructuras zaristas implicó un intento de desagregación fulminante de numerosos integrantes de la «prisión de pueblos». Como resultado inmediato Polonia y Finlandia obtuvieron de manera irreversible su lugar en el mundo de los Estados-nación (y no precisamente por ejercitar el derecho de autodeterminación, tal y como era contemplado por la doctrina leninista); los tres países bálticos se convertían –aunque

transitoriamente– en Estados reconocidos como tales, de manera unánime, por la comunidad internacional y por la propia URSS, e incluso en el lejano Cáucaso, Armenia y Georgia se erigieron –fugazmente– en repúblicas independientes antes de ser sujetadas de nuevo por el Ejército Rojo. Ucrania, por su parte, evidenciaba su condición etimológica de «frontera», disputada como una pieza angular de la *Mitteleuropa*. Y, en fin, en el remoto mundo de los tártaros se alumbraban conceptos de comunismo nacional o de comunismo musulmán, de «sultangalievismo», traumáticamente extinguido por las nuevas autoridades soviéticas.

Todas y cada una de las crisis a las que hasta ahora se ha hecho referencia ponen de relieve, en último extremo, que los conflictos nacionalitarios desarrollados en el escenario ruso primero, y en el soviético después, no son solamente un contencioso bilateral entre la expansiva Rusia y un conjunto de nacionalidades sometidas y/o integradas en una mutante estructura estatal superior-autocrática durante el zarismo, pretendidamente federal en la época soviética– sino que responden también a un complejo y cambiante horizonte histórico en el que los factores externos, y a menudo la geopolítica, han ejercido un rol preponderante. En este sentido ciertas nacionalidades no rusas –polacos y ucranianos, bálticos y finlandeses– fueron considerados de manera prolongada, tanto por San Petesburgo como por Moscú, un glacis de defensa, e incluso en ocasiones una moneda de cambio, para contener el amenazante imperialismo germánico. El concepto, en muchas ocasiones defensivo de «frontera», no resulta ajeno a numerosos conflictos nacionalitarios generados en el interior tanto ruso como soviético.

Pese a que en las concepciones marxistas, y singularmente en las marxistas-leninistas, la nación ocupa un lugar teóricamente subordinado «a las exigencias de la evolución general en la que la lucha de clases proletaria constituye la fuerza motriz principal» –para utilizar la fórmula de Kautsky– no puede afirmarse, sin embargo, que la problemática nacionalitaria deba considerarse secundaria en la vida soviética. Bien al contrario, numerosos de sus aspectos –y sin duda no los menos importantes– se han regido por principios que tendían a asegurar una premisa esencial: la estabilidad política y

territorial del Estado. La polémica interna entre los más altos rangos de la cúpula bolchevique –entre Lenin y Stalin– en torno a las características nacionalitarias de la nueva Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, revela, en cualquier caso, que no se decidía precisamente sobre cuestiones secundarias. El áspero enfrentamiento de ambos líderes sobre la cuestión georgiana y sus derivaciones eran también, y al mismo tiempo, una pugna larvada sobre el modelo definitivo de partido y de poder soviéticos.

La decantación final de aquel disenso implicó la erección de unas estructuras jurídicas y políticas de larga duración, teóricamente federales, pero en las que la fuente del poder se ejercía a través de un solo cauce, el del partido comunista, conducido férreamente por su secretario general Jósif Stalin. Los principios doctrinales del leninismo, y en primer lugar el emblemático principio de autodeterminación se convirtieron, en el mejor de los casos, en un mero ejercicío retórico que jamás pudo hacerse operativo a la vista de los mecanismos jurídicos existentes.

El inmenso Estado multinacional fue gobernado con criterios de una extraordinaria rigidez –los de una economía dirigida, centralizada y planificada desde el Kremlin-pero también con unos designios de división territorial encaminado a impedir el surgimiento de reivindicaciones nacionales o, en último extremo, a debilitarlos mediante una compleja estrategia que estimuló la inclusión de nutridas minorías étnicas en el interior de ciertas repúblicas federadas o autónomas. Aunque la casuística sería interminable, son de citación obligada la integración en la Federación Rusa de numerosos pueblos caucásicos no rusos, entre ellos el checheno; la división arbitraria de los ossetios (los del norte integrados en Rusia, los del sur en Georgia); la inclusión de los armenios de Nagorni-Karabaj en Azerbaiján; la potenciación de una enorme minoría uzbeka en Tadyikistán. Todos ellos son ejemplos puntuales, pero altamente significativos, de una planificación territorial –y también, en muchos casos de una planificación lingüístico-cultural– que ha tenido entre otros resultados, el de estimular los odios inter étnicos que comenzaron a aflorar con una violencia extrema durante la etapa de la *perestroika*.

No debe considerarse un factor menor las características que adoptó la colonización demográfica rusa (o genéricamente eslava) promovida sobre los inmensos territorios del Asia Central –singularmente en el Kazajstán– que convirtieron a rusos y/o eslavos en una superestructura urbana dirigente ubicada en un *hinterland* musulmán. Un fenómeno de signo diferente, pero no radicalmente distinto, lo constituyeron las oleadas migratorias rusas (y/o eslavas) asentadas sobre ciertas «repúblicas exteriores» (las tres bálticas, Moldavia, Bielorrusia y parcialmente en Ucrania) que originaron tensiones de orden muy diverso, tanto durante el despertar nacionalitario de la *perestroika* como durante los primeros años de la etapa poscomunista.

De una u otra forma –y a pesar de las estrategias del Kremlin que acaban de citarse– existe una cierta continuidad, a lo largo de todo el régimen soviético, de la fragilidad del Estado multinacional hegemonizado por Rusia. Pese a las convicciones repetidamente expresadas por los máximos dirigentes soviéticos a lo largo del extenso período que transcurre de Stalin a Gorbachov proclamando que el problema de la nacionalidades estaba definitivamente resuelto, los hechos –con su proverbial tozudez– se encargaron siempre de desmentirlo. Cada crisis del régimen terminó convirtiéndose, de uno u otro modo, en una crisis de la unidad del Estado.

Aunque la derivada de la invasión nazi fue presentada por la ideología oficial como la «Gran Guerra Patria», durante su transcurso no sólo se produjeron sublevaciones nacionalistas en distintas áreas de la URSS, sino que el gobierno soviético forzó –por razones de falta de lealtad nacional– a masivos desplazamientos de nacionalidades y de grupos étnicos que difícilmente pueden escapar a la consideración de genocidios. El éxodo forzado de más de dos millones de personas solamente en el área caucásica y en las regiones próximas –en una óperación concebida, planificada y ejecutada personalmente por Lavienti Beria– es, en todo caso, una muestra inequívoca de la dudosa solidez real de la propia Unión Soviética. Con otras magnitudes, la más selectiva represión ejercida

en los países bálticos, puede inducir a consideraciones no muy diferentes por lo que respecta a los territorios al oeste de la URSS.

La crítica etapa de la *perestroika* –un movimiento reformador originado por muy diversos factores, entre los que cabe destacar la situación de quiebra virtual de la economía soviética, y la necesidad de un repliegue en el imperio exterior– aceleró un nuevo despertar de las naciones no rusas, que Brzezinski ha sintetizado en cinco etapas fundamentales. En la primera, las reivindicaciones se centraron especialmente sobre la lengua y representaron un impulso «casi instintivo» de autoconservación nacional, frente al ritmo progresivo de la rusificación. Los primeros éxitos en tal dominio promovieron su extensión, durante una segunda fase, a círculos más amplios: los de la promoción de una autonomía cultural nacional diferenciada. Las tres etapas subsiguientes acentuaron respectivamente el énfasis en la autonomía económica primero, en la autonomía política después para, en un último estadio, proclamar abiertamente sus aspiraciones a la soberanía nacional.

Aunque el esquematismo propende necesariamente a la simplificación, el anterior puede considerarse un aceptable punto de partida. Es cierto sin embargo que, en distintos modelos nacionalitarios del escenario soviético, la correlación de las etapas no resulta tan nítida y que, en ocasiones, tales etapas se interrelacionan con singular complejidad. También es cierto que en un mosaico nacionalitario tan abigarrado como el que aquí se contempla, el grado de memoria histórica conservado –defendido– por las diferentes naciones ha sido extraordinariamente variado, aunque siempre determinante. Es en torno de una memoria histórica –ha escrito Hélène Carrère d'Encausse-desde donde se construye una nación.

Inexistente o, en todo caso, remota en extensas áreas del mundo soviético de las naciones, esa memoria (histórica) común se mantuvo viva en algunos sectores sociales –singularmente entre la *intelligentsia*- de ciertas repúblicas como Georgia, Armenia o Ucrania, mientras que era todavía presente estricto en las marcas bálticas. El decidido, y heroico, combate de los disidentes no-rusos –no sólo en Vilnius o en Tallinn, sino también en Kíev o en Tbilisi –

para afirmar al mismo tiempo el valor de la nación (de sus respectivas naciones) y el valor de la democracia, constituyó, desde los años sesenta en adelante, un programa de alto contenido moral.

Ese programa planteaba también, en último extremo, un dilema al que no fueron tampoco ajenos muchos de los propios disidentes rusos, con Andrei Sajárov a la cabeza. Para ellos la Unión Soviética podía continuar siendo un imperio gran-ruso o convertirse en una democracia, pero no podía continuar siendo ambas cosas al mismo tiempo. En tal sentido la adopción por parte de los disidentes rusos –y con posterioridad también por parte del incipiente pero expansivo movimiento democrático de dicha nacionalidad– de las reivindicaciones nacionales de las repúblicas federadas, significó un acontecimiento de gran relevancia política. Es cierto también, sin embargo, que la citada convicción de los demócratas rusos, pudo ser utilizada como un elemento estratégico en la ardua pugna por el poder que se desarrolló en Moscú especialmente a lo largo de 1991. La Declaración de Minsk de ese mismo año, en la que los presidentes de Rusia, Ucrania y Bielorrusia –es decir, del«núcleo eslavo» de la URSS– «constataban» que la Unión Soviética, en tanto que sujeto de derecho internacional y como realidad geopolítica, había dejado de existir, representaba no sólo el fin del Estado sino también la creación de un colosal vacío de poder que los propios firmantes de la Declaración, cada cual en su respectivo territorio, se apresuraron a cubrir sin solución de continuidad.

La desaparición de la URSS acumula tal número de consecuencias de todo orden que sin duda exceden al propósito de estas páginas. Clausuraba, en todo caso, un escenario nacionalitario –el escenario soviético-y lo substituía por otro que podría denominarse, con las cautelas que a continuación se sugieren, como un escenario neofederal o neoconfederal ruso. En él un problema básico consiste en inquirir si, tras la desaparición jurídica y política de la URSS, se ha escindido o todavía subyace la «mística relación entre Rusia como nación-Estado y Rusia como entidad imperial», para utilizar la fórmula acuñada por Brzezinski.

En cualquier caso, entre las numerosas crisis acumuladas por la nueva Federación Rusa durante los primeros años yeltsinianos,

habría que singularizar la que ha sido definida como «crisis de una viabilidad posimperial», cuestión múltiple que afecta a numerosos aspectos –todos ellos fundamentales– tanto de la política interior rusa como de su acción exterior. Sin embargo conceptos como los que acaban de citarse –«política interior», «acción exterior»-que admiten definiciones precisas para la práctica totalidad de los Estados-nación, engendran multitud de incógnitas en el caso ruso, que se traducen –incluso– en un vocabulario a menudo confuso, indeciso y fluctuante. De ese modo no siempre resulta sencillo distinguir entre el Estado ruso *[Rossía*) y sus ciudadanos (*lossiane*), del denominado núcleo histórico ruso (*Rus*) o de los rusos étnicos (*russkie*). Preguntarse en tal contexto qué es Rusia, cuál es la comunidad política con la que los ciudadanos del nuevo Estado poscomunista se identifican, cuáles son –en definitiva– sus intereses nacionales, no resulta precisamente un ejercicio metafísico, sino todo lo contrario.Conceptos de nuevo cuño como el «extranjero próximo» –eufemismo con el que se designa desde Moscú a los territorios exsoviéticos– han acelerado de nuevo los viejos temores, bien explícitos por otra parte, no sólo de bálticos y ucranianos, sino también de la gran mayoría de las antiguas «democracias populares» centroeuropeas. Su demanda constante de integración en las estructuras de seguridad de la Alianza Atlántica se ha traducido en la introducción de nuevas cautelas en las relaciones entre Rusia y los aliados occidentales.

La súbita transformación de una gran parte de la antigua URSS en una vaporosa Comunidad de Estados Independientes ha supuesto un palpable vacío de poder especialmente constatable tanto en el intrincado Cáucaso, como en algunas repúblicas ex soviéticas de Asia Central especialmente en Tadyikistán– que han dado lugar a innumerables conflictos de variada tipologia, pero en los que frecuentemente subyacen aspectos interétnicos. No son materia de estas páginas, como tampoco lo es la progresiva revitalización de la presencia rusa en buena parte de los Estados que hasta hace escaso tiempo componían la URSS. Si se mencionan aquí y ahora es para subrayar una idea expresada con anterioridad: la del frecuente solapamiento entre los intereses de Rusia y el de los rusos,

entendidos éstos ahora en su definición étnica (*russkie*), de los cuales entre 25 y 30 millones viven fuera de las fronteras políticas de Rusia.

Sobre este solapamiento de intereses se ha iniciado un nuevo despliegue exterior ruso extraordinariamente complejo mediante el cual Rusia ha mantenido en territorio moldavo a su XIV Ejército para proteger el trans-Dniester, conserva –o inaugura– bases militares en las tres repúblicas transcaucásicas; mantiene el control de fuentes estratégicas de energía en países ex soviéticos y, en fin, despliega (según fuentes de la OTAN) más de 250.000 soldados fuera del territorio ruso en misiones tan variadas como las de vigilar las fronteras de Tadyikistán con Irán y Afganistán, proteger y/o desmantelar los silos de misiles nucleares en Kazajstán, o controlar el centro de investigación espacial de Baikonur.

El despliegue de la acción exterior rusa a pocos años de la disolución de la URSS no se ha circunscrito solamente, sin embargo, a hechos como los que acaban de ser sucintamente enunciados. El presidente Yeltsin –impulsor decidido de la Declaración de Minsk por la que se daba la URSS por disuelta– ha propiciado también, a escasos años de aquella decisión histórica, la firma de un tratado (marzo de 1996) entre Rusia, Kazajstán, Kirguizistán y Bielorrusia, para intensificar la integración de los cuatro Estados. Solamente una semana más tarde el propio Yeltsin y Alexandr Lukashenko, presidente de Bielorrusia, formalizaban un nuevo acuerdo bilateral por el que se creaba un nuevo ente –la Comunidad de Repúblicas Soberanas. Sus siglas se pronuncian en ruso de la misma manera que las de la desaparecida URSS (*Eseser*). Tan simbólico elemento –los simbolismos no son nunca inocentes en el escenario del mundo de las naciones– ref orzabaotros aspectos no menos significativos, propiciados por Lukashenko y ratificados por los bielorrusos en referéndum en 1995: la consideración de la lengua rusa como segunda lengua estatal oficial en Bielorrusia, y la vuelta a la bandera y al escudo bielorrusos de la época soviética (aunque con la prudente eliminación de la hoz y el martillo).

La Comunidad de Repúblicas Soberanas, en todo caso, puede interpretarse como la inauguración de la reconstrucción de un importante segmento del *Rus*, aunque su tercer elemento, Ucrania –con importantes contenciosos bilaterales con el Kremlin, y atraída hacia la órbita occidental– está hoy muy lejos de compartir tales planteamientos. Pero de una u otra forma los acuerdos entre Moscú y Minsk para lograr una mayor integración política, económica y militar, responden no sólo a consideraciones estratégicas o coyunturales de sus respectivos gobiernos, sino a fuerzas mucho más profundas. «La historia vuelve a su cauce natural: los dos pueblos hermanos, después de una breve y triste separación, dan un nuevo paso hacia la unidad». Con estas expresivas palabras del patriarca de la iglesia ortodoxa rusa Alexis II se cerraba, en la plaza de la Catedral del Kremlin, el acuerdo bilateral entre Yeltsin y Lukashenko.

El nuevo proceso de aproximación entre la Rusia de Yeltsin y la Bielorrusia de Lukashenko, sin embargo, ha reflejado también viejas tensiones históricas que no pueden ser consideradas epidérmicas. La resistencia política del Frente Popular bielorruso a los citados acuerdos –a la consolidación de una Comunidad de Repúblicas Soberanas– ha sido tajante aunque infructuosa. Ante las condiciones políticas en que se ha desarrollado la vida pública bielorrusa –es decir, ante las crecientes tendencias de Lukashenko de caminar hacia un régimen de carácter autoritario– los dos máximos dirigentes del Frente, Zenon Pozniak y Sergei Naumchik, solicitaban asilo político en la embajada norteamericana en Minsk durante el verano de 1996, alegando graves distorsiones de la vida pública bielorrusa y un inminente peligro para sus propias vidas. La agencia France Press informaba, el 25 de agosto del citado aío, que los Estados Unidos habían decidido conceder el asilo político solicitado, hecho que no tenía precedentes desde la disolución de la URSS.

Considerar qué es Rusia, cuáles son los límites reales de su comunidad política, cuáles son –en definitiva– sus intereses nacionales en el período poscomunista no resulta, pues, un vano ejercicio retórico si se contempla la acción exterior del Estado ruso durante los primeros años del mandato yeltsiniano. Tampoco lo es si

se analiza desde la óptica de su política interior ya que, como consecuencia de complicados procesos históricos pero, sobre todo, como resultado de la arbitraria política territorial puesta en práctica por Stalin a lo largo de la década de los años veinte, la Rusia postgorbachoviana reproduce, en cierta medida, el caleidoscopio nacionalitario soviético.

En primer lugar en el laberinto étnico, nacional y religioso, que continúa siendo el Cáucaso norte: un abigarrado territorio todavía incluido dentro de los límites políticos del Estado ruso. Las características que ha adoptado la guerra de Chechenia –república autónoma de la Federación Rusa que se declaró unilateralmente independiente en octubre de 1991– son un claro exponente no sólo de la dèbil cohesión nacional de la actual periferia rusa, sino también de la impermeabilidad real de las etnias caucásicas a los sistemas de valores que el Estado ruso –el zarista primero, el soviético después– ha tratado vanamente de inculcar en aquella región a lo largo de los dos últimos siglos. Agrupados en clanes y cofradías ancestrales prenacionales (los *turuk*), estos tenaces guerreros chechenos –con una jerarquía de lealtades por otra parte muy similar a la de sus vecinos ossetios, cherqueses, ingusetios o kalabardinos– han altemado el culto al *yigit* (a la bravura) con el del *ketmán* (el disimulo aparente), y han protagonizado largas etapas tanto de feroz resistencia armada como de pretendida sumisión.

En todo caso la rebelión poscomunista de Dudáiev remite por sus características a las sublevaciones históricas chechenas del imán Shamil o a las de Kunta Haxi. La extrema brutalidad de la respuesta rusa –una política de estricta tierra quemada– remite tanto a un notorio déficit democrático, como a una acusada indiferencia ante los Derechos Humanos, como puso de relieve en repetidas ocasiones Serguéi Kovaliev, *ombudsman* ruso fulminantemente destituido por Yeltsin precisamente por la contundencia de sus declaraciones y denuncias.

El caso checheno representa sin duda la expresión más acentuada del alto grado de contradicciones que, desde el punto de vista nacionalitario, han subsistido en la Rusia poscomunista. No es, sin embargo, un caso único. Dejando aparte otros territorios del norte

del Cáucaso que ya se han citado con anterioridad, en Rusia perviven hoy un variopinto mosaico de etnias, pueblos y minorías nacionales que se extienden desde las tierras occidentales de Carelia hasta la república autónoma buriata, vecina de Mongolia. Su encaje en la nueva Rusia constituye hoy una inquietante incógnita. En cualquier caso su evolución dependerá de múltiples factores y, en último extremo, de la aplicación por el Kremlin de los mecanismos *ad hoc* que sobre minorías nacionales establecen organizaciones internacionales como la OSCE o el Consejo de Europa de las que Rusia es miembro de pleno derecho.

También representa una incógnita la evolución de los precarios equilibrios alcanzados en repúblicas autónomas de escasa mayoría no rusa como el Tatarstán cuyos ciudadanos –consultados por referéndum en 1992– se pronunciaron en favor de un

> Estado soberano, sujeto de derecho internacional, que establece sus relaciones con la Federación de Rusia y las otras repúblicas y Estados soberanos sobre la base de tratados que reconozcan la igualdad soberana [de las partes].

El contencioso entre Moscú y Kazán se ha saldado momentáneamente con un tratado bilateral firmado en 1994, redactado entre fuertes presiones rusas que no excluían el cierre de los oleoductos, vitales para el desarrollo económico tártaro. El espectro checheno se erigía en un inevitable telón de fondo.

En resumen, si en una etapa ya concluida de la historia pudo afirmarse con realismo que la URSS podía optar por continuar siendo un gran imperio o por convertirse en una democracia, pero que no podía ser ambas cosas al mismo tiempo, tal disyuntiva continúa siendo esencialmente válida en el nuevo escenario neofederal, o neoconfederal, ruso. Y es aplicable tanto a los ámbitos de la acción exterior, como a las decisiones políticas a adoptar en el Estado multinacional que continúa siendo Rusia.

ISBN 84-370-3938-X

La desaparición de la Unión Soviética y la afirmación de las naciones de este vasto y complejo escenario constituye, sin duda, uno de los hechos que han marcado el panorama internacional del fin del siglo XX. Una conmoción que ha generado un aluvión de informaciones pero que sólo puede entenderse a través de un profundo análisis de calado histórico. Este libro es una sólida y documentada contribución para comprender la cuestión nacional en los países bálticos, el mundo musulmán de Asia Central y la emergencia de la nación en el contexto eslavo que tiene en Ucrania su paradigma.

1499 CINC SEGLES 1999
Universitat de València